

**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA
DEPARTAMENTO DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA**

TERCER CICLO

TRABAJO DE INVESTIGACIÓN

**ESPAÑA EN LA FORMACIÓN DEL SISTEMA INTERNACIONAL
POSNAPOLEÓNICO (1812-1818).**

AGUSTÍN BARROSO IGLESIAS

**DIRECCIÓN DEL TRABAJO:
DRA. ROSARIO DE LA TORRE DEL RÍO. SEPTIEMBRE 2009.**

Índice.

1. Introducción.....	6
1.1 Objetivos y alcance de la investigación.	
1.2 Algunas teorías de las relaciones internacionales que pueden ser útiles para el periodo y la temática abordada.	
1.3 Las relaciones internacionales en el siglo XVIII.	
1.4 Situación de la diplomacia española a principios del siglo XIX.	
2. El contexto previo.....	24
2.1 Las relaciones de la Regencia con los vencedores.	
2.2 El tratado de paz impuesto por Napoleón: Valençay.	
3. España y el primer Tratado de París.....	66
3.1 La ofensiva final aliada.	
3.2 Los errores españoles.	
3.3 Final de la guerra y negociaciones, la primera paz de París.	
3.4 El proyecto de un matrimonio ruso para Fernando VII.	
4. Negociaciones de Labrador durante la primera parte del Congreso de Viena.....	90
4.1 Objetivos de las potencias aliadas para la paz.	
4.2 Inicio de las conversaciones, discusiones por el poder.	
4.3 Labrador en Viena, análisis de sus instrucciones.	
4.4 Posicionamiento de España, el juego de la balanza de poder en el caso polaco.	
4.5 El <i>leitmotiv</i> español: sus intereses en Italia.	
4.6 La actitud española ante el regreso de Napoleón.	

5. La segunda parte del Congreso de Viena: El Acta de Viena y el rechazo español a ésta.....	116
5.1 Trafico de negros.	
5.2 Olivenza y conclusiones del Congreso de Viena.	
5.3 La segunda Paz de París, España es marginada de nuevo.	
5.4 Continúan las negociaciones con Francia; España va transigiendo con las demás potencias para no quedar aislada.	
5.5 El curioso intento francés por resucitar el viejo Pacto de Familia.	
6. España en la Santa Alianza, plena integración en el concierto internacional.....	136
6.1 Fin de la negociación italiana.	
6.2 La estrecha amistad con Rusia, la doble diplomacia, y la camarilla del rey.	
6.3 El problema de América.	
6.4 Los barcos rusos.	
7. Las negociaciones previas al Congreso de Aquisgrán de 1818.....	158
7.1 Petición de ayuda europea para evitar la independencia de América, e intentos de acudir al Congreso de Aquisgrán.	
7.2 Análisis de la crisis de Gobierno de 1818.	
7.3 El conflicto con Portugal.	
7.4 El conflicto con los Estados Unidos.	
8. Conclusiones provisionales.....	196
9. Índice de personajes.....	202
10. Cronología.....	208
11. Fuentes.....	220
12. Apéndice documental.....	242

- AHN. Estado, leg. 5661(1). De Robert Steward Castlereagh, ministro de Asuntos Exteriores de Inglaterra, a Klemens von Metternich, ministro de

Asuntos Exteriores de Austria. Copia traducida por la secretaría de Estado española, abril de 1813.

- AHN, Estado, leg. 5912. De Eusebio Bardají, embajador español en Rusia, a José Luyando, secretario de Estado de España, San Petersburgo, 2 de abril de 1814.
- AHN. Estado, leg. 8029. Henry Wellesley, embajador de Inglaterra en España, al duque de San Carlos, secretario de Estado de España, Madrid, 6 de octubre de 1814.
- AHN. Estado, leg. 6798. De Pedro Gómez Labrador, embajador extraordinario en París, a Pedro Cevallos, secretario de Estado de España. París, 18 de agosto de 1815.
- AHN. Estado, leg. 6798. De Pedro Gómez Labrador, embajador extraordinario en París, a Pedro Cevallos, secretario de Estado de España. París, 30 de agosto de 1815.
- AHN. Estado, leg. 6798. De Pedro Gómez Labrador, embajador extraordinario en París, a Pedro Cevallos, secretario de Estado de España. París, 17 de noviembre de 1815.
- AHN. Estado, leg. 6798. De Pedro Gómez Labrador, embajador extraordinario en París, a Pedro Cevallos, secretario de Estado de España. París, 17 de noviembre de 1815.
- AHN. Estado, leg. 5913. Zea Bermúdez, embajador de España en Rusia, a José García de León y Pizarro, secretario de Estado de España. San Petersburgo, 14 de diciembre de 1816.
- AHN. Estado, leg. 5661(1). De Luis Onís, ex-embajador de España en Estados Unidos, al duque de San Fernando, secretario de Estado de España. 23 de diciembre de 1819.

Nota del Autor: He copiado tal cual las citas textuales sin querer modificar su ortografía, por lo que no me hago responsable de las posibles erratas que contengan. Por otra parte quería dedicar mi trabajo a mis lectores, por la paciencia y valentía que supone abordar mi humilde investigación. Va por ustedes.

1. Introducción.

1.1 Objetivos y alcance de la investigación.

A pesar de la abundante bibliografía sobre la Guerra de la Independencia, y las relaciones exteriores de España durante ésta, es necesario cubrir un periodo fundamental dentro de la historia española casi exento de investigaciones modernas. El periodo de 1812 a 1818 es un punto de inflexión que significa la relegación definitiva de España del seno de las grandes potencias, lugar en el que había estado ininterrumpidamente desde el nacimiento del sistema europeo de naciones, manteniendo carácter de primera potencia desde la proclamación de Carlos I como Carlos V de Alemania en 1519, hasta la Paz de Westfalia de 1648. El catastrófico reinado de Carlos IV, la destrucción del país durante la Guerra de la Independencia, la crisis económica y política del periodo fernandino de 1814 a 1820, y la independencia del Imperio español en América fueron suficientes para que España fuera perdiendo peso específico en el sistema internacional de la Restauración¹. Además, el sistema europeo de la época fue diseñado por Prusia, Rusia, Austria y Gran Bretaña para “*poder imponer su voluntad a las pequeñas al tiempo que satisficieran sus ambiciones y rivalidades*”². La conversión de la que una vez fuera primera potencia a una potencia media, más cerca de las pequeñas que de las grandes, no puede dejar de ser interesante, sobre todo si tenemos en cuenta que España perdió el *status* de gran potencia en pocos años, durando la situación hasta hoy.

Este trabajo quiere colocar una lupa en la historia española para situarla principalmente en las negociaciones que llevaron a cabo los diplomáticos españoles; las motivaciones personales, las órdenes recibidas, y la realidad que ellos veían. Es interesante el contraste entre las informaciones internacionales que tenían los embajadores españoles de primera mano, y los despachos con instrucciones que recibían; valijas impregnadas de rumores internacionales, intereses y luchas de la Corte, deseos del rey, pretensiones desmedidas, todo esto aderezado con la pluma del secretario de Estado de turno. Se ha criticado con fuerza a diplomáticos españoles de la época, especialmente

¹ López-Cordón Cortezo, María Victoria: “España en la Europa de la Restauración (1814-1834)”, en *La España de Fernando VII. La posición europea y la emancipación americana. Tomo XXXII/2 de la Historia de España* Pidal-Jover. Espasa-Calpe, Madrid, 2001., p. 5.

² *Ibidem*. p.18.

a Pedro Gómez Labrador³, nuestro plenipotenciario en Viena, pero mucho más culpables del descrédito internacional español fueron los gobiernos españoles con sus caóticas e irrealizables pretensiones, todo esto será revisado.

No nace este trabajo con vocación de solucionar todas las incógnitas históricas del periodo, pero sí de comprender mejor la política exterior española de la época, y recapitular mucha de la bibliografía existente redirigiéndola hacia el objetivo de ver paso a paso las negociaciones que convirtieron a España una en potencia media. Al ceñirme al Archivo Histórico Nacional entiendo la gran carencia de no visitar archivos internacionales que contrasten la información, visitas que podrían arrojar luz sobre las verdaderas intenciones de las grandes potencias con respecto a España, estrechando el cerco a las constantes suposiciones que tiene el Gobierno español del periodo y viendo si estas sospechas eran realmente ciertas. Esto se puede ver en la constante acusación de España a la ayuda británica hacia los insurgentes americanos; en un extenso informe fechado el 27 de marzo de 1813 en Guayana, se interrogan prisioneros que admiten haber atacado desde la isla de Trinidad con ayuda británica la costa venezolana, el 15 de septiembre, contestando a los requerimientos españoles, el embajador en España Henry Wellesley⁴ lo niega⁵. Como este ejemplo hay cientos en los cuales nos es difícil saber la verdad sin visitar el *Foreign Office* u otros archivos internacionales. A pesar de todo pienso que el trabajo puede ser útil al revisar un periodo del AHN muy denso en cuando a negociaciones internacionales, pero no acompañado por el trabajo de los investigadores sobre él. Tiene además este trabajo la vocación de ser un punto de partida para una posible tesis doctoral que complete el periodo seleccionado con visitas a archivos internacionales y una más prolija investigación en el AHN. He incluido en el apartado de fuentes, una relación de todos los legajos que han pasado por mis manos de manera más o menos exhaustiva, tiene, fundamentalmente, el valor de documentación para la posible tesis doctoral de la que he hablado y, por supuesto, para hacer más fácil la búsqueda de información a cualquier interesado en la materia.

³ Labrador, Pedro Gómez (marqués de Labrador): (1772-1850): encargado de Negocios en Florencia (1798-1799), ministro de España ante la Corte Pontificia (1799-1801, 1827-1831 y 1833-1834), representante español en la Corte de Etruria (1801-1806), secretario de Estado (1812), plenipotenciario español en el Congreso de Viena (1814-1815), embajada extraordinaria en París para proseguir las negociaciones internacionales (1815-1817), embajador de familia en Nápoles (1817).

⁴ Wellesley, Henry (1773-1847): ministro plenipotenciario en España (1809-1811), embajador británico en España (1811-1821), embajador en Austria (1823-1831), embajador en Francia (1835 y 1841-1846).

⁵ AHN. Estado, leg. 5620. De Henry Wellesley, embajador de Inglaterra en España, a Antonio Cano, secretario de Estado de España. Cádiz, 15 de septiembre de 1813.

Sobre el estado de la cuestión, el periodo ha sido fundamentalmente estudiado por Wenceslao Ramírez de Villaurrutia, siendo su *España en el Congreso de Viena* la obra cumbre española del periodo. El libro es de 1928 y está maravillosamente escrito, pero tiene un antiguo estilo narrativo que invita a actualizarlo y revisarlo. Prácticamente toda la obra del marqués de Villaurrutia es del periodo en cuestión con lo cual he usado bastante los fragmentos del AHN que él utiliza, y con mi investigación he comprobado la veracidad de sus citas (no señala números de legajo en su obra). Las memorias de José García de Pizarro⁶ son la otra joya bibliográfica del periodo, por su acotación casi exacta al periodo de estudio, y la multitud de detalles que da sobre las negociaciones internacionales de España. Escritas con gran inteligencia, por un personaje de primer nivel, son prácticamente la Biblia del periodo, especialmente de 1816 a 1818, donde son fundamentales para conocer las intenciones internacionales del ministerio de Estado español. También resultan muy útiles las monografías sobre las relaciones internacionales de España con Austria (Ricardo Martín De La Guadía), Rusia (María Victoria López-Cordón y Ana María Schop Soler) y Prusia (Remedios Solano Rodríguez), especialmente el libro de Schop por sumergirse en archivos rusos, inéditos para la historiografía española de esta época, teniendo en cuenta las fuertes relaciones hispano-rusas del periodo. Se puede sugerir que el tema está ya suficientemente tratado, sin embargo, si todas las ciencias se extienden por el estudio, si los nuevos descubrimientos sólo se consiguen a fuerza de búsquedas, ¿por qué la historia no podría esperar, de igual modo, ventajosas mejoras en el conocimiento de estos hechos, que únicamente serían como en otra parte el fruto de nuevos estudios?

En cuanto a la bibliografía internacional resaltar su utilidad relativa, pues tratan poco a España, sin embargo, nos dan jugosas pistas de cómo veían las grandes potencias los asuntos españoles. La bibliografía inglesa es especialmente útil, al estar los grandes problemas de España estrechamente ligados con los intereses tradicionales británicos y, también, por las siempre intensas relaciones que tuvieron lugar entre los dos países, siguiendo la inercia comenzada durante la Guerra de la Independencia. Quizás el libro de Barlett; *Castlereagh*, sea el más útil. En cuanto a la bibliografía francesa, los libros sobre Talleyrand y el duque de Richelieu cubren nuestro periodo de estudio por completo, dándonos una perspectiva francesa interesante y reveladora. Muchos más libros han sido

⁶ García de León y Pizarro, José (1770-1835): secretario del Consejo de Estado (1802-1808), secretario de Estado (1812 y 1816-1818), ministro en Prusia y plenipotenciario en el Congreso de Praga (1813-1815).

citados, pero no creo que sea preciso enumerarlos todos, por lo que invito al lector a juzgar su utilidad fijándose en la bibliografía y su reflejo en las notas a pie de página.

En cuanto a la estructura del trabajo, como se verá, no me he ceñido a los márgenes temporales 1812-1818. Es preciso empezar desde la Guerra de la Independencia, para iniciar junto con España un camino de búsqueda de una nueva estrategia internacional, que hasta 1808 había estado dominada por una alianza francesa. En cuando a 1818, he fijado este año como el de la confirmación de la degradación española a media potencia, pero existen negociaciones y aspectos en curso que merecían ser terminados por su importancia. Tal es el caso de las negociaciones con Estados Unidos, que concluyeron en 1819, o el tema de los barcos rusos, con indicaciones de archivo de 1832.

Por último quiero señalar la utilidad del índice de personajes y del índice cronológico, insertados para que en la jungla de fechas y protagonistas pueda guiarse el lector si por torpeza del autor, o por despiste del leyente, se incomprendiera alguna explicación en relación al desconocimiento del cargo del personaje o al contexto histórico.

1.2 Algunas teorías de las relaciones internacionales que pueden ser útiles para el periodo y la temática abordada.

Mi investigación se engloba en el campo de las llamadas relaciones internacionales, pero ¿qué son las relaciones internacionales?, ¿significa lo mismo que política exterior? Para contestar a la segunda pregunta, y buscando el significado de ambos conceptos, nos encontramos múltiples opciones para una definición de política, pero me parece acertada la acepción número doce que da a este término el diccionario de la Real Academia de la Lengua (2006): orientaciones o directrices que rigen la actuación de una persona o entidad en un asunto o campo determinado. Por lo tanto, política exterior serían las orientaciones o directrices que rigen la actuación de una persona o entidad en asuntos que afectan a dos o más naciones. Si se cambia persona o entidad por uno o varios actores internacionales la definición quedaría perfecta. Política exterior: orientaciones o directrices que rigen la actuación de uno o varios actores internacionales en asuntos que afectan a dos o más naciones.

Para definir de manera clara las relaciones internacionales recurriremos otra vez al diccionario de la RAE, alejándonos del fuerte debate terminológico que este campo

encierra. Relación es la conexión, correspondencia de algo con otra cosa, por lo tanto las relaciones internacionales serían las conexiones entre los actores internacionales, y la política exterior, las estrategias que guiarían esas conexiones. No hay que preocuparse por el gran número de definiciones con que el mundo académico ha dotado a las relaciones internacionales, entendiendo estas definiciones como una manera de intentar aumentar el campo de estudio, dirigirlo hacia determinadas ciencias auxiliares y enriquecer así el resultado final de unas investigaciones dirigidas a cualquier época. Sin embargo prefiero elegir la definición antes expuesta, puesto que muchas de las que han ido apareciendo se han querido adaptar a las nuevas condiciones del mundo en el siglo XX, algo que yo no necesito por una mera razón cronológica.

Me resultan más útiles las aportaciones metodológicas que proporcionan nuevos términos muy adecuados para mi investigación, como sistema internacional (usado en el título de mi trabajo): conjunto de actores que forman una estructura de poder interrelacionada con ciertas reglas. Los actores internacionales serían toda autoridad, organismo, e incluso persona capaz de desarrollar una acción en el campo internacional. En la actualidad los actores además de los estados son multinacionales, ONG's, ciertos individuos (normalmente creadores y guías de opinión como periodistas estrella, líderes religiosos...)⁷. En la época de nuestro estudio, comienzos del siglo XIX, había menos actores debido al menor desarrollo económico, una opinión pública reducida y una gran mayoría de gobiernos absolutistas. Los regímenes absolutos rinden menos cuentas sobre sus maniobras internacionales que los gobiernos parlamentarios, al considerarse los estados como propiedad directa del monarca y por tanto asunto sólo de su incumbencia la política exterior. Tan sólo Gran Bretaña en Europa presenta un gobierno parlamentario en esa época; los *Whigs* y los *Tories* son los dos partidos que se disputan el poder. Tienen que tener más cuidado con su opinión pública, la cual sabiendo su poder en las urnas presiona e influye en su Gobierno más que cualquier otra en Europa. En las negociaciones de Viena las grandes potencias jugaron en momentos concretos con la baza de que Castlereagh⁸ obraba, según ellas, en contra de la importante opinión pública británica. Pensaban que tomar una decisión que incomodara a Castlereagh no era sinónimo de guerra, pues ésta la tendría que aceptar el príncipe regente y el Gobierno, esto era un claro hándicap para Gran Bretaña:

⁷ Juan Carlos Pereira: "El estudio de la sociedad internacional contemporánea", en Juan Carlos Pereira (coordinador): *Historia de las relaciones internacionales contemporáneas*. Ariel Historia, Barcelona, 2001, pp. 37-60.

⁸ Castlereagh, Robert Stewart (1769-1822): secretario de Estado para la Guerra y las Colonias (1805-1806 y 1807-1809), ministro de Asuntos Exteriores y jefe de la cámara de los Comunes (1812-1822).

“Desde hacia algún tiempo era evidente que la opinión pública y la parlamentaria en Gran Bretaña estaban interpretando la política de Castlereagh como un perverso deseo de mantener los perniciosos repartos de Polonia y un semejante deseo de despojar al bueno del rey de Sajonia. (...) El 27 de noviembre dirigió Bathurst, en nombre del Gabinete, un despacho oficial a su plenipotenciario en Viena: (...) No necesito poner de relieve que es imposible para Su Alteza Real consentir en que este país se vea envuelto en hostilidades en estos momentos por cualquier asunto que sea de los que se están discutiendo en Viena. Castlereagh estaba dispuesto, como se verá enseguida, a ignorar estas instrucciones formales. Pero en Viena llegó a saberse que la actitud que estaba adoptando no contaba con el apoyo de su Gobierno en su nación, y su autoridad, en aquel momento crucial, quedó disminuida por todo ello.”⁹

Mientras que acusaban al representante británico de actuar contra su opinión pública¹⁰, las monarquías absolutas no tenían que preocuparse demasiado de este aspecto, pues lo que pensasen sus ciudadanos no era tan importante¹¹. No es que los países absolutistas carezcan de opinión pública, pero esta se ve reducida a una élite tremendamente restringida y sus maquinaciones son más subterráneas, dirigidas muchas veces a sustituir a un ministro por otro afín (intercambio de favores), de no lograr modificar la política del ministro en funciones. Esto pasó en España numerosas veces en el periodo que estudiamos.

Utilizo el término potencia media para definir el *status* internacional de España, basándome en el libro *Las potencias medias en la política internacional* de Carsten Holbraad. En toda su obra no se atreve a darnos una definición taxativa de potencia media, como buen filósofo moderno le gusta más plantear preguntas que responderlas, y nos da las muchas definiciones que a lo largo del tiempo se han dicho sobre el concepto. Me parece bien el planteamiento de no dar una definición cerrada, pues hay distintos tipos de potencias medias que no se adaptarían bien a una frase sellada. La definición posiblemente más citada de su libro es: “*las potencias medias son aquellas que, por razón de su tamaño, sus recursos materiales, su disposición y capacidad para aceptar responsabilidades, su influencia y estabilidad, están cerca de convertirse en grandes potencias*”¹², pero no se adapta al caso español de la época, pues España estaba justo al revés, dirigiéndose de arriba hacia abajo. Utilizo el término potencia media para España, pues a pesar de no estar dentro de las cuatro grandes potencias (en 1818 ya cinco al unirse

⁹ Nicolson, Harold: *El Congreso de Viena*. Sarpe, D.L. Madrid, 1985, p. 196-197.

¹⁰ Barlett, C. J.: Castlereagh. Mac Millan, London, Melbourne, Toronto, 1966, p. 128.

¹¹ Renouvin, Pierre: *Historia de las Relaciones Internacionales Siglos XIX y XX*. Akal, 1982, p. 27.

¹² Holbraad, Carsten: *Las potencias medias en la política internacional*. Fondo de Cultura Económica México, México, D. F., 1989, p. 85.

Francia), se tienen con ella deferencias que no se tienen con las demás. Por esta causa no se la puede llamar ni gran potencia, ni pequeña potencia. El libro de Holbraad me resulta más útil en cuando a las maneras de funcionar que tienen las medianas potencias: *“las potencias medias, por lo general han demostrado una inclinación sólo limitada a unirse entre sí, y a los estados más pequeños, en un intento por crear un contrapeso”*¹³. Efectivamente las potencias medias siempre han estado más interesadas en intentar subir de *status*, que en aliarse entre ellas, esto último lo han intentado, si acaso, cuando se les ha cerrado completamente el paso al directorio del poder internacional. España entre 1814 y 1818 tiene un afán impetuoso en ser aceptada entre las grandes potencias, la mentalidad del Estado todavía tiene la inercia de años no muy pretéritos. Sin embargo según Holbraad, establecido un directorio de grandes potencias *“cualquier intento de las potencias secundarias por lograr su admisión en el consejo superior, por lo general, sirve sólo para subrayar la exclusividad de la clase de las grandes potencias (...) la división entre ellas (las potencias medias) y las que están por debajo en la jerarquía internacional es mucho menos marcada que la distinción entre las grandes potencias y ellas mismas”*¹⁴. La teoría es cierta, ha sido así siempre, las potencias medias, como norma general, suelen estar más cerca de la categoría de pequeña potencia que de gran potencia.

España no dejó de firmar acuerdos con otras potencias ajenas al directorio europeo, cinco en total: dos con Roma, uno con Dinamarca, otro con Nápoles, y otro más con Holanda. Son tratados de poca importancia a excepción del firmado con Holanda, el Tratado de Alcalá de Henares, el 10 de agosto de 1816. Su finalidad era reprimir las piraterías berberiscas, y para ello se acordó que cada país vigilaría la zona con un número determinado de barcos de guerra. Se protegerían mutuamente a los cónsules apostados en Trípoli, Túnez y Argel, y se organizarían convoys conjuntos para comerciar¹⁵. Quizás no sea un tratado importante dentro del sistema internacional, pero surge como respuesta a la incapacidad y falta de voluntad de las grandes potencias para solucionar el problema, Inglaterra no quiso comprometerse con España en este asunto¹⁶.

¹³ *Ibidem*, p. 236.

¹⁴ Holbraad: Las potencias..., p. 94.

¹⁵ Cantillo Jovellanos, Alejandro del: *Tratados, convenios y declaraciones de paz y de comercio que han hecho con las potencias extranjeras los monarcas españoles de la Casa de Borbón: desde el año de 1700 hasta el día [1842]. Puestos en orden e ilustrados muchos de ellos con la historia de sus respectivas negociaciones [Texto impreso]*. [s. n.], 1843, pp. 791-793.

¹⁶ López-Cordón: “España en...,” p. 79.

Otras teorías comparan la diplomacia con la guerra: “la diplomacia es la continuación de la guerra por otros medios”¹⁷. Así se expresaba el ilustre Karl von Clausewitz, conjetura que en el futuro ha sido muy usada: “la diplomacia y guerra son históricamente inseparables, puesto que los políticos siempre han considerado la guerra como el último recurso de la diplomacia”¹⁸. La fuerza de la diplomacia española, según esta teoría, sería mínima, pues la crisis del Estado absolutista español impedía llevar a cabo grandes preparativos militares. Como veremos, España no interviene militarmente durante el regreso de Napoleón¹⁹ de 1815, lo que la devalúa en su poder internacional. En definitiva, España era una nación decadente que vivió un profundo cataclismo histórico durante este periodo, dicha hecatombe fue suficiente para colocar a España más cerca de las pequeñas potencias que de las grandes. Podemos definir a la España de la época como una potencia media decadente. En cuanto a si esta clasificación es buena o mala, si la integridad del Estado o la vida del ciudadano se ven favorecidas o perjudicadas, pienso que depende de las circunstancias. Parece una posición muy fácil pero es la más honesta y la realmente cierta. En el libro de Holbraad podemos leer que “En un mundo predatorio, las potencias medias son más vulnerables que sus vecinos mas pequeños, y menos capaces de protegerse así mismos que sus vecinos más grandes”²⁰, mientras que para Botero las ciudades-estados de tamaño medio “no están expuestas a la violencia por su debilidad ni a la envidia por su grandeza”²¹.

1.3 Las relaciones internacionales en el siglo XVIII.

La diplomacia del siglo XVIII viene determinada, al menos en el ámbito occidental y ultramarino, por el enfrentamiento entre Gran Bretaña y Francia por la hegemonía, enfrentamiento que se desarrollara entre 1689 y 1815. La entronización de la dinastía borbónica en España hizo que la simpatía franco-española creciera, pero esta alianza respondía al llamado *balance of powers*, que se mantuvo casi siempre constante en esta época; “España más Francia igual a Inglaterra” (sobre todo navalmente hablando).

¹⁷ Clausewitz, Karl von: *De la Guerra*. LIBROdot.com, 2002. p. 19.

¹⁸ Aron Raymon: “Conflicto y guerra desde el punto de vista de la sociología histórica.” En Hoffmann, Stanley H: *Teorías contemporáneas sobre las relaciones internacionales*. Ed. Tecnos, Madrid, 1979. p. 241.

¹⁹ Napoleón I Bonaparte (1769-1821): cónsul (1799), primer cónsul (1799-1804); emperador del los franceses (1804-1814 y 1815).

²⁰ Holbraad: *Las potencias...*, p. 85.

²¹ Botero, Giovanni: *Della ragion di Stato; a cura di Chiara Contisino*. Ed. Donzelli, Roma, 1997. p. 26. (Traducción propia del italiano)

Desde la Paz de Utrecht hasta la Revolución Francesa España siguió unas pautas en política exterior bastante reconocibles, que oscilaban entre la alianza con Francia o una neutralidad benévola cuando ésta se encontraba en guerra, normalmente contra Inglaterra. Los Tratados de Utrecht y Rastadt, firmados entre 1712 y 1714, provocaron un inmediato antagonismo anglo-español, pues en ellos se cedía Gibraltar, Menorca, el asiento de negros (un monopolio de 30 años sobre el tráfico de esclavos negros con la América hispana), y el navío de permiso, que autorizaba a Inglaterra a enviar un barco al año con una capacidad de carga de 500 toneladas a las colonias hispano-americanas para comerciar con éstas. Esta concesión fue aprovechada por los británicos para ejercer un descarado contrabando, al repostar el barco con nuevos géneros en alta mar provenientes de Jamaica y volver a puerto para intercambiar estas mercancías. También se provocó cierto antagonismo con Austria por las abundantes cesiones territoriales a este país; Carlos VI de Austria obtuvo los Países Bajos españoles, el Milanesado, Nápoles, Flandes y Cerdeña. El archiduque Carlos de Austria, en esos momentos emperador, recibió estos territorios a cambio de abandonar cualquier reclamación del trono español. La política española fue claramente revisionista de estos tratados, y hasta prácticamente el Tratado de Viena de 1738 (donde se reconocía al futuro Carlos III de España como rey de las Dos Sicilias, a cambio de renunciar al Ducado de Parma y sus derechos sobre la Toscana que había obtenido en 1731) se luchó denodadamente en Italia para recuperar algún territorio. En todas esas luchas italianas se tuvo enfrente a Inglaterra y Austria, Austria como gran interesada por sus posesiones italianas e Inglaterra como defensora del *statu quo* resultante de Utrecht. España entró después en dos guerras: la Guerra de la Oreja de Jenkins (1738-1748) y la Guerra de Sucesión Austriaca (1740-1748), un nuevo enfrentamiento con Inglaterra resuelto con el Tratado de Aquisgrán, que dio Parma, Plasencia y Guastalla al hijo de Felipe V. A partir de este momento cambió la orientación de la política exterior española dirigiéndose hacia América una vez satisfechos en Italia.

Carlos III se convirtió en rey de España en 1759, un momento diplomáticamente crítico, intentó mantener la neutralidad pero era consciente de que el expansionismo británico había roto, con su triunfo aplastante sobre los franceses en Canadá, el equilibrio de poder atlántico y americano. Parecía políticamente preciso ir a la guerra, pero ni se había mantenido el esfuerzo interno para llegar a ella en las mejores condiciones, ni fue el año 1762 el momento más oportuno, cuando el triunfo británico era ya irreversible. Las derrotas de esta campaña demostraron la fragilidad del sistema defensivo español en las colonias. Siempre se mantuvo la alianza con Francia (salvo un breve periodo de

neutralidad con Fernando VI), su fruto fueron los tres pactos de familia que se firmaron; el tercero de ellos (1761) hizo a España entrar en la última fase de la Guerra de los Siete Años perdiendo en las negociaciones de paz Sacramento y Las Floridas a cambio de la devolución de La Habana y Manila, ambas ocupadas por los ingleses. América siguió siendo el área de enfrentamiento entre España e Inglaterra, con el Tratado de Aranjuez (1779) se entró en la Guerra de la independencia de los Estados Unidos del lado de Francia y los patriotas norteamericanos, obteniendo recompensa en el Tratado de París (1783); Menorca, Las Floridas y las costas de Nicaragua y Honduras.

Carlos IV empezó a reinar en el peor momento posible (1788), un año antes de que la Revolución Francesa estallase y España perdiera a su más fiel aliado. La revolución en Francia hizo que la política exterior española cambiara su orientación de América al Viejo Continente, a partir de 1789 la atención se centraría en lo que ocurría al otro lado de los Pirineos. La política exterior española de esta época giró en torno a dos posibilidades: o bien trataba de mantener a su aliado tradicional aliándose con la Francia revolucionaria, o se enfrentaba a ella alineándose con Inglaterra, enemiga tradicional española. El secretario de Estado, conde de Floridablanca, intentó, hasta 1792, aislar a España de la revolución cerrando la frontera, pero fue destituido. Su sucesor, el conde de Aranda, llevó una política inversa abriendo la frontera en un momento equivocado. La revolución se radicalizó proclamándose una república (se asesina a Luis XVI) y el conde de Aranda fue desterrado por este poco inoportuno acercamiento. Manuel Godoy fue el sustituto, un personaje que tendría una intervención decisiva en toda la política exterior española hasta 1808.

En 1793 Luis XVI fue guillotinado, y su pariente Carlos IV no pudo seguir otro camino que declarar la guerra a Francia dentro de la Primera Coalición. Tras unas iniciales victorias españolas, Francia acabó invadiendo numerosas plazas del norte de España, lo que obligó a firmar la Paz de Basilea en 1795, cediendo su parte de la isla de La Española en el Caribe a cambio de las plazas que se habían perdido en territorio peninsular. Godoy justificó en sus memorias la precipitada retirada de España de la Primera Coalición, estaba convencido del egoísmo inglés: *“Inglaterra la primera, Inglaterra la segunda, Inglaterra la tercera y siempre la Inglaterra.”*²², y fue recompensado con un título que le denominó en adelante príncipe de la paz. Hizo honor a ese nombre, al menos hacia Francia. No volvió a entrar España en guerra contra el país

²² Godoy, Manuel, príncipe de la paz: *Cuenta dada de su vida política por don Manuel Godoy, Príncipe de la Paz; memorias críticas y apologéticas para la historia del reinado del señor D. Carlos IV de Borbón..* Imprenta de I. Sancha, calle de la Concepción, número 7, Madrid, 1836. Tomo 1, p. 354.

vecino a pesar de las constantes coaliciones formadas para combatirla, la política española con Francia fue de una alianza que rayó el servilismo en muchas ocasiones. El Tratado de San Ildefonso (1796) restableció la alianza tradicional hispano-francesa de los pactos de familia y significó la continuación de la política anti-británica. No deja de ser sorprendente que en apenas tres años se olvidara Carlos IV de la muerte de su primo Luis XVI pactando con el Estado regicida que lo mató, esto deterioró la imagen española en Europa. España tenía el problema de no tener aliados sustitutos a Francia, y se adentró en un terreno muy peligroso empecinándose en una alianza que resultó fatal.

En 1796 los dos aliados entraron en guerra con Inglaterra y en 1798 Francia firmó la paz separada, en el Congreso de Lille no se permitió a ningún representante español, y tampoco hubo acuerdo sobre las condiciones que debían presentarse a Gobierno inglés²³. Godoy que había apostado por la alianza francesa fue destituido temporalmente por los desaires franceses, pero ésta sería sólo una de la larga serie de humillaciones que desvirtuaban la alianza con Francia, por no estar fundada en bases de una mínima igualdad. Durante este periodo sin Godoy hubo un acercamiento a Inglaterra, pero la subida al poder de Napoleón contribuyó a elevar a Godoy de nuevo y a seguir con la política pro-francesa, firmando después una serie de tratados cuya utilidad a España era más que discutible. El primero de estos acuerdos fueron los Tratados secretos de San Ildefonso (1800) y Aranjuez (1801), que intercambiaban la Luisiana por la Toscana, recientemente conquistada a Austria, este territorio pasó al duque de Parma y su anexión significaría la creación de un reino, el de Etruria; este tratado también estipulaba la cesión española a Francia de 6 navíos de guerra con 74 cañones cada uno. No resultó un buen negocio, y además Francia lo rompió unilateralmente vendiendo la Luisiana a los Estados Unidos (un acuerdo verbal no le permitía venderla) y anexionándose el Reino de Etruria a los seis años de su establecimiento. Otro discutible acuerdo fue el Tratado de Madrid de 1801 donde España adquirió la obligación de invadir Portugal para obligar a este país a cerrar sus puertos a los ingleses y abrirlos a los franceses, lo cual se consiguió con la Guerra de las Naranjas. Campaña en la que Godoy pudo burlar los deseos franceses de ocupar parte de Portugal, el príncipe de la paz tenía claro que *“en nada de Francia pueden confiar, ni pensar jamás en que los franceses sean amigos más que de su interés”*²⁴. La Paz de Amiens (1802) entre Inglaterra y Francia supuso un interludio

²³ Seco Serrano, Carlos: “La política exterior de Carlos IV”, en *La época de la Ilustración, Las Indias y la política exterior, tomo XXXI/2 de la Historia de España Pidal-Jover Zamora*, Espasa-Calpe, Madrid, 1988, p. 582.

²⁴ *Ibidem*. p.630.

donde Godoy intentó sin éxito una alianza ajena a Francia e Inglaterra en la que estaría Portugal, Suecia y Rusia, pero todo se quedó en nada y España volvió a la alianza francesa. Una trágica acción del servilismo español con Napoleón fue la Batalla de Trafalgar (1805), donde gran parte de la flota española fue hundida en una maniobra militar tendente a facilitar la invasión de Inglaterra por parte de Francia, algo bastante lejano a los intereses españoles. El culmen de todos los despropósitos de la política exterior española fue el Tratado de Fointenbleau (1807), fruto de la codicia y de intereses personales más que de los verdaderos intereses de la nación española. Este tratado convertía en rey a Godoy, y daba un reino a la desposeída María Luisa de Borbón²⁵, reina de Etruria, además de permitir el paso de tropas francesas por territorio español, lo que como sabemos causó la invasión del país: “ART. 1º Un cuerpo de tropas imperiales francesas de 25.000 hombres de infantería y 3000 de caballería entrará en España y marchará en derechera á Lisboa: se reunirá á este cuerpo otro de 8000 hombres de infantería y 3000 de caballería de tropas españolas con 30 piezas de artillería”²⁶. Si bien es cierto que Godoy tenía la excusa de que Napoleón tenía un ejército prácticamente imbatible en esta época, en la cual obtuvo sus victorias más famosas y aplastantes (Austerlitz, Jena etc....), también pudo optar por unirse a cualquiera de las coaliciones que se montaron en esta época contra el emperador francés.

La conclusión es que la alianza francesa terminó mal para España. Hubo tres invasiones francesas en menos de 30 años (la de 1794, la de 1808, y la de 1823), y el inmenso trastorno desencadenado por la Guerra de la independencia. Todo esto bastaría para explicar la mala prensa de dicha alianza, durante muchos años, en la historiografía y en la conciencia nacional de los españoles²⁷. Por extensa, no contaremos la complicada situación interior de España que colaboró activamente a que Napoleón intentará un cambio de dinastía después de invadirla, pero esto fue lo que ocurrió, y el ataque francés de 1808 rompió bruscamente más de un siglo de una línea de política exterior constante (salvo parte del periodo revolucionario francés). Se abrió un periodo realmente interesante, en el que la España que resistió al poder francés, y también al posterior a la guerra, buscó nuevas directrices para sus relaciones internacionales sin molestarla excesivamente rémoras del pasado; el nuevo sistema internacional europeo estaba

²⁵ María Luisa de Borbón (1782-1824): infanta de España (1782-1824), reina consorte de Etruria y regente (1801-1807), duquesa soberana de Lucca (1814-1824).

²⁶ Toreno, José María Queipo de Llano Ruiz de Saravia, conde de: *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*. Librería europea de Baudry, París, 1838. Tomo 1, p. 429.

²⁷ Jover Zamora, José María: “La diplomacia de la Ilustración”, en *Corona y Diplomacia. La monarquía española en la historia de las relaciones internacionales: (Ciclo de conferencias)*. Ed. Escuela Diplomática, Madrid, 1988.

reconfigurándose continuamente. España no pudo mantener su posición de gran potencia durante este periodo, y fue colocada en posición subalterna con respecto a las cuatro potencias principales que pactarán con Francia, de igual a igual, en un nuevo sistema europeo en el que España se limitará a prestar su adhesión. Esta degradación, junto con la pérdida del Imperio indiano (con la consiguiente pérdida de potencial económico), y la imposibilidad de la reconstrucción doméstica, que resulta de un territorio asolado por la guerra, marca el inicio de la menguada y sórdida España de Fernando VII^{28 29}.

1.4 Situación de la diplomacia española a principios del siglo XIX.

La situación de la diplomacia española de 1808 a 1820 es tan convulsa como su historia política. En el periodo hubo 22 cambios de secretario de Estado y 17 hombres distintos desempeñando el cargo. El cargo de secretario de Estado era vital en la política exterior, pues en España no existía un ministerio de Asuntos Exteriores, y las relaciones internacionales eran dirigidas por el ministerio de Estado. El ministerio de Estado tenía un carácter fundamentalmente ejecutivo, y era el encargado de resolver los asuntos relativos a la política exterior, centralizar la correspondencia diplomática, y llevar a cabo las negociaciones y los nombramientos de los representantes de España en el extranjero³⁰. Por si fuera poco tener tantos cambios en el ministerio responsable de llevar a cabo la acción exterior, había un claro conflicto de competencias entre el ministerio de Estado y el rey; el secretario de Estado era un servidor del rey y tenía que seguir sus directrices, en la medida de lo posible, sin embargo, el responsable de la decisión era el secretario de Estado. Durante la Guerra de la Independencia, el poder del rey fue asumido en su ausencia por la Junta Central Suprema y Gubernativa del Reino (1808-1810), y por el Consejo de Regencia (1810-1814). El Consejo de Regencia tenía competencias en política exterior, incluso las Cortes de Cádiz la tenía. Demasiadas personas estaban facultadas para deliberar y decidir. Además de la secretaría de Estado y el rey, también estaba el Consejo de Estado. El Consejo de Estado era un cuerpo consultivo de carácter senatorial, cuya misión fundamental era asesorar al monarca en asuntos graves, especialmente en los de carácter internacional. Durante la época de nuestro estudio adquirió mucho poder en los asuntos internacionales, haciendo valer, muchas veces, sus

²⁸ Fernando VII de Borbón (1784-1833): rey de España (1808 y 1813-1833).

²⁹ Jover Zamora, José María: "Introducción al tomo noveno", en *Historia del mundo moderno*, Cambridge University Press, Tomo IX "Guerra y paz en tiempos de revolución, 1793-1830". Editorial Ramón Sopena, Barcelona, 1971, pp. LIX-LXIX.

³⁰ López-Cordón: "España en...", p. 23.

deliberaciones a pesar del disgusto del secretario de Estado, esto decía Pizarro de él: *“durante mi Ministerio sus sesiones fueron frecuentes y regulares; ningún asunto grave dejé de someter a la meditación, por más que muchas veces el modo de despacharse en él los negocios produjese retardos, y aun resoluciones menos adecuadas”*³¹. El Consejo de Estado bloqueó, por ejemplo, la intención de Pizarro de liberalizar restringidamente el comercio en América para contentar a los sublevados y como pago a una mediación británica³², de hecho bloqueó esta opción continuamente. En 1815 dos reales decretos vinieron a aumentar el poder del Consejo de Estado en política exterior. En marzo de 1815 un decreto convocó un Consejo de Estado *“conforme al reglamento de 1792”*³³. Lo compondrían 20 consejeros, entre los que estarían el secretario de Estado, un secretario, y nueve miembros honoríficos, pudiendo el rey asistir a sus reuniones como es lógico. Se expuso en las instrucciones de su convocatoria lo que el rey quería de este órgano: *“le exponga y consulte su parecer (...) ya en la península, ya en África, ya en América, y con especialidad sobre los medios y recursos que tan perentoriamente se necesitan para precaver los males que nos amenazan por la Francia, para acudir a las pretensiones y demandas costosas de los argelinos y para reducir a su deber a las provincias rebeldes de las Américas”*³⁴. El real decreto de diciembre de 1815, establecía la obligación de oír al Consejo de Estado antes de firmar cualquier tratado internacional, de paz o de comercio³⁵.

Los diplomáticos españoles ejercían sus atribuciones en unas condiciones nada buenas, por un lado estaban en el mismo destino muy poco tiempo en comparación con sus homólogos extranjeros, y además se realizaban absurdos cambios de destino constantes. Henry Wellesley estuvo 12 años como embajador inglés en España y luego 8 en Prusia; Tatischeff³⁶ 6 en España y 15 en Austria. En España sin embargo era complicado que sus embajadores duraran más de 2 años. Puede que esta corta duración tuviera que ver con el desamparo, tanto informativo como monetario, al que les sumía el Gobierno español, los representantes españoles pedían frecuentemente su traslado:

³¹ García de León y Pizarro, José. *Memorias: (1770-1835) / José García de León y Pizarro; edición, prólogo, apéndices y notas de Álvaro Alonso-Castrillo*. Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 1999, p. 285.

³² *Ibidem*, pp. 300-301.

³³ AHN. Estado, leg. 881.

³⁴ *Ibidem*.

³⁵ AHN. Estado, leg. 2767. De Pedro Cevallos, secretario de Estado de España, al conde de Castañeda, secretario del Consejo de Estado. Madrid, diciembre de 1815.

³⁶ Tatischeff, Dimitri Pavlovich (1767-1845): miembro de la junta de relaciones exteriores rusa (1799-1802), embajador en Nápoles (1802-1803), enviado a Nápoles (1805-1808), embajador en ruso en España y acreditado ante la Corte holandesa (1814-1821), embajador en La Haya (1821-22), enviado ruso al Congreso de Verona (1822), embajador extraordinario y plenipotenciario ante Austria (1826-1841).

“Después de la pérdida de Mdm. Onís se me ha hecho esto insoportable y mi salud está tan alterada que no puedo aguantar más, en nombre de la amistad y en nombre de Carlitos pido a usted que no me deje pasar aquí el verano (...) si usted cree que en el Consejo de Estado puedo servir para apoyas las sabias máximas de usted (...) allá voy si me llama; si me quiere en Holanda o Berlín cuyos Ministerios están como vacaciones, estoi pronto a ello, lo único que quiero es salir de aquí”³⁷.

“Acabo de tener la triste nueva del fallecimiento de mi venerado Padre, y de resultas de tamaña desgracia (...) mi pobre y afligida Madre esta reducida con cinco hijos menores al estado más deplorable de falta de protección y recursos. Me escribe desconsolada desde Málaga pidiendo mi débil amparo (...) quisiera volar a su presencia”³⁸.

“A pesar de mi ardiente celo por el real servicio (...) habiendo ya más de dos años y medio que estoy empleado en comisiones gravísimas, tengo absoluta necesidad de descanso (...) Si bien la Embajada en Turín era inferior a la graduación en que yo me hallaba, me acomodaría, por no aspirar y a más que al descanso, que creía tener bien merecido”³⁹.

Son tres ejemplos, pero hay más casos. De éstos sólo el primero parece justificado, los problemas de Luís Onís⁴⁰ parecen circunstancias puramente personales, pero los otros dos casos no son normales. En el segundo caso el Gobierno pudo haber asistido a la madre de Zea Bermúdez⁴¹, y en cuanto al tercer caso Labrador pudo haber tenido más ayuda, en cuanto a personal, para asistirle en su agotadora comisión, sólo tenía un secretario. Pero para Labrador el problema de personal no era el más grave de toda su embajada extraordinaria, realmente le destrozaban los nervios las deudas, y envió una verdadera montaña de cartas para exponer problemas económicos al no recibir dinero para sus gastos. Muchos banqueros no se fiaban que devolviera el dinero, por ser costumbre en el Gobierno español de esta época pagar tarde y mal⁴². Los atrasos son endémicos en todo el servicio español, y no he leído una sola correspondencia

³⁷ AHN. Estado, leg. 2770. De Luis Onís, embajador español en los Estados Unidos, a Casa Irujo, secretario de Estado de España. Washington, 30 de noviembre de 1818.

³⁸ AHN. Estado, leg. 5912. Francisco Zea Bermúdez, embajador extraordinario en Rusia, a José Luyando, secretario de Estado de España. San Petersburgo, 10 de mayo de 1814.

³⁹ AHN. Estado, leg. 3424(1). De Pedro Gómez Labrador, embajador extraordinario en París, a José García de León y Pizarro, secretario de Estado de España, París, 7 de diciembre de 1816.

⁴⁰ Onís, Luis de (1762-1827): ministro plenipotenciario de España en Estados Unidos (1809-1819), embajador de España en Gran Bretaña (1821-1822).

⁴¹ Zea Bermúdez, Francisco (1779-1850): embajador extraordinario en Rusia (1810-1812), encargado de Negocios en Rusia (1812-1820), embajador en Constantinopla (1820-1823), embajador en Gran Bretaña (1823-1824), secretario de Estado de España (1824-1825 y 1832-1834).

⁴² AHN. Estado, leg. 3424(1). Exactamente la mitad de este legajo son problemas económicos que expone Labrador al Gobierno español.

diplomática de un embajador que no se quejara de falta de pago, extremo es el caso de Zea, que se queja el 30 de mayo de 1816 de no haber recibido un solo real desde 1812, cuando empezó a trabajar para el rey⁴³. Incluso se llegaron a usar correos de otros países para enviar comunicaciones confidenciales españolas, lo que ponía en riesgo el secreto de las misivas: *“En atención a la completa falta de fondos que experimentamos aquí, será conveniente que se sirva de dirigirme los pliegos por el conducto de la Legación Británica, a fin de que me lleguen por esta Secretaría de negocios extranjeros francos de portes”*⁴⁴. Como caricatura de la estrechez financiera de los diplomáticos, podemos fijarnos en ministro español en Estocolmo, que habla incluso de riesgo de inanición: *“Sujeto á sus pagas, que recibía con bastante irregularidad, hubiera padecido hambre y amarguras si los muchos amigos suecos con que contaba no lo hubiesen nutrido y regalado, supliendo generosamente las deficiencias y tardanzas del Gobierno español”*⁴⁵.

Por otro lado muchos se quejan de la gran falta de noticias de España⁴⁶, y de los constantes problemas de comunicación; unos despachos llegan antes a pesar de ser enviados después de otros y viceversa. También ocurre lo mismo en los despachos dirigidos al Gobierno español⁴⁷, pero no solamente pasaba en legaciones tan lejanas como San Petersburgo, sino en otras más cercanas. A pesar de las penalidades que pasaban en sus misiones en el exterior, tenían la más alta consideración por parte del Estado; con la excepción del duque de San Carlos⁴⁸ y de Melgarejo, que fueron militares, la secretaría de Estado en la época de Fernando VII estuvo siempre en manos de diplomáticos⁴⁹, además luego San Carlos pasó también a ser representante exterior de España. Por tanto, los diplomáticos que llevarán las negociaciones españolas del periodo son, para bien o para mal, la flor y nata de la clase política española.

⁴³ AHN. Estado, leg. 5913. De Francisco Zea Bermúdez, embajador extraordinario en Rusia, a Pedro Cevallos, secretario de Estado de España. San Petersburgo, 30 de mayo de 1816.

⁴⁴ AHN. Estado, leg. 6805, De Fernán Núñez, embajador de España en Inglaterra, a Pedro Gómez Labrador, embajador extraordinario para firmar la paz. Londres 5 de agosto de 1815.

⁴⁵ De Pantaleón Moreno, ministro de España en Suecia, a Pedro Cevallos, secretario de Estado de España. Estocolmo, 29 de noviembre de 1810. Citado en: Villaurrutia, Wenceslao Ramírez de Villaurrutia, marqués de: *Relaciones entre España e Inglaterra durante la Guerra de la Independencia: Apuntes para la historia diplomática de España*. 3 vols. Francisco Beltrán, Librería Española y Extranjera, calle Príncipe, 16, Madrid, [1911-1912-1914]. vol. 1. p 216.

⁴⁶ AHN. Estado, leg. 5912. Eusebio Bardají, embajador en Rusia, a José Luyando, secretario de Estado de España. San Petersburgo, 5 de marzo de 1814.

⁴⁷ AHN. Estado, leg. 5913. De Francisco Zea Bermúdez, embajador extraordinario en Rusia, a José García de León y Pizarro, secretario de Estado de España. San Petersburgo, 30 de marzo de 1817.

⁴⁸ San Carlos, Duque de (José Miguel de Carvajal, Vargas y Manrique) (1771-1828): mayordomo mayor de Palacio (1808 y 1814-1815), secretario de Estado de España (1814), embajador de España en Viena (1815-1817), embajador de España en Inglaterra (1817-1820), embajador en Francia (1823 y 1827-1828).

⁴⁹ López-Cordón: “España en...”, p. 41.

Casi todos los representantes exteriores españoles de 1812 a 1818, habían servido a Carlos IV en estas funciones exteriores siendo miembros de la carrera diplomática, prácticamente sólo Zea Bermúdez, antiguo comerciante, y Juan Ruiz de Apodaca⁵⁰, marino, provenían de profesiones distintas. Las legaciones exteriores eran mucho más reducidas que en la actualidad, el 8 de junio de 1814 había 12: Londres (embajador), París (embajador), Congreso de Viena (embajador), Austria (encargado de Negocios), Suecia (ministro), Estados Unidos (ministro), Portugal (ministro), Rusia (ministro), Holanda (ministro), Prusia (ministro), Sicilia (encargado de Negocios), y Bizancio (ministro)⁵¹. Los cargos ya se adaptaban a la nueva normativa establecida por el Tratado de París, 30 de mayo de 1814, que establecía que los empleados diplomáticos se dividían en tres clases: “*Embajadores, legados y nuncios. Enviados y ministros (acreditados cerca del soberano). Encargados de negocios (acreditados cerca del ministro de negocios extranjeros)*”⁵². En los siguientes capítulos veremos como desarrollaron su actividad al servicio de España.

⁵⁰ Ruiz de Apodaca, Juan (1754-1835): embajador español en Londres (1809-1811), capitán general y gobernador de La Habana (1812-1816), virrey de la Nueva España (1816-1820), jefe político superior de la Nueva España.

⁵¹ AHN. Estado, leg. 5628. (Circular del 8 de junio de 1814 a todas las legaciones españolas en el exterior para comunicar el acuerdo de precedencia con Rusia).

⁵² Canto Vera, Norma-Alicia: *La función diplomática*. Universidad de la Baja California, La Paz, 2005. p. 49.

2. El contexto previo.

Las Guerras Napoleónicas son el contexto histórico en el que este trabajo asienta sus raíces, aunque en realidad, este conflicto es una continuación de las Guerras Revolucionarias Francesas, que empiezan cuando en 1792 Luis XVI es decapitado. La frontera temporal entre estas dos definiciones oscila entre 1799, cuando Napoleón llega a primer cónsul gracias al Golpe de Brumario, y 1802, año de la Paz de Amiens. Donde sí que hay consenso, en fijar el final de la llamada con frecuencia Gran Guerra Francesa (suma de las Guerras Revolucionarias Francesas más las Guerras Napoleónicas) con la Batalla de Waterloo (1815). La tónica de estas guerras fueron las continuas coaliciones anti-francesas, que surgieron en un primer momento para detener las nuevas ideas revolucionarias por el miedo de contagio (1ª y 2ª), y más tarde con el objetivo de buscar un equilibrio europeo queriendo acabar con el imperialismo francés (3ª, 4ª, 5ª, 6ª y 7ª). Todo el periodo se caracteriza por en afán hegemónico de Napoleón, que pasaba por controlar *de facto* o *de iure* la mayor cantidad posible de territorios, en el mejor de los casos transformando en afines a los gobernantes ya preexistentes, o en el peor, como pasó en España, colocando nuevos gobernantes, elegidos a ser posible entre su familia o mariscales. Realmente fue irresistible para Napoleón aprovechar el conflicto entre Carlos IV y su hijo Fernando por el poder, la crisis política en España era tremenda y tanto el padre como el hijo pidieron el arbitraje del gobernante más poderoso del momento, su mente intrigante no podía resistir tamaña oportunidad “*gustaba de engañar, hubiera querido engañar por el solo gusto de hacerlo, y, a falta de política, su instinto hubiera hecho de ello una necesidad*”⁵³. En febrero de 1808 ya mostró sus intenciones con España en una carta a Caulaincourt: “*En cuanto a España no os digo nada, excepto que comprendáis que es necesario que reorganicéis por completo esta potencia, que carece de utilidad para el interés general*”⁵⁴. Napoleón optó por intentar fijar al trono de España a su propia sangre representada por su hermano José⁵⁵, todo esto desembocó en una cruenta guerra por la independencia del control francés y por la legitimidad de la dinastía borbónica.

⁵³ Talleyrand, Carlos Mauricio de (príncipe de Benevento): *Memorias de Talleyrand. Obispo de Autum*. Editorial Mateu, Barcelona, 1962, p. 193.

⁵⁴ Markham, Félix: “La aventura Napoleónica”, en *Historia del Mundo Moderno, Cambridge University Press*, Tomo IX “Guerra y paz en tiempos de revolución, 1793-1830”. Editorial Ramón Sopena, Barcelona, 1971, p. 229.

⁵⁵ José I, Bonaparte (1768-1844): rey de Nápoles (1806-1808), rey de España (1808-1813).

La denominada por España Guerra de la Independencia tiene lugar entre 1808 y 1814, siendo Inglaterra el único país independiente que sostiene una guerra permanente contra Francia durante todo este periodo. Se vio acompañada por Austria en un breve periodo de 1809, durante la llamada Quinta Coalición formada únicamente por estos dos países, esta débil alianza llegó a su fin cuando Austria fue derrotada por Francia y se firmó el Tratado de Schönbrunn que rehízo la paz entre estos dos países. Por ello, la Península Ibérica fue de 1808 a 1812 (salvo el breve periodo de la Quinta Coalición) el único campo de batalla continental del magnífico ejército francés. Se creó un halo de heroísmo hacia la complicada resistencia española, que obtuvo gloriosas victorias, sobre todo Bailén, pero muchas derrotas catastróficas. En 1812 esto cambió, pues la empresa que supuso la invasión de Rusia absorbía la mayor parte de los recursos militares franceses, convirtiendo a la Península Ibérica en un frente secundario. Napoleón disminuyó sensiblemente sus fuerzas en España para destinarlas a la campaña oriental, que comenzó el 24 de junio de 1812 con el paso del Niemen. Casi automáticamente, el duque de Wellington al mando de un ejército anglo-portugués presentó batalla en una ondulada llanura donde había dos alturas llamadas los Arapiles, cerca de la ciudad de Salamanca, consiguiendo una decisiva victoria. José I se replegó a Valencia dejando la capital en manos aliadas y Soult⁵⁶ abandonó Andalucía para reunirse con él. Todavía hubo una contraofensiva francesa que recuperó Madrid el 3 de noviembre, pero la catastrófica derrota de Napoleón en Rusia obligó a sustraer aún más soldados de los que tenía en la Península, lo que desencadenó la ofensiva final que expulsaría definitivamente a los franceses. Tras la Batalla de Victoria, el 21 de junio de 1813, José I se retiró de la Península Ibérica para nunca más volver fijando su cuartel general en San Juan de Luz, únicamente quedaba ya Soult en Cataluña. En Europa Central, se libraban por aquellas fechas las batallas más importantes, cuyos resultados hicieron a Napoleón plantear la paz a Fernando VII, España había dejado de importar, lo importante era salvar el Imperio francés de la manera más digna posible.

¿Qué relaciones tuvo España durante la Guerra de la Independencia con Austria, Prusia, Gran Bretaña y Rusia?, las potencias que iban a dominar junto con Francia el sistema internacional pos-napoleónico. Hubo ciertas condiciones que dificultaban la labor del cuerpo diplomático español, provocando que el margen de maniobra fuera limitado. En las líneas siguientes trataremos de establecer las principales cuestiones que modelaron

⁵⁶ Soult, Jean de Dieu (1769-1851): mariscal de Francia (1804-1815), ministro de la Guerra (1814-1815), jefe de Estado Mayor de Napoleón (1815).

el papel diplomático español de esos tiempos. En primer lugar, Fernando VII estaba preso y eso restaba legitimidad al organismo que en teoría ostentaba sus poderes, la Regencia, además, se hizo una constitución que iba en contra de la tendencia internacional de restaurar, en la medida de lo posible, el Antiguo Régimen. Cuando el rey de España recobró la libertad, jamás vio en persona a ninguno de sus homólogos de las grandes potencias, en cambio ellos se habían visto con cierta frecuencia teniendo una relación más familiar. España no despertaba históricamente especial simpatía en ninguno de estos países; los ingleses habían sido enemigos naturales hasta que la invasión de Napoleón no dejó más opción que una alianza con ellos, Austria todavía estaba resentida por su derrota en la Guerra de Sucesión a manos de los Borbones, Prusia, potencia protestante, miraba mal la reinstauración de la Inquisición con la llegada de Fernando VII, y sólo con Rusia se carecía de cuentas pendientes importantes, ambos se miraron con cierta simpatía (quizás fueron los países que más destrucción sufrieron en su propio territorio), y se produjo entre ellos una fortificación natural de las relaciones comunes. Grandes dificultades técnicas tuvo además la diplomacia española al inicio de la Guerra de la Independencia. El problema surge cuando los embajadores españoles en las grandes potencias tienen que decidir a que bando pertenecer; al “fernandino” o al “afrancesado”. En San Petersburgo (Rusia), el embajador Benito Pardo de Figueroa juró a José I aunque sus subalternos se desmarcaron de él, mientras que en Berlín (Prusia), el secretario interino Rafael de Urquijo, como embajador, hizo lo mismo jurando al hermano de Napoleón su fidelidad. La mayoría de los embajadores en el exterior⁵⁷ se decantaron por José I a excepción de Antonio de Vargas Laguna⁵⁸ y Pedro Gómez Labrador, que fueron encarcelados en Florencia por negarse a ello; parecido derrotero fue el sufrido por los diplomáticos Joaquín de Anduaga y De la Cuadra, que tuvieron que huir de sus destinos⁵⁹. Por último, indicar que a excepción de Gran Bretaña, con ninguna otra potencia se compartió campo de batalla, ni se tuvo realmente verdadera proximidad militar de cuartel general a cuartel general.

⁵⁷ Las legaciones diplomáticas eligieron su bando, pero también en el interior de España hubo separación para cuestiones diplomáticas. De la primera secretaría de Estado, convertida en Ministerio de Negocios Extranjeros, desertaron la mayor parte de sus oficiales.

⁵⁸ Vargas Laguna, Antonio (¿?-1824): ministro de España ante la Corte pontificia (1801-1809, 1814-1820 y 1823-1824).

⁵⁹ López-Cordón Cortezo, María Victoria: “Intereses económicos e intereses políticos durante la guerra de la independencia: las relaciones hispano-rusas”. En *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea*, Número 7, año 1986, pp. 90-91.

2.1 Las relaciones de la Regencia con los vencedores.

Gran Bretaña.

Gran Bretaña fue la única de las grandes potencias que no fue aliada de Napoleón en ningún momento de las Guerra Napoleónicas (de hecho siempre fue enemiga de Francia menos el breve periodo de un año que inauguró la Paz de Amiens en 1803), teniendo una superioridad moral con respecto a los demás. Por lo tanto la antigua alianza de España con Napoleón no era un impedimento para que la nación española se colocara en un puesto importante del cónclave europeo de naciones poderosas, todas (excepto Gran Bretaña como ya he dicho) no sólo firmaron paces, sino que fueron en algún momento aliadas formales de Napoleón, en realidad, España tenía cierta ventaja moral; el hecho de que España constituyera el primer ejemplo de resistencia en gran escala a Napoleón, hizo que se la aclamara como augurio de un movimiento general en Europa⁶⁰.

En mayo de 1808 España tenía representantes acreditados en las principales cortes europeas (Copenhague, Roma, Berna, Constantinopla, San Petersburgo, Milán, Hamburgo, Estocolmo y Washington), con la excepción de las de Gran Bretaña y Portugal⁶¹, con quienes estaba formalmente en guerra. Al comenzar la sublevación contra los franceses los representantes de las juntas provinciales miraron esperanzados a Gran Bretaña, que fue lógicamente con el país que más intensamente se relacionó España, debido a que era la antagonista de Francia y su única enemiga durante la mayor parte de la Guerra de la Independencia, se apoyó desde el Imperio británico la causa “fernandina” desde el principio de la sublevación, y por tanto podemos ver, fundamentalmente a través de las relaciones anglo-españolas, como funcionó la diplomacia española durante toda la Guerra de la Independencia hasta la llegada de Fernando VII en 1814.

Al invadir Napoleón la Península Ibérica era inevitable un entendimiento entre los que resistían a la invasión francesa y los ingleses. El primer contacto en carne y hueso (si dejamos a un lado las informaciones de los agentes ingleses que informaban de la marcha del levantamiento español contra Napoleón) entre representantes de los sublevados y el Gobierno británico fueron los representantes de Asturias, que viajaron a Gran Bretaña pidiendo ayuda inmediata. Fueron el Vizconde de Matarrosa (que pronto sería nombrado

⁶⁰ Markham: “La aventura Napoleónica”. p. 229.

⁶¹ López-Cordón: “Intereses económicos...”, p. 90.

conde de Toreno⁶²) y un académico llamado Andrés Ángel De la Vega Infanzón⁶³. El 2 de julio llegaba la primera ayuda británica a Gijón: 34 cañones, doce mil espadas y grandes cantidades de munición. Además de 100.000 libras esterlinas en moneda española también se devolvieron las armas capturadas a la armada española (sitas en la Torre de Londres), que tuvieron un valor más simbólico que militar, pues simbolizaba la reconciliación entre Gran Bretaña y España. Esa reconciliación se confirmó con el decreto del 4 de julio: el Gobierno *tory* de William Cavendish-Bentinck, duque de Portland⁶⁴, decretaba el cese de hostilidades levantando el bloqueo a los puertos españoles y dando libre entrada a buques españoles en los británicos. Estos sucesos sólo eran el principio de una colaboración que merece más de una monografía. En general, podemos decir que Inglaterra apoyó durante seis años a España; se distribuyeron subsidios en metálico, en forma de letras del tesoro, y se surtió de toda clase de pertrechos y armamento, las islas Baleares fueron protegidas por mar, y se fortificaron Cádiz, la isla de León, Tarifa y Cartagena con fondos ingleses, además el ejército expedicionario inglés fue el que llevó a cabo la reconquista de España (apoyado por la guerrilla y por tropas españolas y portuguesas)⁶⁵.

Gran Bretaña recibió también por estas fechas, muy poco después de la llegada de los representantes asturianos, a representantes de las juntas de Galicia y Sevilla (el enviado sevillano Juan Ruíz de Apodaca, se convertirá en el primer embajador de los sublevados en Londres). Deseosas de una mejor organización española, las autoridades británicas presionaron para que se nombrase un comandante en jefe español, que sustituyera la actual estrechez de miras de las juntas provinciales, se amenazó con retirar el apoyo a las juntas de no unirse más efectivamente, esta exigencia favoreció la centralización del poder político español que ya se estaba gestando al margen de esto. El 25 de septiembre se instaló la Junta Suprema Central Gubernativa del Reino en el palacio de Aranjuez, compuesta por representantes de Aragón, Asturias, las islas Canarias, Castilla la Vieja, Cataluña, Córdoba, Extremadura, Galicia, Granada, Jaén, León, Madrid,

⁶² Toreno, conde de (José María Queipo de Llano y Ruiz de Sarabia) (1786-1843): enviado a Londres en misión especial de la Junta asturiana (1808), diputado y presidente de las Cortes (1820-1823), ministro de Hacienda (1834), presidente del Consejo de Ministros de España (1835-1836).

⁶³ De la Vega Infanzón, Andrés Ángel (1768-1812): miembro de la Junta asturiana (1808-1809), enviado a Londres en misión especial de la Junta asturiana (1808), diputado de las Cortes de Cádiz (1810-1812).

⁶⁴ Cavendish-Bentinck, William (duque de Portland) (1738-1809): primer ministro británico (1783 y 1807-1809).

⁶⁵ Luis Alejandro Síntes: "Inglaterra en la Guerra de la Independencia". *Diario de Mallorca*, 1 de mayo de 2008.

las islas Baleares, Murcia, Navarra, Sevilla, Toledo y Valencia⁶⁶, esta junta nombró inmediatamente a Ruiz de Apodaca como plenipotenciario español en Gran Bretaña con el objetivo de firmar un tratado entre las dos naciones.

El 14 de enero de 1809 se firma el Tratado de paz, amistad y alianza entre España y el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda, los representantes son el nuevo embajador ante la Corte de Jorge III, Ruiz de Apodaca, y el primer ministro inglés George Canning⁶⁷, sus puntos más importantes son: confirmación de paz absoluta entre España e Inglaterra, auxilio a la nación española en su lucha contra la ocupación francesa, Fernando VII es reconocido como rey, compromiso inglés y español de no ceder en caso alguno a Francia parte de los territorios de la Monarquía española y la obligación de no hacer una paz separada⁶⁸ (se temía por parte española una paz entre Francia e Inglaterra que, como en el caso de la Paz de Utrecht, desgajara parte de los territorios españoles, mientras que por otra parte Inglaterra temía que algún territorio español fortaleciera aún más a Francia). La ayuda que quería España eran hombres y dinero, pero el Gobierno del duque de Portland tenía poco efectivo para gastos, y los acontecimientos de la retirada del general inglés John Moore hacían de lo más problemático el envío de otro ejército. Se rechazaron por estas causas todas las solicitudes de ayuda y se condicionó el envío de tropas a la admisión en Cádiz de una guarnición británica como gesto de buena fe. Lo más espinoso era la relación establecida entre los subsidios británicos, el libre comercio, y la América Española; el ministro de Asuntos Exteriores George Canning, al plantearse las siempre crecientes solicitudes de ayuda, condicionó su cuantía a tener acceso tanto a la plata americana como al comercio colonial, sugiriendo una reforma de las relaciones entre metrópoli y colonias, la Junta Central rechazó esta propuesta y siempre lo haría, sobre esta cuestión, en el futuro, los distintos gobiernos españoles⁶⁹. El 29 de enero de 1810 se expidió el último decreto de la Junta Central, por el cual, ésta se disolvía y daba paso al Consejo de Regencia de España e Indias; este nuevo órgano tenía, en teoría, la misma autoridad que el rey Fernando VII, y actuaba representándole en su ausencia, la Regencia se mantuvo hasta que el rey asumió sus poderes. El cambio no supuso una mejora en las relaciones hispano-británicas, y de hecho el nuevo embajador inglés Henry Wellesley,

⁶⁶ Esdaile, Charles: *La guerra de la independencia: una nueva historia*. Ed. Crítica, Barcelona, 2004, p. 154.

⁶⁷ Canning George (1770-1827): ministro de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña (1807-1809 y 1822-1827), primer ministro (1827).

⁶⁸ Cantillo: *Tratados y convenios...*, pp. 719-721.

⁶⁹ *Ibidem*, p. 214.

hermano de Arthur Wellesley⁷⁰, tenía una mala imagen tanto de la Junta, como después de la Regencia (en la biografía de Pizarro, incluida en la biografía, este tipo de desavenencias son constantes):

“Es imposible no darse cuenta de que tienen muchos defectos tan notoriamente característicos del modo de actuar de la Junta Suprema... La misma falta de energía y de firmeza, el mismo sistema de dejarlo todo para mañana... prevalece, lamento decirlo, en los modos de actuar del Consejo de Regencia... Aunque han pasado seis semanas desde que el ejército español llegó a la Isla de León ... no se ha intentado hacerlo más eficaz ... Siguen estando mal vestidos ... mal alimentados y su disciplina está completamente descuidada. El pago de algunas ... unidades tiene ocho, y el de otras (creo) catorce meses de retraso”⁷¹.

Estas opiniones eran frecuentes en los ingleses; un oficial británico, exponía que lo único que había cambiado era que *“sólo tenía que tratar los asuntos con cinco necios en vez de treinta y cinco”⁷²*. No dejaron de enviar juntas y Regencia representantes a Gran Bretaña con el objeto de solicitar auxilios, se envió al por entonces ministro Pedro Cevallos⁷³ en febrero de 1809, y al duque de Alburquerque en mayo de 1810⁷⁴. En 1811 se envió como embajador en Inglaterra al duque del Infantado⁷⁵, pero su elección en 1812 para regente del reino dejó libre la embajada en Londres que, a propuesta del ministerio de Estado⁷⁶ obtuvo el conde de Fernán Núñez⁷⁷ el 29 de enero de 1812, siendo acogido calurosamente por los ingleses, puesto que el día 22 escribía Henry Wellesley al nuevo representante español en los siguientes términos: *“Cuando el Ministro de Estado me preguntó mi opinión sobre la elección que la Regencia pensaba hacer, no pude menos de decirle que el nombramiento de usted sería muy grato al Príncipe Regente y a su Gobierno, y creo que se hallará usted bien obrando de acuerdo con Castlereagh”⁷⁸*. Los

⁷⁰ Wellesley, Arthur (duque de Wellington) (1769-1852): comandante en la expedición a Dinamarca (1807), jefe de la fuerza expedicionaria británica en la Península Ibérica (1808 y 1809-1814), generalísimo de todos los ejércitos españoles (1812-1814), embajador británico en Francia (1814-1815), master-general of ordnance (1819-1827), comandante en jefe del ejército británico (1827-1854, exceptuando los periodos donde fue primer ministro), primer ministro británico (1828-1830 y 1834).

⁷¹ Esdaile: *La guerra...*, p. 332.

⁷² *Ibidem*, p. 331.

⁷³ Cevallos Guerra, Pedro (1764-1840): secretario de Estado de España (1800-1809 y 1814-1816), enviado a Inglaterra en misión especial (1809-1810).

⁷⁴ López-Cordón: “Intereses económicos...”, p. 92.

⁷⁵ Infantado, duque del (Pedro Alcántara Álvarez de Toledo) (1773-1841): presidente del Consejo de Castilla (1808 y 1814-1820), embajador en Londres (1811-1812), presidente del Consejo de Regencia (1823), ministro de Estado (1825-1826).

⁷⁶ En esos momentos era secretario de Estado Bardají, amigo personal del conde de Fernán Núñez.

⁷⁷ Fernán Núñez, conde de (Carlos Gutiérrez de los Ríos) (1779-1822): embajador en Londres (1812-1817), embajador en París (1817-1820).

⁷⁸ De Henry Wellesley, embajador británico en España, a conde de Fernán Núñez, candidato a embajador español en Gran Bretaña, Cádiz, 22 de Enero de 1812. Citado en: Villaurrutia, Wenceslao Ramírez de

nombramientos de embajadores españoles en Londres, como prueba de cortesía, eran comunicados al representante inglés en Cádiz, que daba su beneplácito en nombre del regente inglés, aunque no fuera requisito indispensable y práctica adoptada en las cancillerías europeas. Se ve aquí el dominio que quiere tener Inglaterra de la diplomacia española, marcándola su camino como demuestra la última frase que hemos leído en la anterior cita: “y creo que se hallará usted bien obrando de acuerdo con Castlereagh”.

Las relaciones principales se efectuaban en el territorio español, pero hubo disputas importantes sobre las Américas, las autoridades coloniales británicas simpatizaban con los insurrectos, a pesar de las instrucciones de lord Liverpool⁷⁹, favoreciéndolos y dando lugar a repetidas quejas de nuestro embajador en Londres. Los gobernantes españoles recelaron siempre de que Inglaterra favoreciera a los insurgentes americanos, tanto porque España había ayudado a los Estados Unidos a independizarse, como porque a una nación eminentemente comercial, como era Gran Bretaña, le interesaba poder comerciar con el rico Imperio español en América que se hallaba en régimen de monopolio. Esto mismo expresó Henry Wellesley: “Una de las consecuencias de la insurrección de las Colonias de América ha sido el de hacer sospechosos todos nuestros procedimientos, ya se refieran a la Península, ya a las Colonias, con lo cual resulta quebrantada la influencia del Ministro británico en España.”⁸⁰. Bastantes meses antes, el 29 de agosto de 1810, escribía Wellesley que había encontrado al secretario de Estado Eusebio Bardají⁸¹ muy agitado, por las noticias de Buenos Aires y los despachos de Apodaca y Alburquerque, sobre lo bien que habían recibido en Londres las autoridades británicas a los diputados de Caracas⁸², además se recordaba la ayuda prestada por el general Layard que inicialmente había proporcionado armas, dinero y pertrechos militares a la junta de Caracas. Henry Wellesley ya se quejaba amargamente, en 1811, de su debilitada posición, después de que fuera rechazada, por Inglaterra, una proposición española de bloquear marítimamente las colonias sublevadas: “La irritación y el descontento

Villaurrutia, marqués de: *Fernán Núñez. El embajador*, Francisco Beltrán, Librería Española y Extranjera, calle Príncipe, 16, Madrid, 1931, p. 25.

⁷⁹ Liverpool, lord (Robert Banks Jenkinson) (1770-1828): secretario de Asuntos Exteriores (1801-1804), secretario de Estado para la Guerra y las Colonias (1809-1812), primer ministro británico (1812-1827), líder de la cámara de los Lores (1803-1806 y 1807-1827).

⁸⁰ De Henry Wellesley, embajador británico en España, a Arthur Wellesley, jefe del ejército expedicionario británico en España, Cádiz, 24 de abril de 1811. Citado en: Villaurrutia: *Relaciones entre...*, vol. 2, p. 383-384.

⁸¹ Bardají Azara, Eusebio (1776-1842): secretario de Estado de España (1809, 1810 [interino las dos veces] y 1821-1822), plenipotenciario español en el Imperio austriaco (1809), ministro de Asuntos Exteriores (1810-1812, 1821, y 1837) embajador en Lisboa, embajador español en Rusia (1812-1816), embajador en Lucca (1817-¿?).

⁸² Villaurrutia: *Relaciones entre...*, vol. 2, p. 383-384.

excitados por estas sospechas tienden a debilitar considerablemente la influencia de Gran Bretaña aquí, retardando la conclusión de cualquier acuerdo comercial, e impidiendo la adopción de esas medidas que tengo encomendadas para conseguir que la guerra en la Península continúe con éxito”⁸³.

Este problema era crónico, y se intentó solucionar con una oferta por parte de Gran Bretaña para mediar entre España y las autoridades coloniales que no reconocían el poder español en América. El proyecto se envió el 27 de mayo a Eusebio Bardají, y éste lo trasladó a las Cortes que incluyeron un artículo, el 7º, inaceptable para Gran Bretaña:

“Por cuanto sería enteramente ilusoria la mediación de la Gran Bretaña si se malograra la negociación por no quererse prestar las provincias disidentes á las justas y moderadas condiciones que van expresadas, debe tenerse por acordado entre las dos naciones que, no verificándose la reconciliación en el término de quince meses, la Gran Bretaña suspenderá toda comunicación con las referidas Potencias y además auxiliará con sus fuerzas á la metrópoli.”⁸⁴.

Inglaterra no aceptó este artículo por no estar dispuesta a intervenir militarmente en América, el problema no se solucionó y siguió enquistando las relaciones y la confianza mutua. Era lógico que los ingleses se negaran a una intervención en América, entre otras razones porque sus fuerzas estaban ya bastante ocupadas en Europa y no era su problema.

Con el fin de mejorar la coordinación de las acciones militares, que era lo principal en esos momentos, el 4 de diciembre de 1812, por un decreto del Consejo de Regencia de Cádiz, Gran Bretaña consigue que Arthur Wellesley sea nombrado generalísimo de todos los ejércitos hispanos tras arduas negociaciones entre los españoles partidarios o no de esta medida, los generales estaban en contra y Pizarro, que dimitió como secretario de Estado por esta decisión, nos dice lo siguiente en sus memorias:

“Hacía varios meses que mediante una serie de intrigas se trataba de robustecer el influjo inglés (...) La guerra era nacional, y dejaba de serlo casi por esta medida (...) el orgullo nacional, principal elemento de esta guerra, quedando nulo; y para la política, la gloria, al fin, no sería nuestra en su mayor parte, y por consiguiente, el influjo e importancia de la nación en lo ulterior quedaba destruido y transmitido a Inglaterra, que, por decirlo así, iba a negociar con nuestros fondos. Así fue. (...) ¡¡La guerra, la guerra!! Gritaban todos; y para esto se sacrificaba el honor nacional, y se renunciaba a los

⁸³ De Henry Wellesley, ministro plenipotenciario en España, a Henry Wellesley a Richard Wellesley, diplomático inglés en la Península, Cádiz, 30 de marzo de 1811. Citado en: Kenneth, John Severn: *A Wellesley Affair: Richard Marquess Wellesley and the Conduct of Anglo-Spanish Diplomacy, 1809-1812*. A Florida State University Book, University Presses of Florida, Tallahassee, 1981. (Traducción propia).

⁸⁴ *Ibidem*, p. 387.

laureles propios para aumentar el influjo y la gloria de Inglaterra a nuestra costa. ”⁸⁵.

Muy acertado en sus comentarios (aunque lógicamente escribió estas memorias a posteriori) Pizarro definía bien lo que significó esta decisión; para la historia ha quedado la campaña de Wellington liberando España al lado del guerrillero español, el ejército regular español tuvo una publicidad muy mala por parte inglesa, hasta el punto de que, como veremos más adelante, Wellington no quiso, durante el Imperio de los Cien Días, que España invadiera Francia por la poca confianza que tenía en nuestras tropas, previendo saqueos masivos y descontrol absoluto. En el mismo decreto de la Regencia también se reorganiza el ejército español, dividiéndose en cuatro grupos principales al mando de generales: Francisco de Oliver-Copons en Cataluña, Francisco Javier Elio en Murcia, Lorenzo Fernández de Villavicencio, duque del Parque y San Lorenzo, en Andalucía, y la reserva de Cádiz al mando de Enrique José O'Donnell. El también general Francisco Javier Castaños unifica en Castilla a las partidas guerrilleras de Porlier, Jáuregui, Bárcenas y Mendizábal.

Las relaciones militares entre españoles e ingleses fueron horribles y merecen una monografía; ambos se acusaban mutuamente de sus derrotas e incluso de no aprovechar sus victorias mejor, sería inabarcable el número de anécdotas sobre las malas relaciones durante la dura guerra, pero es necesario citar a modo de ejemplo algunas: muchas tropas inglesas (reclutadas entre lo más bajo de la sociedad) saqueaban constantemente allí donde iban y maltrataban a los civiles, la baja calidad de las tropas regulares españolas exasperaba continuamente a los ingleses... Resulta muy significativo especialmente la mala imagen que tenía Wellington de todo lo español, esto decía después de la rendición de Badajoz sin ser defendida por los españoles:

*“Aunque la experiencia me ha enseñado a no confiar en... tropas españolas... este reciente desastre me ha disgustado y afectado mucho. La pérdida de este ejército y su... consecuencia, la caída de Badajoz, ha alterado materialmente la situación de los aliados... y no será fácil tarea devolverlos a la situación en que se hallaban, y mucho menos a aquella en que estarían de no haberse producido esta desgracia.” “ciertamente se hubiera evitado si los españoles no hubieran sido más que españoles.”*⁸⁶.

⁸⁵ Pizarro: *Memorias*. pp. 186-188.

⁸⁶ Esdaile: *La guerra...*, p. 387.

Otro problema fue el envío de tropas españolas a América, el 19 de septiembre de 1811 Henry Wellesley protestó enérgicamente por ello, pero el 22 de septiembre se contestó justificándolo en la necesidad de luchar por la integridad de todo el territorio español⁸⁷. Siguieron las protestas inglesas en 1812, pero el Gobierno español se justificaba de la misma manera: *“Es indudable que una de las primeras obligaciones que han contraído implícita y explícitamente los Depositarios de la suprema autoridad del Estado es mantener la integridad de este y cuidar la observancia de las leyes establecidas”*⁸⁸. El 22 de mayo Henry Wellesley vuelve a protestar por el desmantelamiento del ejército de Galicia para mandarlo hacia América⁸⁹, y ya el 27 de mayo se le responde positivamente, suspendiendo el embarque de tropas de Galicia para ultramar⁹⁰.

A parte de los problemas militares, también empeoraba las relaciones la riada de exiliados políticos, que llegaron a Inglaterra cuando Fernando VII se declaró rey absoluto; uno de los primeros en llegar a Londres fue el conde de Toreno, que había sido también el primero (como representante de Asturias) en llevar la noticia del alzamiento del principado asturiano, promoviendo como hemos visto la alianza con Inglaterra. Era difícil persuadir a los ingleses de que aquel patriota, entusiasta de Fernando VII, era ahora un criminal dañino para la Monarquía. Fernán Núñez pedía su extradición con la misma resolución con que le eran denegadas esa y todas las demás; jamás extraditó Gran Bretaña a ningún emigrado liberal español, y la prensa inglesa era unánime en su oposición al régimen restaurado por Fernando VII⁹¹.

Un *affaire* singular fue el del Toisón de oro y Jorge IV⁹², en aquellos momentos regente. El 23 de marzo de 1814, un día después de la llegada de Fernando VII a España, manifestó Fernán Núñez a lord Liverpool que la Regencia española quería regalar al príncipe regente el Toisón. El *premier* inglés le expresó que había un problema, pues en tales casos la etiqueta tiene establecido que el país receptor tiene que otorgar una distinción similar al rey del otro país, que sería en este caso la Orden de la Jarretiera, la cual en sus estatutos impedía que se diera a los que profesaban la religión católica,

⁸⁷ AHN. Estado, leg. 5620. Del Gobierno español, a Henry Wellesley, embajador de Inglaterra en España. Cádiz, 22 de septiembre de 1811.

⁸⁸ AHN. Estado, leg. 5620. Del Gobierno español, a Henry Wellesley, embajador de Inglaterra en España, Cádiz, 9 de marzo de 1812.

⁸⁹ AHN. Estado, leg. 5620. De Henry Wellesley, embajador de Inglaterra en España, a Ignacio de la Pezuela, secretario de Estado de España. Cádiz, 22 de marzo de 1812.

⁹⁰ AHN. Estado, leg. 5620. De Ignacio de la Pezuela, secretario de Estado de España, a Henry Wellesley, embajador de Inglaterra en España. Cádiz, 27 de mayo de 1812.

⁹¹ Villaurrutia: *Fernán Núñez...*, p. 31.

⁹² Jorge IV (1762-1830): príncipe regente (1811-1820), rey del Reino Unido (1820-1830).

apostólica y romana. Si por estas razones el príncipe regente no pudiera aceptar la proposición, por decoro quedaría como no hecha, pero esta posibilidad no tuvo lugar y pocos días después Inglaterra contestó afirmativamente. El problema fue que con la llegada de Fernando VII a España el asunto quedó paralizado, por creer la Regencia que correspondía al rey la concesión de esta gracia. El asunto se demoró bastante, hasta el 4 de junio, cuando autorizó la concesión el secretario de Estado José Miguel de Carvajal, duque de San Carlos, a Courtoys, suplente de Fernán Núñez en la embajada española en Londres al viajar éste a París a negociar la paz:

*“Queriendo el rey nuestro Señor dar un testimonio público de S. A. R. el Príncipe Regente de Inglaterra, así de la sincera amistad que le profesa como de reconocimiento por lo mucho que ha contribuido a la libertad de España y a la paz y tranquilidad en Europa, ha resuelto condecorarle con el Toisón de oro. En consecuencia, quiere S. M. que V. S. lo haga saber a S. A., a quien se remitirá el Toisón de Oro luego que se sepa que lo ha aceptado.”*⁹³.

Un fallo enorme de coordinación, pues el Toisón estaba ya aceptado. El 18 de junio llegó Fernán Núñez a Londres informándole Courtoys que no había podido cumplimentar la orden, pues el príncipe regente ya había recibido el Toisón de manos del emperador de Austria⁹⁴. El 21 de junio en un acto oficial se encontró Fernán Núñez con el príncipe regente luciendo el toisón, quien le dijo⁹⁵: *“El emperador de Austria se ha adelantado, y aunque yo había admitido otro con gusto, como se ha pasado el tiempo, no he creído poder rehusar. No es posible llevar dos, ni menos dejar de llevar el que tengo, así diga usted al Rey, que como cualquiera demostración de su afecto me será sumamente grata, que me envíe la Orden de Carlos III, que llevaré con el mismo gusto por venir de su*

⁹³ De José Miguel de Carvajal, duque de San Carlos, secretario de Estado español, a Courtoys, suplente del embajador español en Inglaterra Fernán Núñez (que estaba en París negociando la paz general), Madrid, 4 de junio de 1814. Citado en: Villaurrutia: *Fernán Núñez...*, p. 96.

⁹⁴ La orden del Toisón de oro es una orden de caballería fundada en 1429 por el duque de Borgoña y conde de Flandes, Felipe III de Borgoña, para celebrar su matrimonio con la infanta portuguesa Isabel de Avis. Al casarse la heredera de la corona Borgoñona María, con el archiduque Maximiliano I de Austria, la orden quedó vinculada a la Casa de Austria, y posteriormente a los Austrias españoles. A la muerte de Carlos II de España, los dos pretendientes al trono español, Felipe de Anjou y el archiduque Carlos ostentaron la dignidad de Grandes Maestres de la Orden por lo que se puede decir que hubo una escisión. En 1725, un tratado entre ambos soberanos reconoció a Carlos VI la dignidad de Gran Maestre de forma vitalicia pero sus herederos siguieron ostentando el gran maestrazgo sin atender a las protestas españolas que cuestionaron su legitimidad. El caso es que es la misma condecoración era otorgada por el Imperio austriaco y España, por lo tanto la demora en la entrega impidió que España pudiera dar la distinción al príncipe regente.

⁹⁵ Estas palabras las escribe Villaurrutia con cierta maldad, pues tacha al príncipe regente de muy presumido y avaricioso con este tipo de condecoraciones. Por esa razón da mucha importancia a las buenas maneras y al protocolo diplomático, que era otra pieza más en nuestro puzzle de incompetencias diplomáticas.

mano”⁹⁶. Finalmente Fernando VII estipuló dos grandes Cruces de Carlos III, una para el regente y otra para el que éste designara (que finalmente sería su hermano, el duque de York). También estuvo lento el Gobierno en mandar los collares, pues se habían concedido al emperador de Rusia y al rey de Prusia, pero las distinciones llegaron a Londres cuando hacía tres semanas que habían partido. El 3 de julio llegó a Londres el teniente coronel Fernando de Navia, portador de los tres collares, y aquel mismo día quedó en poder del duque de Ciudad Rodrigo el pliego donde Fernando VII le encargaba que diera investidura a los tres nuevos caballeros de Carlos III⁹⁷.

Como se verá, todos estos choques y malas relaciones pudieron hacer que Inglaterra no defendiera la inclusión de su aliado de tantos años de guerra dentro del concierto de las grandes potencias, algo que podría haber conseguido fácilmente de haber querido.

Austria.

Tras la ejecución de la reina María Antonieta en 1793 (princesa austriaca) Austria declaró la guerra a Francia dentro de la Primera Coalición (1793-1797), pero la perdió y en 1797 firmó el Tratado de Campo Formio donde entregó ciertos territorios a Francia quedándose apenas sin costa. Muy poco después Austria participó en la Segunda Coalición (1798-1800) para perder las batallas de Marengo y Hohenlinden (14 de junio y 3 de diciembre de 1800), viéndose obligada a firmar el Tratado de Luneville el 9 de febrero de 1801 con Francia, perdiendo más territorios e influencia. En 1804 adquirió la denominación de Imperio austriaco, un nombre que no abandonaría hasta 1867 con la formación del Imperio austro-húngaro. En abril de 1805, el Reino Unido y Rusia firmaron un tratado para expulsar a los franceses de Holanda y Suiza, Austria se unió a esta Tercera Coalición tras la anexión francesa de Génova y la proclamación de Napoleón como rey de Italia. Austria invadió Baviera con su ejército principal al mando del general Mack, cayendo derrotado en la Batalla de Ulm, que abrió las puertas a la invasión de Viena; en Austerlitz el ejército austro-ruso fue barrido por las tropas francesas obligando a Austria a firmar el Tratado de Pressburg, que terminaba con la guerra y reforzaba los anteriores Tratados de Campo Formio y de Luneville, además obligaba a Austria a ceder territorios a los aliados alemanes de Napoleón, e imponía una indemnización de 40 millones de francos. Austria participó en todas las coaliciones anti-francesas menos en la






⁹⁶ Villaurrutia: *Fernán Núñez...*, p. 101.

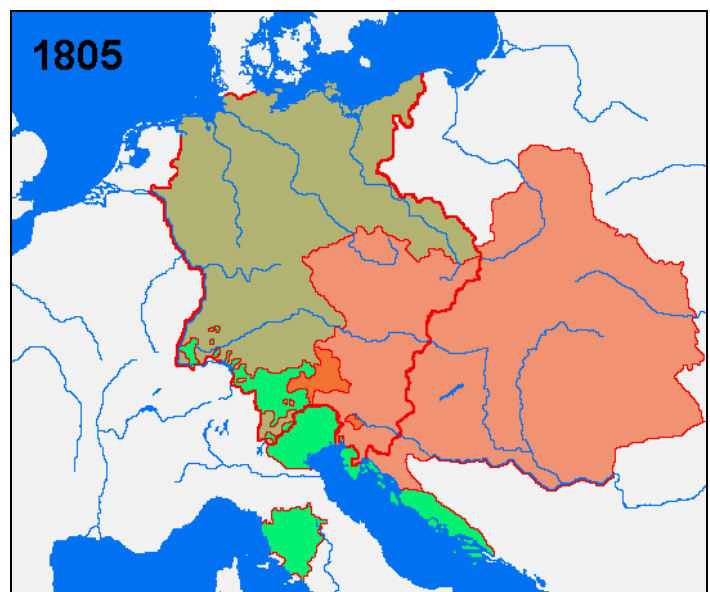
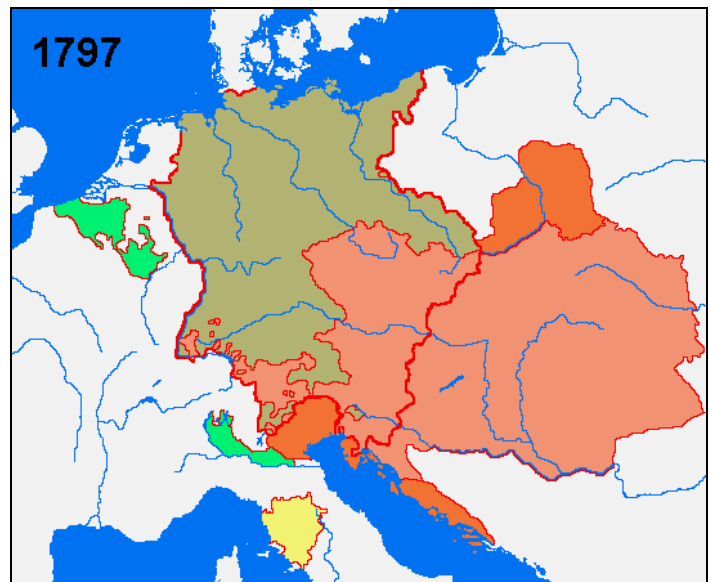
⁹⁷ *Ibidem*, pp. 101-102. (Todo el suceso del Toisón se explica en este libro desde la página 95 a la 102.)

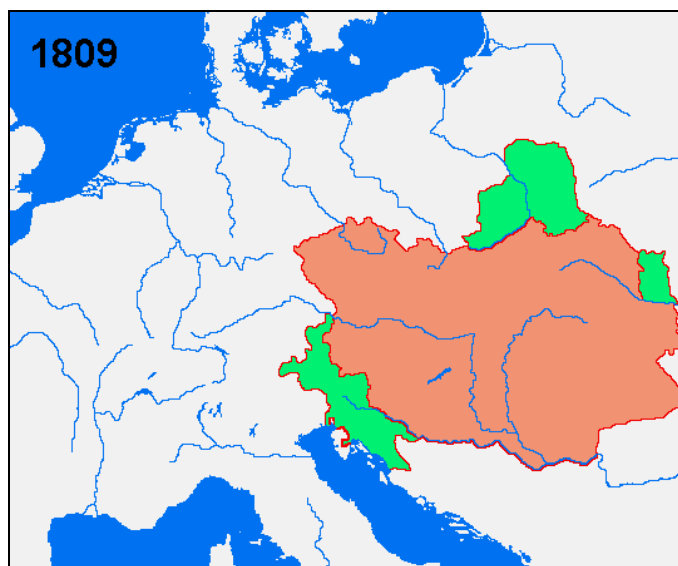
cuarta, siendo el país más antagonista de Francia salvo Gran Bretaña, los numerosos territorios perdidos en las constantes guerras la hacen una enemiga natural del país que ha causado su merma territorial.

En la página siguiente nos encontramos tres mapas que muestran gráficamente como Austria fue empequeñeciendo su tamaño a través de las paces firmadas con Francia durante las Guerras Napoleónicas; el primer mapa nos muestra como quedó Austria tras el Tratado de Campo Formio, en el segundo después del Tratado de Presburgo, y el tercero corresponde a lo acordado en el Tratado de Schönbrunn:

Evolución territorial de Austria (1797-1809)

-  Austria.
-  Territorios perdidos.
-  Territorios ganados.
-  Toscana, cambiada a una línea de sucesión austriaca.
-  Otras partes del Sacro Imperio Romano Germanico. (En el tercer mapa ya no aparece esta leyenda pues Napoleón lo hizo desaparecer en 1806).





Fuente: elaboración propia.

Con estos antecedentes contaba al iniciarse la Guerra de la Independencia, M. Genotte, su representante en España, envió regularmente correos a su país con los cuales, aunque recibidos con puntualidad en Viena, no consiguió recibir instrucciones concretas para decantarse por los “patriotas” o los “afrancesados”⁹⁸ hasta que se deshizo la paz con Francia en 1809; se le ordenó entonces tomar partido por los “fernandinos”⁹⁹ en calidad de encargado de Negocios¹⁰⁰. Austria, animada por la victoria española de Bailén, la presencia de Napoleón en España, y el débil contingente dejado por Francia para proteger su frontera occidental, realizó una serie de ataques con el objetivo de recuperar las posesiones perdidas en anteriores guerras, todo esto en el marco de la Quinta Coalición (formada por la alianza entre Gran Bretaña y Austria). El representante austriaco expresa aquí los beneficios mutuos que una alianza hispano-austriaca podía representar:

“ (...) Austria no ha podido hacer los grandes esfuerzos que ha hecho, sin grandes sacrificios; y es bien sabido que el dinero es el nervio de la guerra. Así es, que aunque son mui generosos los subsidios que la Inglaterra da al Austria, està el Austria en caso de reclamar otros recursos. La distancia y las comunicaciones hacen que las remesas de numerario se hagan mui lentamente, la España, que por su posición està en el caso de disminuir estas dilaciones tan perjudiciales al interés reciproco de àmbos estados, la España podrá hacer un

⁹⁸ Esto demostraría que Austria era neutral por miedo a Francia, pero sus intereses reales estaban en contra de la hegemonía francesa y a favor de los países que la combatían como España.

⁹⁹ Solano Rodríguez, Remedios: *La influencia de la Guerra de la Independencia en Prusia a través de la prensa y la propaganda: la forjadura de una imagen sobre España (1808-1815)*. Tesis doctoral (Universidad Complutense). Biblioteca virtual Miguel de Cervantes, Madrid, 1998, p. 126.

¹⁰⁰ Toreno, José María Queipo de Llano Ruiz de Saravia, conde de: *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*. Tomo 1. Librería europea de Baudry, París, 1838, p. 389.

*servicio mui distinguido à S. M. I. y sus Estados, negociando con el ministro inglés en Sevilla para que se enviasen pronta y directamente caudales en efectivo á Trieste ó Fiume, ó hacer un empréstito, sobre cuyas condiciones no sería difícil entenderse. Esta memoria está apoyada en estos dos puntos. Primero: que es indispensable que los exércitos españoles tomen la ofensiva para echar del territorio español à los franceses lo mas pronto que se pueda, alejando toda idea de reposo ò demora; que es una ilusión, de que si no se hace tendrán un triste desengaño. Segundo; que en el día en que la mayor parte de los exércitos franceses pesan sobre el Austria; y esta necesita hacer los mayores esfuerzos, conviene por interés común que el gobierno español é ingles se den mutuamente la mano para acelerar el envio ò remesa de socorros pecuniarios al Austria, del modo que encuentre mas eficaz y expeditivo para que lleguen”*¹⁰¹.

Como se ve, Austria pide un lógico esfuerzo militar, pero también un no tan razonable esfuerzo monetario al Gobierno español, inmerso en una guerra en la cual lejos de sobrarle dinero lo pedía con denuedo a las autoridades británicas. La Junta Central por su parte envió a Eusebio Bardají como plenipotenciario para defender los intereses de España en la Corte Imperial austriaca¹⁰², pero sus afanes por conseguir una entrevista con el emperador o algunos de sus ministros fueron vanos. Austria perdió la guerra y tuvo que firmar con Francia el Tratado de Schönbrunn (14 octubre 1809), un tratado que entre otras cosas la obligaba a reconocer a José I como rey de España. La consecuencia fue que Metternich¹⁰³ envió un comunicado a Bardají instándole a salir del país, debido a las obligaciones adquiridas con Francia en el reciente tratado, las protestas de Bardají no sirvieron para nada. A pesar de esta orden Austria no estaba contento con Francia (por la sangría de territorios que va perdiendo guerra tras guerra con Francia como hemos visto en los mapas) y se niega a enviar ningún representante con José I, Genotte se refugia en Gibraltar, desde donde a petición de Metternich informa puntualmente de la evolución de la guerra en España¹⁰⁴.

Pasó el tiempo y la situación de Austria no cambió, a pesar de eso España intentó un acercamiento, y envió a Justo Machado para ello. Se le dieron unas instrucciones, firmadas el 23 de enero, que buscaban llamar la atención de que la posición de los

¹⁰¹ Memoria presentada á la Junta Suprema Central por M. Gennotte, el 9 de junio de 1809. Citada en: España, Junta Central Suprema Gubernativa del Reino. *Exposición que hacen a las Cortes Generales y Extraordinarias de la Nación Española, los individuos que compusieron la Junta Central Suprema Gubernativa de la misma, de su conducta en el tiempo de su administración*. Imprenta del Estado Mayor General, Cádiz, 1811, Sección 2ª NºIV, p 8.

¹⁰² Martín De La Guadía, Ricardo M.: “España y Austria al final del Antiguo Régimen”, en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Número 134, año 2003, p. 129.

¹⁰³ Metternich, Klemens von (1773-1859): representante austriaco en el Congreso de Rastadt (1797), embajador en Sajonia (1801-1803), embajador en Prusia (1803-1806), embajador en Francia (1806-1809), ministro de Asuntos Exteriores (1809-1846).

¹⁰⁴ Solano: *La influencia...*, p. 126.

patriotas españoles seguía firme contra Napoleón, presionando con el fin de que Austria no apoyara al emperador francés en su presunta futura guerra con Rusia. Su viaje fue muy accidentado llegando el 21 de agosto a Viena, cinco meses después del acuerdo entre Austria y Francia para una colaboración en la invasión a Rusia, y escribió esto al secretario de Estado dos días después de llegar:

“Siendo ya imposible impedir la alianza entre Francia y Austria, que se firmó un mes escaso después de mi salida de Cádiz, creo que el espíritu de mis instrucciones me obliga a evitar en cuanto sea posible sus funestas consecuencias, esforzando mis instancias para que, por lo menos, no continúe este débil y engañado Gabinete dando socorros a los franceses. Para este fin, y aun dada mi incierta situación no habrá medio que no emplee ni resorte que no toque (...) En el caso de no poder contar con los Príncipes, pervertidos unos, engañados otros y sin carácter todos, ¿se debe recurrir a los pueblos sacando partido de su odio al tirano que los oprime! (...) no sería difícil, contando con los agentes de nuestra aliada Inglaterra, promover un levantamiento simultáneo y combinado de la Suiza, los grisones, la Valtelina, el Tyrol, las provincias Ilíricas, el Salzburgo y la Italia. Tanto Mr. Johnson, agente que desde el año pasado tuvo aquí Inglaterra como Mr. King, que lo es ahora, piensan como yo, y el Conde Metternich, advertido de ello, no ha podido menos que decir a Johnson, al despedirse éste para Sicilia, que el Gabinete austriaco piensa siempre con simpatía en el Gabinete inglés; más que donde éste debe emplear sus mayores esfuerzos es en España, pues la guerra de España dará el norte a los destinos de Europa. Con estas referencias no puedo menos de rogar a V.S. que dé las órdenes convenientes para que con toda frecuencia se me instruya, por vía de Malta, de los sucesos de la Península, que; presentados en este Gabinete por el aspecto más favorable, pueden tal vez influir mucho en la disposición de su ánimo respecto a nosotros, así como respecto a la enmienda de su conducta con Napoleón.”¹⁰⁵.

Como se ve el viaje fue inútil, pero al menos se colocó un plenipotenciario allí que se mantendría hasta la llegada de Labrador al Congreso de Viena; en realidad colocar a un representante en esa Corte era lo importante, pues la presión que podía ejercer España para que Austria no colaborara con Francia en la invasión era muy limitada, no obstante el emisario español era una voz más que repetía lo mismo contra Francia y esto tampoco puede desdeñarse. Por otra parte el ánimo de Austria para relacionarse con España hizo más útil la misión de Bardají; Metternich se reunió a los pocos días con Justo Machado mostrándole mucha simpatía e insinuando que estaban con Napoleón debido a las circunstancias, que era una alianza forzada, pero que cuando Francia diera muestras de

¹⁰⁵ De Justo Machado, diplomático con misión especial en Austria, a Eusebio Bardají, secretario de Estado español, Viena, 23 de agosto de 1810. Citado en: Bécker, Jerónimo: *Historia de las relaciones exteriores de España durante el siglo XIX: apuntes para una historia diplomática*. Vol. 1. Analecta Editorial, Pamplona 2006. pp. 280-281.

debilidad Austria se volvería contra ella. Machado percibió muy bien esta posibilidad y por eso pide información puntual a Cádiz sobre la marcha de la guerra peninsular para informar y animar a Austria en este aspecto. Machado comunica en un despacho la sustancia de su reunión del 27 de septiembre con Metternich:

“La situación en que la fuerza de las circunstancias ha colocado al Gobierno austriaco, no le permite, con gran pena suya, entrar en el momento actual en relaciones directas de Gabinete con el Gobierno español, y le obliga a limitarse únicamente a hacer votos por la felicidad de España; votos tanto más sinceros, cuanto que las dos Potencias deben considerarse como amigas naturales. Guiado por este principio y por sus sentimientos invariables hacia España, el Gobierno austriaco ha extremado todos sus cuidados para excluir explícitamente, en su último Tratado con Francia, todo acto contrario a los intereses de España y de Inglaterra. No obstante, podéis quedar tranquilamente en esta capital en calidad de particular, hasta el momento venturoso en que puedan establecerse las más íntimas relaciones entre las dos Potencias y se os pueda considerar bajo otro aspecto.”¹⁰⁶

Era verdad que el tratado que firmó Austria con Francia la eximía de apoyar cualquier acción armada de Francia en la Península Ibérica contra Inglaterra, y todo lo que le dijo Metternich resultó luego cierto, pero la clave es que Machado debía permanecer paralizado hasta que la situación cambiara, por ese hecho incluso desde Cádiz se le notificó que volviera a España de no poder sacar más utilidad a su estancia allí. Sin embargo los acontecimientos posteriores, con el desastre de la *Gran Armée* en Rusia, hicieron que cambiaran ya para siempre las circunstancias a las que hacía mención Metternich e inmediatamente se le comunicó desde Cádiz que siguiera en Viena como representante español, aunque tuvo que esperar para que se le quitara el *status* de particular. Las relaciones se normalizaron con España cuando el 12 de agosto de 1813 Austria se adhería a la Sexta Coalición, por lo tanto fue la última de las potencias que reconocieron a los representantes de la Regencia como interlocutores válidos de la soberanía española. A pesar de este cambio, Machado no tenía un *status* definido y no se podía decir que fuera un representante oficial en Austria, la Regencia no se dio prisa por aclarar su *status* lo que demuestra la poca coordinación e inteligencia diplomática que tenía incluso en cuestiones de forma y decoro. Mientras que Austria nombró oficialmente como encargado de Negocios en España a M. Genotte a finales de 1813 (que se encontraba en Gibraltar como dijimos, y apenas tardó en llegar a Cádiz a tomar su cargo oficialmente),

¹⁰⁶ De Justo Machado, diplomático con misión especial en Austria, a Eusebio Bardají, secretario de Estado español, Viena, 3 de octubre de 1810. Citado en: Bécker, *Historia de las...*, vol. 1, pp. 282-283.

la Regencia no respondió a esto hasta el 6 de Marzo cuando se nombró encargado de Negocios en Austria a Pérez de Castro¹⁰⁷, que se encontraba en Lisboa y no llegó a Viena hasta el 25 de julio.





Prusia.

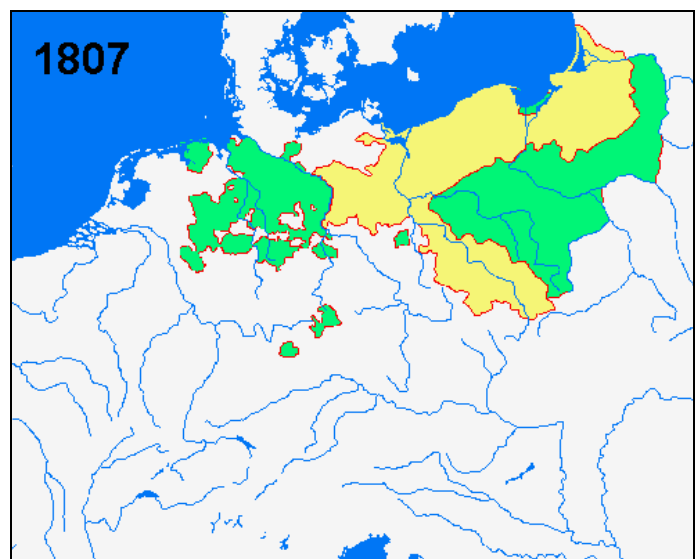
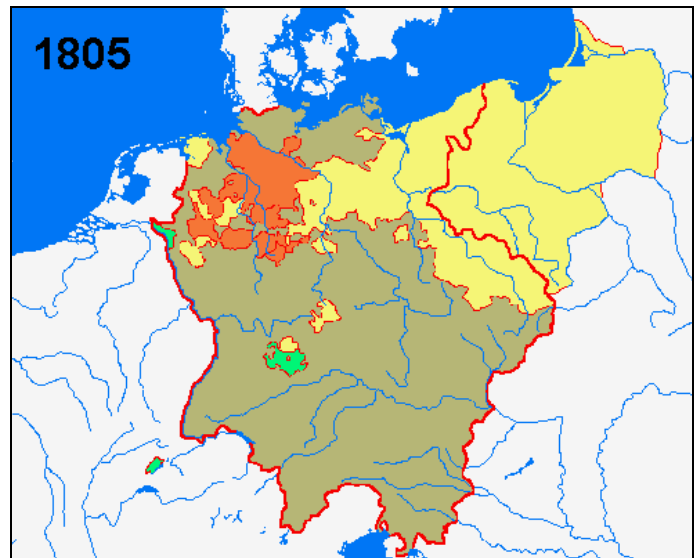
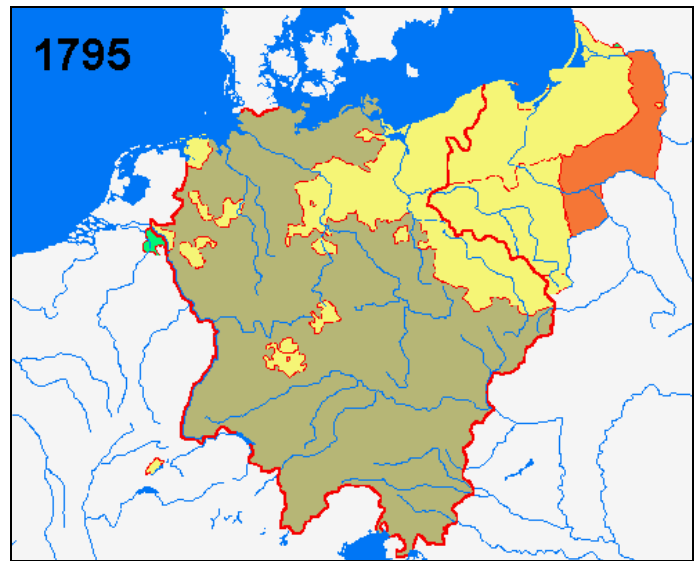
Prusia formó parte de la Primera Coalición (1792-1797) junto con Austria, Reino Unido, Piamonte y España, la cual abandonó junto con España en la Paz de Basilea (1795), esta paz consta de dos tratados; uno de Francia con España y otro de Francia con Prusia, este último se firmó el 1 de abril y cedía los territorios renanos que tenía Prusia al oeste del Rin. La razón de la entrada en guerra fue por la solidaridad antirrepublicana, que surgió entre las monarquías europeas ante el triste destino de Luis XVI. Prusia mantuvo la paz con Francia hasta 1806, año en el que Prusia declaró la guerra, por haber violado Francia su territorio durante la guerra de la Tercera Coalición (1805-1806); se formó así la Cuarta Coalición (sin un periodo intermedio de paz entre las dos). Esta alianza la formaban Inglaterra, Prusia, Rusia, Sajonia y Suecia. Prusia posicionó sus tropas en Sajonia, y Napoleón contraatacó derrotándola en la decisiva Batalla de Jena-Auerstädt, octubre de 1806, capturando Berlín el 25 de ese mismo mes. Posteriormente Rusia, fue derrotada completamente en la Batalla de Friedland, el 14 de junio de 1807, solicitando una tregua. Por el posterior Tratado de Tilsit (julio de 1807) Francia hizo la paz con Rusia, y forzó a Prusia a ceder la mitad de sus territorios a Francia, al Reino de Westfalia de Jerónimo Bonaparte, y al nuevo Gran Ducado de Varsovia, Prusia fue además obligada a hacer una alianza con Francia y adherirse al bloqueo continental.

A continuación vemos tres mapas que muestran la ampliación y reducción territorial de Prusia durante este periodo, la última reducción de 1807 fue especialmente traumática. La extensión del territorio prusiano es reducida con Napoleón, y por eso es lógico que Prusia luchara con Francia siempre que pudiera recuperar territorios perdidos; se enfrentó a Francia en la 1ª, 4ª, 6ª, y 7ª coaliciones anti napoleónicas.

¹⁰⁷ Pérez de Castro (1778-1848): enviado extraordinario en Lisboa (1809-1810), encargado de Negocios en Austria (1814), ministro de España en las ciudades hanseáticas (1817-1820), secretario de Estado (1820-1821), presidente de la Regencia (1830), embajador ante la Corte Pontificia (1833), presidente del Consejo de Ministros (1838-1840).

Evolución territorial de Prusia (1795-1807)

-  Prusia.
-  Territorios ganados.
-  Territorios perdidos.
-  Sacro Imperio Romano Germánico.



Fuente: elaboración propia.

Esta era la situación en la que estaba Prusia en mayo de 1808, y no varió hasta los acontecimientos que desembocaron en la formación de la Sexta Coalición (1812-1814), la definitiva que vencería a Napoleón y en la que se integró este reino. Hasta entonces las relaciones hispano-prusianas eran cordiales pero secundarias, ambos Estados tenían representación diplomática recíproca a través de la cual se llegaron a acuerdos comerciales e incluso militares. Poco antes de que estallara la Guerra de la Independencia Godoy ultimaba los detalles para crear un cuerpo de soldados prusianos que formaría parte del ejército español, pero la guerra abortó esta posibilidad¹⁰⁸.

Cuando estalló la guerra, en mayo de 1808, España se encontraba representada en Berlín por Rafael Urquijo, el anterior encargado de Negocios, Benito Pardo de Figueroa, había sido destinado a San Petersburgo y todavía no se tenía un sustituto oficial. El 19 de julio recibió la notificación oficial de la proclamación de José Bonaparte como rey de España, y unos días más tarde mandó a Madrid su juramento como representante de José I en la Corte prusiana¹⁰⁹. La Regencia sospechó de la deslealtad de Urquijo al no tener noticias suyas, por lo que se comunicó directamente con Diego de la Cuadra, un funcionario leal de la representación española en Berlín, encargándose éste de hacer sentir en Prusia la desgracia de la destronada familia real borbónica y la valiente resistencia contra el invasor francés:

*“No teniendo un conducto seguro por donde hacer llegar al Gabinete de Prusia los sentimientos que animan a la Junta de restablecer sus relaciones de amistad, y perfecta armonía con aquella Corte, cuyas desgracias lamenta la Junta, me ha mandado prevenir a V.E que poniéndose de acuerdo con el ministro de Prusia... vea como hacer llegar al conocimiento de S.M.P. los vivos deseos de la Junta Suprema de manifestarle de un modo nada equivoco la disposición en la que se halla de estrechar los vínculos de amistad y buena inteligencia que siempre han subsistido entre ambas potencias, y que solo el predominio que ejercía en España el Emperador de los franceses, por medio del favorito Príncipe de la Paz, pudo haber entibiado, en la desgraciada época, en que el Gabinete Prusiano tuvo que luchar solo contra todas las fuerzas de Francia”*¹¹⁰.

De esta manera se disculpaba España ante Prusia por aceptar su reducción a la mitad;¹¹¹ echando la culpa a Godoy. Cuando se supo que Prusia había reconocido a José I, la España patriótica se olvida de este país, se estaba en las mismas condiciones que

¹⁰⁸ Solano: *La influencia...*, p. 132.

¹⁰⁹ *Ibidem*, p. 133.

¹¹⁰ Pedro Cevallos, secretario de Estado, a Diego de la Cuadra, funcionario de la embajada española en Berlín, 25 de Noviembre. Citado en: Solano: *La influencia...*, p. 134.

¹¹¹ Ver mapa de Prusia en 1807.

Austria pero sólo con esta última se intentó negociar, lo que demuestra el poco interés que Prusia tenía para los estadistas españoles; Prusia era un país relativamente nuevo (el Reino de Prusia se formó en 1701), y no hubo conciencia de que se convertiría en una gran potencia durante el periodo posterior a la guerra.

El consejero de la legación diplomática prusiana, Henry¹¹², salió de España al comienzo de la Guerra de la Independencia, dejándola huérfana de representación, permaneció en territorio francés donde pidió al conde Goltz instrucciones para saber ante que Gobierno español se tenía de presentar; si ante el que representaba a Fernando VII, o al que representaba al hermano de Napoleón¹¹³. Goltz le comunicó, en un despacho de julio, que sería confirmado más adelante como encargado de Negocios ante José I, pero esto nunca sucedió. Prusia no movió ficha hasta abril de 1810, cuando Goltz notificó a Urquijo, que sería el conde Lenhndorff el representante prusiano en la Corte de José I como enviado extraordinario y ministro, Rafael de Urquijo protestó por la carencia de reciprocidad en las relaciones entre José I y Federico Guillermo III¹¹⁴, y recibió instrucciones concretas sobre esto del Gobierno de José I en la primavera de 1809. ¿Por qué tarda tanto Prusia en nombrar un representante?, resulta evidente que se quiso dilatar lo más posible este hecho, para ver como marchaba la Guerra de la Independencia y la Quinta Coalición, pero las dos guerras fueron mal; la Quinta Coalición fue derrotada y, en España, el último tramo de 1809 y todo 1810 fue muy favorable a las tropas francesas¹¹⁵. Además de sus victoriosas campañas militares, la boda de Napoleón con María Luisa de Habsburgo¹¹⁶ (4 de abril de 1810) marcó el apogeo del poder napoleónico, dando cierta estabilidad a sus conquistas. Prusia, ante estos hechos, era lógico que no quisiera disgustar a un poderoso Napoleón por la nimiedad de no tener un representante en la Corte de José I, pudiendo estar además mejor informados de la marcha de la guerra en España. En realidad el objetivo prioritario de la misión del diplomático prusiano era informar sobre los acontecimientos “reales” de la Guerra de la Independencia; al Gobierno de Prusia le interesaba tener más claro... “... *el laberinto de nociones contradictorias que circulan sobre los acontecimientos militares en España, de*

¹¹² No existen más datos que su nombre de pila en la tesis de Solano.

¹¹³ Solano: *La influencia...*, p. 134.

¹¹⁴ Federico Guillermo III de Prusia (1770-1840): rey de Prusia (1797-1840).

¹¹⁵ En noviembre de 1809 la derrota de Ocaña significó la imposibilidad de los patriotas españoles para poder atacar Madrid con prontitud, el ejército español fue destrozado y 27.000 prisioneros desfilaron por las calles de Madrid. En enero de 1810 la expedición francesa hacía Andalucía consiguió tomarla casi entera (menos Cádiz) en apenas quince días.

¹¹⁶ María Luisa de Austria (1791-1847): hija del emperador de Austria, emperatriz de Francia (1810-1814), duquesa de Parma, Plasencia y Guastalla (1814-1847).

una parte y de la otra se exageran sus avances y se ocultan o se suavizan los reveses, y muy a menudo el espíritu de pasión produce noticias absolutamente falsas e inventadas..."¹¹⁷. Sin embargo, lejos de gustarle, la presencia de diplomáticos extranjeros en España no era grata para Napoleón, por poder dar informaciones sobre la continua guerra que no interesaba que se supieran, lo que contrastaba con los esfuerzos de su hermano José I por actuar como un rey normal, con sus correspondientes representantes exteriores: "*Si usted me pidiera mi opinión, le diría que al Emperador le gusta mucho más ver al señor Lehndorff en París que saberlo en España, el rey (Federico Guillermo III) se ahorraría de esa manera los gastos del viaje y los que le costaría la manutención de un ministro en Madrid*"¹¹⁸. Por esta razón no se mandó finalmente representación ante la Corte de José I. Una vez que, por fin, Prusia entró en guerra contra Francia en el seno de la Sexta Coalición, las apariencias ya no tenían sentido y Prusia se apresuró a pedir un intercambio de representantes diplomáticos, marchando Pizarro a Berlín y el barón Werther a Madrid; más adelante veremos el trabajo que desarrolló Pizarro en la capital prusiana. Las relaciones, entre los próximos vencedores de la Guerra de la Independencia (los "fernandinos") y Prusia, se normalizaron en 1812.

Rusia.

Rusia era posiblemente la mayor potencia militar terrestre después de Francia, y por tanto un preciado aliado con el que la Regencia intentó entablar relaciones prácticamente desde el principio. Sin embargo Rusia, en esos momentos, era aliado formal de Napoleón como correspondía a los Acuerdos de Tilsit (25 de junio / 7 de julio de 1807), acuerdos que pusieron fin a dos años de lucha entre Francia y Rusia; debido a esta alianza Rusia reconoció a José I como rey de España e Indias (agosto de 1808). El primer movimiento diplomático fue a través de la Junta de Sevilla, que envía al zar (con fecha de 27 de julio de 1808) un llamamiento, firmado por sus veinte vocales, abogando por la causa "fernandina" e identificándola como una "*justa causa de todos los pueblos de Europa*", el emperador Alejandro¹¹⁹, "*...cuyos sentimiento a favor de la humanidad y de la defensa del derecho de los pueblos son conocidos...*", comprendería que "*el interés de Rusia*

¹¹⁷ Solano: *La influencia...*, p. 134. (Instrucciones del embajador extraordinario).

¹¹⁸ *Ibidem*, p. 139.

¹¹⁹ Alejandro I de Rusia (1777-1825): zar de Rusia (1801-1825).

consistiría en apoyar nuestra independencia...”¹²⁰. Esta comunicación debía ser entregada por el vicecónsul ruso Juan Bichilli. También la Junta Suprema Central Gubernativa del Reino lo intentaría, siendo su presidente el anciano conde de Floridablanca (un clásico en su interés ya antiguo por Rusia), la posibilidad de éxito era nula pero se intentó firmar un acuerdo secreto hispano-ruso por medio de Antonio de Colombí y Payet¹²¹, cónsul de España en San Petersburgo desde 1773 y con gran arraigo en las altas esferas rusas. Se pretendió iniciar gestiones para un matrimonio entre Fernando VII y la hermana de Alejandro I, la gran duquesa Anna Pavlova, pero no se llegó a nada y Alejandro expresó su deseo de que la Junta llegara a un acuerdo con Napoleón. Lejos de que la gestión ablandara a Alejandro, éste se reunió poco después con el emperador francés en el Congreso de Erfurt (septiembre de 1808), ratificando el Tratado de Tilsit. No todo fueron suplicas españolas para Rusia; en el Madrid reconquistado tras Bailén estaba establecido el barón Strogonoff, embajador de Rusia en España, que no acompañó a José I en su huida a Burgos, posterior a Bailén, tampoco se presentó como embajador al nuevo rey de España alegando falta de instrucciones de su Gobierno. Salió el embajador en agosto para Portugal, pero tropezó con el capitán general de Extremadura, José Galluzo, que le detuvo en Badajoz obligándole a regresar a Madrid. Ya en la capital recibió por conducto seguro (desde Burgos por Laforest), la orden de su Gobierno de presentarse al rey José. El 14 de octubre se celebró en Madrid el cumpleaños de Fernando VII con un motín contra los franceses, y después de matar a dos de ellos corrió la voz de que la legación rusa tenía otros dos a su servicio, la multitud fue a lincharlos pero fueron salvados por el duque del Infantado y Doyle Stuart (representante británico); Strogonoff protestó a Pedro Cevallos por la violación de su inmunidad diplomática (la situación de Strogonoff era muy comprometida, pues por la Paz de Tilsit Rusia no mantenía con “la España fernandina” relaciones diplomáticas, y podría discutírsele esa inmunidad). Uno de los vocales de la Junta, Rodrigo Riquelme fue a dar explicaciones y excusas al embajador ruso, y con el mismo objeto se dispuso que saliera para San Petersburgo Joaquín Campuzano, que no pasó de Trieste. Strogonoff insistió en

¹²⁰ Schop Soler, Ana María: *Un siglo de relaciones diplomáticas y comerciales entre España y Rusia: 1733-1833*. Dirección General de Relaciones Culturales, D.L. Madrid, 1984, p. 87. (Los tres fragmentos)

¹²¹ Colombí y Payet, Antonio (1749-1811): cónsul general de España en Rusia (1786-1811), también fue embajador extraordinario.

salir, no dándose por satisfecho con las excusas de la Junta, y el 9 de noviembre marchó para Cartagena escoltado¹²².

En cuanto a la representación española en Rusia, como hemos dicho anteriormente, en San Petersburgo, el embajador Pardo de Figueroa reconoció como rey a José I de buena gana. Adicto a Godoy, los motivos de su reconocimiento fueron por la clásica ideología del afrancesado de mente ilustrada: *“Reconozco con gratitud y admiración los decretos de la Providencia a favor de una nación generosa, leal y sensible a todo lo que es grande y sublime. Un monarca tan virtuoso como ilustrado como prudente va a gobernarla y en breve tiempo la colmará de prosperidades y la elevará rápidamente a los más gloriosos destinos”*¹²³. Su apoyo a la “legalidad” de las abdicaciones no le valió para librarse de graves problemas económicos, además en julio de 1812 fue expulsado a Riga por la invasión francesa; se puede decir que si buscó con su reconocimiento de José I asegurar su cargo le salió muy mal la jugada, de hecho, según informes de la Regencia se arrepentía privadamente del partido tomado¹²⁴. La legación española en San Petersburgo se completaba con los hermanos Colombí y Antonio Betancourt que sí colaboraron activamente con la Regencia; los tres eran enemigos de Godoy, lo que durante el conflicto marcó mucho el afrancesamiento o no de los políticos españoles. Ya hemos hablado de la primera gestión de Antonio Colombí, el intento de matrimonio de Fernando VII con una gran duquesa rusa, una acción destinada al fracaso, pero no podemos tomar a la ligera la actividad de un hombre con 35 años de experiencia en esa Corte. Colombí informó detalladamente en sus despachos de la evolución en el pensamiento del zar, con el que tuvo comunicación indirecta a través del mayordomo de palacio (amigo personal suyo), consiguiendo que se le informara la verdadera situación de España y obteniendo autorización para conseguir sus actividades oficiosas. Era muy importante que la Junta Central siquiera hiciera ver al zar que existía, y que proseguía su lucha, desmitificando así la invencibilidad de Napoleón, y alimentando que se perdiera el respeto al emperador francés. Se podrían así crear esperanzas en la formación de una gran alianza no derrotada como las anteriores; al fin y al cabo Francia ahora no tendría que luchar solamente contra las potencias centroeuropeas como anteriormente, sino que tenía abierto un complicado frente en la Península Ibérica.

¹²² Villaurrutia, Wenceslao Ramírez de Villaurrutia, marqués de: *El rey José Napoleón; La Misión del Barón Agra; Algunos Cuadros del Museo del Prado; El papa de Velázquez*. Francisco Beltrán, Librería Española y Extranjera, calle Príncipe, 16, Madrid, 1927, p. 71-72.

¹²³ AHN. Estado, leg. 5910. Pardo de Figueroa, embajador de España en Rusia al Gobierno de José I, San Petersburgo, 5 de agosto de 1808. Citado en: López-Cordón, “Intereses económicos...,” p. 94, nota 44.

¹²⁴ *Ibidem*, p. 98

Conviene también hacer mención de que la lejanía y la carencia de una línea de comunicación directa ralentizaba la comunicación entre los rebeldes españoles y Colombí, que muchas veces se tenía que comunicar a través de Inglaterra y otras a través de algún amigo comerciante que viajaba a la Península transportando sus despachos. El carácter oficioso de Colombí, llevó a la Regencia a enviar un representante directo que permitiera llegar a un acuerdo oficial, el elegido fue Joaquín de Anduaga que había sido secretario en Petersburgo y se encontraba en Londres. No consiguió Anduaga pasaporte, y nada más llegar al puerto de Libau fue encarcelado por las presiones del embajador francés, teniendo incluso una disputa con Colombí, acusándole de no haber hecho lo posible para evitar este desenlace, a pesar de todo está demostrado que Colombí no pudo hacer nada¹²⁵.

El caso es que la relación entre Francia y Rusia se fue deteriorando, y esto fue lo que hizo posible que empezaran a fluir las relaciones hispano-rusas y fructificaran en el futuro Tratado de Veliki Luki. En las líneas siguientes trataremos de establecer el porqué de ese deterioro. En primer lugar, la boda de Napoleón con María Luisa de Habsburgo, hacía de Austria el aliado francés predilecto, y Rusia con este país chocaba en los Balcanes y en Polonia. Esto no era congruente, pues el Congreso de Tilsit significaba una especie de poder bipolar en Europa a cargo de Francia y Rusia, el matrimonio ponía en peligro este reparto. En segundo término los rumores de un desmembramiento peninsular a favor del Imperio francés no gustaron, por aumentar el poder francés, y por tanto ser contrario al equilibrio acordado en Tilsit. El tercer inconveniente era la balanza de pagos con Francia; era deficitaria por culpa del bloqueo continental que obligaba a adquirir en este país ciertos productos que podían salirle más económicos en Inglaterra. Además Napoleón promulgó el 2 de octubre de 1810 un decreto que aumentaba el bloqueo continental en Berg, Mecklenburgo, Lauenburg y las ciudades hanseáticas. Según informes de Nesselrode¹²⁶, de septiembre de 1810, el tema principal que se hablaba en los salones parisinos era una posible guerra con Rusia. Es fácil de entender el impacto que esto pudo hacer en el zar, cuando él había defendido tan arduamente la alianza con Francia, en contra de gran parte de la opinión pública y de la opinión de su propia madre, ferviente anti-francesa. Por último, había cierto temor a que los ingleses recogieran solos la herencia representada por las colonias españolas en América, lo que favorecía un

¹²⁵ *Ibidem*, p. 98.

¹²⁶ Nesselrode, Karl Robert (1780-1862): ministro de Asuntos Exteriores de Rusia (1814-1856, junto con Capo d'Istria de 1816-1822).

acercamiento con España, para que en el caso de producirse algún reparto estar bien colocada¹²⁷.

Todo esto desembocó en un hecho importantísimo; en diciembre de 1810 un decreto abolía en Rusia el bloqueo continental, esto enrareció las relaciones con Francia pero no desató un conflicto, Rusia estaba en guerra con Turquía y era necesario que dejara esa guerra para que pudiera plantearse un enfrentamiento con Francia, esto fue percibido por un sensato Colombí, que hizo movimientos diplomáticos en este sentido; Colombí acogió con interés los despachos cursados desde Constantinopla por Juan Jabat, nombrado por la Regencia, el 12 de febrero de 1809, ministro plenipotenciario en Constantinopla¹²⁸. Colombí se apresuró a notificarlos al Gobierno Imperial (despacho a Bardají de 1811): “...llamando en particular la atención de S.M.I., sobre el empeño solapado que tenía la Francia de perpetuar esta guerra para debilitar las fuerzas de la Rusia...”¹²⁹ Ir minando la resistencia del zar por este camino era muy inteligente, Alejandro autorizó que Jabat interviniera a favor de un entendimiento con Turquía, y Jabat comunicó las condiciones para una paz con Rusia. Poco pudo influir, de todas formas Jabat, pues el reconocimiento de Fernando VII por el Imperio otomano no se produjo hasta después de la caída de Napoleón en 1814¹³⁰.

Por otro lado, y enfocada la misión a firmar un acuerdo con Rusia, la Regencia envió otro agente secreto a mediados de 1810, Francisco Zea Bermúdez, un comerciante malagueño que, al mantener relaciones comerciales con la Casa de Colombí, levantaba menos sospechas; estuvo hasta febrero de 1811, y posteriormente volvió a Cádiz. Fue en su segundo viaje (iniciado a finales de agosto de 1811) cuando realmente negociaría el futuro tratado; tenía instrucciones de obtener reconocimiento para Fernando VII y promover la amistad entre Inglaterra y Rusia. En su escala en Londres, recibió del Gobierno británico tres documentos¹³¹: una carta del príncipe regente al zar Alejandro I, la exposición política a que aquélla se refería, y otras misivas de los Wellesley a Kocheloff¹³². Esta comunicación tuvo mucha importancia y fue bien recibida por el zar, a

¹²⁷ Schop: *Un siglo...*, pp. 110-111.

¹²⁸ Villaurrutia: *El rey José...*, p. 88.

¹²⁹ AHN. Estado, leg. 6123. De Antonio Colombí y Payet, cónsul general de España en Rusia, a Eusebio Bardají, secretario de Estado español, San Petersburgo, 8 de marzo de 1811. Citado en: Schop: *Un siglo...*, p. 114. nota 23.

¹³⁰ Villaurrutia: *Relaciones entre...*, vol. 1, p. 219.

¹³¹ AHN: Estado, leg. 6123. De Cea Bermúdez, enviado extraordinario a la Corte del Zar, a Eusebio Bardají, secretario de Estado de España. Londres, 23 de agosto de 1811.

¹³² Por el contexto supongo que es un miembro del Gobierno del zar.

pesar de que su política estaba dominada por el canciller Romanzoff, proclive a mantener la conexión francesa¹³³.

Desde mediados de 1811, hasta la firma del Tratado de Veliki Luki en julio de 1812, hubo unos hechos que produjeron una escalada de tensión que acabó en la invasión de Rusia por parte de la *Gran Armeé* de Rusia; a mediados de 1811 Napoleón incluye en su imperio Oldenburgo y las ciudades hanseáticas, el 17 de octubre de 1811 Rusia firma una convención de guerra con Prusia, el 5 de abril de 1812 se establece la paz y la alianza con Suecia, el 28 de mayo de 1812 se acuerda una paz con Turquía (el Tratado de Bucarest entrega a Rusia la provincia de Besarabia, fue muy importante porque permitía movilizar 294.960 soldados a las fronteras occidentales del Imperio ruso), y finalmente, el 10 de junio de 1812, se firmó un convenio comercial con Portugal¹³⁴. Zea Bermúdez fue promovido a la categoría de cónsul y encargado de Negocios en Rusia, y se le autorizó a firmar un tratado de paz y alianza con este país, estuviera o no Inglaterra incluida. Las “Bases de un posible tratado de alianza hispano-rusa” fueron presentadas por Zea al canciller del Imperio ruso el 29 de mayo de 1812, y se concretaban en seis puntos: reconocimiento de Fernando VII y de la Constitución, la alianza contra Francia, la garantía de no firmar la paz más que por mutuo acuerdo, el objetivo de asegurar la independencia de ambos firmantes, la posible admisión en el pacto de otras potencias que quisiesen ponerse enfrente de Napoleón, y la comunicación a Gran Bretaña de las bases estipuladas¹³⁵. El problema que surgió fue fundamentalmente económico, Rusia quería conseguir un fuerte empréstito en Cádiz o en su lugar seis millones de piastras, la mitad entregadas a la firma del tratado y el resto en el primer trimestre del año siguiente¹³⁶. En distintos despachos a los ministros de Estado, que se sucedían en esos momentos rápidamente, vendía Zea los parabienes que el tratado podría proporcionar a España. Intentaba convencer de la importancia del tratado: “*ningún sacrificio por grande que sea debe escatimarse para la salvación de la patria.*”, y se permitía aconsejar como financiarlo “*una parte en frutos coloniales, otra quizá en plomo de nuestras minas de Almería (...) y la menor parte en efectivo*”. No pagar además demostraba para él “*nuestra miseria e impotencia suma*”¹³⁷, lo cual no era demasiado importante pues los

¹³³ Barlett: *Castlereagh*, p. 112.

¹³⁴ Schop: *Un siglo...*, p. 125.

¹³⁵ Fernán Núñez..., p. 102.

¹³⁶ AHN. Estado, leg. 5911(1). Carpeta 4. Del conde de Romanzoff, canciller del Imperio ruso, a Zea Bermúdez, plenipotenciario español en Rusia. San Petersburgo, 7 de abril de 1812.

¹³⁷ AHN. Estado, leg. 5911(1). Carpeta 4. De Zea Bermúdez, plenipotenciario español en Rusia, a Eusebio Bardají, secretario de Estado de España. San Petersburgo, 11 de febrero de 1812. (Los tres fragmentos).

británicos de primera mano, y el resto de Europa a través de ellos, debían saber perfectamente la crítica situación financiera de España, fruto de tantos años de guerra en territorio español. Finalmente la Regencia superó el problema económico, comprometiéndose al pago de tres millones de piastras a la firma del tratado y otros tres al año siguiente. En mayo, al poco de partir Zea a San Petersburgo, expuso la conveniencia de un tratado de triple alianza entre Rusia, Inglaterra y España en vez de dos acuerdos bilaterales¹³⁸. Esta triple alianza se olvidó por las prisas de firmar el tratado; prisas tanto por el agobio de la guerra en la Península Ibérica, como por los intereses personales de los políticos españoles (Zea quería apuntarse el tanto de firmar el tratado, lo que se refleja en las prisas que transmite en sus despachos, con razones para firmarlo más que discutibles). La invasión francesa de Rusia, el 23 de junio 1812, fue fundamental para que se llegara a un acuerdo, paralizado hasta ese momento; Rusia no firmó ninguna alianza anti-francesa hasta que no tuvo más remedio, y la primera que firmó fue con Gran Bretaña el 18 de julio.

El 20 de julio de 1812 se concluyó el Tratado de amistad, unión y alianza entre España y Rusia firmando Zea Bermúdez por España, y el conde Nicolás de Romanzoff por Rusia. Los puntos principales del tratado fueron los siguientes: se concertó una alianza (no se estipuló como se desarrollaría esta alianza) con la firme intención de hacer una guerra vigorosa a Napoleón, Rusia reconoció legítimas las Cortes de Cádiz y, finalmente, quedaron restablecidas las relaciones comerciales¹³⁹. En septiembre se normalizaron completamente las relaciones diplomáticas con el intercambio de ministros plenipotenciarios, Bardají fue el embajador español en Rusia, mientras que el senador Tatischeff fue su homólogo en territorio español.

Este tratado lo único que consiguió fue hacer perder dinero a España, pues no sirvió para que Rusia incluyera, acabada la guerra, a España en el grupo de la grandes potencias, tampoco la clausula de respeto a la Constitución española fue respetada por el zar en 1814 con la restauración de absolutismo. Esta fue una clausula forzada, pues Alejandro aborrecía la Constitución española, lo que hace pensar que el tratado se firmó sólo por dinero. Fue un gran fallo diplomático intentar la alianza con Rusia sin Inglaterra, pero las relaciones con esta potencia tampoco eran muy buenas por los desencuentros en la Guerra de la Independencia. Los políticos españoles no pusieron ninguna clausula para ser aceptados como gran potencia en negociaciones posteriores; la razón es que ni en las

¹³⁸ AHN. Estado, leg. 5911(1). Carpeta 4. De Zea Bermúdez, plenipotenciario español en Rusia, a José García de León y Pizarro, secretario de Estado de España. San Petersburgo, 29 de mayo de 1812.

¹³⁹ Cantillo: *Tratados, convenios...*, pp. 722-723.

“Bases de un posible tratado de alianza hispano-rusa”, ni en despacho diplomático alguno con la legación en San Petersburgo, se previó la posibilidad de una posible devaluación de España como gran potencia.

La diplomacia española fue víctima de los vaivenes en la política interior que la descoordinaban; los cambios del Gobierno español eran constantes y llenos de intrigas que impedían tener una línea constante en la estrategia diplomática, no se tenían los objetivos bien delimitados, prueba de esto es el incidente más grave que tuvo España con Rusia en esta época (tuvieron las relaciones seriamente deterioradas durante más de un año por una cuestión protocolaria mal solucionada); “el problema de la precedencia”. Este incidente con Rusia fue motivado por una absurda disputa de etiqueta en Londres, de la que fueron principales protagonistas el embajador español conde de Fernán Núñez y el embajador ruso, el conde de Lieven¹⁴⁰; se discutió sobre quien debía ceder el paso a quien en ceremonias oficiales, una cuestión de precedencia. El problema surgió cuando firmada la paz de Inglaterra con Rusia en julio de 1812, llegó el 13 de diciembre a Inglaterra el nuevo embajador ruso, y poco después Fernán Núñez le propuso alternar el paso en las recepciones oficiales como señal de buena fe. El conflicto no vino de Fernán Núñez, sino de la intransigencia de la Regencia, gobernada por Labrador, que desaprobó la solución dada¹⁴¹:

*“Su Alteza tenía en depósito el gobierno de la Nación y debía restituirlo íntegro. No solamente el uso inconcuso había dado la preferencia a los representantes del Rey sobre los de igual clase de Rusia, sino que la misma Corte de San Petersburgo declaró expresamente el 3 de Diciembre de 1762 (21 de Noviembre según el cómputo ruso), que el título imperial no mudaría en nada el ceremonial adoptado, y el Rey D. Carlos III, en 5 de Febrero de 1763, declaró que bajo de esta condición consentiría en dar el título imperial a la Corte de Rusia y que si se faltaba a ella se lo negaría”*¹⁴².

También se instaba en este comunicado a presentar una nota de protesta ante el Gobierno inglés para que la regla se observase, lo cual puso otro granito de arena más en la creencia inglesa sobre la incompetencia del Gobierno español. En esos momentos la alianza inglesa con Rusia era el bien máspreciado, con mucha diferencia, que tenía Londres en su intento por derrotar a Napoleón. Castlereagh puesto en la situación de

¹⁴⁰ Lieven, Christopher (conde de Lieven) (1774-1839): embajador ruso en Prusia (1809-1812), embajador ruso en Londres de (1812-1834).

¹⁴¹ Schop: *Un siglo...*, p. 138.

¹⁴² AHN. Estado, leg. 5628. De Pedro Gómez Labrador, secretario de Estado de España, a Fernán Núñez, embajador de España en Gran Bretaña, Cádiz, 25 de enero de 1813.

elegir, prefirió dar el honor de la precedencia a Rusia sobre el embajador español, a pesar de reconocerle al embajador español que ese tratamiento era más lógico dárselo a él, tanto por las reglas guardadas hasta entonces, como por el orden de antigüedad en la llegada a Londres¹⁴³. España por lo tanto fue víctima de una orden funesta de Labrador, se encontró relegada, detrás de Rusia en un segundo plano, cuando Fernán Núñez ya había acordado la completa igualdad, y todo por culpa del mandado del secretario de Estado. Esta situación llevó a que el Gobierno británico hiciera no coincidir a los dos embajadores en eventos oficiales, creando una situación estrambótica, ridícula y muy mala diplomáticamente para España, pues lógicamente se invitaba más al embajador ruso que al español por cuestiones de estrategia internacional. Esto se verificó en una comida semioficial a la que sí acudió Fernán Núñez y el embajador ruso, concediéndole el paso los ingleses al conde Lieven y brindando con anterioridad por Alejandro I que por Fernando VII. No tardó Labrador en demostrar una vez más su estupidez reprendiendo a Fernán Núñez por asistir a esa comida:

*“Es muy sensible, decía, que por medio de la regencia no puede menos que mirar como irregular se haya proporcionado una infracción de un convenio sagrado, que como he manifestado a V. E. anteriormente, no es dueño S. A. de alterar; así espera que no se vuelva a poner el compromisos semejantes y me ha mandado repetir a V. E. las órdenes ya dadas sobre el particular, previniéndoles que el embajador británico en ésta ha mostrado deseos de que se arregle este punto; pero ¿Qué arreglo puede hacerse cuando se trata de despojar a la Corona de una prerrogativa incontestable? El único medio de cortar, por nuestra parte, de raíz la ocasión de pretensiones tan inadmisibles no sería agradable a la Gran Bretaña.”*¹⁴⁴.

Por supuesto Inglaterra se negó a tomar partido y ese “convenio sagrado” (Labrador alegaba que la Regencia carecía de poder para ceder en una prerrogativa real tan antigua) se quedó en nada. Además la circunstancia de las comidas a las que no podía asistir Fernán Núñez, porque a todas partes iba su colega ruso, fue muy festejada por la sociedad inglesa de entonces, en la que alcanzó preferente lugar la Condesa Lieven, y arruinó muchas de las posibilidades que tenía Fernán Núñez de relacionarse, pues en la sociedad inglesa, como él decía, todo se reducía a comidas. La cosa se agravó con una comunicación del conde Lieven el 12 de mayo de 1813, que además de desmontar la

¹⁴³ *Ibidem*.

¹⁴⁴ AHN. Estado, leg. 5628. De Pedro Gómez Labrador, secretario de Estado de España, a Fernán Núñez, embajador de España en Gran Bretaña, Cádiz 22 de marzo de 1813.

teoría española sobre su derecho a la precedencia, lanzaba una velada amenaza de no llegarse a un acuerdo:

*“Se calificaba de inadmisibile, de nueva y de infundada, la pretensión de la Regencia; porque el llamado tratado de 1763 no era más que la contradecларación o respuesta del Gabinete de Madrid a la declaración de la Emperatriz Catalina, comunicada a todas las Cortes, respuesta en que se reconocía a la Corona de Rusia el título de Imperial, sin que éste influyese en el rango y precedencia arreglado entre las Potencias. De ahí no se deducía que Rusia reconociese la precedencia de España, sino que no podría reclamarla como Imperio, habiendo sido principio de cuantos Soberanos gobernaron el Imperio ruso el de la perfecta igualdad entre todas la Coronas, por lo cual no reconocían ni reclamaban ninguna precedencia. (...) Debía haber, pues, una mala inteligencia en la pretensión formulada ante el Gabinete de Londres por el Conde de Fernán Núñez, y el Embajador de Rusia debía proponerle que pidiera a su Corte la orden de retirar la Nota que había dirigido a Lord Castlereagh, con lo que daría el Emperador olvido a lo ocurrido (...) Pero si por el contrario lo que esperaba, no se retiraba la mencionada Nota, tomaría el Emperador una determinación muy distinta y había desde luego ordenado a Mr. de Tatischeff que no continuara su viaje a España, ni saliera de Londres hasta que se le autorizara hacerlo”*¹⁴⁵.

Esta cabezonería de Labrador muestra su escaso tacto, y la no idoneidad que para estos cargos tenía, se enredaba en cuestiones de forma olvidándose de lo principal. Rusia era consciente de su gran importancia entre las naciones, y no estaba dispuesta a ceder a esta cuestión sino que deseaba un acuerdo que lo solucionara, esto se desprende de lo que Dmitri Pavlovich Tatischeff (próximo embajador ruso en España) ordenaba a un futuro miembro de la embajada rusa en Madrid, J. A. Vallenstejn:

*“Usted ya conoce el origen, el funcionamiento y la situación actual de este caso único, donde la extrema moderación de nuestro augusto maestro emperador necesariamente contrasta con las reivindicaciones exageradas de una vanidad nacional mal entendida. Usted señor, presione para que el Ministerio español de puntos de vista más moderados y más en consonancia con sus intereses por encima de imperiosas ordenes, para no sacrificar a las falsas nociones sobre la primacía de las naciones las ventajas reales e importantes que España podría perder por el abandono de una estrecha unión con Rusia”*¹⁴⁶.

¹⁴⁵ AHN. Estado, leg. 5628. Del conde de Lieven, embajador de Rusia en Inglaterra, a Fernán Núñez, embajador de España en Inglaterra. Londres, 12 de mayo de 1813.

¹⁴⁶ Vnesnjaja Politika Rossi, I, 7, p. 350. De Dimitri Pavlovich Tatischeff, elegido como futuro embajador de Rusia en España (a la espera de ser enviado a Madrid), a J. A. Vallenstejn, futuro miembro de la embajada rusa, Londres, 13 de agosto de 1813. Citado en: Schop: *Un siglo...*, p. 138. nota 20. (Traducción propia del francés)

El asunto caía por su propio peso pues tenía, entre otros, cuatro graves inconvenientes con Rusia: había herido el amor propio del zar al no poderse solucionar el problema sin enviar notas al Gobierno inglés¹⁴⁷, se dificultaba la comunicación con Rusia, pues los embajadores no podían juntarse al no saber quien tenía que pasar primero, el elegido para ser plenipotenciario ruso en Madrid se quedaba en Londres hasta que se solucionara el conflicto, y podía llegar el caso de que un corte de relaciones entre España y Rusia anulara el costoso Tratado de Veliki Luki (desvinculando a Rusia de la cláusula que le impedía firmar una paz separada con Francia).

Se decidió que el asunto fuera solucionado en las Cortes, depositarias del poder real, pues Labrador no consideraba competente a la Regencia en esta cuestión. Como Labrador seguía empeñado en tener razón sobre el derecho a la precedencia española la Regencia española pasó un informe el 2 de junio a las Cortes, que enrevesaba aún más el asunto echando las culpas de todo a Castlereagh, algo completamente injustificado que ofendió lógicamente a Wellington. Se propuso, también en el informe, autorizar al embajador en Londres para realizar un convenio que solucionará esta cuestión, y después comunicarlo a todos los ministros del rey en las cortes extranjeras¹⁴⁸. El 7 de junio, la Regencia seguía insistiendo sobre la culpabilidad de Castlereagh de esta manera; “*El Lord Castlereagh Principal Secretario de Estado y de negocios extranjeros de S.M.B aparentando una duda que no parece probable fuera cierta puso mañosamente al conde de Fernán Núñez...*”¹⁴⁹. Las Cortes de Cádiz pasaron el expediente a la Comisión Diplomática, que propuso que fuera Bardají, en San Petersburgo (y no Fernán Núñez en Londres), a quien se le dieran plenos poderes para llegar a un convenio, pero no se aconsejó retirar la nota, y si se hacía esto se mandaba que se hiciera en secreto, sin aparecer en el convenio. La igualdad, según la Comisión Diplomática podría establecerse, o alternando precedencia los representantes de las dos naciones, o teniéndola el representante más antiguo o el más moderno, el más anciano o el más joven. En este sentido se le comunicaron las instrucciones a Bardají, y a Fernán Núñez se le hizo saber que siguiera evitando asistir a las funciones a que concurriese su colega ruso hasta no concretarse el convenio¹⁵⁰. No se contentó la Comisión con esto, sino que dio un voto de censura a Labrador por su intransigencia en la negociación, y por no facilitar a las Cortes, entre todos los documentos importantes, el despacho en el que Bardají daba cuenta de su

¹⁴⁷ Villaurrutia, *Fernán Núñez...*, p. 133.

¹⁴⁸ AHN. Estado, leg. 5628.

¹⁴⁹ *Ibidem*.

¹⁵⁰ *Ibidem*.

conferencia con el conde Romanzoff. Las Cortes decidieron destituir a Labrador, de lo que Wellesley, en un despacho secreto a Castlereagh, se alegró por el injustificado cargo, lanzado por Labrador, de ser el Gobierno británico la causa de esta disputa¹⁵¹. Fue destituido Labrador, no ya por la razón o sin razón de su reclamación, sino por la poca inteligencia diplomática de herir a una potencia tan grande por asunto tan pequeño, además había acusado a los ingleses no de causar el incidente pero si de no solucionarlo a favor de España (como quería con la nota de Fernán Núñez). En el Consejo de Estado se pudo escuchar estas inteligentes reflexiones que intentaban solucionar el problema:

*“La filosofía que en siglos menos ilustrados, ha visto con dolor anegadas las naciones en sangre por la conserbación de un título sin realidad o de un derecho a la precedencia, no puede mirar sin disgusto que una disputa en un sentir tan despreciable, venga en el siglo 19 a comprometer la buena inteligencia de dos naciones (...) dice además el Gavinete Ruso en la causa a su embajador, que embajadores anteriores y simultáneamente, se encontraron embajadores de Rusia y España en la cortes de Viena y Londres sin que las pretensiones que el Conde de Fernán-Núñez ha explicado huvieren tenido lugar (...) Las ideas de la precedencia no deben entrar en comparación con la conveniencia del estado”*¹⁵².

Bardají no pudo solucionar el *affaire* en Rusia y todavía pasarían bastantes meses hasta solucionarse definitivamente en mayo de 1814; mientras tanto las relaciones diplomáticas entre los dos países fueron suspendidas. La crisis se resolvió por Pizarro y Tatischeff en París, al coincidir los dos allí. El ruso le propuso solucionar el asunto, y puso como condición la retirada de la “famosa” nota de Fernán Núñez a Castlereagh¹⁵³, pero Pizarro consideraba esto humillante; la base de la perfecta igualdad estaba ya aceptada extraoficialmente por los dos gobiernos, pero el problema residía en la forma de llevarla a cabo sin que pareciera que uno u otro habían cedido. Pizarro no tenía poderes para hacer un convenio oficial, pero se ofreció a escribir un documento confidencial que dijera lo mismo que el futuro convenio. Escribió pues una carta a Tatischeff, pero no estuvo conforme el zar con un acto tan confidencial, y aceptó retirar su exigencia de la retirada de la nota si Pizarro se dirigía al conde de Nesselrode, ministro de Estado ruso. Esta nota del 16 de mayo de 1814 solucionó este farragoso asunto; en la nota se declaraba la perfecta igualdad entre embajadores y ministros de ambos soberanos y se consideraba el *affaire* como no ocurrido siendo condenado al olvido. El 22 de mayo se le concedió

¹⁵¹ Villaurrutia, *Fernán Núñez...*, p. 140-145.

¹⁵² AHN. Estado, leg. 5628. José Luyando al Consejo de Estado. Cádiz, 26 de junio de 1813.

¹⁵³ AHN. Estado, leg. 5628. De José García de León y Pizarro, ministro extraordinario al lado de la potencias aliadas, a José Luyando, secretario de Estado de España. París, 30 de abril de 1814.

audiencia a Fernán Núñez (que la tenía denegada hasta que no se solucionara el asunto), al leer la nota tuvo la satisfacción de oír de Alejandro grandes elogios a España, cuyo ejemplo había seguido en su lucha contra Napoleón, el zar dio además orden a Tatischeff de partir a España¹⁵⁴.

El asunto de la precedencia había ofendido en alto grado al emperador de Rusia, y hasta su solución no se pudo hablar con normalidad con este país tirando por la borda el acercamiento diplomático logrado tras el Tratado de Veliki Luki (firmado el año anterior), justo en el momento donde hubiera sido de gran utilidad para la una buena colocación española entre las grandes potencias.

Pero no sólo tenía Rusia estas quejas; por una parte, no se había cumplido el decreto de las Cortes respecto al *Te Deum* por el triunfo de las armas rusas (la Regencia no asistió y la iluminación fue mezquina) y, por otro, la Regencia rechazó ayuda militar rusa; el febrero de 1813 el almirante ruso Grieg había ofrecido al duque de Wellington, por conducto de lord Cavendish-Bentinck (William Henry)¹⁵⁵, un cuerpo de diez a veinte mil hombres para servir a sus órdenes en la Península Iberica, Wellington se lo comunico a su Gobierno y a la Regencia para esperar instrucciones. Castlereagh supo por el conde Lieven que esta posibilidad era muy remota y comunicó a Wellington que desengañara al Gobierno español sobre esta posibilidad, que por otra parte podría herir su sensibilidad: *“Cualquier indicación que hiriese el orgullo nacional español o que pudiese ser considerado como alusión a la inhabilidad de la nación para defenderse por sí sola y a su dependencia de otras Potencias extranjeras, no sería recibida ahora menos que antes, porque el orgullo y la susceptibilidad de los españoles irían creciendo a medida que se alejaba el peligro de la conquista francesa”*¹⁵⁶. Pero ya era demasiado tarde y el asunto fue llevado a las Cortes que rechazaron la proposición. Labrador dirigió una nota a Wellington (sin que mediaran comunicación directas entre el Gobierno ruso y el español), diciéndole que en lugar de los 15.000 rusos que el Gobierno iba a pagar, pagase 15.000 españoles, puesto que soldados había de sobra en España, a lo que Wellesley le contestó

¹⁵⁴ Fernán Núñez..., *Ibidem*, p. 155.

¹⁵⁵ Cavendish-Bentinck, William Henry (1774-1839): miembro del Parlamento británico (1796-1803, 1812-1814, 1816-1828 y 1836-1839), gobernador de Madrás (1803-1806), enviado a España durante la Guerra de la Independencia (¿?-1814) comandante en jefe de las tropas británicas en Sicilia (1814-1815), gobernador general de la India entre (1828-1835).

¹⁵⁶ De Robert Stewart Castlereagh, ministro de Asuntos Exteriores y jefe de la cámara de los Comunes, al duque de Wellington, comandante en jefe de las tropas aliadas en la Península Ibérica, Londres 3 y 31 de marzo de 1813. Citado en: Villaurrutia: *Fernán Núñez...*, p. 126-127.

que, según noticias del conde Lieven, nunca había pensado Rusia mandar tropas a España¹⁵⁷.

Como vemos las relaciones entre España y Rusia son muy intensas, y con la llegada de Tatischeff a Madrid aumentará aún más esta intensidad.

2.2 El tratado de paz impuesto por Napoleón: Valençay.

Después de la Batalla de Vitoria el desenlace de la Guerra de la Independencia era inevitable. La paz con Francia se hizo dos veces por España; una por el Tratado de Valençay rubricado el 11 de diciembre de 1813, negociado por rey cautivo español en Francia, y otra por la Paz de París, firmada el 20 de julio de 1814 con las nuevas autoridades francesas, los representantes de Luís XVIII, veremos en este capítulo los hechos que desembocaron en la primera de las paces; el Tratado de Valençay.

La sangría que suponía para el ejército francés su enfrentamiento contra ingleses, españoles y portugueses dentro del territorio peninsular, pudo ser soportada hasta 1812, año en el que Napoleón invadió Rusia. Fracasada la operación, el ejército francés no recuperaría su antiguo esplendor y, con sus enemigos unidos, el mantenimiento de la hegemonía francesa en el continente era prácticamente imposible (sobre todo teniendo en cuenta el debilitamiento del ejército tras el desastre en Rusia). Tras la Batalla de Leipzig (del 13 al 16 de octubre de 1813) las tropas francesas se refugiaron en su país, y Napoleón, viendo por primera vez su trono en peligro, quiso cerrar el frente español de una vez. Ya que no era posible sostener a su hermano en el trono, pensó en devolver el trono a Fernando VII como una forma de frenar la ofensiva aliada por el sur, que podría traspasar los Pirineos, Napoleón se podría concentrar así en su desmoronado frente oriental. Para hacer la paz se sirvieron los franceses del duque de San Carlos, primo del rey y uno de los cautivos que acompañaron a Fernando a su trampa de Bayona. Según dice San Carlos, hallándose en la villa de Lons-se-Sulmier, se encontró, el 14 de noviembre, con una orden del Prefecto del Jura que le prevenía pasase inmediatamente de incognito a París y se presentase al duque de Basano¹⁵⁸, entonces ministro de Asuntos Exteriores francés. Al llegar, éste le dijo que el motivo de esta entrevista era negociar un

¹⁵⁷ *Ibidem*.

¹⁵⁸ Basano, duque de (Hugues-Bernard, Maret) (1763-1839): embajador de Francia en el Reino de Nápoles (1794-1795), negoció una paz frustrada con Gran Bretaña en Lille (1797), miembro del Gobierno de Napoleón (1800-1815), redactó la ley por la que José I sustituía a los Borbones en el trono español, así como la Constitución de Bayona (1808), ministro de Asuntos Exteriores (1811-1813), secretario privado de Napoleón (1813-1815), primer ministro de Francia (1834).

tratado de paz entre Napoleón y Fernando; encontró allí a Napoleón quien le confirmó la intención de reconocer a Fernando VII como rey de España en un tratado que sería negociado en Valençay por el conde de Laforest. Se animó al duque a ir a la “prisión” de Fernando VII para tomar las órdenes de su rey. El 11 de diciembre de 1813 se firmó el Tratado en Valençay: Francia reconocía a Fernando VII como rey de España, aceptaba la integridad del territorio español tal como estaba antes de la guerra, las tropas francesas serían evacuadas de España justo cuando las inglesas salieran también del país, no se permitiría finalmente ningún tipo de condena hacia los afrancesados (quedando el rey obligado a devolverles honores, prerrogativas, derechos y bienes), se ponían las bases para un futuro tratado de comercio regulándose hasta entonces las relaciones comerciales entre ambos países según lo estaban antes de la guerra de 1792, serían devueltas las propiedades embargadas a franceses e italianos en España y a los españoles en Francia e Italia, se intercambiarían los prisioneros, y finalmente Fernando VII se comprometió a pagar a sus padres una pensión de treinta millones de reales que se reducirían a dos si María Luisa enviudaba¹⁵⁹. El tratado fue firmado por el conde de Laforest y el duque de San Carlos. Aunque, en un principio, Fernando VII mostró cierta desconfianza negándose a firmar, la situación de cautiverio y el consejo de sus hombres de confianza forzaron la firma. Las negociaciones se llevaron al margen de la Regencia, a la que esta actuación aislada de Fernando VII restó cierta legitimidad.

El rey actuó negativamente para su país, pero su comportamiento es comprensible dada su situación de cautiverio, no obstante la literatura liberal siempre ha explotado este tratado contra Fernando VII. Lo mejor para la posición internacional de España hubiera sido que, ante la favorable coyuntura de la guerra, se hubiera esperado a que la propia Regencia negociara su liberación o que fuera liberado por las tropas aliadas, pero el miedo a un posible bandazo en la dirección de la contienda, el deseo de participar en el curso de la historia después de más de cinco años de exilio, y el lógico miedo por el estado de indefensión que tendrían él y sus acompañantes en estado de cautiverio, pesaron más en la balanza. San Carlos, fue a inicios de 1814, a comunicar este tratado a Madrid, a la Regencia, para que lo ratificaran y cumplieran así sus cláusulas, ya que ellos detentaban el poder del rey en aquellos momentos. El duque de San Carlos entregó el tratado y un decreto del monarca que justificaba su firma por tres hechos fundamentales: el Gobierno inglés dio en sus comunicaciones del 23 de abril de 1813 prueba de estar dispuesto a recibir proposiciones de paz siempre que Fernando VII se mantuviera en el

¹⁵⁹ Cantillo: *Tratados, convenios...*, pp.726-728.

trono de España, las cláusulas del tratado eran conformes al honor, decoro e interés de la nación española, y finalmente España no podría hacer una paz más feliz ni ventajosa¹⁶⁰. El rey minusvaloraba el papel de la Regencia; *“en prueba de la confianza que hago de ella extienda las ratificaciones según costumbre, y me devuelva el tratado con esta formalidad sin pérdida de tiempo”*¹⁶¹, a pesar de que todavía no estaba restaurado en el trono trata de mera formalidad la ratificación del organismo que detenta su poder en España. La Regencia no admitió lógicamente este tratado por ser innecesario dada la pronta victoria militar que se preveía, con prácticamente toda Europa unida contra Napoleón; además era descabellado expulsar sin más a los británicos del territorio después de la gran ayuda prestada. Los propios sofismas que utilizó La Forest con el duque de San Carlos, nos señalan las razones para no firmar las ratificaciones¹⁶². En primer lugar Napoleón, por medio del tratado, lo único que buscaba era romper la alianza entre Inglaterra y España, o promover una división interna que hiciera disminuir el impulso militar aliado en el frente sur para poder concentrar sus fuerzas en el norte. Además el tratado fue negociado por el duque de San Carlos sin estar al tanto de los avances militares de la Coalición en el norte, ni del reconocimiento que del rey Fernando VII habían hecho ya Rusia, Suecia, Prusia y Austria, como el mismo duque admite (tampoco admite tener conocimiento alguno, al igual que su rey de las novedades interiores; la Constitución y las Cortes). Las palabras del General Copons, que recibe a San Carlos cuando atraviesa la frontera, apoyan esta última razón: *“Hablaron largamente y el General pudo apreciar que el Duque desconocía la situación de España, la marcha de la guerra, el esfuerzo de todos al grito de ¡Morir por Fernando, las personas que formaban el Gobierno y las Cortes y cuanto se refería a nuestros compromisos con Inglaterra”*¹⁶³.

El 9 de enero de 1814 partió San Carlos con la negativa a la ratificación, y con el encargo de hacer llegar al rey el decreto de las Cortes del 1 de enero de 1811 (una ley que inhabilitaba a Fernando VII como negociador hasta su liberación), también de comunicarle que:

“su libertad no dependía ya de la benevolencia o malevolencia de Napoleón, sino de la voluntad expresa de Rusia, Suecia, Prusia y Austria, que en coalición

¹⁶⁰ Izquierdo Hernández, Manuel: *Antecedentes y comienzos del reinado de Fernando VII*. Ed. Cultura Hispánica, Madrid, 1963, p. 688.

¹⁶¹ *Ibidem*.

¹⁶² *Ibidem*, pp. 663-664.

¹⁶³ *Ibidem*, p. 686.

con la España e Inglaterra lo habían reconocido por el rey de las Españas; y que estaba muy próximo el día en que se abriría un Congreso para tratar de la paz general, restableciendo el equilibrio de la Europa; debiendo por tanto, ser de muy corta duración la cautividad del Rey y de la Real familia”¹⁶⁴.

Es falso que los cautivos no tuvieran noticias de España y el sistema político que había instaurado la resistencia, San Carlos ocultaba tener demasiada información pues no quería criticar directamente unas instituciones que aborrecía, para comprender esto son muy interesantes las instrucciones secretas de San Carlos:

“Que examinase el espíritu de Regencia y Cortes, y que en caso que fuera el de lealtad y afecto a su real persona y no de infidelidad y jacobinismo, manifestase a la Regencia ratificase el tratado, si las relaciones que tenía la España con las potencias coaligadas contra Francia se lo permitían, sin perjuicio de la buena fe que se debía, ni del interés público de la nación, pero que si no estaba muy lejos de exigirlo” (...) “Si domina en la Regencia y en las Cortes el espíritu jacobino, resérvese con el mayor cuidado estas reales intenciones y se contentase con insistir buenamente en que la Regencia diese la ratificación lo que no estorbaría que el rey a su vuelta continuase la guerra, si el interés o la buena fe de la nación lo requería.”¹⁶⁵.

Parece evidente que estaban alarmados de la situación del Gobierno de España, que habría sido difamado constantemente en las gacetas francesas a las que Fernando VII tendría acceso; el comportamiento de San Carlos fue muy discreto y no dejó traslucir de una manera clara el escepticismo de la corona ante un abandono del absolutismo, pero lo que está claro es que San Carlos vio jacobinismo en la Regencia, pues se empecinó en firmar el tratado como tenía claro en sus instrucciones, y no atendió a las múltiples razones que daba la Regencia para no firmarlo como leemos a continuación: *“Por esto y por otros mil incidentes bien raros se vino en completo conocimiento de que el duque había sido sorprendido, que no sabía que es lo que había negociado, y aun aquí mismo, o por ignorancia, lo que es más cierto, o por malicia, pugnaba porque se le ratificase el tratado”¹⁶⁶*. Como había un problema interno, éste se superponía al posible problema internacional que surgiría de la firma de este tratado, el rey quería ratificar, volver pronto a su patria y formar un gobierno moderado, alejando de él a los herederos de la ideología que asesinó a Luís XVI.

¹⁶⁴ Minuta del acta del Consejo de Ministros celebrado el 6 de Enero de 1814. Citado en: Bécker: *Historia de las...*, p. 316.

¹⁶⁵ Bayo, Estanislao de Kotska: *Historia de la vida y reinado de Fernando VII de España*. Madrid, Imprenta de Repullés, 1842. Vol. 1, p. 325.

¹⁶⁶ Minuta del acta del Consejo de Ministros celebrado el 6 de Enero de 1814. Citado en: Bécker: *Historia de las...*, p. 315.

Parece demostrada cierta tensión entre San Carlos y la Regencia “*No pudo disimular que no venía satisfecho de la Regencia y Cortes*”; Copons además le dijo lo que el Gobierno y el pueblo en general pensaba de los que aconsejaron al rey el viaje a Bayona (entre los que estaba el duque de San Carlos), cuando pidió al general consejo sobre personal apto para ser “*Ministros y Autoridades, lo que exigía conocimiento de las personas y por ello me pidió le indicara algunas (...) yo me veía en la precisión de darle este aviso: Que el Rey, cuando volviese a ocupar su trono, no debía tener cerca de su Real Persona, ninguna de las que le aconsejaron el viaje a Bayona*”, esto se justificó en el gran error diplomático que supuso caer en la treta de Napoleón. El encuentro con Copons sucedió el día antes de regresar a Francia, pero ya antes, en Madrid, había sido atormentado en los periódicos con “*festivas y picantes alusiones sobre el viaje de 1808 a Bayona*”¹⁶⁷ viendo una muestra de la libertad de prensa con la que no estaba de acuerdo. Pudo ver la consideración que se le tenía, por lo que no es de extrañar que para protegerse o por convicción propia (en realidad, poco importa) tachara de jacobino al Gobierno español cuando regresó a Francia. La impaciencia de Napoleón por la delicada situación de la guerra hizo que mandara una nota a Fernando VII el 18 de diciembre, poco después de la salida del duque de San Carlos, en ella simplemente se expresaba su deseo de que todo se llevara con la mayor rapidez (lo que parece indicar que el interés era cerrar el frente español y usar más tropas en el centro de Europa). Esto hizo que Laforest pensara en mandar un segundo emisario; temiendo seguramente cualquier contratiempo que pudiera tener San Carlos, se mandó a Palafox¹⁶⁸, que se hallaba confinado en esos momentos en Bayona, con una copia del tratado, la nota de Napoleón, una carta del rey, y la orden de secundar a San Carlos en sus dictados. Palafox llegó cuando San Carlos estaba ya camino para Francia, y el 27 de enero de 1814 entregó sus papeles a la Regencia que le respondió en los mismos términos que al otro emisario del rey regresando a los pocos días a Francia.

La única utilidad del tratado podría haber sido liberar prontamente al rey, pero Napoleón le liberó cuando fue más útil, ya con el tratado firmado en febrero, todavía utilizó a Fernando como un comodín más en su baraja, manteniéndole prisionero a la espera de concederle la libertad en el momento más conveniente a su política exterior; Fernando VII fue liberado el mismo día que el Papa (usándolo como demostración de

¹⁶⁷ Izquierdo: *Antecedentes e inicios...*, p. 690. (las tres frases entre comillas).

¹⁶⁸ Palafox y Melci, José de (1776-1847): capitán general de Aragón (1808-1809), prisionero francés (1809-1813), enviado a la Regencia para la negociación del Tratado de Valençay (1813), capitán general de Aragón (1814-1815), comandante de la Guardia Real (1820-1823).

buena fe), el 13 de marzo de 1814, cuatro días después de la decisiva victoria de Blücher¹⁶⁹ en Laon, un día después de la toma de Burdeos por Wellington y sólo 5 días antes de la decisiva entrada de las tropas aliadas en París. Esto quiere decir que Napoleón, fiel a su mente intrigante, no tenía la menor intención de liberar a Fernando VII hasta verificar el cumplimiento del Tratado de Valençay, lo que suponía la salida de las tropas inglesas de la Península, algo imposible y vergonzoso. Tampoco sirvió la firma para que se acelerara la salida de las tropas francesas de España; Suchet siguió en Cataluña hasta abril de 1814, cuando ya no tenía sentido la invasión y sólo se retiró para unirse a Soult en la Batalla de Toulouse.

Al final se puede decir que la negociación sólo sirvió para desprestigiar a Fernando VII interna e internacionalmente. La Regencia tuvo que enfrentarse a este contratiempo en un momento clave siendo lo más importante tranquilizar a los ingleses, lógicamente preocupados ante la negociación. Castlereagh mostró en marzo a García de León y Pizarro, en esos momentos plenipotenciario español en el cuartel general de la alianza, su inquietud porque Fernando VII, que marchaba liberado a España, hubiera firmado un tratado con Napoleón contrario a la Alianza y aún más a los ingleses. Pizarro le tranquilizó asegurándole que, en caso de ser requerido, como plenipotenciario, aseguraría la fidelidad de España a los tratados que hubiera firmado con cualquier miembro de la Alianza¹⁷⁰. Por otra parte, el secretario de Estado español, José Luyando¹⁷¹, fue a ver a Wellington, y además de informarle del tratado con todo detalle afirmó que era letra muerta. Militarmente también los ingleses recibieron confirmación de la nulidad del tratado; los españoles de Morillo dispararon a unos franceses que se acercaban y éstos se mostraron muy sorprendidos al creer que ya había paz entre ellos, Morillo dijo que no sabía nada de dicha paz, y que aunque se hubiera firmado él seguiría luchando contra los franceses¹⁷².

El rey cautivo desaprovechó con esta mancha la fama de valiente irreductible que pudo darle su largo cautiverio, se le podía tachar a partir de entonces de oportunista y de quererse liberar por cualquier medio cuando antes, sin atender al beneficio de España ni de Europa sino al suyo propio. La opinión pública europea se escandalizó en su momento: *“Llegó la noticia del Tratado de paz hecha entre nuestro deseado rey Fernando VII y Bonaparte, de cuyo acontecimiento empezaron a deducir consecuencias*

¹⁶⁹ Blücher, Gebhard Leberecht von (1742-1819): mariscal de campo austriaco (1813-1814), comandante en jefe de las tropas prusianas en Leipzig (1813), Lützen (1813), Ligny (1815) y Waterloo (1815).

¹⁷⁰ Pizarro: *Memorias*, p. 211.

¹⁷¹ Luyando, José (1773-1835): secretario de Estado (1813-1814 y 1823).

¹⁷² Esdaile: *La Guerra...*, pp. 542- 543.

*las más desatinadas que se puede imaginar, llegando algunos hasta el extremo de decir no solo que nuestros Ejércitos se habían separado de los Ingleses, sino que reunidos a Soult y Suchet venían marchando a París (...) y que esto era lo que había motivado la retirada”*¹⁷³. Aunque esto no fuera cierto fue una de las interpretaciones que se pudieron sacar de esta negociación sin sentido, pues no influyó ni para la liberación del rey ni para la marcha de la guerra: *“Es conocido el tratado que el rey Fernando nunca quiso oír nombrar después y que es vergonzoso baldón para los que lo aconsejaron”*.¹⁷⁴

¹⁷³ AHN. Estado, leg. 5912. De Eusebio Bardají, embajador de España en Rusia, a José Luyando, secretario de Estado de España. San Petersburgo, 2 de abril de 1814.

¹⁷⁴ Pizarro: *Memorias*. p. 212

3. España y el primer Tratado de París.

3.1 La ofensiva final aliada.

Centrémonos en la herramienta fundamental de estos meses para la acción exterior española; la presencia de José García de León y Pizarro como plenipotenciario español en el cuartel general de la Alianza; dentro de dicho cuartel se estaban gestando las condiciones que se impondrían a Francia para firmar la paz, y la manera en que se reorganizaría Europa entera una vez concluida la guerra. Un conocimiento adecuado de la cronología del periodo resulta muy útil para comprender cómo los sucesos de la guerra influían en las negociaciones y viceversa; por eso debo aconsejar mirar el índice cronológico de los años 1813 y 1814, para entender bien los hechos relatados a continuación.

Europa entera estaba pendiente, a mediados de 1813, de la “mediación armada” que proponía Metternich, y los ojos se habían alejado de la Península casi por completo, las derrotas de prusianos y rusos en Lützen y Bautzen respectivamente daban la impresión de que todo seguía demasiado equilibrado, y que el encargado de mover uno de los platos de la balanza era Austria. Metternich no se planteaba una alianza con el agresor de toda Europa, que era Napoleón, y lo que exigía a éste era una negociación, pero con la mano en la espada. El 4 de junio se firmó un armisticio en Pläswitz, que debía durar hasta el 10 de julio, aunque se extendió hasta agosto, Metternich buscaba el equilibrio de poder y durante el armisticio tejó una red de negociaciones con el fin de lograr la paz; envió al conde von Stadion¹⁷⁵ al cuartel general del zar y al Barón de Wessenberg a Londres, esta última misión fracasó, lo que hizo que él mismo fuera a hablar con el zar, firmando ambos el Tratado de Reichenbach (24 de junio). Según el tratado, se le harían a Napoleón las siguientes peticiones: la disolución del Gran Ducado de Varsovia, el agrandamiento territorial de Prusia, la expansión territorial de Rusia, la restitución a Austria de las Provincias Ilíricas, y el restablecimiento de las ciudades hanseáticas de Hamburgo y Lübeck. Fortalecido por el acuerdo austro-ruso, Metternich fue a visitar a Napoleón el día 26 de junio, una famosa reunión en la que finalmente se acordó que los

¹⁷⁵ Stadion, conde von (Johann Philipp) (1763-1824): ministro de Asuntos Exteriores austriaco (1805-1809), negoció con Austria y Prusia el Tratado de alianza de Reichenbach (1813), ministro de Hacienda (1815-1824).

representantes de las potencias beligerantes se reunieran el 10 de julio en Praga, fijándose el 10 de agosto como día final para llegar a un acuerdo. Finalmente no se llegó a ningún entendimiento, y el día 11 Austria ya era aliada de Prusia, Rusia, y Gran Bretaña, una alianza temible y más aún dado el desgaste que sufrían los franceses: la *Gran Armée* había sido completada con reclutas demasiado jóvenes por las bajas que había tenido, los mariscales y altos mandos franceses acudían a la guerra con menos ganas (querían disfrutar de las riquezas y honores logrados durante las campañas victoriosas), el pueblo francés estaba cansado de la guerra y la sangría que ésta le suponía, y finalmente Francia retrocedía poco a poco (pero de forma inexorable) tanto en el frente sur (España) como en el frente norte. El punto débil de la Alianza era la heterogeneidad de sus miembros y sus múltiples pareceres, que podían desembocar, en cualquier momento, en una paz separada, pero la firmeza de Napoleón en querer pasar a la historia como el gran conquistador unió a la alianza hasta la derrota completa del emperador.

¿Qué hacía España en aquellos momentos? parece ser que no había ningún representante oficial negociando con los Aliados pues se habían delegado en Gran Bretaña nuestros intereses, y de hecho Gran Bretaña siempre expuso a los Aliados como una de las condiciones con las que llegar a la paz la restauración de Fernando VII en España. El Congreso de Praga (junio-agosto 1813) fue una de las ocasiones que Napoleón pudo tener para marginar una vez más a Gran Bretaña de una paz Europea, pero Inglaterra fortaleció su posición en aquellos días gracias a principalmente tres factores: la intransigencia francesa, la negación de subsidios a los Aliados, si no incluían representantes ingleses en sus consejos internos, y las noticias de la completa derrota francesa en Vitoria el 21 de junio, derrota que exilió de España a José I.

La opinión de la clase política española sobre este Congreso era muy mala, pues en Praga se pensaban reunir Francia, Austria, Dinamarca, el rey de España (José I), Inglaterra, Rusia, Prusia, los insurgentes españoles y demás aliados de las potencias beligerantes. La inclusión de José I era inaceptable para la España “fernandina”, que no se decidió hasta muy tarde a mandar un representante. La acción diplomática también se veía lastrada por el desfile continuo de ministros de Estado, hasta cinco en cinco meses de 1813: Pedro Gómez Labrador (del 27 de septiembre de 1812 al 11 de julio de 1813), Antonio Cano Manuel (del 27 de septiembre al 10 de octubre), Juan O'Donujú (del 10 de octubre al 17 de octubre), Fernando Laserna (del 17 de octubre al 6 de diciembre) y José Luyando (del 6 de diciembre de 1813 al 4 de mayo de 1814).

Para ver esta época y la negociación, nada como las memorias de Pizarro, las más importantes de los diplomáticos españoles de la época, ¿pero como filtrar la información que da en ellas?, ¿para contar bien una cosa, es esencial no haberla vivido?; no exactamente, para escribir historia es necesario que no exista ninguna pasión, ninguna preferencia, ningún resentimiento, lo que es imposible evitar cuando a uno le afecta el acontecimiento, como le afectaban a Pizarro. El caso es complicado y las opiniones sobre Pizarro de escritores sobre la diplomacia del periodo dispares. Por un lado, Villaurrutia nos lo presenta como el mejor diplomático español de la época, y utiliza algunos de sus escritos sobre Labrador para demonizar a éste. Pero otro autor, contemporáneo a Villaurrutia, el marqués de Dos Fuentes, nos dice que:

“Pizarro, de quien ya es hora de hablar cumplidamente, tanto por sí como por ser el autor de aquellas “Memorias” venenosas que tanto han contribuido injustamente al descrédito de nuestra Diplomacia, víctima propiciatoria de los errores de una Política inepta cuando no fue conscientemente inmoral” (...) “Era Pizarro Secretario del Consejo de Estado. Juró a José el 24 de Julio” (...) “Pizarro no tenía fe, no creía en su Nación, no comprendía ni adivinaba á su Raza. Este hombre, que llevaba un nombre histórico evocador de tanta grandeza épica, que rememoraba el hecho más estupendo que han conocido los hombres ni habrán de ver en los siglos de los siglos, desnaturalado por su educación francesa, desarraigado, desnacionalizado, se entrega espiritualmente y a á la lucha desalentado, frío, sin convicción y sin pasión, cadavérico” (...) “A juzgar por sus “memorias”, única obra de la pluma de Pizarro, éste era un hombre maravilloso, perfecto, que poseía en el grado más excelso de todos los méritos y las virtudes todas. Nadie más que él, además, lograba tales envidiables cualidades entre sus contemporáneos. Muy al contrario todos eran cobardes, todos traidores, ineptos, ignorantes, aduladores, ambiciosos, y, en suma, cuanto peor moral é intelectual puede encontrar el léxico del desprecio” (...) “Pero, además, las “memorias” de Pizarro no son verídicas (...) las acusaciones de Pizarro son falsas siempre ó, al menos, muchas veces” (...) “Hacer justicia es el deber de la Historia. Sean por ella vindicados aquellos dignos Diplomatas españoles que habiendo expuesto sus vidas por la Patria se vieron luego acusados (...) por las “memorias” infamantes de Pizarro, mojada en la bilis la pluma de su autor.”¹⁷⁶.

Lejos de hacer un juicio psicológico a Pizarro, lo que podemos decir es que sus memorias están brillantemente escritas, pero los desprecios a sus compañeros son ciertos, aunque infinitamente menos bruscos que los que le obsequia el marqués de Dos Fuentes. Es obvio que Pizarro está muy resentido por su destierro de 1818, del que no fue jamás

¹⁷⁶ Antón del Olmet, Fernando de, marqués de Dos Fuentes: *El Cuerpo Diplomático español en la Guerra de la Independencia: proceso de los orígenes de la decadencia española*. Vols. 5 y 6. Imp. Artística Española, Madrid: [s.n., 1911-1914] vol. 5, pp. 98-132. (Desde la página 98 hasta la página 132 se pasa este autor insultando, menospreciando y aborreciendo a Pizarro. He puesto por tanto una mínima reseña de este festival de improperios.)

perdonado, no recibiendo prácticamente apoyos de sus compañeros, lo que no olvidó, pero tenemos que tomar sus memorias como el relato de los acontecimientos históricos por parte de un testigo, sin fijarnos demasiado en las críticas a los demás y su opinión sobre el desarrollo de los acontecimientos. Por otra parte, Labrador no necesita de un enemigo como Pizarro para desacreditarse, pues ya lo hace él mismo en muchos fragmentos de su propia correspondencia diplomática.

Cuenta Pizarro que se produjo su nombramiento, entrega de credenciales, e instrucciones para ministro en Prusia y plenipotenciario en el Congreso de Praga, el 16 de agosto, aunque no llegaría a ser plenipotenciario en ese Congreso pues acabó justo en ese mismo mes. Los ingleses no estuvieron de acuerdo con su designación, por la oposición que mostró, cuando era secretario de Estado en 1812, al nombramiento de Arthur Wellesley como generalísimo de todos los ejércitos peninsulares, pero Pizarro tranquilizó al mismo Wellesley¹⁷⁷, al revelarle que artículo principal de sus instrucciones diplomáticas era obrar enteramente de acuerdo con Inglaterra, en concreto sus instrucciones eran: los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla para la infanta María Luisa (y la Luisiana para España); formar una alianza ofensiva y defensiva entre España, Portugal, Inglaterra, Holanda, Rusia, Prusia, Suecia y Austria (y que no entrara Francia de ninguna manera en esta alianza); no aceptar la inclusión en el tratado general de paz de artículo alguno por el que pudiesen quedar sin efecto las leyes y decretos de la Nación; si Francia formulaba alguna reclamación por creer que España no había cumplido los tratados sobre subsidios celebrados entre Carlos IV y Napoleón, se pidiese, como compensación de los gastos y daños causados por los ejércitos franceses durante la guerra, la cantidad de 50.000 millones de reales¹⁷⁸. Parecía un error no pedir reparaciones económicas directamente, y condicionarlo a que Francia reclamase algo.

A la llegada de Pizarro a Londres, el embajador Fernán Núñez le contó lo alarmado que estaba Castlereagh con él y con la comisión; Inglaterra desconfiaba de que España, al tener voz propia, pudiera sumarse a una de las paces que propusieran el resto de los aliados sin estar de acuerdo Inglaterra. Era un periodo de fuerte descontrol, Europa estaba por reconstruir y la España negociadora suponía un peso que podría desequilibrar cualquier fiel de la balanza a favor un determinado grupo dispuesto a firmar la paz por separado (sospechas lógicas por Valençay). En realidad los ingleses no tenían nada que

¹⁷⁷ Gran Bretaña temería que Pizarro actuase en la corte Prusiana contra sus intereses. Dado el ambiente turbio que se respiraba en la alianza, es lógico querer alejar a las pequeñas potencias del núcleo de decisión para no hacer aún más difíciles los acuerdos y desgarrar la unión.

¹⁷⁸ Villaurrutia, *Fernán Núñez...*, p. 175.

temer, las instrucciones de Pizarro eran claras y España era de las más interesadas en destronar a Napoleón; la opinión pública inglesa, lord Liverpool, e incluso también Castlereagh, veían con muy buenos ojos esa opción, pero no cerraban la puerta a una paz con Napoleón que fuera justa. Pizarro expuso a Castlereagh sus instrucciones; además de para tranquilizar, mostrando la intención de obrar de acuerdo con Gran Bretaña, para que supiera que Inglaterra habría de garantizar la integridad del territorio español.

El plenipotenciario español habló con los ministros de Prusia y Austria, aunque no con el de Rusia, por el problema de etiqueta que se había generado entre ambas delegaciones y del que ya hemos hablado. Al llegar Pizarro a Berlín, escribió a Karl August von Hardenberg¹⁷⁹, primer ministro prusiano, que no le contestó, por lo que decidió presentarse de improviso; esto nos da muestra de que la simpatía que despertaba la lucha española por la independencia no disminuía la antipatía con la que se veía a un posible competidor en la negociación, y es que Prusia era el menos poderoso de los cuatro miembros de la Alianza y, por tanto, el que más temeroso debía estar ante los pequeños estados que rebajasen su cuota de protagonismo. Partió Pizarro al cuartel general aliado dejando abiertas comunicaciones con ingleses y suecos. En Frankfurt se unió al cuartel general el 29 de noviembre, pero su situación era delicada; había sido nombrado plenipotenciario para un Congreso de Praga que ya había finalizado y en teoría sólo estaba allí como diplomático ante Prusia, Pizarro expresa aquí su preocupación:

*“La España no tiene aquí a nadie, pues mis poderes son limitados a Prusia; juzgo que conviene vean que queremos obrar por nosotros. Yo podría ser útil si se me sostiene y autoriza: el momento es crítico; me consta que no les gusta siga yo al ejército aliado y tratan de desvanecerlo, venga de donde venga esta idea; creo que, por la proximidad misma, conviene no perderlos de vista, y nuestros asuntos requieren manos propias, Sosténgaseme y yo trabajaré: debo decir la verdad al Gobierno; pero suplico que en el uso de estas especies no se me comprometa.”*¹⁸⁰.

Pizarro no recibió nunca plenos poderes, pero asistió como espectador de lujo a los momentos finales de la derrota del Imperio napoleónico. Nos confirma Pizarro la desunión de opiniones sobre la paz en las reuniones, y nos informa de que todavía no se había presentado al emperador ruso por el problema que todavía perduraba entre las dos

¹⁷⁹ Hardenberg, von (Karl August) (1750-1822): ministro de Asuntos Exteriores prusiano (1804-1816), primer ministro prusiano (1810-1822).

¹⁸⁰ De José García de León y Pizarro, ministro en Prusia y plenipotenciario para el Congreso de Praga, a José Luyando secretario de Estado de España, Frankfurt, 1 de diciembre de 1813. Citado en: Villaurrutia, Fernán Núñez..., p. 178-179.

Cortes. Pizarro abrió también oficinas en el cuartel general, en Berna y en Basilea para socorrer a los prisioneros españoles que allí acudieran.

Metternich era el más interesado en una paz con Francia; Austria no tenía frontera con ella y no le importaba demasiado que los dominios franceses ocuparan toda la orilla izquierda del Rin. Por otra parte Napoleón estaba casado con la hija del emperador Francisco, lo que facilitaría una alianza entre estos dos países si hubiera un peligro de guerra. Rusia, por otra parte, era el competidor natural de Austria; Austria había liderado la guerra de los cristianos contra el Imperio Otomano pero más o menos tenía estabilizada la frontera con dicho Imperio, Rusia sin embargo había conquistado en los últimos años grandes extensiones de tierra a los turcos y amenazaba ese área de influencia de tradición austriaca, los nacionalismos de la zona ahora miraban a Rusia con la esperanza de librarles de yugo turco. Este choque de influencias maduraría hasta que en 1914 cayó la manzana que hizo estallar la Primera Guerra Mundial. Todos temían la expansión rusa hacia occidente, se sabía en Berlín y se sospechaba en Viena que el objetivo de Alejandro era crear de nuevo bajo su mando el reino de Polonia, incorporándole las provincias que habían adquirido prusianos y austriacos como resultado de las particiones de 1772, 1792 y 1795. Los austriacos ya habían advertido a los prusianos que “*si la cuestión polaca queda sin resolver, corremos el peligro de cambiar el yugo de Napoleón por el de Alejandro*”¹⁸¹. Es famoso en esta época el refrán prusiano “mejor el francés como enemigo que los rusos como amigos”, fruto de la prepotencia con la que venían después de hacer retroceder a los franceses de Rusia, por eso también se decía que muchos en el cuartel general aliado temían sólo un poco más a la derrota que a la victoria.

¿Qué papel jugó Pizarro y por tanto España en este estado de las cosas?, en sus memorias dice claramente que era partidario de la guerra hasta el final:

*“La gran lucha en el Cuartel General era, entre la prosecución de la guerra hasta el exterminio de Napoleón, o una paz con él ventajosa (...). Por la guerra estaban el emperador de Rusia Alejandro, Pozzo di Borgo, Stein, Blücher, Munster, Rosamowsky, Castlereagh y algunos subalternos. Por la paz: el Ministro de Estado de Rusia, Nesselrode, lo más de los generales y subalternos diplomáticos, el mismo Hardenberg, ministro de Prusia, Metternich y el general Swarzenberg.”*¹⁸².

El siguiente intento de llegar a algún acuerdo que no aplastara al enemigo fue el Congreso de Chantillón, pero Pizarro no participó en las conferencias pues el 21 de

¹⁸¹ Nicolson, Harold: *El Congreso de Viena*. Sarpe, D.L. Madrid 1985, p. 56.

¹⁸² Pizarro: *Memorias*, p. 204.

enero, Fernán Núñez, en una maniobra extraña de la Regencia, fue nombrado como plenipotenciario para este Congreso a pesar de estar en Londres. Fernán Núñez no partió de París hasta el 3 de mayo, dejando a España sin un representante con suficientes poderes para haber influido (aunque siempre levemente) en las negociaciones posteriores de paz.

Es curioso como dos hombres tan brillantes como el historiador Nicolson y el diplomático Pizarro se contradicen en su juicio de la marcha de las negociaciones en Châtillon. Nicolson divide la conferencia en tres periodos que desarrollaré en las siguientes líneas. El primer periodo iría del 5 al 10 de febrero, en él, la victoria aliada en La Rothiere hizo que, mientras Caulaincourt¹⁸³ deseara firmar la paz casi en cualquier término para salvar así a su amo, Rusia y Prusia pensaran que la victoria final estaba en sus manos, queriendo Alejandro limpiar la afrenta que supuso la toma de Moscú por Napoleón con la toma de la capital francesa. Del 10 al 17 de febrero la conferencia se suspende. Las victorias francesas en Monmirail y Montereau asustan a Alejandro, partidario de seguir hablando de paz. El segundo tramo cronológico va del 18 de febrero al 8 de marzo, en el cual Napoleón no estuvo dispuesto a hacer concesiones, pues las recientes victorias militares todavía le permitían pensar en ganar la guerra. El último periodo discurre entre el 9 y el 19 de marzo; la victoria de Blücher en Laon, que abría las puertas de París, y el avance de Wellington por el sur, llegando hasta Bourdeaux, hacen que los Aliados no faciliten la paz mientras que Caulaincourt hacía esfuerzos desesperados por llegar a ella.

Según este esquema, cuando vencen los Aliados son éstos menos propensos a ceder condiciones en la paz y Francia a pesar de ceder no acepta a sus requerimientos, o si acepta, se deja pasar el tiempo para que las victorias militares destronen a Napoleón. Si vencen los franceses, a pesar de que las condiciones de paz que están dispuestos a ofrecer los Aliados son mejores, y sinceramente desean el cese de hostilidades, la vanidad y egocentrismo de Napoleón impiden cualquier acuerdo honroso. Sin embargo Pizarro nos dice que: *“Los sucesos militares descomponían los arreglos de la política, y, cuando eran desgraciados, servían mejorar para la causa de la guerra. En efecto, cuando había triunfos, adquirían fuerzas los argumentos a favor de una paz ventajosa. En las derrotas era imposible marchitar y perder las ventajas adquiridas por una paz vergonzosa.*

¹⁸³ Caulaincourt Armand Augustin (1773-1827): embajador en Rusia (1807-1810), representante francés en el Congreso de Praga (1813), en el Armisticio de Pleswitz (1813) y en el Tratado de Fountenbleau (1814), ministro de Asuntos Exteriores (1813-1814 y 1815).

Napoleón no presentaba otra alternativa.”¹⁸⁴. Tiene más razón Pizarro, dos veces se estuvo relativamente cerca de firmar la paz, siempre con Metternich como paladín del cese de hostilidades. La primera vez fue el 9 de noviembre, cuando se mando al prisionero St. Aignan, cuñado de Caulaincourt, a las líneas francesas ofreciendo las fronteras naturales; Caulaincourt las acepto demasiado tarde el día 5 de diciembre, lord Aberdeen, embajador inglés, había consentido esto e incluso insinuó como negociables los irrenunciabiles derechos marítimos ingleses, pero la lentitud de Napoleón esperando, sin duda, que cambiara su suerte, advirtió a los Aliados de la poca voluntad del emperador francés por hacer la paz (los otros dos embajadores británicos lord Cathcart¹⁸⁵ y lord Stewart se enfadaron con lord Aberdeen por negociar sólo semejante barbaridad sin consultarles siquiera). Aprovechando esto, Pozzo di Borgo¹⁸⁶ partió a Londres manifestando que los tres embajadores ingleses se contradecían entre sí, y que no se podía continuar con la situación. Castlereagh decidió ir y partió de Londres el 28 de diciembre, llegó el 10 de enero al cuartel general, el era partidario de reducir a Francia a sus antiguos límites¹⁸⁷. Pizarro dice que el objetivo de Pozzo di Borgo era que durante el tiempo que tardará Castlereagh en venir al continente la guerra siguiera, paralizándose así las negociaciones. Así fue, y Pizarro colaboró con esta estrategia rusa dentro de su limitada influencia.

La segunda vez que se estuvo cerca de la paz fue después de la victoria aliada en La Rothiere, como siempre Metternich fue el encargado de posibilitar la continuación de Napoleón en el trono: “*Hardenberg, Metternich y Castlereagh manifestaron de común acuerdo que si los aliados no podían obtener la paz sobre la base de los antiguos límites, era una equivocación en ellos arriesgarse a nuevas contingencias*”¹⁸⁸. Pero la noticia de nuevas victorias francesas produjo la negativa napoleónica a negociar y la derrota definitiva francesa; ya no habría otra ocasión para que Napoleón conservase el trono de Francia. Pizarro, también esta vez, fue partidario de proseguir la guerra y nos dice que pasó una nota a Castlereagh reclamando, en nombre de España, garantías para que tuviera en cuenta el caso español antes de negociar cualquier paz. Pizarro se refiere a que su

¹⁸⁴ Pizarro: *Memorias*, p. 206.

¹⁸⁵ Cathcart, Lord (William Schaw Cathcart) (1755-1843): embajador inglés en Rusia y comisionado militar, estuvo en el cuartel general aliado durante los últimos años de la guerra contra Napoleón (1812-1814).

¹⁸⁶ Pozzo di Borgo, Carlo Andrea (1764-1842): embajador de Rusia en Francia (1814-1835), embajador de Rusia en Gran Bretaña (1835-1839).

¹⁸⁷ Barlett: *Castlereagh*, p. 121.

¹⁸⁸ Nicolson, Harold. *El Congreso...*, p. 107.

escasa influencia en el cuartel general podría hacer que España no participase en una posible precipitada paz.

Como vemos examinando estos dos casos, la única oportunidad de hacer la paz fue por iniciativa aliada tras una victoria. Los Aliados tenían todo a favor: una amplia alianza (aunque no sólida), muchos más soldados, un pueblo con mayor voluntad de conseguir una victoria definitiva y una gran moral por tener al emperador contra las cuerdas, algo nunca visto durante todo su mandato. Era lógico que los virtuales ganadores escogieran el momento de la paz y sus condiciones. Si alguien tenía que ceder era el ejército más débil, el francés, pero esto no sucedió y cuando ocurrió era ya demasiado tarde. Pizarro, y no Nicolson, tiene por tanto razón; las victorias de un ejército que antes o después va a ganar, al ser tan superior, son los únicos momentos en los que este ejército puede plantear una paz, sin embargo, es inconcebible una paz con unas prerrogativas vergonzosas para una alianza cuyo destino es la victoria.

El acuerdo de mayor importancia que Pizarro concluyó durante esta misión diplomática fue el Tratado de amistad y alianza entre España y Prusia, firmado entre él y Hardenberg el 20 de enero de 1814, cuyos puntos más importantes eran: amistad y unión sincera y perpetua entre las dos Cortes, su majestad prusiana reconoce a su majestad Fernando VII como único y legítimo rey de la Monarquía española en ambos hemisferios (también a la Regencia del reino elegida por las Cortes generales y extraordinarias, según la Constitución sancionada por las Cortes y jurada por la nación), no dejar las armas hasta asegurar la independencia e integridad recíproca, garantía mutua de integridad de los Estados y concluir sin pérdida de tiempo un tratado de comercio¹⁸⁹. Este tratado es interesante para España pero no conllevó igualdad ante las negociaciones posteriores de paz (el mayor problema que luego tuvo España), y parece ser que a Pizarro no se le ocurrió esto, pues no comenta en sus memorias ningún punto que ofreciera a Prusia y le fuera rechazado. También abrió Pizarro comunicación y relaciones públicas con Austria, colocando a Justo Machado, que estaba de negociador secreto, como encargado de Negocios.

La restauración borbónica en España no corrió ningún peligro durante esta fase final del conflicto; para que José I hubiera seguido en el trono, Rusia, Prusia, y Austria tendrían que haber firmado la paz por separado con Francia, y Gran Bretaña, quizás harta de la guerra, hubiera abandonado su guerra peninsular. ¿Hubo alguna ocasión para la continuidad en el trono español del hermano mayor de Napoleón?, quizás la única, el

¹⁸⁹ Cantillo: *Tratados, convenios...*, p. 728-729

Congreso de Praga, pero es inútil hacer conjeturas; Napoleón se enterró así mismo y con él los posibles derechos que pudiera haber tenido su hermano sobre España. Si el emperador francés hubiera repartido con los demás su gloria, y sus deseos de una paz justa (no a la medida de los franceses) hubiesen sido verdaderos, otro final hubiera tenido esta historia, pero estas características no correspondían a Napoleón: *“En Dresde (26 de junio de 1813) el hombre de la voluntad (Napoleón) y el hombre de la proporción (Metternich) se enfrentaban por última vez, y el hombre de la voluntad era destruido por su incapacidad para la visión final: el reconocimiento de los límites”*¹⁹⁰.

3.2 Los errores españoles.

El Tratado de Chaumont, 1 de marzo de 1814, decía que los Aliados se comprometían a continuar la guerra hasta que alcanzaran sus objetivos: una Holanda mayor e independiente, una confederación alemana, una Suiza independiente, una España libre con una dinastía borbónica, y la restitución de los estados italianos. Se acordó también que la Cuádruple Alianza se mantendría durante 20 años, esto quiere decir que se marginó a las pequeñas potencias, y por desgracia a la mayor de ellas que era España. Pizarro no pudo negociar el tratado y meter la cabeza entre las grandes potencias; Castlereagh le preguntó si se atrevería a firmarlo en caso necesario, lo que muestra la poca capacidad para negociar que tenía Pizarro después del nombramiento de Fernán Núñez como su sustituto. Ni en Chantillón ni en Chaumont pudo Pizarro intervenir en las negociaciones, pues Pizarro sufrió por culpa de la Regencia tres problemas tremendamente graves para negociar en buenas condiciones. El primer problema fue la disputa diplomática con Rusia por la cuestión de la preeminencia, es absurdo romper relaciones por una semejante pequeñez, supone un delito flagrante contra el sentido común enemistarse en el momento clave con la potencia más decisoria del momento. Rusia fue el que negocio, casi a solas, el Tratado de Fontenbleau, un acuerdo, firmado el 11 de abril, que significó el final de la guerra y la adjudicación de Parma Plasencia y Guastalla a María Luisa de Habsburgo, como regente, y al hijo de Napoleón II cuando llegará a la mayoría de edad. Lancemos una pregunta; ¿podría una comunicación fluida

¹⁹⁰ Kissinger, Henry Alfred: *Un mundo restaurado: la política del conservadurismo en una época revolucionaria*. Fondo de Cultura Económica, México 1973, p. 107. Kissinger tiene una teoría que condena el hegemonismo de una potencia y aprueba un concierto firme entre naciones para luchar contra él sin dejarse engañar por pactos como el de Múnich (1938). Son más legítimos los acuerdos hechos entre todos que busquen equilibrio, esta teoría la utilizaba en su lucha contra el comunismo, pues al tener este una aspiración universal se convertía en peligroso para los intereses de las demás naciones no comunistas.

con Rusia haberla hecho sentir la importancia que para los intereses españoles tenían esos territorios? Esto también pudo influir para que España no participara activamente en las conferencias de los Aliados. Pizarro tendría que haber pedido permiso a la Regencia para ocuparse de la negociación de la precedencia diplomática con Rusia, alegando que causaba grandes trastornos para su negociación, nada hizo hasta que en París, al encontrarse con Tatischeff, pudo solucionarlo. Por lo visto, Bardají (el encargado anterior de solucionar este conflicto), no había recibido contestación a sus intentos y es que era lógico que ese trabajo lo hubiera desarrollado Pizarro, no en París, sino mucho antes, aprovechando su estancia en el Cuartel General. Pizarro lo solucionó, pero ya tarde, España trató mal esta nimiedad, que es una de las causas de la poca voz que tuvo en estos momentos decisivos. El segundo gran error español fue la sustitución de Pizarro por Fernán Núñez (el 21 de enero) como principal plenipotenciario español ante las potencias, antes de que llegara al continente desde Londres. Según cuenta Villaurrutia, Fernán Núñez puso gran empeño en obtener el nombramiento de plenipotenciario para el Congreso de paz, y envió a su hermano Luis a Madrid para que expusiera al Gobierno, que nombrar un representante grato para el Gobierno británico (la fama de anglófono de Pizarro le acompañó siempre) era lo más conveniente¹⁹¹. Después de su nombramiento fue retenido con excusas en Londres hasta que se vio el momento oportuno para su marcha, el 3 de mayo. Según Pizarro Castlereagh debilitó su autoridad y detuvo la llegada del conde de Fernán Núñez¹⁹², lo que fue nefasto, pues Pizarro estaba donde se tomaban las decisiones, lo lógico sería haber nombrado a Fernán Núñez poco antes de su marcha al continente. Cuando llegó a París Fernán Núñez pidió explicaciones oficiales a Castlereagh del porqué de ese empeño en que no saliera de Londres, y éste le puso como excusa que no se trataron en Châtillon más que los límites de Francia y, no siendo discutibles los que tenía ésta con España, era innecesaria su presencia¹⁹³ (era además difícil que llegara a tiempo). Lo más sangrante fue que se le dijo que sus credenciales eran para el congreso general, no teniendo éste aún ni fecha ni lugar; esta artimaña demuestra lo poco acertado que estuvo Fernán Núñez al haber conseguido el puesto de Pizarro, pues Inglaterra no quería a España negociando; Fernán era el elegido para negociar las condiciones de la paz en general, y tenía derecho y credenciales suficientes para asistir. España se quedó sin diplomáticos cuando más lo necesitaba y no pudo

¹⁹¹ Villaurrutia, *Fernán Núñez...*, p. 182.

¹⁹² Pizarro: *Memorias*, p. 210.

¹⁹³ AHN. Estado, leg. 5590. De Castlereagh, ministro de Asuntos Exteriores británico, al conde de Fernán Núñez, embajador de España en Londres. París, 25 de mayo de 1814.

negociar o al menos presenciar la solución dada a los estados italianos. Pero lo peor de todo fue la incompetencia del Gobierno español, que seguramente por negar el error del cambio de plenipotenciario, y la posible mala fe inglesa, no reconocía la necesidad de que España estuviera representada en Châtillon. Se ponía como excusa no querer negociar con el demonio Napoleón. Fernán Núñez mandó un despacho cifrado (27 de febrero de 1814), en el cual exponía que Inglaterra quería apartarnos de la negociación, debido entre otras cosas a nuestro exiguo poder militar¹⁹⁴, la respuesta del ministro de Estado José Luyando fue infantil:

*“Dígasele a Fernán Núñez que una cosa es el Congreso general, donde ha de tratarse del modo en que debe quedar la Europa para que se verifique el restablecimiento político de ella, y otra, las conferencias que han tenido algunos representantes de ciertas naciones para establecer las bases preliminares que sirvan de fundamento a una paz general: que para el Congreso es que tiene la plenipotencia, y en él, indefectiblemente, ha de asistir el representante español; pero que nunca pudo ser análogo a la energía y decoro de la Nación tratar en nada con Napoleón, como se verificaría si asistiésemos a esas primeras conferencias, especialmente estando aún cautivo nuestro legítimo Rey y ocupadas por el enemigo algunas plazas de Cataluña”*¹⁹⁵.

Luyando estaba completamente equivocado; que España no participara en los preliminares de la paz con las grandes potencias ponía a España a nivel de las potencias secundarias, que tampoco habían participado; todo esto estaba lejos de significar (como pretendía Luyando) fortaleza de España por no querer negociar con Napoleón estando Fernando VII cautivo. Las intenciones del Gobierno inglés, y la complacencia de España hicieron que Fernán Núñez no viajara a Châtillon.

No deja de ser raro y profundamente irregular que Fernán Núñez se recomendara a sí mismo para el cargo de plenipotenciario por estar más vinculado a Inglaterra, y que luego este país le negara una asistencia a Châtillon que tanto deseaba. En cualquier caso Fernán Núñez no debía haberse recomendado sin obtener una promesa inglesa de participar en las negociaciones en igualdad de condiciones con las grandes potencias. El tercer problema fue que no se le dieron a Pizarro plenos poderes, sino legitimidad para negociar declarándole representante de España con los Aliados para las cuestiones que

¹⁹⁴ De Fernán Núñez, embajador de España en Gran Bretaña y plenipotenciario en París para firmar la paz general, a José Luyando, secretario de Estado de España. Londres, 27 de febrero de 1814. Citado en: Villaurrutia: *Fernán Núñez...*, pp. 184.

¹⁹⁵ De José Luyando, secretario de Estado de España, a Fernán Núñez, embajador de España en Gran Bretaña y plenipotenciario en París para firmar la paz general, Madrid, 17 de marzo de 1814. Citado en: Villaurrutia, *Fernán Núñez...*, pp. 184-185.

podieran surgir durante esos momentos críticos. Por último el propio nombramiento de Pizarro como representante español es discutible, puede ser que Castlereagh no estuviera seguro de que apoyara las tesis británicas, y por tanto pudo ser un error llevar un embajador que se había enfrentado como secretario de Estado a la política inglesa en España. Y si Gran Bretaña estaba recelosa ¿Cuál de las potencias podría haber hecho que España cobrara importancia en las negociaciones?; ¿Una Rusia con la que estaba en conflicto diplomático?, ¿Prusia o Austria, dos países a los que no les importaba demasiado que Fernando VII desalojara del trono a José I?

Toda esta actuación diplomática defenestró a España en sus objetivos italianos, y mostró una escasa inteligencia política, sustituida por oscuras maquinaciones en el nombramiento de cargos. Por otra parte, la Regencia estaba mucho más ocupada en mantener la Constitución a la llegada del rey que en preocuparse de los teóricos derechos dinásticos que pudiera tener el rey y su familia en Italia. El gran sacrificio del pueblo español era admirado por las potencias aliadas, pero no hubo personalidades políticas que supieran sacar jugo de esta valentía; Rusia tenía a Alejandro, Tatischeff, Pozzo di Borgo; Prusia a Federico Guillermo, Karl von Stein¹⁹⁶, Blücher, incluso Suecia tuvo después a Bernardotte¹⁹⁷. Cuando los Aliados negociaban con los diplomáticos españoles no veían en ellos las hazañas de su pueblo, si no sobre todo a los torpes ejemplares políticos que fueron engañados por Napoleón destruyendo un país que era potencia mundial hasta ese momento.

3.3 Final de la guerra y negociaciones, la primera Paz de París.

Finalmente la guerra terminó con la victoria de los Aliados, y Alejandro entró en París como gran vencedor, congraciándose con el pueblo francés, Pizarro considera que:

“entra en París unos diez días antes que todo el Cuerpo diplomático aliado; y ansioso del noble laurel de filántropo y liberal, se anticipó a dar pruebas de seguridad al pueblo francés, que a su entrada le abrazaba y besaba las rodillas; estas prendas privadas privaron por entonces a las potencias del justo recobro de muchos de sus objetos preciosos de bellas artes, pues todo el sistema era no incomodar a los franceses”¹⁹⁸.

¹⁹⁶ Stein, Karl von (1757-1831): ministro de Comercio e Industria de Prusia (1804-1807), jefe de Gobierno (1807-1808), consejero de Alejandro I (1812-1815).

¹⁹⁷ Bernadotte Jean-Baptiste (1763-1844): mariscal de Francia (1804-1813), príncipe heredero de la Corona sueca (1810-1818), rey de Suecia y Noruega (1818-1844).

¹⁹⁸ Pizarro: *Memorias*. p. 207.

La devolución del expolio francés hacia todos los países, incluida España, quedó injustamente anulada por decisión particular de Alejandro que haría su obra individual más importante en el Tratado de Fontenbleau del 11 de abril con Napoleón, aunque oficialmente es un Tratado entre las potencias aliadas y su majestad el emperador Napoleón. Napoleón renunció para sí, por sus sucesores y descendientes, así como los miembros de su familia de todo derecho de soberanía y dominio, tanto sobre el imperio francés y el reino de Italia como sobre cualquier otro país. Se le permitía a él y a la emperatriz María Luisa de Habsburgo conservar su título de por vida, se le daba como posesión la isla de Elba en plena soberanía y propiedad, y se le asignaba una renta anual de dos millones de francos a pagar por Francia. Se ponía también a su disposición un barco para llegar a Elba, barco que se quedaría en propiedad (con este barco *Le Inconstant*, sería con el que se fugaría más tarde). Pero lo que más afectó a los derechos españoles fue la concesión a perpetuidad, a María Luisa de Habsburgo, del ducado de Parma y Guastalla. El tratado iba a beneficiar principalmente a Austria, y Metternich sólo expuso su reticencia al último punto, la soberanía de la isla de Elba, aunque no era partidario de firmarlo, hubo de hacerlo por lo avanzado del negocio¹⁹⁹.

Quizás con una comunicación fluida entre Pizarro y los rusos, el zar, imbuido de la importancia que para España tenía este ducado, hubiera otorgado otro territorio a María Luisa (a la que prácticamente sin reflexionar, y por un acto de condescendencia de Alejandro a su antiguo “hermano” Napoleón, le fue concedido dicho ducado), pero las malas relaciones seguramente evitaron esta acción que luego condicionó la diplomacia española de la época, y la hizo parecer excesivamente pedigüeña.

Desaparecido Napoleón del mapa político francés tocó el turno de negociar con las nuevas autoridades, los representantes de los Borbones franceses entre los que se encontraba un auténtico superviviente político, Talleyrand²⁰⁰, nuevo secretario de Estado para Asuntos Exteriores francés, quizás el mejor diplomático de la época. Lo primero que se hizo fue finalizar formalmente la guerra en toda Europa. Pizarro firmó, el 23 de abril, un convenio entre España y Francia suspendiendo las hostilidades, y dictando además otras medidas preparatorias para la paz definitiva, similares convenios firmaron ese día los demás países en guerra con Francia. Castlereagh se dirigió a Pizarro para pedir su firma, y viendo que era una mera formalidad no puso ninguna pega, a pesar de la ya

¹⁹⁹ Metternich, príncipe de: *Memorias*. Nos, Madrid, 1959.

²⁰⁰ Talleyrand, Charles Maurice de (1754-1838): presidente de la Asamblea Nacional (1790), ministro de Asuntos Exteriores de Francia (1797-1807 y 1814-1815); miembro del Gobierno provisional (1814); primer ministro de Francia (1815).

comentada merma que a su autoridad había supuesto el nombramiento de Fernán Núñez como representante español en las próximas negociaciones. El siguiente paso era negociar la paz; la Primera Paz de París se firmó el 30 de mayo entre Francia y Prusia, Austria, Gran Bretaña, Suecia, Portugal y Rusia (España la firmaría en julio). Las cláusulas eran básicamente las siguientes:

Francia renunciaba a todas sus aspiraciones sobre Holanda, Bélgica, Alemania, Italia, Suiza y Malta. Cedía a Gran Bretaña las colonias de Tobago, Isla de Francia y Santa Lucía. A España la devolvía la porción española de la isla de Santo Domingo. Las fronteras francesas, serían las que poseía en 1792 con algunas rectificaciones a favor de Francia: en el departamento de Mont Blanc recibió Chambery y Annecy, ciertos enclaves como Avignon y Montbelliard fueron incluidos en territorio francés. Ganaba de esta forma una población de 450.000. Quizás lo más impactante de esta paz fue que no se obligó a Francia a pagar indemnizaciones de guerra, ni a devolver el expolio artístico y financiero que había ejecutado en sus países invadidos.

Veamos como llevaron los representantes de España esta negociación, recordemos que el nuevo plenipotenciario español salió de Londres el 3 de mayo y llegó a París el día 7. En las instrucciones de Fernán Núñez se le decía que España no tenía miras de conquista y la mayor necesidad era que se viera reconocido Fernando VII como su único y legítimo rey. Querían buscar también el equilibrio europeo y, siendo el interés británico e hispano ver reducido el poder de Francia, España uniría su voto al inglés para este fin devolviendo a Francia a sus antiguos límites; el objetivo era evitar una nueva invasión francesa reduciendo su poder. España había de ponerse al lado de los que querían ver a Francia con el mínimo poder posible, contrapesados frente a los que tengan intereses en que Francia fuera más grande. También recibió Fernán Núñez una clasificación de las naciones más interesadas en mantener la dinastía borbónica en España: Inglaterra, Portugal, Rusia, Prusia, Suecia, Holanda y Austria por este orden. Se le pidió procurar favorecer un aumento de poder en las potencias que se muestren más proclives a prestarnos su ayuda, y se mandaba reclamar 50.000 millones de reales como compensación de guerra así como la devolución de manuscritos, alhajas, cuadros, y objetos de arte que los franceses se habían llevado de los palacios, iglesias y museos²⁰¹.

A principios de mayo llegó Fernán Núñez a París instalándose en la embajada española, que había sido desalojada por el último embajador del rey José I ante Francia,

²⁰¹ Villaurrutia, Wenceslao Ramírez de Villaurrutia, marqués de: *España en el Congreso de Viena según la correspondencia oficial de Don Pedro Gómez de Labrador*. Francisco Beltrán, Librería Española y Extranjera, calle Príncipe, 16, Madrid, 1928, p.56.

el conde de Campo Alangue. En sus primeras conferencias con Talleyrand y Castlereagh, se le hizo saber que no participaría en la negociación de la paz; Fernán Núñez se negó a aceptar esta situación al considerarla poco decorosa para un país que tan valerosamente había luchado. Se puso como excusa que simplemente se iban a fijar los límites de Francia y que al ser los hispano-franceses inamovibles no quería introducirse otro interlocutor que pudiera dilatar la negociación; pero esta razón no se sostiene pues sólo Prusia podía aspirar a variar sus límites con Francia en aquellos momentos. Este hecho fue de gran importancia, pues supuso la confirmación de que España era considerada una potencia de segundo orden al margen de los cuatro grandes, se confirmó que las intenciones inglesas, que no apuntaban bien por el hecho de mantener hasta casi mayo a Fernán Núñez en Londres, no eran convertir a España en un interlocutor importante. Consiguió Fernán Núñez por sus múltiples peticiones poder nombrar al conde de Casa Flórez en una de las secciones en que se dividían las reuniones, la encargada de señalar los límites generales y las reclamaciones de intereses, pero no pudo pedir reclamaciones de guerra al estar Luis XVIII dispuesto a dejar el trono antes que hacerse cargo de ellas. Ante esto nada podía hacer de todas formas España por el empeño de Rusia y Austria en renunciar a reparaciones, y la amenaza del restaurado rey francés. No se consiguió tampoco la inserción de algún artículo que permitiera la devolución de las obras de arte robadas por los franceses durante sus invasiones, las potencias se cerraron en banda y decidieron que esas negociaciones se llevaran de país a país. España no estuvo en las reuniones importantes (las que entre sí tenían Austria, Prusia, Gran Bretaña y Rusia), y fue Castlereagh el que logró el mayor triunfo para la diplomacia española; consiguió la devolución de la parte de la isla de Santo Domingo que antes había sido española (de paso borraba casi de un plumazo a Francia en el Caribe), pero también comunicó al plenipotenciario español no poder hacer nada en el caso de la Luisiana ni disponer de la Toscana ni de Parma.

Que el mayor triunfo diplomático español sea conseguido por un representante inglés significa la poca fortaleza diplomática que tenía España en cuestiones importantes, no ya por los malos diplomáticos, sino por la decisión de las cuatro potencias de operar a solas en la construcción del equilibrio europeo (aunque la poca habilidad diplomática española también contribuyó a esto). Gran Bretaña tuteló nuestra Guerra de la Independencia y casi, por inercia, lo hacía también con nuestra diplomacia en los primeros momentos. Debería haber habido un acuerdo firmado entre la Regencia y Gran Bretaña para asegurarse un puesto preeminente en las negociaciones de paz, pero no lo

hubo, y Gran Bretaña veía con recelo a España en negociaciones relacionadas con fijar las posesiones de ultramar pues las otras tres potencias no ofrecían resistencia en esos temas alejados de sus intereses y zonas de influencia; las peticiones y observaciones de España si podían ser molestas en estos temas.

Por otra parte Fernán Núñez se quejaba amargamente de su situación y de la continua falta de instrucciones y de noticias sobre acontecimientos en España para confirmar o desmentir los rumores que le hacían llegar los representantes extranjeros:

*“No debo ocultar a V.E que, siendo tan contradictorias las noticias que aquí llegan de España, está la opinión general con el mayor interés sobre la llegada del Rey a Madrid, añadiéndose a esto que, como ni el Sr. Pizarro ni yo nada sabemos, nos hallamos, no sólo en un compromiso para desvanecer cuanto sea falso, sino también me encuentro yo sin nervio en mis relaciones y reclamaciones diplomáticas, no sabiendo si la variación que ha sufrido la Francia en su mudanza de Jefe puede causarla también en la conducta que yo he de guardar”*²⁰².

Ya se quejó en un despacho anterior (estando retenido en Londres, el 9 de marzo) que *“cuando con mayor impaciencia aguardaba las órdenes de Su Alteza, habían llegado los tres últimos paquetes sin ninguna carta, silencio muy sensible en una ocasión en que se trataba nada menos que de la suerte general de Europa”*²⁰³.

Antes de firmar el Tratado de París, Fernando VII había dado un golpe de estado el 4 de mayo y uno de los primeros nombramientos que hizo fue el nombramiento de Labrador para negociar la paz, quería estar representado diplomáticamente por un hombre que le hubiese apoyado en su restauración absoluta, y Labrador lo había hecho en el Manifiesto de los Persas. Eso Fernán Núñez no lo sabía aún, y se mostraba inquieto por la ausencia de comunicación con la Regencia de la cual emanaban sus poderes. El 22 de mayo, como hemos visto, el despacho pedía ampliar sus instrucciones, pues con la llegada de Luis XVIII, de la misma dinastía, es posible que debiera cambiar la severidad de sus instrucciones contra Francia; no se le contestó más y le llegó muy poco después el despacho de San Carlos del 16 de mayo (firmado en Madrid el 16 de mayo llegaría a París poco después del 22 de mayo), por el que Labrador le sustituía en sus funciones. Se encontró aquí con el mismo problema de Pizarro en Chaumont; la petición de firmar el

²⁰² De Fernán Núñez, embajador de España en Gran Bretaña y plenipotenciario en París para firmar la paz general, a José Luyando, secretario de Estado de España, París, 22 de mayo 1814. Citado en: Villaurrutia, *Fernán Núñez...*, pp. 186-187.

²⁰³ De Fernán Núñez, embajador de España en Gran Bretaña y plenipotenciario en París para firmar la paz general, a José Luyando, secretario de Estado de España, Londres, 9 de marzo de 1814, Citado en: Villaurrutia, *Fernán Núñez...*, p. 185.

tratado ya concluido estando relegado de sus funciones. España, por sus problemas internos, había vuelto a cambiar a sus representantes en el peor momento. Fernán Núñez, a pesar de la insistencia de Castlereagh para que firmara no cedió, se negó a firmar alegando falta de instrucciones de su Gobierno y la no inclusión de una cláusula que garantizara a la familia y corona real española los reinos de Nápoles, Etruria, y los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla. Las grandes potencias firmaron el 30 de mayo y Fernán Núñez no firmó el 7 de junio cuando le tocaba a España, Portugal y Suecia. Obró bien, pues el 6 de junio San Carlos le remitió un despacho donde decía que era Labrador quien tendría que decidir si se firmaba o no y que su destino estaba en Londres, y allí es donde se fue, aunque no sin dudas. Fernán Núñez consultó a Pizarro sobre estos acontecimientos y éste le aconsejó ceder amablemente a Labrador todos los negocios e irse a Londres, de todas formas es difícil pensar en un camino diferente dadas las órdenes del rey²⁰⁴.

Las instrucciones de Labrador no variaron mucho con las de Fernán Núñez, pero al Consejo de Estado le pareció mal la clasificación entre naciones interesadas en el mantenimiento de la dinastía fernandina; Austria debería ocupar uno de los primeros lugares y Rusia uno más bajo pues al estar tan lejos no podría prestarle ayuda si lo necesitara²⁰⁵. Esta formula corregida es una equivocación; a Austria no le importaba demasiado la Monarquía borbónica, recordemos que la Guerra de Sucesión fue una guerra por la elección de un Austria o un Borbón. Austria no hizo el menor caso a las reclamaciones españolas en el Congreso de Viena y de hecho era la nación antagónica en el caso de la reina de Etruria, la gran reclamación española. A Prusia y a Suecia las consideraban aliadas de Francia, equivocándose terriblemente en el caso prusiano, y a Holanda, como Gobierno republicano se la consideró neutral, otro error, pues, a parte de que finalmente fuera monárquica, era un tapón a las pretensiones francesas de sus fronteras naturales, enemiga de Francia y según la teoría usada para elaborar estas instrucciones, aliada natural española. Dichas instrucciones fueron redactadas por San Carlos, que introdujo en esta nueva clasificación las nuevas ideas del reciente Gobierno absolutista instaurado en España, y que él presidía; Austria era el paladín del tradicionalismo y Rusia a pesar de su atraso político tenía fama de ser más liberal. La lista de países es interesante, pues es un termómetro de hacia que gobiernos quiere acercarse el

²⁰⁴ Pizarro: *Memorias*, p. 218.

²⁰⁵ Villaurrutia, Wenceslao Ramírez de Villaurrutia, marqués de: *España en el Congreso de Viena según la correspondencia oficial de Don Pedro Gómez de Labrador*. Francisco Beltrán, Librería Española y Extranjera, calle Príncipe, 16, Madrid, 1928, p. 56.

Gobierno español en ese preciso momento, establece prioridades en una estrategia de formación de alianzas.

Por otro lado, se pedía a Fernán Núñez, en estas instrucciones, que solicitara un tratado de alianza ofensiva y defensiva que garantizara los acuerdos alcanzados en el Congreso, por supuesto sin la participación de Francia en dicho tratado. Incluía la petición de proteger a la Monarquía española de sus enemigos internos y externos, lo cual muestra debilidad a la hora de negociar otros asuntos. Además es ilusorio que algún país cumpliera con esa cláusula a menos que un gran interés se le tributase, o que el equilibrio de poderes fuera amenazado (esto último vendría seguramente sólo, sin necesidad de que España lo pidiera expresamente). Al Papa se le devolverían los Estados Pontificios; al rey Fernando IV, el Reino de Nápoles y al de España, la Luisiana. Se pedía reclamar los derechos que tenía España a varios Estados de Europa, en caso de variaciones que pudieran perjudicarlos. No se ajustaría ningún tratado de comercio en el Congreso, ni se variarían las leyes y decretos sobre afrancesados y bienes mal adquiridos por franceses durante la invasión. Las instrucciones lógicamente estaban impregnadas del miedo lógico de un nuevo régimen a ser derrocado.

Labrador pidió aclaraciones a estas directrices, y las precisiones fueron las siguientes: restitución a Francia de los establecimientos de Cayena y Guayana (se consideraban peligrosos por los auxilios que podría prestar el país a los insurgentes americanos); que se exigiera la devolución de la Luisiana y en caso de no poder ser devueltos los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla, pedir a cambio Cerdeña; Nápoles debía ser devuelto a su rey legítimo (Borbón); rechazar un nuevo Pacto de Familia, del que se podrían renovar sólo los artículos honoríficos, conservando la igualdad entre ministros y embajadores de ambas Cortes; en cuanto a la restitución de lo robado por Francia en España, había de incluirse alguna cláusula que contemplara su devolución; como indemnización de guerra pedir, en vez de los 50.000 millones de reales (petición extravagante), 6.000 u 8.000 yeguas de buena raza y 2.000 caballos enteros; no debía entrar en negociaciones comerciales para liberalizar el comercio entre la América española y los demás países europeos; tratar de recuperar las obras de arte robadas, y por último el trato hacia los afrancesados era una cuestión interna española que no podía ser sometida a discusión diplomática²⁰⁶.

Por otra parte, el 5 de julio de 1814, se firmó la renovación de la alianza con Gran Bretaña (fue un doble tratado, pues también lo firmó Portugal con Inglaterra el mismo

²⁰⁶ *Ibidem*, p. 60-62.

día). Este Tratado de amistad y alianza especificaba lo siguiente: su objeto no era perjudicar a ningún otro estado, que esta alianza no derogaba los tratados y alianzas que las altas Partes contratantes tuviesen con otras potencias, que se procedería sin dilación a formalizar un tratado de comercio, y que en caso de romperse el monopolio de comercio que mantenía España con su América Gran Bretaña sería admitida a comerciar como la nación más favorecida y privilegiada. En un artículo secreto España se obligaba “*a no firmar ninguna obligación o tratado de la naturaleza del conocido con el nombre de Pacto de Familia, ni otra alguna que coarte su independencia o perjudicase los intereses de Su Majestad Británica y se oponga a la estrecha alianza que se estipula por el presente Tratado*”²⁰⁷. El objetivo era tranquilizar a Gran Bretaña (que pidió insistentemente la renovación y mejora del tratado de alianza de 1809 por miedo a perder su influencia, tan luchada, en la Península²⁰⁸), pero no se intentó incluir que España formara parte del cónclave de las grandes potencias, lo interesante en ese momento. Gran Bretaña también prometió cesar su ayuda extraoficial a los rebeldes americanos²⁰⁹; ninguna potencia extraña prestó ayuda oficial a las colonias continentales de España en su larga lucha por la independencia, pero los soldados y marinos extranjeros, en particular los soldados ingleses e irlandeses que navegaron con Cochrane, prestaron una valiosa ayuda a los insurgentes, las ayudas de los comerciantes y banqueros ingleses fueron igualmente importantes²¹⁰.

Cuando Labrador llegó a París le pidieron que firmara el tratado de paz como parte accedente, pero este menosprecio ponía a España al nivel de otras potencias menores y por tanto se negó. Se firmó con Francia el Tratado definitivo de paz entre España y Francia el 20 de julio, exactamente igual que el firmado por todas las potencias pero con 10 artículos adicionales y secretos: se acordó la restitución de bienes y propiedades que hubieran sido confiscadas a españoles y franceses durante la guerra; si la reclamación hubiera surgido antes o después de la guerra, una comisión mixta sería la encargada de solucionar el litigio; las relaciones comerciales entre ambos pueblos serán restablecidas sobre las reglas que regían dicho comercio bilateral en 1792, pero se dice que sea negociado un nuevo tratado de comercio entre las dos potencias cuanto antes. Sin embargo este régimen comercial, en la práctica, no podía cumplirse por las múltiples

²⁰⁷ Cantillo: *Tratados, convenios...*, p 733.

²⁰⁸ Bécker: *Historia de las...*, vol. 1, p. 332-333.

²⁰⁹ Barlett: *Castlereagh*, p. 246.

²¹⁰ Humphries, R. A.: “Emancipación de la América Latina”, *Historia del Mundo Moderno*, Cambridge University Press, Tomo IX “Guerra y paz en tiempos de revolución, 1793-1830”. Editorial Ramón Sopena, Barcelona, 1971, p. 434.

contradicciones que entrañaba, no estando adaptado a las necesidades de la época lo que dio lugar a reclamaciones y disputas comerciales²¹¹. En el denominado “artículo adicional secreto”, Francia prometía emplear sus buenos oficios con España siempre, pero especialmente en el próximo Congreso, a favor de los príncipes de la casa de Borbón de la rama española que tengan posesiones en Italia. Prometía también, este mismo artículo, una compensación como consecuencia de los perjuicios que para España supuso el Tratado de Madrid del 21 de marzo de 1801; la pérdida de la Luisiana, cedida a Napoleón, y la cesión del ducado de Parma²¹².

Labrador negoció directamente con Talleyrand creyendo haber ganado ya una gran batalla diplomática, presumiendo que *“no sospechaba Talleyrand con quién tenía que habérselas, costándole mucha fatiga el persuadirse de que se había acabado la prepotencia que había ejercido durante tantos años y que miraba como un efecto de su talento o de su astucia...”*²¹³. Talleyrand propuso un nuevo artículo que propugnara el regreso a España de los afrancesados y la reposición de sus bienes, pero la actitud e instrucciones de Labrador lo hicieron imposible; en la embajada española en París había puesto Labrador un cartel donde se leía bien claro que no se permitía el paso de afrancesados. El 1 de julio Labrador pasó una nota pidiendo que cesaran las ayudas francesas a los insurgentes americanos, y en el mismo mes Talleyrand contestó de forma satisfactoria a estas peticiones.

En este tiempo llegó a París una carta de los padres de Fernando VII para Luís XVIII; le pedía ayuda por la mala situación económica que les había causado su hijo, el rey francés les socorrió con unas letras por valor de 150.000 francos. Esto era una muestra de debilidad y malicia por parte de España, que no se tendría que haber permitido. Lo peor de este asunto eran los rumores de que Carlos IV (humillado por el abandono económico de su hijo) se estaba poniendo en contacto con las cortes europeas para que se le permitiera ser representado en el próximo Congreso. Parece ser que envió cartas al emperador de Austria y al rey de Prusia sin contestación, y que pidió al príncipe regente que se le asignase pensión, y que al ser el legítimo rey de España merecía un reino como compensación del perdido. Pero lo más humillante para Fernando VII era la

²¹¹ *Ibidem*, p. 349.

²¹² Cantillo: *Tratados, convenios...*, p. 734-741.

²¹³ De Pedro Gómez Labrador, plenipotenciario español en el Congreso de Viena, al duque de San Carlos, secretario de Estado de España. Viena, 20 de julio de 1814. Citado en: Villaurrutia: *España en el Congreso...*, p. 66.

presencia de Godoy al lado de los reyes padres; por medio del papa Pío VII²¹⁴ se le separó de ellos y se le desterró a Pesaro²¹⁵.

En Londres se firmó el Tratado de paz y amistad entre Dinamarca y España el 14 de agosto, cuyos puntos fundamentales eran: se restablecían las mismas relaciones de paz y amistad que existían en 1808, Dinamarca sólo reconocerá como legítimo rey de España a Fernando VII y a sus legítimos herederos y sucesores, los derechos de su majestad el rey de Dinamarca al pago de antiguas deudas contraídas por la corona de España a favor de la de Dinamarca son reconocidas tales como existían al principio del año 1808, se alzarán secuestros de buques y bienes propiedad de sus soberanos o súbditos respectivos que estuvieran en puertos españoles o daneses, todos los antiguos tratados o convenios, sobre todo el convenio secreto de 1757 y el convenio de 21 de julio de 1764, se restablecen en todo su tenor y todas sus cláusulas²¹⁶.

Sorprende la aceptación por parte de España, que estaba muy mal económicamente, de la deuda con Dinamarca pues había sido fiel aliada de Napoleón; con devolverle los barcos daneses que sobre todo los ingleses habían capturado y refugiado en puertos españoles hubiera bastado, aunque tampoco se dice la cuantía de la deuda. Lo firmó Fernán Núñez y supone una muestra de la normalización que en las relaciones internacionales europeas se estaba produciendo en esos momentos; estas relaciones habían quedado entre paréntesis por las guerras y la adscripción de las naciones a un bando u otro.

En cuanto a las relaciones con el papado fueron muy buenas como no podía ser de otra forma, Fernando VII había derogado toda la obra de Cádiz y restablecido el Tribunal de la Inquisición. Regresó a Madrid y volvió a tomar posesión de la nunciatura monseñor Gravina (perseguido por la Regencia por sus ideas absolutistas), muy recomendado por el secretario de Estado del Papa, el cardenal Pacca. Como representante español en Roma fue Vargas Laguna. Nada hay que reseñar de estas relaciones al apoyar España de manera clara el restablecimiento de los Estados Pontificios y renunciar siempre a cualquier compensación que la reina de Etruria pudiera obtener de ellos. Este empeño en una única religión obligatoria no ayudaba a que los demás países tuvieran una buena consideración hacia España; Rusia ortodoxa, Inglaterra anglicana y Prusia protestante veían prohibidos sus cultos dentro del territorio español. El rey de Prusia expresó ante Pizarro la *“desagradable impresión que le había hecho el reciente establecimiento de la*

²¹⁴ Pío VII (1742-1823): papa de Roma (1800-1823).

²¹⁵ Villaurrutia: *España en el Congreso...*, pp.74-75.

²¹⁶ Cantillo: *Tratados, convenios...*, pp. 741-743.

Inquisición, y me añadió que era extraña esta disposición de Su Majestad, cuando los esfuerzos de los protestantes no habían contribuido poco a su restitución al trono”²¹⁷.

3.4 El proyecto de un matrimonio ruso para Fernando VII.

Un capítulo aparte merecería el proyecto de casar a Fernando VII con una princesa rusa, que realmente hubiera sido muy acertado. Al subir al trono, en 1808, el nuevo rey Fernando VII estaba viudo de María Antonia, hija de los reyes de Nápoles. Cuando el ejército francés había prácticamente perdido la guerra contra España, el 11 de febrero de 1814, el secretario de Estado José de Luyando dirigió una real orden al representante español en San Petersburgo, Eusebio de Bardají, dándole las instrucciones necesarias para gestionar el enlace del rey Fernando VII con la gran duquesa Ana de Rusia²¹⁸. Estaban muy agradecidos por la decisiva entrada en guerra de Rusia, y parecía oportuno enlazar a Fernando con el país continental que había infringido la mayor derrota a la *Gran Armée*, y contribuido con ello, más que ningún otro ejército continental, a la derrota de Napoleón. Sin embargo aún no estaba solucionado el conflicto hispano-ruso de la precedencia de los embajadores, y no deja de ser pintoresco que antes de solucionar este pequeño problema se trataran de dar pasos en busca de un matrimonio que uniera las dos casas reales. El duque de San Carlos dio orden a Bardají, el 15 de mayo, de suspender la gestión matrimonial hasta nueva orden, poniendo en serio compromiso al ministro en San Petersburgo, que ya había realizado las primeras aproximaciones. Esta orden es la imagen del desastre diplomático que vivía España por la agitada política interior; se paralizaban las gestiones precisamente en el mes en el que se solucionaba el problema de la precedencia de embajadores con Rusia. Finalmente el 22 de julio se envió a Bardají una real orden para que siguiera adelante con la negociación, la única condición que se imponía a los rusos era la conversión al catolicismo de la princesa ortodoxa (real orden del 22 de julio de 1814)²¹⁹. Nesselrode le comunicó lo imposible de esta renuncia a la religión ortodoxa, no había ejemplos de ninguna otra gran duquesa que hubiera hecho eso, y se veía indispensable que perseverase en su religión mediante una capilla privada, lo que no impediría ir a cualquier acto celebrado por la iglesia católica. El 22 de agosto se le mandó otra real orden pidiendo que adelantara el negocio, señal de la impaciencia del ejecutivo español, pero Bardají, lejos de esto, consideró la cuestión cerrada por

²¹⁷ Pizarro: *Memorias*. p. 222.

²¹⁸ Bécker: *Historia de las...*, vol. 1, pp. 356-369. (Todo el *affaire* esta muy bien explicado.)

²¹⁹ Schop: *Un siglo...*, pp. 151-154.

imposible. El 9 de octubre, se mandó una real orden a Labrador pidiéndole que hiciera las gestiones necesarias para formalizar el matrimonio, aprovechando su cercanía a los máximos interesados (se quiso cambiar el teatro de las operaciones aprovechando la estancia en Viena del emperador Alejandro y sus principales consejeros); se le aconsejaba comunicarse con Bardají para ver las evoluciones del proyecto al que se le daba la categoría de *“importantísimo y urgente Asunto”*²²⁰. Era norma inquebrantable para los rusos que ni los emperadores ni los grandes duques se casaran con mujeres que no abrazasen el rito griego, e incluso su nombre debía ser cambiado según este rito, a las grandes duquesas se las impedía abjurar de su comunión por la causa que fuera, aunque si se les permitía a sus conyugues mantener su religión. Labrador en un despachó al secretario de Estado duque de San Carlos, el 30 de noviembre, citaba lo que el embajador ruso en Viena, Stackelberg, le había transmitido sobre el asunto:

*“que el emperador y todas las personas de la familia imperial tienen una muy triste idea del sistema adoptado en España; pues suponen al Gobierno bajo la influencia del clero y los frailes, y creen que éstos tienen tal Imperio sobre la Nación, que la persona misma de la Gran Duquesa no estaría segura aun cuando abjurase; pues por el recelo de haber sido de otra religión o comunión, sospecharían que se debía a su influjo cualquier reforma que se intentase (...) cosa que no puede menos que suceder.”*²²¹.

Estas impresiones debieron cerrar el asunto, pues demostraban prejuicios rusos al sistema español, y la alarma de que la Inquisición no perdonara nunca a la gran duquesa Ana por su anterior fe. El negocio era demasiado indecoroso para perseverar en él, sin embargo el nuevo secretario de Estado, Pedro Cevallos, removió el asunto el 28 de febrero de 1815, ordenando de nuevo a Labrador proseguir los intentos aunque fuera con la otra hermana del zar, la gran duquesa Catalina. Entre marzo y abril, Labrador mandó informes que aseguraban que Pozzo di Borgo negociaba el enlace de la gran duquesa Ana con el duque de Berry, y que su hermana Catalina estaba comprometida con el príncipe heredero de Wurtemberg. La situación era difícil para el Gobierno de Madrid que no podía esperar por más tiempo la respuesta, y finalmente el 17 junio de 1815, en vista del escaso interés ruso en la consecución del matrimonio, se mandó a Labrador paralizar las gestiones.

²²⁰ De Pedro Cevallos, secretario de Estado de España, a Pedro Gómez Labrador, plenipotenciario español en el Congreso de Viena, Madrid 9 de octubre de 1814. Citado en: Villaurrutia: *España en el Congreso...*, pp. 140-141.

²²¹ De Pedro Gómez Labrador, plenipotenciario español en el Congreso de Viena, a Pedro Cevallos, secretario de Estado de España. Viena, 30 de noviembre de 1814. Citado en: Shop: *Un siglo...*, p. 152.

4. Negociaciones de Labrador durante la primera parte del Congreso de Viena.

4.1 Objetivos de las potencias aliadas para la paz.

Empezaremos hablando de las aspiraciones que tenían Rusia, Gran Bretaña, Austria, Prusia y Francia, ya que finalmente fueron las cinco que decidieron prácticamente todo. Rusia quería anexionarse el Ducado de Varsovia y quedar bien con la opinión pública francesa, no exigiendo compensaciones de guerra ni la recuperación de las obras de arte expoliadas por Napoleón. Prusia pretendía doblar su tamaño; como compensación a los territorios perdidos en Polonia (en beneficio de Rusia) quería la Sajonia entera y territorios cerca del río Rhin, hubiera deseado además despojar de más territorios a Francia. Gran Bretaña aspiraba a preservar sus derechos marítimos no entrando en conversación sobre ellos en Viena, también quería un equilibrio de poderes en el continente que preservara la paz por muchos años; para ello era fundamental no castigar demasiado a Francia pero colocar estados tapones a su alrededor, esto último para frenar el expansionismo del que había hecho gala este país desde Luís XIV. Para Austria el norte de Italia era su aspiración; mediante la colocación de príncipes austriacos en el mayor número de reinos que pudiera establecería su influencia sobre esta zona, estaba también contra el fortalecimiento excesivo de Prusia y Rusia. Prusia le restaba influencia dentro del cuerpo germánico y Rusia era su enemigo natural en los Balcanes, además era un país en clara expansión con el que se tenía frontera; que Rusia adquiriera demasiada fuerza no le convenía. Francia quería ser castigada lo menos posible por sus guerras de conquista y, en cuanto a sus miras geoestratégicas, quería evitar que Sajonia cayera en manos de Prusia o que, como mucho, sólo obtuviera una parte. Recelaba del agrandamiento de Rusia hacia occidente; sus fuertes vínculos con la población polaca (reforzados durante la época de Napoleón) hacían que quisiera evitar su completa dominación por parte de Rusia.

Todo estaba por decidir y comenzaba un apasionante juego de influencias, alianzas secretas y presiones dentro de las más altas esferas de la diplomacia internacional. El artículo 32 de la paz de París establecía la reunión de un Congreso en Viena para resolver

la cuestión del equilibrio europeo²²². Se invitó a todas las potencias que intervinieron en cualquiera de los bandos durante la guerra, y en septiembre de 1814 comenzó un Congreso que no iba a conceder las reclamaciones españolas. Se ha hablado mucho de la incapacidad de Labrador²²³ (plenipotenciario español) comparándola con la brillantez de Talleyrand, que podría haber sido la diferencia de que uno entrara en el grupo de las potencias decisorias y que la otro se quedara aislado de esa toma de decisiones. Parece esta tesis algo exagerada, Francia era más fuerte y por tanto un aliado mucho más deseable que la mermada España. Francia tenía una situación económica más favorable, la destrucción del suelo francés por la guerra era ridícula comparada con los demás contendientes, pues prácticamente sólo se había guerreado un par de meses en suelo galo, España en este aspecto había sufrido especialmente. Los indicadores demográficos franceses eran más competitivos; la población francesa era en 1801 de 27.349.003 habitantes y en 1821 de 30.461.875²²⁴ según los censos, mientras que España contaba con 12.000.000 de habitantes que más o menos habría teniendo en cuenta los poco fiables censos de 1797 (10.541.221) y de 1833 (12.286.150)²²⁵. La situación geoestratégica francesa era mejor pues estaba más cercana a la discusión principal, que era Polonia; Francia estaba situada en la Europa septentrional haciendo frontera con los disputados territorios que se iban a repartir en Renania y una llanura, de relativa facilidad de tránsito, le separaba de Europa oriental, esto quiere decir que un ejército suyo podría ser de gran influencia en caso de que la falta de acuerdo desembocara en una nueva guerra. España, por el contrario, estaba relativamente aislada de Europa, con sus ejércitos lejos de la acción y unas arcaicas infraestructuras de caminos. Francia disponía de un excelente aparato militar, el ejército francés tenía mucho prestigio y costumbre de hacer eficaces levass (no estuvo muy lejos de ganar en Waterloo a pesar del desgaste de la guerra). No hay que olvidar que el ejército francés había dominado prácticamente solo toda Europa, y regido a ésta con mano de hierro, esto no podía desaparecer de un día para otro y era un aliado militar muy práctico. España había luchado con valor en la Guerra de la Independencia, pero el ejército regular fue de derrota en derrota, contribuyendo poco para la liberación española, idea muy enraizada en Gran Bretaña, que da al ejército británico la

²²² Cantillo: *Tratados, acuerdos...*, p. 740.

²²³ Nicolson: *El Congreso...*, p. 158.

²²⁴ Armengaud, André y Reinhard, Marcell: *Historia general de la población mundial*. Barcelona, Ariel, 1966.

²²⁵ Nadal, Jordi: *La población española (siglos XVI a XX)*, Ariel, Barcelona, 1966.

gloria de la derrota francesa en España²²⁶, se reconocía, no obstante, a España el espíritu irreducible de sus gentes, una lucha romántica de la guerrilla etc., El duque de Wellington fue muy crítico con lo españoles “*Tiemblo cuando reflexiono sobre la enormidad de la tarea que emprendí sin asistencia de ningún tipo de los españoles*”²²⁷. Wellington se resistía a pensar como elementos útiles en la batalla a las tropas españolas. No se pudo formar un importante ejército español ganador, las tropas existentes sólo eran consideradas como auxiliares al ejército inglés, que era quien libraba las batallas más decisivas que figuran en los libros de historia.

No fue por tanto culpa de Labrador y sabiduría de Talleyrand la mejor posición que adopto Francia en el Congreso, Talleyrand tuvo la oportunidad y la aprovechó, Labrador no tuvo ninguna oportunidad que aprovechar, todo era para él mucho más trabajoso de conseguir. Los políticos españoles eran conscientes de la desventaja que ofrecía la pobreza de España para cualquier negociación internacional, y el mismo secretario de Estado, Pedro Cevallos, disculpaba a la clase política española:

*“Los negocios, cuyo timón está á cargo del Ministro de Estado, son los extranjeros; estos prosperan al paso y medida de los domésticos. Una agricultura floreciente, una industria libre de trabas, un comercio que desembarazado de prevenciones y monopolios ponga en movimiento los productos de la agricultura y los artefactos de la industria: un sistema de hacienda en buen acuerdo con las fuentes de la riqueza general, y con suficientes fondos para costear un ejército bien disciplinado; y una conveniente marina militar en combinación con la pescadora y mercantil, he aquí el verdadero timón de los negocios extranjeros. Quando un Ministro de Estado habla sostenido con tan sólidos apoyos, su voz es oída en los Gabinetes; pero quando carece de ellos, por mas que sus notas estén concebidas en el sentido del derecho natural y de las naciones, tratados vigentes y razones de reciproca conveniencia, el primer fruto de los esfuerzos su pluma no es otro que el de hacer patente la escasez de medios vigorosos; y en tal caso la justicia desvalida, si triunfa, es á duras penas”*²²⁸.

²²⁶ Carr, Raymond: “España y Portugal (1793-1840)”, en *Historia del Mundo Moderno*, Cambridge University Press, Tomo IX “Guerra y paz en tiempos de revolución, 1793-1830”. Editorial Ramón Sopena, Barcelona, 1971, p. 305.

²²⁷ Carr, Raymond: *España, 1808-1975*. Ariel, Barcelona 1988, p. 114.

²²⁸ Cevallos, Pedro: *Respuesta de D. Pedro Ceballos y Guerra a la carta y papel que desde París le escribió el Marqués de Almenara en 27 de setiembre último*. Imprenta Real, Madrid, 1815, pp. 41-44. (La misiva figura como escrita el 30 de diciembre de 1814, y Pedro Cevallos ya había sido informado, por Pedro Gómez Labrador, de lo que le costaba a España hacer oír su voz en el Congreso de Viena).

4.2 Inicio de las conversaciones, discusiones por el poder.

Por el primer artículo secreto de la Paz de París, había quedado establecido que las relaciones, mediante las que se estableciera un sistema real y permanente de equilibrio de poderes en Europa, serían decididas estricta y solamente por las cuatro grandes potencias; Rusia, Austria, Prusia y Gran Bretaña²²⁹. Esto no se comunicó a las pequeñas potencias, que mandaron costosas delegaciones y se hicieron excesivas ilusiones sobre poder influir de alguna manera en las decisiones. España fue la que más sufrió este artículo, pues era con diferencia la más potente de las pequeñas potencias, pero aún así no reunía los requisitos para ser considerada de las grandes. Este artículo, al no ser comunicado a las pequeñas potencias cuando firmaron la Paz de París, no les obligaba a cumplirlo legalmente, aunque en la práctica no les quedó más remedio. Gran Bretaña parece ser que intentó introducir a España, Francia e incluso a Suecia y Portugal en la balanza de potencias con poder de decisión sospechando que Austria podría separarse de ella y unirse al bloque ruso-prusiano, pero todo fue inútil, Prusia tenía el artículo de la Paz de París de su parte, y se negó a ninguna apertura de la Cuádruple Alianza, sabía que Gran Bretaña no era partidaria de su anhelada anexión Sajona, y sospechaba que los nuevos países harían fuerza con Inglaterra. Estaba claro que eran cuatro las potencias que iban a decidir todo, incluso Castlereagh que era el más proclive a introducir países en el rompecabezas, era partidario de *“preservar mediante los razonables y decorosos sacrificios el concierto entre las Cuatro Potencias que han salvado a Europa recientemente”*²³⁰, esto expuso en septiembre, cuando se estaba diseñando el funcionamiento del Congreso. A pesar de que las decisiones las tomaron los cuatro grandes, dicho derecho no era conocido por las demás potencias (excepto Francia, con la que se firmó la Paz de París), de ahí la rabia que trasluce Labrador en su correspondencia al no ser tratado como un igual; Labrador, de hecho, fue engañado por Castlereagh, que le dijo que se formaría una comisión compuesta de los plenipotenciarios de las seis principales potencias para tratar de los asuntos o las bases principales de Europa²³¹.

El día 20 de septiembre los cuatro de Chaumont redactaron una declaración de intenciones llegando a la siguiente conclusión: los cuatro grandes (Rusia, Gran Bretaña, Prusia y Austria) deberían firmar un protocolo, reservándose para sí la decisión final en

²²⁹ Nicolson: *El Congreso...*, p. 170.

²³⁰ *Ibidem*, p. 166.

²³¹ AHN. Estado, leg. 5590. Del Pedro Gómez Labrador, plenipotenciario español en el Congreso de Viena, al duque de San Carlos, secretario de Estado de España, París, 5 de septiembre de 1814.

todas las cuestiones territoriales (este protocolo sería comunicado primero a Francia y España y luego al Congreso entero), se constituiría un comité especial, compuesto por las cinco potencias alemanas, para preparar un plan sobre la Confederación Alemana, y las futuras medidas para el Congreso serían discutidas por los seis grandes²³² (España, Francia, Rusia, Austria, Prusia y Gran Bretaña). El 30 de septiembre acudieron Labrador y Talleyrand a una reunión organizada por Metternich en su casa donde participaban también Gran Bretaña, Prusia y Rusia. Labrador actuó en todo momento de acuerdo con Talleyrand, quien demostró su ingenio y revocó el protocolo antes citado: *“para mí solamente hay dos fechas; entre estas dos fechas no hay nada. La primera es la del 30 de mayo, en que se acordó celebrar este Congreso; la segunda es el 1 de octubre, en que se dijo se abriría el Congreso. Nada puede haber tenido lugar en el intervalo entre ellas, al menos por lo que a mí concierne”*²³³. Se rompió pues el protocolo ante los argumentos incontestables de Talleyrand. Esa misma tarde dirigió una nota a los cinco plenipotenciarios juzgando necesario que la dirección del Congreso fuera llevada por los ocho firmantes de la Paz de París, y que esto fuera confirmado por una reunión plenaria de todas las potencias convocadas al Congreso.

El comienzo del Congreso, que había sido fijado para el 1 de octubre, se retrasó ante estas discrepancias no previstas. El día 5 de octubre se reunieron nuevamente los plenipotenciarios de España, Francia, Prusia, Inglaterra, Rusia y Austria; los cuatro últimos pidieron que Talleyrand retirara su nota a lo que el plenipotenciario francés se negó. Talleyrand cobró ventaja con Labrador, era clave para las cuatro potencias vencer la resistencia, de la cual se había declarado adalid, y el día 7 de octubre, fecha en la que se había fijado una reunión de los 8 firmantes de la Paz de París, había sido invitado, confidencialmente por Metternich, a ir antes que Labrador. En la conversación estrecharon lazos, al estar de acuerdo los dos en evitar un engrandecimiento excesivo de Prusia y Rusia. En cuanto al Reino de Nápoles tanto Labrador como Talleyrand mostraron, desde el primer momento, su no reconocimiento a Murat como rey de Nápoles²³⁴: *“... el reino de Nápoles, que no podía quedar en manos de Murat tanto a causa de la política francesa como de la inquebrantable decisión de Luis XVIII”*²³⁵.

²³² Nicolson: *El Congreso...*, pp. 167-168.

²³³ *Ibidem*, p. 168.

²³⁴ Ferrero, Guglielmo: *Reconstrucción, Talleyrand en Viena (1814-1815)*. Editorial de Sudamericana, Buenos Aires, 1943, pp. 167-180.

²³⁵ Talleyrand: *Memorias...*, p.338. (Fragmento de las instrucciones de Talleyrand para el Congreso de Viena).

Quedó finalmente acordado que las bases del Congreso fueran discutidas por las ocho potencias, pero se negó a Talleyrand que la decisión fuera confirmada, en reunión plenaria, por todos los países que acudieran a Viena. Bajo la dirección formal de las ocho potencias se constituyeron diez comités independientes: el comité alemán, el comité para el comercio de esclavos, el comité suizo, el comité para la Toscana, el comité de Cerdeña y Génova, el comité del Ducado de Bouillon, el comité para los ríos internacionales, el comité para la precedencia diplomática, el comité de estadística, y finalmente el comité de anteproyectos o minutas y redacción. Pero todo era una cortina de humo, a los tres miembros menores del comité de los ocho (Suecia, España y Portugal), no se les permitió desempeñar una parte importante en las deliberaciones y decisiones del Congreso. Esto supuso la degradación de España, y la promoción de Suecia y Portugal, al ponerse las tres al mismo nivel²³⁶.

4.3 Labrador en Viena, análisis de sus instrucciones.

Labrador llegó a Viena el 17 de septiembre y le recibió Evaristo Pérez de Castro, encargado de Negocios en Austria desde que fue nombrado el 24 de febrero. En esta misma fecha fue nombrado secretario de la delegación de España en el futuro Congreso. Como liberal detestaba a un Labrador que se jactaba de haber firmado el Manifiesto de los Persas, pero pocos días estuvieron juntos, pues fue destituido y Camilo Gutiérrez de los Ríos, nombrado para reemplazarle como secretario de Labrador, llegó a Viena el 10 de octubre.

A Labrador se le dieron una serie de instrucciones para el Congreso: integridad del territorio peninsular; respeto a la parte española de la isla de Santo Domingo; oposición a que restituyesen a Francia los establecimientos de la Cayena y la Guayana por el auxilio que pudieran prestar a los rebeldes americanos; en compensación por la Toscana (tomada ya por la Casa de Austria), pedir que las potencias obliguen a EEUU a devolver la Luisiana o que Francia pague el precio por la que la vendió; los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla para la reina de Etruria, o Cerdeña como compensación (el rey de Cerdeña recibiría como compensación alguna extensión de territorio por la parte del Genovesado); apoyar al legítimo soberano del Reino de Nápoles; sí se pide la renovación del Pacto de Familia se renovaran sólo los artículos honoríficos, las reclamaciones a Francia serán resarcidas por 8.000 yeguas de buena raza y 2.000 caballos enteros;

²³⁶ Holbraad: *Las potencias...*, p. 32.

reclamar los objetos robados de bellas artes y de historia natural así como los documentos y papeles; y eludir el tema de la amnistía hacia los afrancesados y las proposiciones de una apertura del comercio americano²³⁷.

Las instrucciones eran muy similares a las recibidas para firmar la Paz de París, pero era en el Congreso de Viena donde se tenían que discutir. Tenían muy difícil cumplimiento, no se podían solicitar indemnizaciones de guerra a Francia, pues los vencedores querían aliviar de cargas al nuevo Gobierno de Luís XVIII, y tampoco se podía pedir la restitución de obras de arte para no herir a la opinión pública francesa. Esto estaba decidido y España no podía hacer nada en este aspecto, Labrador lo sabía y sabiamente no apretó las negociaciones en esos aspectos ya cerrados; si Prusia no lo consiguió, teniendo incluso un espíritu más vengativo que España (España mantenía una interlocución más fluida con Francia que la que podía tener Prusia por las relaciones familiares entre los reyes), era impensable recibir compensaciones. El tema de la Luisiana carecía de toda razón de ser, había sido un negocio hecho entre España y Francia en 1800 (Tratado de San Ildefonso) y había salido mal; la Francia napoleónica vendió la Luisiana a EEUU cuando ésta le perteneció por dicho tratado, se podía decir que Napoleón había estafado a España, pero ¿qué culpa de eso tenían el resto de los países e incluso la actual Francia borbónica? De haberse solicitado indemnizaciones por los agravios napoleónicos quizás se podría haber conseguido algo, pero en la tesitura de no imponerlas España intentaba erosionar diamante puro. Donde quizás tenía más esperanzas de éxito era en la restitución de los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla a María Luisa de Borbón (hermana de Fernando VII); para lograr esto, sus dos enemigos eran Alejandro I y Austria. Alejandro I había firmado el Tratado de Fontenbleau (11 de abril de 1814) con Napoleón prácticamente en solitario y no se había querido cebar ni con él ni con su familia. Había dado en propiedad para la archiduquesa María Luisa (hija del emperador Francisco de Austria) y el hijo de Napoleón estos ducados, y se sentía obligado a mantener su palabra. El Gobierno español ordenó a Zea Bermúdez que hiciera gestiones en San Petersburgo para intentar conseguir los ducados para la hermana de Fernando VII²³⁸, pero sus peticiones fueron rechazadas:

“Las potencias aliadas se habían propuesto conseguir la abdicación de Bonaparte, necesaria para evitar una guerra civil. (...) Esto se había

²³⁷ Villaurrutia: *España en el Congreso...*, pp. 60-62.

²³⁸ AHN. Estado, leg. 5912. Francisco Zea Bermúdez, embajador extraordinario en Rusia, al duque de San Carlos, secretario de Estado de España. San Petersburgo, 23 de agosto de 1814.

conseguido con el tratado del 11 de abril, según la teoría de Nesselrode y por eso no se podía prescindir de dicho acuerdo (...)el Emperador quedaba enterado de todo, y que el Conde trataría sobre el particular en Viena con el señor Labrador, y se entenderían (...) creo sin embargo imposible, o por lo mismo muy difícil, que se anule lo hecho, porque el Austria a sido el móvil de todo (...) Todo el gran punto del desastroso Congreso de Viena consiste en que cada una de las Potencias Austria, Rusia y Prusia quiere aprovechar la ocasión para adquirir lo que jamás hubiera podido imaginar, y como para esto se necesita la una a la otra, serán generosos entre si”²³⁹.

Como vemos, Zea Bermúdez acertó plenamente la esencia que tenía este Congreso. Por otra parte a Austria le interesaba que la hija de su emperador dominara esos ducados para tener una pieza más en su engranaje de influencia italiana. En definitiva se ha hablado mucho de la incapacidad de Labrador, pero como vemos las instrucciones no eran difíciles sino irrealizables, nos centraremos en las negociaciones italianas que son las que más lucho España.

El panorama estaba complicado para restituir los ducados italianos a la reina de Etruria, Austria era un contrapeso completamente necesario para arreglar los problemas más importantes del Congreso, que eran la cuestión polaca y la sajona. Austria ofrecía como aliado un ejército de más de 200.000 hombres (y además situados en el centro de Europa) por lo que era mucho más importante contentar a este país que a España. Francia era el país que más podía ayudar a España pues sus nuevos gobernantes no querían que el hijo de Napoleón obtuviera trono alguno, además, en los prolegómenos del Congreso, Talleyrand y Labrador habían actuado completamente de acuerdo en intentar hacerse un hueco entre Austria, Rusia, Prusia y Gran Bretaña. Pero entonces un problema ajeno al objetivo del Congreso vino casi a romper las relaciones diplomáticas entre los dos países. No estando en París el recién nombrado embajador español en Francia, conde de Peralada, el conde de Casa Flores actuaba en su lugar como encargado de Negocios. Una de sus gestiones era reducir a prisión a Espoz y Mina, pues fue uno de los primeros en resistirse al régimen absoluto de Fernando VII, intentando tomar la plaza de Pamplona, fracasando y exiliándose en París. El Gobierno francés prendió a algunos de sus hombres, pero no al jefe, y Casa Flores logró averiguar una posada donde se le podía encontrar. Sin contar con el ministro de Asuntos Exteriores francés le capturó, sirviéndose de un comisario de policía. El Gobierno francés ofendido entregó los pasaportes a Casa Flores, le obligó a salir de Francia, y se puso en libertad a Espoz y Mina y sus compañeros con la

²³⁹ AHN. Estado, leg. 5912. De Francisco Zea Bermúdez, embajador extraordinario en Rusia, a José Luyando, secretario de Estado de España. San Petersburgo, 19 de septiembre de 1814.

única obligación de no pasar a América ni residir en Francia. El Gobierno de Madrid se quejó amargamente de la formas y de la rotundidad que no había permitido un dialogo previo, pero Francia se negó a todo lo que significase una rectificación pública, y así se acabó el caso. Luis XVIII se negó a recibir a Casa Flores hasta que el conde de Peralada llegara a París y entregara sus credenciales, lo que chocaba con las intenciones del Gobierno español: que Francia tuviera la deferencia de que su monarca despidiese primero a Casa Flores antes de presentar al nuevo embajador. Todo fue una tortuosa cuestión de formas que mantuvo meses de embrolladas negociaciones, que se cerraron por la urgencia que produjo la huida de Napoleón de la isla de Elba.

A estas noticias se juntaron otras en las que se decía que los enviados franceses en el Congreso no arropaban suficientemente a los españoles, sobre todo en la defensa de los intereses de los Borbones en Italia. Corrían estos rumores en la Corte española, seguramente alimentados por el asunto Casa Flores, y motivaron una protesta española ante el embajador francés en Madrid conde de Laval. Informado de esto, Talleyrand leyó esta protesta a Labrador delante de un grupo de personas que no podían dudar del interés francés en restaurar a todos los Borbones en su trono, lo que dejó a Labrador en un compromiso del que informó amargamente a Cevallos: *“Puede Vuecencia considerar con cuanta sorpresa y mortificación oí leer el despacho en que se dice que a Vuecencia le escriben en Viena lo contrario”*²⁴⁰.

4.4 Posicionamiento de España, el juego de la balanza de poder en el caso polaco.

Dos comisiones interesaban especialmente a los asuntos españoles; una era la encargada de la extinción del comercio de esclavos y la otra tenía como fin solucionar los problemas territoriales en el sur de Europa, concretamente en Italia. La última fue formada por los plenipotenciarios de Austria, Francia y España actuando como mediadores Gran Bretaña y Rusia, la inclusión de la última en este asunto no fue demasiado provechosa para España por su empeño en el cumplimiento del Tratado de Fointenbleau (11 de abril de 1814). Hubo un gran fallo en esta cuestión, pues a pesar del flaco apoyo que iba a dar en este caso Rusia, España se volcó en alimentar la alianza ruso-española por órdenes de Cevallos a Labrador; Tatischeff sin duda influía fuertemente en la Corte de Madrid. En octubre de 1814 Henry Wellesley, escribió a

²⁴⁰ De Pedro Gómez Labrador, plenipotenciario español en el Congreso de Viena, a Pedro Cevallos, secretario de Estado de España. Viena, 13 de febrero de 1815, Citado en: Villaurrutia: *España en el Congreso...*, p. 137.

Castlereagh lo siguiente; “No sé si Mr. Tatishchev actúa siguiendo instrucciones de su Corte, pero si es así, parece que el objetivo del emperador de Rusia es establecer una influencia predominante en toda Europa”²⁴¹.

En un despacho (23 de septiembre) y una real orden (9 de octubre) de Cevallos²⁴² se ven los bandazos de la diplomacia española, que en ese momento se dirigió a Rusia. El despacho pidió el apoyo de Labrador a los intereses de Rusia en Polonia, especialmente en el caso de quererse instalar a un gran duque ruso como rey polaco, cuidándose de no levantar sospechas en ingleses y franceses sobre esta colaboración. La real orden pedía que continuase las negociaciones de Bardají (se quejan de la falta de correspondencia que Bardají les remite sobre el asunto) para acordar el matrimonio de Fernando VII con una gran duquesa rusa.

Labrador se encontraba entre la espada y la pared. Prusia y Rusia proyectaban anexionarse Sajonia el primero y el Gran Ducado de Varsovia completo el segundo. En el caso de Sajonia se destruía el principio de legitimidad, que era el principal baluarte para defender los derechos de la reina de Etruria. ¿Debía Labrador inclinarse por Prusia y Rusia, o por el brazo legitimista que representaba con mayor fuerza Francia, pero también Gran Bretaña y Austria?, la opción franco-británica parece la más lógica, en cualquier caso había que decidirse por una y Labrador se quedó entre dos aguas. Personalmente era más partidario de un acercamiento a Francia y Gran Bretaña, pero los despachos del ejecutivo español transmitían confusión. A pesar de todo, el 3 de noviembre Labrador se posicionaba en contra de una gran anexión de Rusia, lo que apuntaba a una estrategia interesante; que Austria pagara de alguna forma ese apoyo español en Italia, pero este apoyo no podía ser sino tibio dadas las órdenes del Gobierno español:

“Su Majestad, que por una parte no quiere desmentir sus principios de rectitud, y que por otra, no debe desentenderse de los derechos de su Casa a Parma y Sicilia, ha creído que para conciliar estos dos importantes objetos, sin comprometerse, es el único medio el de una conducta prudente y reservada que debe Vuecelencia observar cuando haya de tratarse de agregar al Imperio ruso el Gran Ducado de Varsovia y de indemnizar a la Prusia, de lo que en esto pierde, con la Sajonia. Ningún empeño conocido debe manifestar Vuecelencia en este caso; pero, sin declararse, y huyendo siempre de formar partido hasta el punto que se pueda decorosamente conseguir, trabajará por evitar estas escandalosas adquisiciones, que, tarde o temprano, habrán de turbar la paz de la Europa y tal vez subyugarla. Está bien cooperar bajo estas mismas bases a la contradicción indicada ya por parte de la Francia, y aun sería muy oportuno

²⁴¹ Nicolson: *El Congreso...*, p. 149.

²⁴² Villaurrutia: *España en el Congreso...*, p. 141.

*interesar sobre lo mismo a la Inglaterra y a la Suecia, que no pueden menos de ir acordes en estas ideas; más como quien tiene el principal interés en oponerse a ellas es la Casa de Austria, importará muy particularmente negociar con ésta para que no esté pasiva ni se contente con lo poco que puede adquirir de la Italia, que nunca le será de gran provecho. En fin, repito a Vuecelencia que cualesquiera que sean las circunstancias en que se halle, trabaje sin comprometerse, y siempre sin apartar la mira de mantener el equilibrio de la Europa y resistir una preponderancia que sea funesta”.*²⁴³

Labrador sabía perfectamente que el interés principal que tenía el Gobierno español era recuperar Nápoles y los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla para los Borbones, y que era secundario el camino a seguir para ello, nadie mejor que él, en su posición, para intuir ese camino, pero el intento de alianza con Rusia le maniataba para tomar partido; no fue culpa suya. Se intentó usar la Luisiana como método de presión en alguna transacción, pero cuando Labrador lo insinuó se le dijo, con razón, que el Congreso no se había reunido para reparar las necesidades había hecho España en sus negocios con Napoleón antes de la guerra.

Gran Bretaña fue el gran mediador en las negociaciones polacas, pues su situación insular le hacía, en teoría, la parte menos interesada en el arreglo final, su participación sería por tanto imparcial. Para evitar una desmedida anexión polaca de Rusia estaba dispuesta a sacrificar Sajonia; Castlereagh expone sus estrategias para oponerse a Rusia en una carta a Wellington el 25 de octubre de 1814: *“Dos alternativas solamente se ofrecen a nuestro consideración: una unión de las dos grandes potencias alemanas apoyadas por Gran Bretaña, y combinando así los pequeños Estados alemanas juntamente con Holanda en un sistema intermedio entre Rusia y Francia, o una unión de Austria, Francia y los Estados Unidos del Sur contra las potencias del Norte, con Rusia y Prusia en estrecha alianza”*²⁴⁴ (finalmente triunfaría la segunda opción).

Ante la intransigencia del zar, en una negociación con insultos personales (fundamentalmente a Metternich) y, sobre todo, con un riesgo evidente de guerra, Austria, Francia e Inglaterra concertaron una alianza secreta el 3 de enero de 1815 para luchar, con las armas si fuera necesario, contra las pretensiones territoriales de Prusia y Rusia. Se adhirieron al tratado también Hannover, Baviera y los Países Bajos, pero Labrador no

²⁴³ De Pedro Cevallos, secretario de Estado de España, a Pedro Gómez Labrador, plenipotenciario español en el Congreso de Viena, Madrid, 23 de septiembre de 1814. Citado en: Villaurrutia: *España en el Congreso...*, p. 140.

²⁴⁴ Gulick, E. V.: “La Coalición final y el Congreso de Viena”, en *Historia del Mundo Moderno*, Cambridge University Press, Tomo IX “Guerra y paz en tiempos de revolución, 1793-1830”. Editorial Ramón Sopena, Barcelona, 1971, pp. 444.

tuvo ni la menor noticia del asunto²⁴⁵, seguramente por el recelo que causaba, sobre todo en Gran Bretaña, la excesiva aproximación a Rusia que España estaba desarrollando merced a la labor diplomática del embajador ruso en Madrid. Aquí vemos un claro inconveniente de jugar a dos bandos, y no por culpa de Labrador, sino de las instrucciones que recibió. España, no obstante, fue ajena a todas estas negociaciones, pues la “vía confidencial”, iniciada el 7 de octubre de 1814²⁴⁶, alejó a cualquier país ajeno a Francia, Prusia, Rusia, Austria y Gran Bretaña de participar en la resolución del conflicto polaco.

Polonia y resto de Europa después del Congreso de Viena.



Fuente: retocado de http://ciahistoria.files.wordpress.com/2008/04/congreso_viena-full.jpg

²⁴⁵ Villaurrutia: *España en el Congreso...*, p. 131.

²⁴⁶ Ferrero: *Reconstrucción...*, p. 199.

4.5 El *leitmotiv* español: sus intereses en Italia.

La situación en Italia estaba dominada por dos hechos: en Nápoles aún gobernaba Murat²⁴⁷, y María Luisa de Habsburgo ya había tomado posesión de los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla, como le permitía el Tratado de Fontenbleau (11 de abril de 1814). El odio de Luís XVIII a Murat hacía que tuviera más interés que el propio Fernando VII en ver repuestos a los Borbones en el trono de las Dos Sicilias. La mayor dificultad para desalojar a Murat provenía de Austria, que había negociado con el cuñado de Napoleón el apoyo a su trono a cambio de ayuda en la guerra, firmando dos tratados con él: el tratado del 11 de enero, por el que Murat garantizaba 30.000 hombres a disposición de los Aliados, prometiendo Austria garantizarle el trono napolitano con un aumento territorial, y el tratado del 4 de abril, por el que se retiraban las tropas francesas de Italia y Murat volvía a Nápoles. Pero Murat jugó a dos bandas, nunca llegó a atacar a las tropas francesas en Italia al mando del virrey Eugenio de Beauharnais²⁴⁸, ni a apoyar por tanto firmemente a la Coalición, esto dejaba la puerta abierta para tomar cualquier solución. Metternich, inteligentemente, detuvo las negociaciones italianas alegando que debía solucionarse primero la cuestión polaco-sajona. Esta estrategia perjudicó a España, pues impidió que se pudiera utilizar su apoyo en esa cuestión a cambio de ayuda en sus reclamaciones italianas; hubiera sido mejor para los intereses españoles que se trataran los dos temas a la vez. A comienzos de 1815, mediante negociaciones directas entre Metternich y Luís XVIII, se llegó al acuerdo secreto por el que un ejército austriaco, con apoyo francés o sin él, echaría a Murat del trono napolitano; a cambio Luís XVIII aceptaba los arreglos austriacos en el norte de Italia. Para Luís XVIII era vital que desapareciera un Murat que podría en un futuro conspirar contra él; ayudar a España era secundario. Esto restaba al principal aliado español para presionar en las exigencias españolas en Italia; a partir de ahora la única solución era negociar directamente con Austria sin nada que ofrecer. El propio Castlereagh hizo de representante de Metternich durante su visita a París, por lo que el respaldo a esta solución superaba los esfuerzos que podría ejecutar España contra ella²⁴⁹. Francia había violado la Paz de París firmada con España, pues había renunciado a prestar apoyo a España en la reclamación italiana que

²⁴⁷ Murat, Joaquín (1767-1815): comandante de la primera división militar y gobernador de París (1800-1804), mariscal y gran almirante del Imperio (1804-1808), mariscal de Francia y rey de Nápoles (1808-1815).

²⁴⁸ Eugenio de Beauharnais (1781-1824): ayudante de campo de Napoleón en su primera y segunda campaña en Italia y también en Egipto (1796-1800), alteza imperial y príncipe imperial (1804-1814), virrey de Italia (1805-1814).

²⁴⁹ Nicolson: *El Congreso...*, pp. 210-212.

fundamentalmente le interesaba, un trono digno para la reina de Etruria. Labrador estuvo al margen de estas negociaciones austro-francesas, y además todavía estaba abierto el conflicto diplomático con Francia (*affaire* Espoz y Mina-Casa Flores) que influyó en que este país no diera cuentas a España de sus avances en las negociaciones italianas, a lo que tampoco contribuía el carácter arisco y poco amistoso de Labrador. Este acuerdo franco-austriaco, que se pudo producir por la dilatación de las negociaciones de Labrador, terminó con la posibilidad de la concesión de los tres ducados a la María Luisa española. El asunto de Nápoles se precipitó con el Imperio de los Cien Días, Murat salió de Nápoles y avanzó hasta el Po enfrentándose a avanzadillas austriacas que retrocedieron; el 2 de abril el ejército napolitano entró en Bolonia, que había sido evacuada por su general austriaco. El 10 de abril Austria declaró la guerra a Nápoles, y el 20 de mayo, derrotado en Tolentino y en Mignano, Murat firmó el tratado de Calasanza renunciando a su corona. Satisfecho de la solución obtenida en Nápoles, Talleyrand cedió en todo lo demás; María Luisa de Habsburgo obtuvo, gracias a esto, los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla de por vida²⁵⁰.

La base legal de las reclamaciones españolas para indemnizar a la reina de Etruria y a su hijo era muy compleja y, por tanto, propicia para que una potencia de mayor peso hiciera valer su parte de la verdad; así hizo Austria. El Tratado secreto de San Ildefonso, del 1 de octubre de 1800, firmado por Mariano Luís de Urquijo y el general Berthier prometía a España un estado en Italia a cambio de la utilización de la armada española contra Inglaterra, además España se comprometió a declarar la guerra a Portugal (la Guerra de las Naranjas). Por el Tratado Aranjuez del 21 de marzo de 1801, ajustado por Godoy y Luciano Bonaparte, España cedió a Francia la Luisiana y entregó a Francia seis navíos de guerra y dinero, además Fernando I de Borbón, duque de Parma, cedía el Ducado de Parma a Francia. Todo eso a cambio del Gran Ducado de la Toscana, que por el Tratado de Luneville del 9 de febrero de 1801 había cedido el emperador de Austria a Francia. Esta no había sido una cesión del todo limpia, el Gran duque de Toscana Fernando III²⁵¹, había sido desposeído por la fuerza de las armas de este territorio, aunque sería compensado con el Arzobispado de Salzburgo, secularizado y convertido en el Electorado de Salzburgo, del que fue nombrado príncipe elector. La mayor beneficiada era sin duda Francia, por un estado que acababa de conquistar recibía dos territorios, dinero y barcos.

²⁵⁰ Ferrero: *Reconstrucción*. pp. 330-332.

²⁵¹ Fernando III de Toscana y Borbón (1769-1824): gran duque de Toscana (1790-1801 y 1814-1824), príncipe elector del Electorado de Salzburgo (1801-1805), duque de Wulzburg (1805-1814).

Como hemos visto, por el Tratado de Aranjuez (1801) la Toscana se convirtió en el Reino de Etruria, y pasó al hijo del duque de Parma, el infante Luis Francisco. El infante murió en 1803 y su esposa María Luisa de Borbón asumió la regencia del reino, asegurándose la sucesión para su hijo Luis II, por esto recibió el título de reina de Etruria. Este nuevo reino, tras una precaria existencia de siete años, fue de nuevo cedido a Francia por el Tratado de Fontenbleau del 27 de octubre de 1807. Aquí surge una duda, ¿protestó la reina de Etruria por esto?, según sus memorias nada más que la fuerza la hizo salir de su amado reino:

“El 23 de Noviembre de 1807 hallándome en una de mis casas de recreo fue á anunciarme el Ministro francés, que había hecho la España cesión de mi reyno á la Francia, y que me era necesario marchar porque ya habían llegado las tropas encargadas de su ocupación. Al punto despaché un correo á España para saber lo que en esto había, pues que nada se me previniera, y fue la respuesta que debía apresurar mi salida porque ya no me pertenecía el país (...) si bien no tanto esa orden la que me hizo partir, como la entrada de las tropas francesas en la capital, obligándome así contra mis intenciones y mi voluntad a dejar ese Reino” (...) “De este modo el 10 de diciembre, es decir en la más cruda estación, me despedí de un país en que ha quedado mi corazón para siempre. Y aunque durante el viaje se me comunicó que se trataba de darme en compensación de la Toscana una parte del Portugal, solo sirvió esta oferta de aumentar mi aflicción, y de hacerme apresurar mi viaje, con el objeto de postrarme á los pies de mis padres, y representarle que sin embargo de qualquiera tratado que se pudiera haber concluido, no deseaba yo ni siquiera aceptar ninguna soberanía en un estado que perteneciese á otro soberano”

Esto último debe ser cierto por puro nepotismo, pues el Reino de la Lusitania debía desgajarse de Portugal, y el Príncipe de Braganza (el heredero portugués), estaba casado con Carlota, hermana de María Luisa. Sigamos con las fatalidades de la pobre reina de Etruria:

(...) “Esta es mi desastrosa historia sucintamente contada, con la qual hubiera podido llenar no un solo volumen; pero basta para hacer ver que he sido víctima desgraciada de las más negras traiciones, y juguete de un tirano que se ha divertido con nuestras vidas y nuestras propiedades, y que al presente me hallo en una profunda aflicción, desposeída de mis derechos, y desamparada. Pero espero que la Inglaterra, asilo y apoyo de príncipes desgraciados, no se negará á tomar baxo su protección á una madre y viuda desventurada con dos hijos sobre sí, y todos tres desvalidos, aunque con los más incontestables derechos en calidad de infantes de España, y como propietarios de los estados de Parma, Plasencia y Guastalla, igualmente que de los de Etruria.”²⁵²

²⁵² María Luisa, reyna de Etruria: *Memoria Histórica de S.M. la Reyna de Etruria. Escrita por ella misma en italiano y publicada en español por Marcos Gándara*. Imprenta Santander, Valladolid, 1825, pp. 13-42. (ambos fragmentos)

Estas lacrimógenas memorias fueron terminadas el 10 de marzo de 1814, siendo muy dudoso que las escribiera ella, pues parecen escritas por un letrado que quiere caer simpático al jurado que debía decidir si reinaría o no la reina. Además siempre se muestra completamente recta en sus actuaciones, un hecho muy común en la mayoría de las memorias políticas de todos los tiempos (pero en éstos que estudiamos aún más si cabe), que se asemejan por ensalzarse a uno mismo e intentar hundir el prestigio de los contrarios (una dicotomía bastante clara entre el bien y el mal que se ve también en las memorias de Pizarro). Las memorias de María Luisa de Borbón fueron escritas en italiano, y las hizo traducir al inglés y al francés para intentarlas divulgar por medio de la prensa y ablandar los corazones de Europa ante su desdicha²⁵³. También estuvieron disponibles en español; Pedro Cevallos autorizó su impresión el 23 de abril de 1815²⁵⁴. En el texto se ve que tiene esperanzas de que la fuerte opinión pública inglesa presione a Inglaterra por su causa (ya muestra aquí la poca confianza en España que demostró después); son estas memorias una propaganda para ello. Lo que es muy dudoso es que la reina de Etruria desconociera la intención de intercambiar su Reino de Etruria por otro en Portugal; dado que, según el Tratado de Fontenbleau del 27 de octubre de 1807, Carlos Luis²⁵⁵ y su madre debían recibir en compensación la zona norte de Portugal con el nombre de Reino de Lusitania, y no sería lógico que no se le comunicara el asunto²⁵⁶. Debió molestarla mucho más que el reino prometido fuese un proyecto de reino que no existía, por lo que de momento su hijo se quedó sin corona al abdicar el 10 de diciembre de 1807²⁵⁷. Cuando Austria ocupó la región al finalizar la guerra, anuló lógicamente el Tratado de Luneville, arrancado por la fuerza de la armas, y devolvió el trono a Fernando III, con mucho más derecho que la reina de Etruria. ¿Con que territorio se compensaría a la reina de Etruria que se había quedado sin Toscana y sin el ficticio Reino de Lusitania?; ésta era la labor que más preocupaba a la diplomacia española del momento, nepotismo puro y duro muy lógico por otra parte en una Monarquía absoluta y patrimonialista, aunque no hay que desdeñar las ventajas comerciales y de influencia internacional, que un territorio italiano

²⁵³ Villaurrutia, Wenceslao Ramírez de Villaurrutia, marqués de: *La Reina de Etruria. Doña María Luisa de Borbón, infanta de España*. Francisco Beltrán, Librería Española y Extranjera, calle Príncipe, 16, Madrid, 1925, pp. 121-122.

²⁵⁴ AHN. Estado, leg. 3229. Expediente sobre las memorias de la reina de Etruria.

²⁵⁵ Carlos Luis de Borbón y Parma (1799-1883): rey de Etruria (1803-1807), duque de Lucca (1815-1847), duque de Parma (1843-1844).

²⁵⁶ Agrela Pardo, Juan Manuel (conde de la Granja): *El Reino de Etruria: Algunas cartas inéditas de Labrador, Luciano Bonaparte y O'Farrill a Godoy*. Graf. Universal, Madrid, 1935, p. 67.

²⁵⁷ AHN. Estado, leg. 8617, expediente 3.

gobernado por la hermana del rey podía dar a España. En cuanto a las posibilidades que se observaron para indemnizar a la reina de Etruria y a su hijo el infante Luis, se proyectó Génova por informaciones que recibió Labrador del aborrecimiento con que veían los genoveses su unión al Piamonte. El proyecto fue remitido al Gobierno español y fue aprobado por real orden del 9 de octubre²⁵⁸, pero Labrador no había contado con la promesa que la Paz de París había hecho a Víctor Manuel I de Cerdeña²⁵⁹, que ampliaba su territorio por la parte del Genovesado. Fue denegada esa posibilidad, pues el interés de las grandes potencias en instalar un fortalecido país tapón en la frontera alpina francesa era grande. En un despacho del 28 de octubre Labrador se quejaba de la imposibilidad de convencer a las potencias:

“500.000 súbditos adquiridos por la fuerza lejos de aumentar el poder el Rey de Cerdeña lo debilitarían; pues estarían siempre prontos a recibir a los franceses para libertarse del yugo odioso de los piamonteses, con quienes los genoveses han tenido siempre una rivalidad y una oposición insuperables. Es tan clara esta razón, que me lisonjearía de poderla hacer valer con mis compañeros en el Congreso, si no hubiera de parte del Plenipotenciario inglés una repugnancia grandísima a que se aumente la costa marítima sujeta a los Príncipes de la Casa de Borbón, y si el Austria no temiese tanto que tengan los franceses una puerta para Italia, en donde no ignora que se halla aborrecido”²⁶⁰.

Asignada Génova al Piamonte se esfumó esta posibilidad. También se pensó en las tres legaciones papales de Bolonia, Ferrara y Ravena, cedidas por el papa Pio VI a Napoleón por el Tratado de Tolentino, pero una Monarquía tan católica como la española no podía aceptar esto por la presión interna del clero, y también, aunque algo menos, por la moral católica de Fernando VII y la reina de Etruria. Sin embargo esta condescendencia con la Santa Sede no fue correspondida, lo que puede considerarse como una incompetencia diplomática por parte española, pues el secretario de Estado del Papa, el cardenal Consalvi, mandó una nota a las potencias reunidas en el Congreso pidiendo para la Santa Sede la restitución de las tres legaciones, de Aviñón, del Condado de Venasino, de Parma y de Plasencia²⁶¹. No es lógico que pida territorios disputados por España cuando ésta renunciaba a territorios papales; faltó fluidez de diálogo. El 22 de

²⁵⁸ Villaurrutia: *España en el Congreso...*, p. 156.

²⁵⁹ Víctor Manuel I (1759-1824): rey de Cerdeña (1802-1821).

²⁶⁰ De Pedro Gómez Labrador, plenipotenciario español en el Congreso de Viena, a Pedro Cevallos, secretario de Estado de España, Viena, 28 de octubre de 1814. Citado en: Villaurrutia: *España en el Congreso...*, p. 157.

²⁶¹ Villaurrutia: *La Reina de Etruria...*, p. 131.

noviembre pasó Labrador una estéril nota a Metternich reclamando la Toscana para la hermana de Fernando VII, estéril pero necesaria para recibir algún tipo de compensación. La nota está llena de fantasías, donde las más graciosas son las teorías de elabora Labrador para defender la causa toscana de la reina de Etruria:

*“El Austria cedió á la Francia por el tratado de Luneville la Toscana, y la España la adquirió para el Príncipe D. Luis de Parma, cediendo los tres Ducados de Parma, Plasencia y Guastalla, la provincia española de la Luisiana... (Barcos, dinero)...hasta que lo usurpó Napoleón Bonaparte, y lo reunió a la Francia. Sí; aquella reunión fue una usurpación notoria; y como por ella no ha podido destruirse el derecho de la familia reinante, será necesario considerar la Toscana, en la época que la ocuparon las tropas de la coalición, como una propiedad de la dicha familia Real, á menos que no se quiera sentar como principio que el transcurso de algunos años convierte al usurpador en legítimo propietario, ó que el que halla la cosa robada en manos del ladrón, en lugar de estar obligado á devolverla á su dueño, queda hecho dueño el mismo. Como ninguna Potencia querrá seguramente profesar semejantes doctrinas, bastará el probar que la Toscana no ha dejado de pertenecer á la familia real á quien se dio la investidura de ella en 1802, á pesar de que en 1814 se la haya hallado en poder de Bonaparte.”*²⁶²

El fundamento era ridículo, pues tanto Austria como España perdieron la Toscana por un tratado, por lo tanto tenía Austria, como mínimo, el mismo derecho para reclamarla, e incluso más, pues el primer usurpado es el legítimo dueño (si te roban un cuadro y el ladrón lo vende, queda anulada legalmente la venta de descubrir el antiguo dueño el cuadro). Sin embargo este argumento era compartido por las instrucciones secretas de Talleyrand, que hacían de Francia el principal aliado en esta cuestión: *“Toscana no es un país vacante, aunque Francia, a quien se le había cedido y que la había anexionado, haya renunciado a su posesión, porque había sido cedida con una condición que no se ha cumplido: la de proporcionar un equivalente determinado que no se ha proporcionado, lo que ha hecho que la reina de Etruria hay recuperado su derecho de soberanía sobre este país”*²⁶³. Ajeno al debate, el antiguo gran duque de la Toscana, Fernando, regresó de *motu proprio* y sin autorización de nadie al Palazzo Pitti, haciéndose cargo del Gobierno de Toscana. Fue acogido muy bien, y era obedecido como el legítimo soberano, lo que hacía prácticamente imposible que fuera apartado del poder

²⁶² Schoell, Federico: *Documentos del Congreso de Viena, en que tiene particular interés España, sacados de la colección pública de París*. Imprenta Real, Madrid, 1816, pp. 68-69.

²⁶³ Talleyrand: *Memorias...*, p. 347. (Instrucciones secretas de Talleyrand para el Congreso de Viena)

toscano²⁶⁴. Labrador también dio otras razones para que le fuera concedida la Toscana a España:

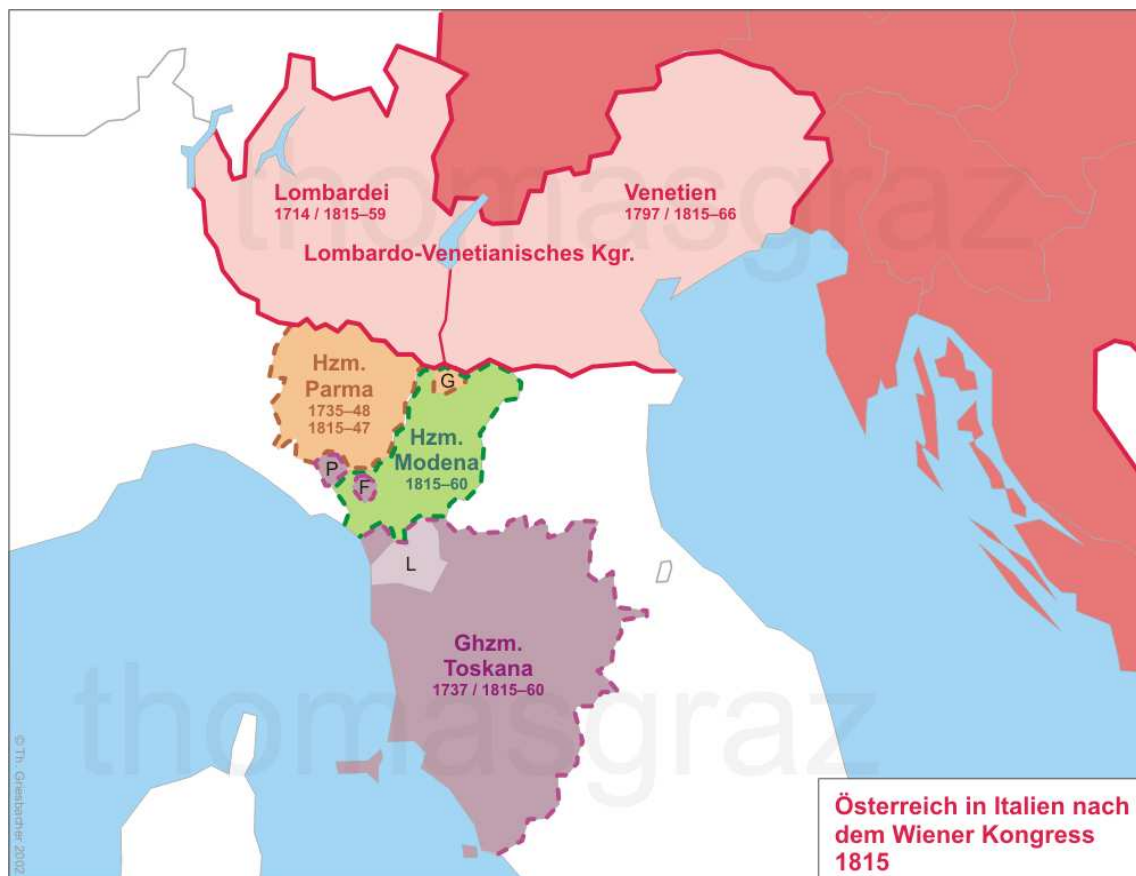
*“La caída del usurpador debe dejar la Toscana en el mismo estado en que se hallaba cuando se verificó la usurpación. Tal fue la opinión del Austria y de todas las Potencias que firmaron con ella el tratado de Fointenbleau del 11 de abril de este año, en el cual dispusieron de los tres Ducados de Parma, Plasencia y Guastalla a favor de la Archiduquesa María Luisa. Estos tres Ducados, herencia del rey de Toscana, se habían dado en cambio del Gran Ducado, y no se ha podido disponer de ellos sino considerándolos como parte del Imperio de Bonaparte; lo que es lo mismo que reconocer que la Toscana pertenece al Rey; porque si el cambio hecho con la Francia ha sido válido para que esta adquiriera la propiedad de los tres Ducados, debe serlo igual para que la casa de Parma adquiriera lo que la Francia ha cedido.”*²⁶⁵

Esto tenía mucho más sentido, si la Toscana no era de Napoleón tampoco lo era Parma y, por lo tanto, su transferencia en el Tratado de Fointenbleau debería haberse considerado nula, esta lógica, realmente incontestable, se perdía entre las extensas notas de Labrador. Un mes tardó Metternich en contestarle, cuando la Toscana había sido ya concedida a su legítimo dueño Fernando III, le respondió justificando esta decisión. Por entonces los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla (que eran los que legítimamente podía pedir España) parecían poca compensación, pues el Reino de Etruria había sido mucho más grande.

²⁶⁴ Ferrero: *Reconstrucción...*, p. 219-220.

²⁶⁵ Schoell: *Documentos del Congreso...*, pp. 74-75.

Austria en Italia después del Congreso de Viena.



Fuente: <http://www.thomasgraz.net/glass/map-1815.htm>

María Luisa de Borbón pidió entonces a Labrador que pidiera Lucca y el estado de Massa Carrara para unirlo a los tres ducados (Parma, Plasencia y Guastalla), pero Massa Carrara pertenecía a la madre de la emperatriz de Austria, por lo que era imposible. La reina de Etruria dio plenos poderes a un banquero francés llamado M. Goulpy, para que negociara por ella en el Congreso. Esto demuestra la desconfianza de la reina en una diplomacia española que inconcebiblemente tenía como casi única agenda la compensación para María Luisa, que a pesar de esto buscó otro representante. Labrador, tan poco humilde y cordial como siempre, se negó a colaborar con él, pero tampoco se atrevió a desautorizarle delante del Congreso; lucharon ambos por los derechos de la reina de Etruria pero sin coordinación de ningún tipo. Goulpy tenía fundamentalmente ordenes de recuperar la Toscana, pero lógicamente quería cualquier tipo de compensación lo más grande posible, y lo más factible eran los tres ducados. Comunicó a Labrador la intención de pedir estos estados ampliados territorialmente o con una gran indemnización económica que compensara el valor de la Toscana, Labrador le contestó agriamente que no pensaba cambiar de estrategia: *“si Mr. Goulpy piensa que lo que propone conviene a*

la Reina, puede hacerlo por sí, y que respetando la opinión del sujeto que dice, prefiero la mía de insistir en pedir la Toscana y ver lo que me ofrecen, si no se resuelven a dármela”²⁶⁶. Con la comodidad de ver las cosas a posteriori se ve que la estrategia de Labrador era mala, la Toscana era difícil, y no había otra compensación posible que los tres ducados, que mientras no se pidieran rápidamente y con insistencia se iban consolidando en manos de la hija del victorioso emperador de Austria, la otra María Luisa. ¿Por qué tenía esperanzas Labrador en que la Toscana fuera concedida a la reina de Etruria?, fundamentalmente confiaba en el apoyo francés; para Talleyrand, en 1801, Bonaparte había conseguido hacerse ceder el Ducado de Parma y el Gran Ducado de Toscana por sus respectivos soberanos. Al poco de crear el Reino de Etruria, Napoleón, en 1807, lo transformó en departamento francés a cambio de un hipotético reino de Lusitania para la reina de Etruria. Para Francia el gran duque de la Toscana había cedido la Toscana según un tratado regular, y la reina María Luisa de Borbón era la legítima soberana del antiguo Gran Ducado de la Toscana²⁶⁷.

Como ya hemos dicho, la Toscana fue concedida definitivamente a Fernando III y entonces empezó la ardua lucha Labrador por los tres ducados. Después de una carta donde la reina pedía a Labrador que le fueran otorgados a parte de Parma y Modena la Spezia, el Lodesano, el estado de Regio, el de Lucca y la Lunigiana, el plenipotenciario español hizo, inteligentemente, la siguiente reflexión:

*“Temo que al mismo tiempo que será menester continuar los mayores esfuerzos para conseguir los tres Ducados y poco más, lejos de agradecer lo que se haga se creará Su Majestad mal servida; pues las personas que tiene a su lado son meros criados sin instrucción, ni más mérito ni experiencia que el servicio material de Palacio, dan por facilísima la concesión de todos aquellos territorios que les parecen bien en el mapa”*²⁶⁸.

Dejando aparte esa prosa tan ostentosa y ofensiva, Labrador tenía razón en señalar que todos los esfuerzos españoles serían injustamente despreciados por la hermana de Fernando VII debido a su desinformación. Esta actitud de la reina de Etruria influyó para el naufragio de la negociación, haciendo que España pidiera más de lo que se pudiera conceder y, por tanto, alargando el asunto, dilatación que como veremos lo arruinaría. El 13 de febrero da noticia Labrador de un proyecto presentado por Metternich que daba a la

²⁶⁶ Villaurrutia: *La Reina de Etruria...*, p. 128.

²⁶⁷ Ferrero: *Reconstrucción...*, p. 218-219.

²⁶⁸ De Pedro Gómez Labrador, plenipotenciario español en el Congreso de Viena, a Pedro Cevallos, secretario de Estado de España, Viena, 31 de enero de 1815. Citado en: Villaurrutia: *España en el Congreso...*, p. 163.

reina de Etruria los tres ducados, pero conservando Austria la ciudad de Plasencia y la parte del Mantuano a la derecha del Po²⁶⁹. En este negocio Francia había sido una parte importante en las negociaciones, y Metternich se dirigió a Luis XVII diciéndole que “*El emperador se ha decidido al fin a devolver los ducados a la reina de Etruria, no pudiendo – ha dicho – conservar para él o alguno de los suyos uno de los Estados de la Casa de Borbón, con la que desea estar en buenas relaciones*”²⁷⁰. Esta fue una oferta que dadas las dificultades debió aceptar Labrador, pero se opuso. Quizás sin la presión de la reina de Etruria en pedir más y más territorios hubiera podido aceptar; Austria retiró la oferta.

4.6 La actitud española ante el regreso de Napoleón.

El escenario negociador iba a cambiar por un hecho completamente sorprendente; Napoleón se fugó de Elba alcanzando Francia el 1 de marzo. El 20 de marzo Napoleón entraba en París sin disparar ni un solo tiro; el recibimiento de los franceses había sido magnífico y Luís XVIII tuvo que exiliarse ante la sorpresa de todo el mundo. Napoleón se esforzó por mandar mensajes de paz y entablar negociaciones secretas con el emperador Francisco. Su gestión diplomática más importante fue el envío al zar por medio del encargado de Negocios ruso en París, Boutiakine, de una carta conciliatoria y una copia del tratado secreto del 3 de enero (alianza militar secreta francesa, austriaca y británica dirigida contra Rusia en caso de no disminuir sus pretensiones polacas), pero ni siquiera esta jugada tuvo efecto y Napoleón se encontró completamente solo en Europa. Con la declaración del 13 de marzo, Rusia, Prusia, Gran Bretaña, Austria, España, Francia, Suecia y Portugal situaban a Napoleón fuera de toda legalidad, considerando roto el Tratado de Fointenbleau, y se prestaban a apoyar con todos los medios posibles el restablecimiento de la tranquilidad pública francesa. El día 18 se redactó la renovación de la alianza constituida en Chaumont, firmada el día 25 por el ansía de subsidios ingleses que fueron en parte negados, los firmantes fueron los cuatro grandes: Austria, Gran Bretaña, Rusia y Prusia, el resto de los países, incluida España, fueron invitados a adherirse al mismo. Labrador condicionó la firma a que España fuera considerada como igual a los cuatro grandes, y que finalizada la contienda el plenipotenciario español

²⁶⁹ De Pedro Gómez Labrador, plenipotenciario español en el Congreso de Viena, a Pedro Cevallos, secretario de Estado de España, Viena, 13 de febrero de 1815. Citado en: Villaurrutia: *España en el Congreso...*, p. 163.

²⁷⁰ Talleyrand: *Memorias...*, pp. 398-400.

tomara parte en todas las conferencias sin limitación alguna, esto lo pidió en una nota el 30 de marzo.

*“el infrascrito se cree autorizado á acceder desde luego, en nombre de su augusto Soberano, al tratado, si se entiende que por esta accesión será considerada la España como parte igualmente principal en la alianza que cada una de las cuatro Potencias que lo han negociado y firmado; de modo que para los convenios que puedan hacerse en lo sucesivo, ya para la ejecución ó complemento de dicho tratado, ya para los arreglos definitivos que se hayan de formar, obtenido que sea el objeto de la alianza, el Plenipotenciario español intervenga, sin reserva ni limitación, en todas las discusiones y conferencias.”*²⁷¹

Lo lógico hubiera sido firmar con rapidez, para demostrar así la solidaridad española con las cuatro potencias que iban a poner la mayor parte de la fuerza militar (aunque al final bastó con las tropas inglesas y prusianas) contra Napoleón. Era una simple firma y España no estaba en posición de ofrecer algo a cambio para que se le concediera esa igualdad tan anhelada. Sin embargo el Gobierno español tenía miedo de que Napoleón diera la vuelta a la situación, además, quizás el cambio del sistema internacional que podría provocar su retorno favoreciera a España. En cualquier caso España tenía bien claro que no intervendría en la guerra sin que le fuera reconocida la igualdad con las grandes potencias.

*“De poco sirve la justicia de la guerra y la importancia de los males que con ella trata una Potencia de evitar si carece de los medios de sostenerla (...) antes de asegurar el concurso de los soberanos igualmente amenazados por el enemigo común (...) Toda guerra de combinación por el concurso de Potencias diferentes es natural que se prepare por una alianza (...) Nada de esto se ha hecho, y no obstante pretenden los Representantes cerca de este Gabinete, que sea V.M. el primero en levantar el grito de la guerra”*²⁷².

El 18 de junio Labrador pidió explicaciones a las cuatro potencias sobre su nota de marzo, la cual no le había sido contestada, e insistía en lo mismo:

“El infrascrito (...) ha recibido orden expresa del Rey de insistir pidiendo la explicación que acerca de esta accesión exigió en la contestación que tuvo la honra de dar el 30 de marzo á la mencionada nota. (...) los nuevos esfuerzos que los numerosos ejércitos españoles ya reunidos en las fronteras de Francia

²⁷¹ Schoell: *Documentos del Congreso...*, p. 88.

²⁷² AHN. Estado. leg. 2767. Memoria leída en el Consejo de Estado, Madrid. 30 de abril de 1815.

están prontos á hacer, son consideraciones que impiden á S.M. el acceder á ningún tratado de alianza, si no es mirado en él como parte principal”²⁷³.

No deja de ser mala suerte que precisamente el mismo día de esta comunicación, la terrible Batalla de Waterloo (18 de junio) derrotara a Napoleón para siempre e hiciera innecesaria la inclusión de España en ninguna alianza.

Veamos que preparativos militares se solicitaron a España. Labrador pidió consejo al duque de Wellington sobre los requerimientos que serían necesarios por parte española para iniciar la campaña. Demostró el embajador británico la pésima imagen que tenía de España y le pidió un ejército de 80.000 hombres para que cerca de la frontera francesa pudieran distraer pero no aconsejó la invasión: *“Sería muy de desear que no fuese necesario que nuestros ejércitos entrasen en Francia, por el fundado temor de que, entrando, contribuyan a confirmar la mala opinión que hay de nosotros; pues así como nadie nos disputa el valor personal y la constancia, casi todos nos cree incapaces de orden y exactitud, sin lo cual no hay ejército que merezca el nombre de tal”*²⁷⁴. Europa no necesitaba la ayuda de España y menos aún que un elemento extraño entrara en el círculo de poder de las cuatro potencias (a no se que fuera estrictamente necesario). Esta penosa opinión que se tenía de España debió ser amplificadas por esta adhesión condicionada que expuso Labrador en el Congreso. De todas formas España no mandó tropas significativas a los Pirineos por la penosa desorganización del ejército, la indiferencia (ante el mal camino que llevaban los negocios internacionales), y el miedo a Napoleón, ¿por qué arriesgarse por unas naciones que no tenían en consideración nuestros intereses? Prueba de esta dejadez hacia la aventura de Napoleón fueron los intentos del duque de Angulema²⁷⁵, (embajador de las potencias aliadas), encargado de reorganizar las fuerzas realistas huidas a España, de preparar la invasión de Francia conjuntamente con un cuerpo español. Esta aventura tropezó con la indiferencia de Fernando VII y la enemistad de Cevallos²⁷⁶.

La ayuda española no fue necesaria; el 18 de junio se dio la Batalla de Waterloo, y el 21 entraba Napoleón en París completamente derrotado firmando la abdicación en su hijo el 22. El 8 de julio volvía a entrar Luís XVIII en París mientras que el 15 de julio

²⁷³ Schoell: *Documentos del Congreso...*, p. 90.

²⁷⁴ De Pedro Gómez Labrador, plenipotenciario español en el Congreso de Viena, a Pedro Cevallos, secretario de Estado de España, Viena, 29 de marzo 1815, Citado en: Villaurrutia: *España en el Congreso...*, p. 169.

²⁷⁵ Angulema, Duque de (Luis Antonio de Borbón) (1775-1844): comandante en jefe de los “cien mil hijos de San Luis” (1823), delfín de Francia (1824-1830).

²⁷⁶ Schop: *Un siglo...*, p. 176.

embarcaba Napoleón en el navío inglés *Bellerhofon* en *Basque Roads* para, tras una escala en Gran Bretaña, partir a Santa Elena. La no intervención española supuso un importante pasó más en la marginación española, así lo transmite Labrador, muy gráficamente, es sus despachos: “*No pueden creer aquí que tengamos tropas que merezcan ese nombre quando nada hemos emprendido*”²⁷⁷. En esta misma comunicación se queja el embajador español de que Francia no fuera atacada por España cuando sólo había 7.000 soldados franceses en Burdeos y menos aún en Perpiñán. “*No ha vuelto a tratarse de nuestra adhesión al Tratado de alianza, ni desearan las cuatro potencias que se trate, pues han acabado con Bonaparte sin intervención nuestra, y nos borrarán, si pueden, de la lista de las potencias de Europa*”²⁷⁸. España no fue autorizada a introducir tropas en Francia después de la guerra, en cierta manera es gracioso tanto interés en meter tropas españolas en Francia después de la guerra, cuando se había resistido tan tenazmente a formar parte de ella. Labrador se basaba para este interés en la necesidad de poder presionar a que Francia cumpliera lo estipulado con España en el primer Tratado de París, sobre todo el artículo secreto que incumplió; su ayuda a los intereses españoles en Italia²⁷⁹. Pero quizás lo más grave de todo es que Austria ofendió a España intentando colocar tropas en las inmediaciones de la frontera española (Rosellón y Languedoc), aunque peor fue la contestación de Labrador, que quería vender esta posibilidad a cambio de dinero y los Ducados de Parma, Plasencia y Guastalla para la reina de Etruria: “*Insistí en que no consentiríamos en que las tropas austriacas ni otras de las cuatro potencias ocupen provincias inmediatas a las nuestras ni que guarnezcan las fortalezas de nuestras fronteras, y de la energía que mostraremos en esto dependerá el restablecimiento de nuestro crédito y la restitución de los estados de Parma*”²⁸⁰.

El desenlace de la aventura napoleónica produjo importantes cambios internacionales: Fueron Gran Bretaña y Prusia los que presentaron batalla a Napoleón, siendo los ingleses los que se llevaron la gloria. Gran Bretaña tenía más fuerza moral para influir en las negociaciones y la vengativa Prusia obtuvo legitimidad a su política de dureza con Francia. El desprestigio sufrido por Luís XVIII hacía que se pudieran establecer nuevas condiciones; las más polémicas, tales como la renuncia a las

²⁷⁷ AHN. Estado, leg. 6798. De Pedro Gómez Labrador, plenipotenciario español en el Congreso de Viena, a Pedro Cevallos, secretario de Estado de España, Viena, 27 de septiembre de 1815.

²⁷⁸ AHN. Estado, leg. 6798. De Pedro Gómez Labrador, plenipotenciario español en el Congreso de Viena, a Pedro Cevallos, secretario de Estado de España, Viena, 10 de agosto de 1815.

²⁷⁹ AHN. Estado, leg. 6798. De Pedro Gómez Labrador, plenipotenciario español en el Congreso de Viena, a Pedro Cevallos, secretario de Estado de España, Viena, 18 de agosto de 1815.

²⁸⁰ AHN. Estado, leg. 6798. De Pedro Gómez Labrador, plenipotenciario español en el Congreso de Viena, a Pedro Cevallos, secretario de Estado de España, Viena, 30 de agosto de 1815.

indemnizaciones de guerra y a que cada país recuperara las obras de arte robadas durante el periodo napoleónico fueron anuladas (además, Francia perdió una pequeña parte de su territorio). Talleyrand no pudo aceptar estas condiciones y dimitió junto con todo su ministerio, siéndole aceptada la dimisión el 24 de noviembre de 1815²⁸¹. Austria y, sobre todo Rusia, perdieron la influencia que ganaron Prusia y sobre todo Gran Bretaña. Además, como hemos dicho, España se devaluó más aún internacionalmente.

²⁸¹ Villaurrutia, Wenceslao Ramírez de Villaurrutia, marqués de: *Talleyrand: ensayo biográfico*. Francisco Beltrán, Librería Española y Extranjera, calle Príncipe, 16, Madrid, 1943, p. 246.

5. La segunda parte del Congreso de Viena: El Acta de Viena y el rechazo español a ésta.

El Congreso de Viena no se paralizó por la huida de Napoleón, es más, concluyó sus trabajos casi simultáneamente con la derrota del emperador francés en Waterloo. Todos los negocios que quedaban pendientes se cerraron con relativa facilidad, quizás por el nuevo clima de renovación de la alianza contra Napoleón. La disconformidad de España con el resultado no fue suficiente para ralentizar el fin de un Congreso que ya estaba durando demasiado.

Las peleas entre Carlos IV y su hijo Fernando VII por el poder, la alianza española con Napoleón sólo rota por la invasión francesa, los clamorosos engaños de Napoleón que señalaban la poca inteligencia diplomática española, los informes de Wellesley sobre los españoles, la restauración de la Inquisición defensora de la religión única cuando las cuatro grandes potencias que intentaban entenderse eran de religiones diferentes (Gran Bretaña; anglicana, Austria; católica, Prusia; protestante, Rusia ortodoxa), el intento de paz con Napoleón de Valençay, la ridícula diplomacia española anulando poderes de sus plenipotenciarios en momentos claves, los vaivenes en política interior que infringían durísimos castigos hacia luchadores contra la invasión francesa (liberales); todo esto hacía fracasar el objetivo de dar los tres ducados a la reina de Etruria. Parecía que una vez roto por Napoleón el Tratado de Fontenbleau, la archiduquesa María Luisa de Habsburgo no tenía ningún derecho a estos ducados y así se lo exponía Labrador a Metternich en una nota el 4 de abril de 1815:

“El infrascrito Embajador extraordinario y plenipotenciario del Rey de España, en el Congreso de Viena tiene la honra de pedir que se entreguen sin dilación los Estados de Parma, Plasencia y Guastalla (...) ya que la declaración del Congreso del 13 de marzo ha allanado el solo obstáculo que se oponía á este acto de justicia. (...) En esta declaración las Potencias que firmaron el tratado de París, algunas de las cuales firmaron también el de Fontenbleau, han anunciado á la faz de la Europa que la evasión de Bonaparte y su entrada en Francia á mano armada han roto el tratado de Fontenbleau, que fue el que le había colocado en la isla de Elba, y dado á la Archiduquesa María Luisa los tres Ducados”²⁸²

²⁸² Schoell: *Documentos del Congreso...*, pp. 77-78.

Lejos de mejorar la situación, Talleyrand comunicó poco después a Labrador que Castlereagh, en compañía del general Vincent, ministro austriaco, habían hecho consentir a Luis XVIII que a la reina de Etruria se le daría el Ducado de Lucca, y que Parma sería para la hija del emperador de Austria, pero siendo el hijo de Napoleón excluido de la sucesión. Luis XVIII comunicó a Talleyrand el ofrecimiento que aceptaría: *“la corte de Viena se muestra totalmente de acuerdo en cooperar a la expulsión de Murat, con tal de que Vuestra Majestad muestre tanta complacencia por lo que respecta al norte de Italia como Austria manifiesta en lo que nos interesa en el sur de aquella península; y que Parma, Plasencia y Guastalla sean otorgadas a la archiduquesa María Luisa, encargándose las tres ramas de la Casa de Borbón de indemnizar a la reina de Etruria”*²⁸³. El heredero de los ducados sería el hijo de la reina de Etruria que recibiría una pensión mientras tanto de 500.000 francos anuales²⁸⁴. Pero este acuerdo se borró del Acta Final de Viena, que exponía que la reversibilidad de los ducados a la muerte de la archiduquesa sería negociada por Austria, España y las demás principales potencias. Se borró por el convenio secreto entre Prusia, Rusia y Austria (31 de mayo de 1815) que garantizaba la sucesión de Parma al hijo de Napoleón²⁸⁵. Metternich aprovechaba así la filantropía del emperador ruso, fiel a su espíritu de respeto con su antiguo “hermano” Napoleón y al Tratado de Fointenbleau del 11 de abril de 1814. El resultado era ilógico, pues la reina de Etruria representaba a la casa de Parma, pero lo arduo de las negociaciones para darla una satisfacción, el interés de Austria por añadir territorios a su anhelado dominio italiano y el desinterés de otras potencias por defender la causa de una nación tan antipática en las negociaciones como España hicieron el resto (sin contar con su exiguo poder militar). Labrador no quedó conforme con el arreglo y se negó a firmar el Acta Final del Congreso de Viena, el 9 de junio de 1815. Así lo expresa el 5 de junio:

“lo que han determinado irrevocablemente, según las palabras de ellos mismos, entre sí solos acerca de los derechos del Rey de España y del Rey de Etruria en Italia, y sobre la extraña recomendación que ha de hacerse por un artículo de tratado á S.M. Católica respecto á la cesión de Olivenza al Portugal, asunto del cual se han ocupado sin duda los Señores Plenipotenciarios de las dichas Potencias solamente por equivocación, pues no toca al Congreso de Viena. (...) Dijo pues que todo lo que puede hacer en consideración á las Potencias cuyos

²⁸³ De Luis XVIII, rey de Francia, a Talleyrand, ministro de Asuntos Exteriores francés. París, 3 de marzo de 1815. Citado en: Talleyrand: *Memorias...*, p. 411.

²⁸⁴ Al principio de esta negociación diplomática ya explicamos el acuerdo al que habían llegado Austria y Francia, para dejar en manos de la María Luisa austriaca los tres ducados a cambio de que Austria echara a Murat de Nápoles y que un rey Borbón se instalara allí.

²⁸⁵ Schop: *Un siglo...*, p. 176.

Plenipotenciarios se reunieron ayer noche, es el dar cuenta á su Corte del tratado que se le ha comunicado, y que entre tanto no puede firmarlo”²⁸⁶.

La reina de Etruria avaló la decisión española de no firmar renunciando a Lucca, pero su dignidad real duro tres meses, y es que mejor algo que nada: *“La Señora reina de Etruria, después de haber rehusado el Estado de Luca y demás que se la señalo, y haber pedido con instancia al rey, su augusto hermano, que no desaprobare su resistencia, ahora me escribe que desea lo que antes no quiso; y enterado Su Majestad de lo que me escribe la reina, ordena que V. E. apoye sus deseos*”²⁸⁷. El Acta de Viena fue firmada por los representantes de las siete grandes potencias mientras que las pequeñas fueron invitadas a adherirse, se acordó que no tenían que firmar el Acta ni Turquía ni la Santa Sede. Labrador no firmó pues todo lo veía perjudicial a España; la usurpación de territorios de la Santa Sede por Austria, el ya conocido tema de los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla, la donación de Génova a Cerdeña, el asentimiento al desmembramiento de Sajonia, y lo que era más importante por atacar directamente los intereses españoles; la declaración que condenaba el comercio de esclavos y la recomendación de ceder Olivenza a Portugal. No colaboró para este desenlace el brutal régimen absolutista instaurado por Fernando VII, Talleyrand dijo lo siguiente al acabar el Congreso de Viena:

“Al entregar el Congreso Génova a Cerdeña y Luca a la infanta María Luisa de España, al restituir Nápoles a Fernando IV y devolver las Legaciones a la Santa Sede, lo ha hecho estipulando para estos países el orden de cosas que el estado actual parece requerir. No he visto a ningún soberano ni a ningún otro ministro que no esté asustado de las consecuencias que ha de tener para España el sistema de gobierno seguido por Fernando VII y que no se lamentara amargamente de que haya podido recuperar su trono sin que Europa le haya impuesto la condición de dotar a sus Estados de instituciones en armonía con las ideas de los tiempos”²⁸⁸.

5.1 Tráfico de negros.

El tráfico de esclavos en África, que primero habían dominado los árabes para vender su mercancía en los mercados mediterráneos, comenzó a caer bajo el control de

²⁸⁶ Schoell: *Documentos del Congreso...*, pp. 83-84.

²⁸⁷ De Pedro Cevallos, secretario de Estado de España, a Pedro Gómez Labrador, ministro plenipotenciario en Viena. Madrid, 17 de octubre de 1814. Citado en: Villaurrutia: *La Reina de Etruria...*, p. 133.

²⁸⁸ Talleyrand: *Memorias...*, p. 468.

los europeos durante el siglo XV. Como mano de obra más apta, se utilizó en toda América al negro esclavo. España era el principal importador, pero no podía abastecerse de sus propias capturas de esclavos, por lo que concedió licencias de entrada, inicialmente a los genoveses, después a las compañías alemanas y a los portugueses, y por último a franceses e ingleses. Gran Bretaña obtuvo la exclusiva en 1713 por el Tratado de Asiento, hasta que se concedió la libertad de comercialización en 1789. En los últimos años del siglo XVIII se fue creando en Europa una corriente de opinión antiesclavista que enraizó firmemente en los postulados de la Revolución Francesa, pero la nación que más decididamente abogó por una abolición de la esclavitud fue Inglaterra. En 1792 la cámara de los Comunes aprobó una moción encaminada a procurar la abolición gradual del comercio de esclavos, y en 1807 quedó prohibido el comercio de esclavos en las colonias inglesas. Menos firmemente, durante la Revolución Francesa, Francia había sido el primer país en abolirla (1794) pero Napoleón la volvió a autorizar en 1810.

El caso es que Gran Bretaña era muy reacia a este tráfico y quiso aprovechar el Congreso de Viena para abolir definitivamente la trata. Pocos días después de iniciado el Congreso de Viena, Castlereagh planteó la abolición total del tráfico de negros, amenazando a España y Portugal con que Gran Bretaña y las demás potencias prohibirían la introducción de azúcares en caso de negarse. Labrador respondió inteligentemente, que en tal caso haría lo propio con el artículo más productivo de cada una de las naciones aludidas. Retirada la amenaza ni España ni Portugal consintieron la inmediata abolición, a pesar de que el resto de las potencias eran partidarias. Portugal y España, además, exponían que el Congreso no se había reunido para abolir el tráfico de esclavos, sino para organizar el orden europeo por lo que no querían afrontar ninguna negociación sobre el tema. El embajador británico en España mostraba su indignación por esto, y atacaba al nuevo régimen absolutista español donde más le dolía, en el dinero:

*“El grande sentimiento del Príncipe Regente por haberse desechado su proposición al Gobierno español con la mira de abolir el comercio de esclavos S.A.R siente tanto más una determinación tan contraria a la declaración del Parlamento, y tan repugnante a los sentimientos de la nación Británica en general, por quanto le impide absolutamente de dar á la Española los socorros pecuniarios, de que, parece, tanto necesita en este momento”*²⁸⁹.

²⁸⁹ AHN. Estado, leg. 8029. De Henry Wellesley, embajador de Inglaterra en España, al Gobierno español, Cádiz, 6 de octubre de 1814.

La presión inglesa era muy fuerte, y desde el 16 de enero hasta la declaración sobre el tema del 8 de febrero, se sucedieron unas reuniones que afrontaron este asunto en el Congreso de Viena. El 16 de enero, se reunieron las ocho grandes potencias proponiendo Castlereagh de nuevo la abolición total del comercio de negros. No quería encargar el asunto a una comisión (que lo demoraría aún más) sino solucionar el problema entre las ocho potencias. El conde de Palmela²⁹⁰, plenipotenciario portugués en el Congreso de Viena, propuso que el asunto se tratase sólo entre las potencias que tenían colonias, pues a las demás en nada concernía este asunto, Labrador lógicamente fue de la misma opinión, añadiendo además que la responsabilidad de asegurar la prosperidad de las colonias españolas no permitían abolir el comercio de negros en un plazo inferior a ocho años (como se pretendía). Los países sin colonias (Prusia, Rusia, Austria y Suecia) sostuvieron que la abolición sí que las incumbía por una pura cuestión moral, y la apoyaban. Castlereagh sin embargo no exigía dar una ley general a este particular, sino dar un impulso a España y Portugal para que por ellas mismas, de una forma gradual, se fueran preparando para la extinción. Finalmente se decidió que se reunieran un plenipotenciario de cada una de las ocho, y que los ocho dieran forma a una declaración conjunta. Las reuniones fueron pasando sin más novedad que la insistencia de España y Portugal de no fijar plazo alguno para la abolición, y los llamamientos de Inglaterra y los otros cinco Estados a condenar este comercio. Inglaterra había firmado con Francia una cláusula en el Tratado de París (30 de mayo 1814) que planeaba abolir el tráfico francés de esclavos en cinco años, y Castlereagh intentó bajar ese plazo a tres encontrándose con la negativa de Talleyrand. Castlereagh entonces cargó contra Labrador (en la conferencia del 20 de enero) y, con el beneplácito de todas las potencias, pidió que al menos tardara lo mismo que había firmado Francia; Labrador insistió que no podía aceptar ningún plazo sin trasladar las peticiones de las potencias a su Corte. Ante tantas presiones Labrador, fiel a su estilo de pasar notas escritas y no dialogar las cosas en el momento de las conferencias, propuso incluir en el protocolo de la reunión del 20 de enero una declaración adicional que exponía el desequilibrio entre Inglaterra y España en cuestión de esclavos: La situación de las colonias españolas de América era que estaban peor surtidas de esclavos que las inglesas. Jamaica contaba con 200.000 en 1787, cifra que dobla en 1807, mientras que durante este mismo periodo, la guerra con Inglaterra impidió

²⁹⁰ Palmella, Conde de (Pedro de Sousa Holstein) (1781-1850): embajador de Portugal en Gran Bretaña (1812-1817), plenipotenciario portugués en el Congreso de Viena (1814-1815), ministro de Asuntos Exteriores de Portugal (1817-1820), ministro de Guerra de Brasil (1820-1821), primer ministro de Portugal (1834-1835, 1842 y 1846-1849).

efectuar expediciones y posteriormente todos los recursos españoles estuvieron dedicados a la Guerra de la Independencia. La proporción de negros en Jamaica era de 10 a 1, mientras que en Cuba era de 1 a 1.²⁹¹

Viendo Gran Bretaña la dificultad de la prohibición total, intentó abolirla al menos al norte del Ecuador (pues durante las Guerras Napoleónicas había conquistado en esta zona de África prácticamente todas las factorías de esclavos excepto las de Portugal). Gran Bretaña consiguió entonces este objetivo con Portugal, firmando un tratado que abolía de inmediato el comercio de esclavos en esta zona; España se quedó sola. Volvió a atacar Castlereagh, en la última conferencia antes de la firma la declaración conjunta, diciendo que habría que formar una comisión que siguiera los pasos de las naciones esclavistas para ver la evolución de su renuncia a la trata. Amenazó de nuevo con no comprar productos que salieran de colonias esclavistas, de no cumplir con los objetivos consensuados de una disminución progresiva hasta la desaparición del comercio de esclavos. Todas las potencias se unieron a Gran Bretaña en esta amenaza, pero España y Portugal amenazaron de nuevo con reservarse el derecho de prohibir las importaciones del producto más lucrativo para la nación que hiciese esto. Finalmente, la resistencia ibérica consiguió que, en el protocolo del 8 de febrero de 1815, se limitasen los plenipotenciarios a formular una mera declaración:

“los hombres justos é ilustrados de todos los siglos han pensado que el comercio conocido con el nombre de tráfico de negros de África es contrario á los principios de la humanidad y de la moral universal.” (...) “siendo a sus ojos la extinción universal del comercio de negros una disposición digna de su particular atención, conforme al espíritu del siglo y á la magnanimidad de sus augustos Soberanos, desean sinceramente concurrir á la pronta y eficaz ejecución de ella con cuantos medios estén á su alcance, y empleándolos con el zelo y perseverancia que exige una causa tan grande y justa.” (...) “los dichos plenipotenciarios reconocen al mismo tiempo que esta declaración general no debe influir en el término que cada Potencia en particular juzgue conveniente fijar para la extinción definitiva del comercio de negros”²⁹².

Se aparcó provisionalmente así este asunto; sin establecer la comisión que supervisara el fin de la trata, la abolición fue sancionada en el tratado del Congreso como punto general.

²⁹¹ Schoell: *Documentos del Congreso...*, pp. 30-32.

²⁹² Bécker: *Historia de las...*, vol. 1, p. 393.

La presión inglesa cobró un nuevo impulso cuando Francia abole el comercio de negros, lo cual aparece para España como una concesión de Talleyrand a Castlereagh²⁹³, pero era fruto del intento de conseguir apoyo británico para derrostrar a Murat: *“Este arreglo, motivado por la pasión con que los ingleses miran la abolición de la trata, tendría ciertamente la ventaja de unir estrechamente a Inglaterra a nuestra causa en el asunto de Nápoles”*²⁹⁴. Sin tiempo que perder Castlereagh pide a Labrador que España haga lo mismo; Labrador se niega pues tal decisión arruinaría a los hacendados americanos, además afirmaba que España puso el límite de 8 años para la abolición con la condición de recibir; un cuantioso préstamo y ayuda para contribuir a derrotar la rebelión americana *“rebeliones fomentadas y protegidas por los negociantes ingleses y por varias sectas de falsos protectores de la humanidad”*. Castlereagh estalló y afirmó que *“el Gabinete Español era el menos tratable de todos los de Europa y que costaba menos el conseguir de otros condescendencias en puntos graves que lograrlas de nosotros en temas leves como el caso del comercio de negros”*, Labrador expuso que la ruina los negocios americanos eran un punto grave²⁹⁵. Quizás le fallaron las formas a Labrador, pues respondió con un ataque a la petición de Castlereagh, cuando una simple evasión, buscando instrucciones de Gobierno español, hubiera bastado.

La presión inglesa continuó perjudicando los negocios españoles, Labrador se quejaba, el 6 de octubre de 1816, de que Inglaterra presionaba a las demás potencias para que dejara el comercio de negros²⁹⁶. Alejandro I iba a mediar a petición española para solucionar aquel conflicto con Inglaterra, pero el zar poco tenía que aportar en una negociación que sólo consistía en la indemnización que recibiría España de Inglaterra por los perjuicios de esta prohibición. Pizarro como secretario de Estado dijo: *“El gobierno inglés, la Embajada presentaban siempre este asunto como obstáculo a todas las demás negociaciones pendientes, Lord Wellington a mí y en sus conferencias con nuestros embajadores, como también don Miguel de Álava, plenipotenciario nuestro, pero inseparable de su lado, lo inculpaban muy explícitamente”*²⁹⁷. Dada la enorme presión, parecía la abolición el único desenlace posible; se avisó a los colonos americanos que

²⁹³ AHN. Estado, leg. 6798. Talleyrand, ministro de Asuntos Exteriores francés, a Castlereagh, ministro de asuntos exteriores inglés, París, 30 de septiembre de 1815.

²⁹⁴ De Talleyrand, ministro de Asuntos Exteriores de Francia, a Luis XVIII, rey de Francia. Viena, 15 de febrero de 1815. Citado en: Talleyrand: *Memorias...*, pp. 405-407.

²⁹⁵ AHN. Estado, leg. 6798. De Pedro Gómez Labrador, embajador extraordinario en París, a Pedro Cevallos, secretario de Estado de España. París, 29 de agosto de 1815.

²⁹⁶ AHN. Estado, leg. 6798. De Pedro Gómez Labrador, embajador extraordinario en París, a Pedro Cevallos, secretario de Estado de España. París, 6 de abril de 1816.

²⁹⁷ Pizarro: *Memorias*. p. 260.

tomaran sus precauciones ante ella exigiendo hembras en los buques negreros, protegiendo los casamientos etc., y finalmente el 23 septiembre de 1817 se llegó a un acuerdo. El Tratado al que se llegó fijó la indemnización en 400.000 libras esterlinas; se abolió, desde la firma, la trata en las costas africanas al norte del Ecuador, y se daban 3 años de plazo (hasta 1820) para llegar a la abolición total en toda la costa africana.

5.2 Olivenza y conclusiones generales del Congreso de Viena.

Olivenza había sido conquistada por España en la Guerra de la Naranjas, fruto ésta de una obligación adquirida por España ante Napoleón en el Tratado de Madrid de 1801 (España atacaría a Portugal de seguir éste comerciando con los ingleses). Era una vieja disputa fronteriza, y Portugal quiso aprovechar la caída de Napoleón para que se condenase la ilegalidad de aquella guerra siéndole devuelta Olivenza. Antes de inaugurado el Congreso de Viena, Castlereagh mostró a Labrador la necesidad de restituir Olivenza a Portugal, como muestra de amistad con el príncipe regente de Portugal. Labrador pidió instrucciones y el entonces secretario de Estado, duque de San Carlos, respondió que las negociaciones tendrían que llevarse de manera bilateral, el Congreso no debía tomar decisión alguna sobre esto. A pesar de esto el Acta Final de Viena recogió en su artículo 105 la siguiente recomendación:

*“Conociendo las Potencias la justicia de las reclamaciones hechas por S. A. R. el Príncipe Regente de Portugal con respecto a la ciudad de Olivenza y demás territorios cedidos a España por el Tratado de Badajoz de 1801, y mirando la restitución de ellos como uno de los medios propios a asegurar entre los dos Reinos de la Península aquella buena armonía, completa y permanente, cuya conservación en toda la Europa ha sido el objeto constante de sus estipulaciones, se obligan formalmente a emplear, por medios conciliadores los más eficaces esfuerzos a fin de que se efectúe la retrocesión de dichos territorios a favor de Portugal, y reconocen en lo que a cada una perteneciente, que este arreglo debe hacerse cuanto antes.”*²⁹⁸.

A España, esta injerencia de las demás potencias en un asunto considerado bilateral le sentó mal, y Labrador expuso a los plenipotenciarios portugueses que habían seguido el peor camino para la restitución de Olivenza.

El Congreso supuso en general un enorme fracaso para España y un ejemplo de cómo no hay que dirigir las negociaciones internacionales. El Gobierno español negoció a

²⁹⁸ *Ibidem*, p. 396

tres bandas; con Francia, con Gran Bretaña y con Rusia. Intentó conseguir favores diplomáticos de las tres Cortes, pero Francia y sobre todo Gran Bretaña recelaron del intento de alianza con Rusia, y esta potencia, lejos de ayudar a España, entorpeció enormemente el asunto de los tres ducados. En el momento clave, ninguna potencia apoyó a España, no se sentían obligadas a hacerlo al negociar España caóticamente sin incluirse en ningún bloque de fuerza, oscilando según su interés pero sin finalmente decidirse. El emplazamiento de la reina de Etruria en un territorio importante italiano hubiera sido interesante para España por motivos estratégicos y comerciales, pero se dio una imagen de una diplomacia ambigua recordándose constantemente, para avalar las tesis españolas, la época y los tratados que pactábamos con Napoleón (fue en esta época, recordemos, cuando España obtuvo el Reino de Etruria para la hija de Carlos IV) lo que creaba mala fama para España y borraba, en cierta forma, sus sacrificios en la Guerra de Independencia. Se hizo bien no obstante en no firmar, pues es cierto que Toscana fue arrebatada injustamente a Austria por el Tratado de Luneville, pero Parma, Plasencia y Guastalla no era lógico que quedaran también en manos austriacas, menos en las de la esposa de Napoleón, y menos todavía después de roto el Tratado de Fontenbleau con la aventura de los Cien Días. Labrador hizo bien en no firmar por decoro nacional, estaba claro que se había marginado a España completamente de todas las decisiones importantes.

5.3 La segunda Paz de París, España es marginada de nuevo.

Finalizado el Congreso de Viena, se negociaba una nueva paz con Francia. Labrador fue mandado al cuartel general de los Aliados como representante español, pero al llegar a París no fue siquiera admitido a las conferencias aliadas. Labrador salió de Viena el día 25 de julio, al llegar a París siguió estériles negociaciones sobre Parma que no condujeron a ningún sitio, estaba ya fijado en el Acta de Viena su definitivo dueño y no había disponible ningún otro estado a parte de las legaciones papales que no eran aceptables para España; si España no recibía justicia en la tierra al menos la recibiría en el cielo debieron pensar sus gobernantes. El 16 de septiembre mandó una nota a las cuatro cortes aliadas para participar en las conferencias, pero a pesar de haberle prometido participar en ellas anteriormente, le negaron el acceso aludiendo tener que

llegar primero a un acuerdo entre ellas²⁹⁹. A Labrador las condiciones de paz que le hicieron llegar le parecieron muy duras; finalmente se impusieron indemnizaciones de guerra a Francia pero España no se benefició; éstas se dividirían en 5 partes, una para cada gran potencia y la otra a dividir entre los países participantes en la última guerra, España no estaba incluida entre ellos. Labrador recibió órdenes de suscribir el acuerdo, no protestando por la ausencia de indemnizaciones para España:

*“Su Majestad no había reparado en que suscriba Vuecencia a las cesiones ventajosas que haga la Francia a favor de las cuatro potencias aliadas, pues una vez que la Francia se conforma, ningún daño se le sigue de que la España suscriba a sus acuerdos (...) La condescendencia en este caso no es esencialmente injusta, pues que recae sobre el consentimiento de la Francia, a quien incumbe rehusar los sacrificios que se exigen de ella, y mirada desde el punto de vista de la política, es laudable, porque puede sernos provechosa.”*³⁰⁰

Estos miramientos demuestran una vez más el intento de jugar con la alianza de las tres potencias anteriormente citadas (Francia, Gran Bretaña y Rusia) no queriendo incomodar a ninguna. Se formó una comisión para examinar los artículos de la Paz de París que no habían sido cumplidos, ahí sí que fue Labrador llamado para integrarse. El 1 de octubre otra nota de Labrador sí que obtuvo sus frutos, en ella se pedía al menos dinero para reparar fortalezas españolas en la frontera con Francia: Rosas, Berga, Puigcerda, y Gerona. No se le pudo negar la razón a esta reclamación, pues se estaban destinando fondos para reparar las fortalezas fronterizas con Francia en el norte y en el este. Apoyada por Rusia y Gran Bretaña España recibió, de los 700 millones de francos de indemnización, 5 millones de francos por gastos de guerra y 7,5 para reparación de fortalezas³⁰¹. Las cantidades las recibiría España a través de las cuatro potencias, que serían quienes cobrarían de Francia todo el montante, era una manera de presionar a España para acceder al Acta de Viena, pues mientras tanto no cobraría nada. Inglaterra, Prusia, Rusia y Austria firmaron un nuevo pacto el 7 de noviembre que renovaba el de Chaumont y el del 25 de marzo de 1815, lo cual da una idea del sólido bloque, que a pesar de sus fisuras internas, demostraban para el resto de las potencias³⁰². Con el nuevo

²⁹⁹ AHN. Estado, leg. 6798. exp. 1. De Pedro Gómez Labrador, embajador extraordinario en París, a Pedro Cevallos, secretario de Estado de España. París, 22 de septiembre de 1815.

³⁰⁰ De Pedro Cevallos, secretario de Estado de España, a Pedro Gómez Labrador, plenipotenciario español en el Congreso de Viena, Madrid, 16 de octubre de 1815. Villaurrutia: *España en el Congreso...*, p. 196.

³⁰¹ AHN. Estado, leg. 6798. exp. 1. De Pedro Gómez Labrador, embajador extraordinario en París, a Pedro Cevallos, secretario de Estado de España. París, 21 de octubre de 1815.

³⁰² AHN. Estado, leg. 6798. exp. 1. De Pedro Gómez Labrador, embajador extraordinario en París, a Pedro Cevallos, secretario de Estado de España. París, 6 de noviembre de 1815.

tratado, llamado la Cuádruple Alianza, se dictaron los principios del “Gobierno congresional”, o la “diplomacia por conferencia”, acordando renovarla en periodos fijos en los que se reunirían³⁰³. Todo esto servía para afianzar el bloque, poniendo difícil a España entrar en él.

La segunda Paz de París fue firmada el 20 de noviembre de 1815. Los territorios que perdió Francia fueron una pequeña franja en la frontera belga (las plazas fuertes de Landau y Saarlouis), una pequeña parte de territorio en la frontera Suiza (en Ginebra), y la mayor parte de Saboya. Tuvo que pagar una indemnización de 700 millones de francos y soportar en su territorio un ejército de ocupación aliado de 150.000 hombres por cinco años, aunque inmediatamente después del Congreso de Aquisgrán, en 1818, ya no quedarían tropas extranjeras en Francia. Labrador se adhirió el 16 de enero, pero no refrendó el artículo 11 que confirmaba las clausulas de Viena³⁰⁴.

5.4 Continúan las negociaciones con Francia; España va transigiendo con las demás potencias para no quedar aislada.

El día 22 de enero, Labrador se reunió con el ministro de Asuntos Exteriores francés, duque de Richelieu³⁰⁵, para exponerle las reclamaciones de España con su Gobierno, que derivaban a su vez de tres tratados:

Del Tratado de Basilea reclamaba el levantamiento de secuestros; del Tratado de Aranjuez de 1801 la devolución de la Luisiana, navíos y millones que se dieron por el gran Ducado de Toscana; y finalmente de la primera Paz de París de 1814, la restitución de cuadros y objetos de arte que se llevaron los Generales y empleados franceses, concretamente los que se llevaron Soult y Sebatiani, también la devolución de los diamantes de la Corona, la vajilla y todo lo que de la Corte tenía de precioso y se llevaron José Bonaparte y Murat. Llamó, además, la atención del incumplimiento del artículo secreto de la primera Paz de París que prometía apoyar las reclamaciones italianas de España.

Después de grandes evasivas el duque de Richelieu contestó el 15 de mayo, casi cuatro meses más tarde, alegando que la guerra anulaba los tratados anteriores y que Francia no podía tener otros compromisos que los impuestos por el tratado del 20 de julio

³⁰³ Morgenthau Hans Joachim: *Política entre las naciones: La lucha por el poder y la paz*. Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires 1986. p. 528.

³⁰⁴ Cantillo: *Tratados, convenios...*, pp. 785-789.

³⁰⁵ Richelieu, Duque de (Armand Emmanuel du Plessis) (1766-1822): ministro de Asuntos Exteriores francés (1815-1818).

de 1814. En cuanto al artículo secreto de este último tratado, que abogaba por reunir los esfuerzos de ambas Coronas en buscar una compensación para la reina de Etruria, alegaba que Francia lo había intentado pero el resto de las potencias fueron contrarias, por lo que consideraba cumplido dicho artículo; Francia no se había comprometido a obtener la indemnización sino a emplear sus buenos oficios para alcanzarla. Ni siquiera en la reclamación de los cuadros tuvo fortuna España al no estar estos súbditos franceses en Francia; Sebastini había emigrado a Gran Bretaña tras la Batalla de Waterloo, regresando Francia en mayo de 1816, y Soult había sido desterrado, destierro levantado en 1819. En cuanto a las joyas, se insinuó que las podía poseer la esposa de Murat en la Corte de Viena, siendo más decoroso pedir las España directamente.

Sucedió entonces un curioso episodio; el Gobierno español invocó el artículo quinto del Acta Final de Viena sin haberse adherido aún a ella. Este artículo fijaba la intervención de las cuatro Cortes aliadas como árbitros mediadores en una disputa internacional. Labrador se sintió herido por el intento de la Corte española de adherirse al Acta de Viena sucediéndose una correspondencia muy agria entre el secretario de Estado Cevallos y Labrador³⁰⁶. No es de extrañar, pues Labrador era partidario de mantener la dignidad, y que su decisión de no firmar fuera respetada, aunque ya sospechaba que el Gobierno podía firmar apurado por futuras negociaciones internacionales: *“Si yo no me engaño, la resolución de no firmar el Tratado hubiera hecho efecto, si los referidos Plenipotenciarios, autores de tantas sinrazones, no estuvieran persuadidos de que los pasos que darán los Enviados de sus Gobiernos en esa Corte, harán que S. M. resuelva que se firme. Y así lo dieron a entender”*³⁰⁷. De esta forma Labrador también justificaba su propio fracaso negociador, vergonzoso. Wellington apareció entonces para intentar que España accediera ofreciendo que se firmaran el mismo día, aunque con distintas fechas, tres documentos: la ratificación del Tratado de Viena, la adhesión al de París, y otro entre las cuatro potencias, España y Francia para arreglar la sucesión a los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla. Wellington fue autorizado por su Gobierno para intentar solucionar la reclamación española de los cuatro ducados italianos, tras solicitar Cevallos a Fernán Núñez que hablara con el Gobierno inglés y solicitara el permiso³⁰⁸. Sin embargo esta gestión fue paralizada por el nuevo cambio de Gobierno. El nuevo secretario de Estado, Pizarro, prosiguió con Labrador la correspondencia diplomática de

³⁰⁶ Villaurrutia: *España en el Congreso...*, pp. 202-203.

³⁰⁷ De Pedro Gómez Labrador, embajador extraordinario de París, a Pedro Cevallos, secretario de Estado de España. París, 4 de junio de 1816. En Bécker: *Historia de...*, vol. 1, p. 399.

³⁰⁸ Villaurrutia: *Fernán Núñez...*, p. 218.

una manera similar a como la llevó Cevallos, muy agria; Labrador era irrespetuoso con sus superiores, sus homólogos embajadores y con todo el mundo en general, o por lo menos eso se percibe en su correspondencia. Al llegar Pizarro al poder le comunicó, por real orden de 3 de noviembre de 1816, que paralizara las gestiones para acceder al Acta de Viena y al Tratado de París de 20 de noviembre, hasta que se hubiera examinado este negocio con más madurez. Labrador desobedeció, pues escribió a lord Wellington pidiendo activar el negocio de Parma comprometiendo así la nueva orientación rusa que se quería dar a la negociación, surgieron agrias palabras en la correspondencia posterior palpándose el escaso entendimiento entre el Pizarro y el Labrador; veamos este interesante cruce de despachos:

“Sabe S. E. que a mi entrada en el Ministerio estaba tan embrollado este asunto, que S. E. mismo dijo que no lo entendía (...) hubiese sido de desear que S. E. lo hubiese hecho así y no hubiese excitado ni promovido el asunto con la nota que pasó a Lord Wellington (...) es menester que sobre la accesión suspenda toda gestión de su parte y sólo se contente con oír y transmitir lo que se le diga”³⁰⁹; “No yo he embrollado el asunto de la accesión, ni V. E. lo ha desembrollado resolviendo que suspendiese el darla hasta examinar detenidamente el punto”³¹⁰; “Yo entiendo y conozco perfectamente el negocio, como que es obra mía, y V. E. no tiene nada que hacer para desembrollarlo (...) no parece que pueda haber en el negocio mismo de que estoy encargado punto alguno secreto para mí, ni que habiendo comenzado a tratar como Embajador y Plenipotenciario, puede, en el nuevo giro que V. E. cree que debe darse a la negociación, transformarme en simple agente y relator de lo que me digan. No pude ser tal el sentido del oficio de V. E., aunque tales sean las palabras. Ni V. E. es capaz de hacerme tamaña injuria, ni yo de sufrirla (...) el buen éxito será debido a mis pasos y a la intervención de Lord Wellington (...) Si a V. E. le fuese posible abandonar la negociación en el punto en que se halla y entablar otra, Dándole un giro diferente, todo el bien y todo el mal que resultaren serán obra suya y de las personas de quien se valga”³¹¹; “Las glorias reportadas y por reportar en la memorable negociación del Congreso no se las envidio; su imperturbable elación tampoco”³¹².

³⁰⁹ De José García de León y Pizarro, secretario de Estado de España, a Pedro Gómez Labrador, embajador extraordinario en París, Madrid, 4 de enero de 1817. Citado en: Villaurrutia, *España en el Congreso...*, p. 240.

³¹⁰ De Pedro Gómez Labrador, embajador extraordinario en París, a José García de León y Pizarro, secretario de Estado de España, París, 14 de enero de 1817. Citado en: Villaurrutia: *España en el Congreso...*, p. 241.

³¹¹ De Pedro Gómez Labrador, embajador extraordinario en París, a José García de León y Pizarro, secretario de Estado de España, París, 20 de enero de 1817. Citado en: Villaurrutia: *España en el Congreso...*, p. 253.

³¹² De José García de León y Pizarro, secretario de Estado de España, a Pedro Gómez Labrador, embajador extraordinario en París, Madrid, 4 de enero de 1817. Citado en: Villaurrutia: *España en el Congreso...*, p. 242.

Pizarro, como veremos más adelante, había llegado al poder, como secretario de Estado español, gracias a la influencia rusa, y debía paralizar las gestiones de Labrador con Wellington. Por su parte, Labrador, avisado del nuevo rumbo del Gobierno, protestaba de esa influencia desaconsejándola en el asunto de Parma:

*“y si por la conducta de la Rusia en el Congreso de Viena se ha de formar juicio de lo que podrá esperarse de ella en punto a los tres Ducados, no puede caber duda en que debemos desconfiar de que sostenga ahora los derechos del Soberano legítimo, cuando en Viena, no solamente era la principal empeñada en que se diesen aquellos Estados a la Archiduquesa María Luisa, sino que hizo cuanto pudo para que se declarase la sucesión en ellos al hijo de Napoleón Bonaparte, hasta tal punto, que el Emperador Alejandro se detuvo hasta más de media noche en una posada cerca de Viena, esperando que se declarase así, y amenazando que, de lo contrario,. No enviaría ni un soldado contra Bonaparte.”*³¹³

A pesar de este conflicto, el negocio siguió su curso y Wellington afirmó a Labrador que, según despachos que había recibido de San Petersburgo, Alejandro consentiría en la exclusión del hijo de Napoleón de la herencia de Parma³¹⁴. A la vez España intentaba obtener sus objetivos acudiendo al zar, por medio de ciertas autoridades españolas y del embajador ruso Tatishcheff; se aprovecharon de la admiración que Fernando VII sentía por Alejandro. Fernando VII accedió a la Santa Alianza el 31 de mayo de 1816 de manera secreta, sin conocimiento del Pedro Cevallos, entonces secretario de Estado³¹⁵. Con actuaciones así se puede sospechar cual era la confianza entre rey y secretario de Estado, y lo que iba a suceder con este último en tres meses. Todo esto da una muestra de la terrible incompetencia de los altos cargos españoles, que actuaban sin ninguna coordinación. Por una parte el rey y su camarilla negociaba con los rusos directamente, y por la otra el secretario de Estado daba órdenes a Labrador, directrices que continuamente discutía.

Zea Bermúdez llegó a Madrid procedente de Rusia, e influyó sobre Cevallos, que cursó un despacho el 6 de julio de 1816 a Ignacio Pérez de Lema (embajador de España en Rusia) intentando conseguir la mediación del emperador en los problemas internacionales de España (indemnizaciones de Francia, problema de Etruria, la piratería berberisca y la rebelión americana). Para apoyar esta gestión, partió el 3 de julio de 1816

³¹³ De Pedro Gómez Labrador, embajador extraordinario en París, a José García de León y Pizarro, secretario de Estado de España, París, 26 de diciembre de 1816. Citado en: Villaurrutia: *España en el Congreso...*, p. 246.

³¹⁴ Villaurrutia: *España en el Congreso...*, p. 251.

³¹⁵ Pizarro: *Memorias*. p. 261.

una carta de Fernando VII a Alejandro I, salió sin el conocimiento del ministerio de Estado y fruto de una intriga que veremos más adelante. El 14 de julio, en contra del pensamiento de este ministerio se nombró a Zea Bermúdez ministro residente cerca de Alejandro I. Con todo este sistema montado, la secretaría de Estado mediante un despacho a Fernán Núñez, enojó a Tatischeff pidiendo la participación de Gran Bretaña en la solución final de los ducados. El embajador ruso escribió una carta el 5 de septiembre de 1816 que tachaba de incoherencia y descortesía que, después de todas las peticiones al emperador, la solución final se decidiera al margen de él. Un despacho de Pizarro a Zea Bermúdez (ya en San Petersburgo) avisándole de la doble diplomacia que se estaba realizando es la prueba de la implicación en la intriga del futuro ministro de Estado Pizarro³¹⁶. Las instrucciones dadas a Labrador en ese momento fueron cuatro: la reversión de los ducados, aumentar a un millón la pensión a la reina de Etruria, pedir territorios como Massa Carrara, intentar compensaciones en dinero y navíos, y por último intentar arrancar a las potencias una declaración solemne desahuciando al hijo de Napoleón para poder gobernar un reino³¹⁷.

El duque de San Carlos (embajador español en Austria) avisó de que el Gobierno austriaco estaba dispuesto a dar buen fin a las negociaciones sobre la sucesión de Parma, pero sin aumentar la renta señalada a la infanta. Nuevas instrucciones, vista la inminente negociación a realizar, se dieron a Labrador el 6 de febrero 1817:

- “1) En que se trate desde luego el asunto, como hasta ahora consiente el Austria, hay un gran interés de nuestra parte, y quiere el Rey que se promueva.*
- 2) En cuanto a que la negociación sea en París, nada hay que encargar al Plenipotenciario.*
- 3) No se tratará de la devolución, sino de de la sucesión de los Ducados.*
- 4) Hay ventaja en que quede intacto el artículo 101, según el cual se da a la reina de Etruria, y no a su hijo, el Estado de Luca; debiendo saber Labrador cuanta ventaja pueda del feliz descuido o error padecido en su redacción, y tratar de que la de la sucesión de Parma se haga en iguales términos.*
- 5) Aunque sería de derecho que se admitiese el orden de sucesión en Castilla, en la de los Estados que van a afianzarse a la Reina de Etruria, teniendo en las dificultades que reúnen, entre ellas la del artículo 7º del Tratado de Aquisgrán de 18 de Octubre de 1748, por el que se dieron a los Ducados al difunto D. Felipe y sus sucesores varones, Su Majestad se limitó a dejar a la dirección de Labrador el ver si puede, confidencialmente, proponer algo en este punto.*
- 6) El aumento de la renta hasta el millón es punto sumamente racional y necesario, y, a pesar de la opinión del Embajador en Viena, por lo de Su*

³¹⁶ Villaurrutia: *España en el Congreso...*, pp. 128-130.

³¹⁷ *Ibidem*, p. 252.

Majestad cree que este aumento podrá obtenerse mediante el apoyo seguro de Inglaterra y Rusia, el de Francia y el de Prusia...

7) Su majestad quiere que se insista por V. E. en que las potencias apoyen nuestras reclamaciones con Francia, tanto en cuanto al Convenio de 20 de noviembre, como en lo relativo al tratado de Basilea; sin que este punto sea objeto de gran resistencia, ni primario en las discusiones, procurando sólo presentarlo y quede pendiente y entregado su éxito a la suerte futura de nuestra relaciones con Francia³¹⁸”.

Mientras, Austria había establecido sus condiciones para llegar al acuerdo, que fueron las que finalmente prevalecieron firmándose posteriormente:

“a) Reconocimiento de la sucesión de Parma al fallecimiento de la Archiduquesa, a favor del hijo de la Infanta y de su descendencia masculina.

b) Reversibilidad del Ducado de Luca al Gran Duque de Toscana.

c) Los feudos de Bohemia bávaro-palatinos quedarán a favor del Príncipe Francisco Carlos, hijo de la Archiduquesa María Luisa, al cual se le dará un título tomado de los dominios de la Casa de Austria.

d) El Austria conservará el derecho de guarnición en la ciudad de Plasencia³¹⁹”.

Al final, el hijo de Napoleón, Francisco Carlos, no se quedó sin herencia territorial. Pizarro decidió acabar con la embajada extraordinaria de Labrador que costaba 72.000 duros y que podía ser desempeñada por la embajada española en París. A esto colaboró la agria correspondencia entre los dos políticos, y el cansancio que sentía Labrador después de dos años de misión. Cansancio que demostró directamente; *“A pesar de mi ardiente celo por el real servicio (...) habiendo ya más de dos años y medio que estoy empleado en comisiones gravísimas, tengo absoluta necesidad de descanso”³²⁰*, e indirectamente con comunicaciones propias de un loco:

“Puedo decir sin jactancia, que nunca Embajador ni ningún hombre público ha hecho a favor del género humano más que yo, pues sin mi oposición a lo ajustado y firmado por las cinco más fuertes potencias de Europa, no reinaría en Francia la augusta Familia de Borbón, o no reinaría el Príncipe legítimo de ella, o lo que es lo mismo, no habría paz en Europa ni se habría puesto coto a la revolución (...) No me toca a mi compararme con los que me han sido

³¹⁸ De José García de León y Pizarro, secretario de Estado de España, a Pedro Gómez Labrador, embajador extraordinario en París, Madrid, 6 de febrero de 1817. Citado en: Villaurrutia, *España en el Congreso...*, p. 255.

³¹⁹ De Pedro Gómez Labrador, embajador extraordinario en París, a José García de León y Pizarro, secretario de Estado de España, París, 15 de marzo de 1817. Citado en: Villaurrutia, *España en el Congreso...*, pp. 256-257.

³²⁰ AHN. Estado, leg. 3424(1). De Pedro Gómez Labrador, embajador extraordinario en París, a José García de León y Pizarro, secretario de Estado de España, París, 7 de diciembre de 1816.

preferidos en mi carrera desde que con el carácter de embajada están trabajando en las más arduas negociaciones pero me atreveré a decir, que á pesar de los desvarios de amor propio, ninguno de ellos querra que se confronte sus servicios con los míos”³²¹.

Pedía un cambio de destino que se hizo, pero no como él quería, pues pidió ser destinado a Turín³²². El 17 de marzo se firmó un cambio de destino entre diplomáticos: Fernán-Núñez pasó de Gran Bretaña a Francia, el duque de San Carlos pasó de Viena a Gran Bretaña, Pedro Cevallos pasó de Nápoles a Austria, Labrador pasó de embajador extraordinario en París a embajador en Nápoles. Se ordenó a Labrador ir a Nápoles urgentemente y entregar los papeles de los negocios a su sucesor en las negociaciones de Parma, Fernán Núñez, entregándolos el 20 de mayo. Ya antes, a Fernán Núñez se le entregaron las instrucciones el 14 de abril: aumento de 500.000 francos para doblar la renta de la reina de Etruria, que la sucesión se rigiera por la ley española y no por la ley sálica, tratamiento de majestad para el infante Carlos Luis, y eliminación de la guarnición austriaca en Plasencia³²³. Con todos estos ingredientes faltaba poco para que España normalizara, de una vez, sus relaciones internacionales.

5.5 El curioso intento francés por resucitar el viejo Pacto de Familia.

Las condiciones de la segunda Paz de París fueron muy duras para Francia y, además, el clima de concordia entre este país y la Cuádruple Alianza fue reemplazado por resentimiento. Luis XVIII no había sido capaz de mantenerse en el poder a pesar de que Napoleón había mantenido a Francia en guerra durante quince años. Francia se vio marginada internacionalmente, Talleyrand dimitió por ello, y el nuevo ministro de Asuntos Exteriores, duque de Richelieu, pensó en desempolvar el viejo Pacto de Familia para confrontarlo con Austria, Prusia y Rusia. Esto sucedió intermitentemente, desde finales de 1815 a finales de 1816, cuando Francia había ya sido rechazada por las cuatro potencias, es decir, cuando no le quedó más remedio. Ante las noticias de Labrador de los intentos franceses por reactivar un Pacto de Familia, Pedro Cevallos responde claramente: *“sería una idea que solo pudiera asociarse con el total olvido de lo que se debe al honor del Gabinete y a la prosperidad del estado, y solo digna de políticos de salón (...) si conviene, asegure V.E que nada se ha tratado sobre el asunto: tal vez las*

³²¹ *Ibidem.*

³²² *Ibidem.*

³²³ Villaurrutia: *España en el Congreso...*, p. 270.

circunstancias le harán conocer, si es más conducente no dar esta seguridad, para que procuren las Potencias comprarla condescendiendo a nuestras reclamaciones desatendidas en el Congreso”, pero la posibilidad de llegar a un Pacto de Familia con Francia era un quimera, Cevallos prosigue ordenando a Labrador que ofrezca aportar los 150.000 hombres que exige de cada potencia el tratado de Chaumont, para poder entrar en el círculo de las grandes potencias³²⁴.

Los intentos franceses siguen, un año después, en un despacho de Labrador del 15 octubre de 1816, Labrador comunica el ofrecimiento de Richelieu pero es sumamente crítico con él: *“El pacto de familia fue inspirado por la venganza y sus efectos para la España fueron quales se podían esperar de un hijo de tal madre”*³²⁵. A Labrador le volvieron a pedir estrechar lazos con Francia y se muestra cauto *“no conviene enterar a los aliados y especialmente a los ingleses”*³²⁶. Esto es señal de la absoluta confidencialidad de las conversaciones, en esos momentos se quería aislar a Francia y una alianza de este tipo era totalmente prohibida, sin embargo Francia insistía: *“El Duque de Richelieu no pierde ocasión de hablarme de la necesidad de que todos los miembros de la augusta familia de Borbón se reúnan íntimamente entre sí, y que formen un mismo haz”*³²⁷. Se intentó incluso comprar la ayuda española ofreciendo mandar buques franceses para enfrentarse a los corsarios de las costas hispano-americanas, algo de lo que Labrador no estaba muy convencido: *“No creo que el Gobierno francés (...) nos hará servicio alguno de importancia (...) he creído ver en lo referido una prueba más de que se trata de atraernos al (...) Pacto de Familia”*³²⁸. Tenía razón Labrador, pues al poco informa que Richelieu no le había vuelto a hablar de esas posibles ayudas de buques franceses contra corsarios³²⁹.

En resumen, a pesar del profundo aislamiento internacional en que se sumían Francia y España, era muy difícil, por no decir imposible, que las negociaciones fructificaran. El inconveniente más importante era la renovación en 1814 del Tratado de amistad y alianza entre Inglaterra y España. En una de sus cláusulas se estipulaba que

³²⁴ AHN. Estado, leg. 6798. exp. 8. De Pedro Cevallos, secretario de Estado de España a Pedro Gómez Labrador, embajador extraordinario en París. Madrid, 3 de septiembre de 1815.

³²⁵ AHN. Estado, leg. 6798. exp. 8. De Pedro Gómez Labrador, embajador extraordinario en París, a Pedro Cevallos, secretario de Estado de España. París, 15 de octubre de 1816.

³²⁶ AHN. Estado, leg. 6798. exp. 8. De Pedro Gómez Labrador, embajador extraordinario en París, a Pedro Cevallos, secretario de Estado de España. París, 17 de noviembre de 1816.

³²⁷ AHN. Estado, leg. 6798. exp. 8. De Pedro Gómez Labrador, embajador extraordinario en París, a Pedro Cevallos, secretario de Estado de España. París, 10 de diciembre de 1816.

³²⁸ *Ibidem*.

³²⁹ AHN. Estado, leg. 6798, de Pedro Gómez Labrador, embajador extraordinario en París, a José García de León y Pizarro, secretario de Estado de España. París, 24 de enero de 1817.

España no podía efectuar el famoso Pacto de Familia, y ninguno de naturaleza parecida, con lo que se anulaba la posibilidad de disfrazar el acuerdo de alguna otra manera. Para España era además prácticamente imposible firmar un convenio por puras cuestiones morales; había un profundo sentimiento anti-francés en la sociedad después de un conflicto tan devastador como la Guerra de la Independencia. Un Gobierno tan débil como el de Fernando VII, no podía permitirse una alianza tan controvertida como ésta. Poco después Francia entró en el directorio europeo, que se convirtió en una pentarquía e hizo estéril este debate. Por otra parte, es muy posible que Francia utilizara esta supuesta aproximación como estrategia para presionar a las grandes potencias y ser incluida en su seno; era bastante arriesgado dejar sola a Francia buscando peligrosas alianzas.

6. España en la Santa Alianza, plena integración en el concierto internacional.

6.1 Fin de las negociaciones italianas.

En esta negociación, sobre los ducados italianos, estuvieron presentes Wellington y Stuart por Inglaterra; Stuart como plenipotenciario oficial, y el duque de Ciudad Rodrigo, como mediador amistoso que había introducido Labrador y luego Fernán Núñez, esperanzados en que intercediera a favor de España. También estuvieron el general Vincent, plenipotenciario de Austria, Richelieu de Francia, y Pozzo di Borgo de Rusia.

Cuando Fernán Núñez expresó las peticiones comprendidas en sus instrucciones se le expuso que eran contrarias a lo estipulado en el Acta de Viena, y que sólo en lo referente a la reversión de los ducados podía llegarse a un acuerdo. A la primera condición de las instrucciones, el aumento de la renta, se negó el plenipotenciario austriaco; era contrario al Tratado de Viena y además Austria ya tenía un sacrificio importante al tener que atender al establecimiento del hijo de Napoleón, privado de la herencia de Parma. El orden de sucesión también había sido confirmado por el Tratado de Viena de 1725³³⁰ (que ha su vez había confirmado el de Aquisgrán de 1748) y no admitía discusión, debía regir por la ley sálica. La guarnición en Plasencia era incuestionable y Austria no estaba dispuesta a firmar el tratado si se eliminaba, además el duque de Ciudad Rodrigo la tenía como necesaria dentro del sistema defensivo de Italia. Con Austria e Inglaterra unidas para esto, poco se podía hacer. Sobre el título de majestad para el infante Carlos Luis, Francia fue el mayor problema, pues su rabia contra Napoleón hacía que quisiese evitar dar tratamientos de majestad a dinastías a las que Bonaparte hubiera instalado en reinos de su creación, como era el Reino de Etruria. Temía Francia que, con ese precedente, se diera posteriormente el mismo tratamiento al hijo de Napoleón. Al final Fernán Núñez se conformó con que se pagasen los atrasos de la renta que, según sus cálculos reportarían 300.000 francos más a la renta, quedando ésta en 800.000 francos, casi lo pedido. Al no poder sacar el millón de francos de renta que pedían sus instrucciones, nuestro plenipotenciario exigió el valor liquidativo productivo de Lucca en el tiempo que había mediado desde el Acta Final del Congreso de Viena

³³⁰ Cantillo: *Tratados, Convenios...*, pp. 229-230.

hasta la toma de posesión de la infanta, un artificio interesante que acercaba al objetivo de sus instrucciones.

Fernán Núñez accedió el 4 de junio de 1817 al Tratado de la Santa Alianza, el 7 al Acta del Congreso de Viena, y el 8 al Tratado de indemnizaciones del 20 de noviembre de 1815 (España ya se había adherido en esta fecha, con excepción de un artículo que refrendaba todo lo acordado en el Acta de Viena; ahora España firma la totalidad del tratado). El 10 de junio de 1817 los plenipotenciarios de Austria, España, Francia, Inglaterra, Prusia y Rusia firmaron el Tratado suplementario al Acta del Congreso de Viena que acordaba la reversión de los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla, a la muerte de la archiduquesa María Luisa de Habsburgo; éstos pasarían a María Luisa de Borbón, a su hijo el infante Carlos Luis y a sus descendientes varones en línea recta masculina. El Principado de Lucca (“exilio” de María Luisa de Borbón) pasaría, en el momento de este traspaso, al duque de Toscana. Austria conservaría el derecho de guarnición en la ciudad de Plasencia hasta el momento del traspaso, y no recuperaría este derecho hasta la extinción de la rama española de los Borbones.

A pesar de la satisfacción de Fernán Núñez por lo acordado, el ministerio de Estado no estuvo nada conforme, había puntos importantes de las instrucciones no cumplidas. En una amplia real orden del 22 de junio de 1817³³¹, el Gobierno español muestra su amplia decepción por lo acordado y por la firma sin permiso de un tratado que no concedía ninguna de las instrucciones que se había comunicado al plenipotenciario español, en especial el millón de renta que era de condición *sine qua non*. Se le pide que siga forzando un acuerdo mejor a pesar de la firma, algo imposible en esos momentos. Un afligido Fernán Núñez explica la imposibilidad de haber sacado más; el plenipotenciario austriaco tenía probablemente ordenes de Metternich de dar largas a la negociación³³² para no introducir, todavía, a España en el concierto internacional, al que acudiría de la mano de Rusia. También tenía razón al afirmar que sus instrucciones del 14 de abril no decían nada del obligado cumplimiento de la instrucción cuarta para firmar el tratado (la cuestión de la renta). Fernán Núñez tuvo que pasar por la humillación de tener que explicar a los plenipotenciarios de Austria, Rusia e Inglaterra explicándoles que posiblemente no se ratificase el tratado. Durante el compás de espera Francia apoyó a Fernán Núñez, el duque de Richelieu mandó un mensaje a Metternich intentando que no

³³¹ De José García de León y Pizarro, secretario de Estado de España, al conde de Fernán Núñez, embajador en de España en Francia. Madrid, 22 junio 1817. Citado en: Villaurrutia: *España en el Congreso...*, pp. 274-278.

³³² Villaurrutia: *España en el...*, p. 286.

se rompieran las negociaciones³³³, a lo que contestó el ministro de Asuntos Exteriores austriaco con resignación y paciencia, parece ser que le daba pena el estado del Gobierno español: “*Sobre los despachos que me mandó podrá estar contento conmigo. Me parece que la irracionalidad y la inconsecuencia pueden ser derrotadas por nuestra parte. Nosotros ignoramos desde hace ya mucho tiempo el humor que tendrá Madrid cuando hablamos con ellos. El sentimiento de compasión prevalece, en esta ocasión sobre cualquier otro*”³³⁴. Finalmente el ministerio de Estado español comprendió la imposibilidad de sacar más y el buen hacer de Fernán Núñez, que había llevado sin duda una relaciones personales mucho más agradables con los plenipotenciarios extranjeros que el altivo y arrogante Labrador (simplemente en la naturalidad de sus despachos se notaba la diferencia), y finalmente se le felicitó por el tratado un mes después de haberle reprendido severamente. No sólo se le felicitó, como queriendo reparar la severidad con él demostrada, sino que se recomendó a su hermano para un ascenso (el brigadier Don José de los Ríos), e incluso se concedió a Fernán Núñez el título de duque³³⁵.

Extendidas las ratificaciones poco después, la beneficiaria de este tratado (la hermana de Fernando VII), que tanto ocupó a la diplomacia española, no estuvo contenta con él, pero hubo de contentarse. Bardají, como representante español, tomó posesión de Lucca, hasta ese momento en manos austriacas, y la reina de Etruria gobernó en él hasta 1824, año de su muerte. La única ventaja real para España, fue que le fueron entregadas las cantidades que le correspondían de las reparaciones de guerra francesas y que todavía estaban retenidas por los Aliados hasta que se firmara el tratado.

6.2 La estrecha amistad con Rusia, la doble diplomacia, y la camarilla del Rey.

Solucionado el tema estrella de toda la negociación española, nos centraremos ahora en el camino que España siguió para, de la mano de Rusia, acabar en la Santa Alianza. Es un camino lleno de intrigas, intereses personales y doble diplomacia, cuyo protagonista casi absoluto es Tatischeff, el embajador ruso destinado en Madrid. Por el

³³³ Del duque de Richelieu, ministro de Asuntos Exteriores francés, a Metternich, ministro de Asuntos Exteriores austriaco. París 1 de julio de 1817. Citado en: Bertier de Sauvigny, G. de: *France and the European Alliance, 1816-1821, The Private Correspondence between Metternich and Richelieu*. University of Notre Dame Press, París, 1958, pp. 24-27.

³³⁴ De Metternich, ministro de Asuntos Exteriores austriaco, al duque de Richelieu, ministro de Asuntos Exteriores francés. Florencia 24 de julio de 1817. Citado en: Bertier de Sauvigny, G. de: *France and the European Alliance, 1816-1821, The Private Correspondence between Metternich and Richelieu*. University of Notre Dame Press, París, 1958, pp. 28-30. (Traducción propia del francés)

³³⁵ Villaurrutia: *España en el Congreso...*, pp. 280-286.

problema de precedencia diplomática que tuvo España y Rusia (1813-1814), Tatischeff estuvo un año en Londres, y durante su permanencia en esa ciudad él o su mujer protagonizaron intrigas que motivaron el mayor desagrado del príncipe regente y su Gobierno, por lo que Fernán Núñez (embajador español en Inglaterra) dirigió una comunicación avisando de esto al secretario de Estado, entonces el duque de San Carlos, en despacho reservado. La resolución que se tomó fue que el ministro en San Petersburgo hiciera las averiguaciones pertinentes sobre Tatischeff, y también se encargó a Labrador, que estaba en París con Pozzo di Borgo, que hiciera lo mismo. Pero esta resolución del duque San Carlos no se cumplimentó, y al lado de ésta aparece otra subrayada que con la letra de Cevallos dice: “*Déjese todo por ahora*”³³⁶; todo esto a pesar de la resolución del duque de San Carlos, que aconsejaba la no designación de Tatischeff como embajador ruso en Madrid³³⁷.

Según Villaurrutia, Tatischeff, con la ayuda de Antonio Ugarte³³⁸, personaje destacado en la camarilla del rey, consiguió introducirse en este grupo, ganándose el favor real hasta 1820. Seis años pasó ejerciendo, según este historiador, funciones de valido y siendo el verdadero árbitro de la política exterior de España. Dice también Villaurrutia que ponía y quitaba secretarios de Estado sin más dificultad. Parece todo esto un poco exagerado, aunque es indudable la influencia que llegó a tener Tatischeff en la Corte y la existencia de una camarilla que trataba de llevar al rey a su redil.

Se le entregó a Tatischeff, por sus gestiones para la firma del Acta de Viena y la Santa Alianza, el Toisón de Oro el 9 de julio de 1816, alta merced nunca hasta entonces concedida a un embajador extranjero, lo que supuso un escándalo en su momento, por ser una prueba más o menos palpable de la influencia de Tatischeff en el Gobierno. Fernán Núñez puso en conocimiento de Pizarro el mal efecto que había tenido esta condecoración en los británicos, a lo que Pizarro contestó en carta particular con dureza:

“He sentido leer lo que usted me dice de la pregunta y frase del Príncipe regente sobre Tatischeff. No había para qué negarlo, que es como los chicos que se escapan de la escuela, no para qué tener mal rato. En eso no hay disparate, ni culpa, ni calabaza, ni nada por qué aturullarse. Tatischeff es de una de las más ilustres familias de su país y el Rey es dueño de sus decoraciones, así como la Inglaterra ha dado las suyas a quien ha querido (...) Nunca debe uno acoquinarse cuando se trata de replicar a una grosería tan brutal y tan

³³⁶ *Ibidem*, p. 208.

³³⁷ Villaurrutia, *Fernán Núñez...*, p. 148.

³³⁸ Ugarte, Antonio (1780-1833): director general de las expediciones destinadas conquistar y pacificar América (¿?, nombrado por Manuel Godoy), secretario del Consejo de Estado (1823-1825), embajador español en Cerdeña (1825-¿?).

*directamente contraria a la consideración debida al mejor de los Reyes (...) Por fin, usted me pregunta qué es lo que ha de decir, y yo se lo repetiré a usted: que en cuanto al significado político, ninguno tiene esta gracia, y que nunca ha habido una disposiciones más favorables para las cosas inglesas en nuestro Gabinete que ahora, y que si no las aprovechan, suya será la culpa. Ahora, en cuando a lo demás, diga usted que Su Majestad es dueño de dar decoraciones por efecto de benevolencia a quien guste y mucho más a uno de los más antiguos señores de Rusia, y por fin, si aun de mí quiere usted decir algo, diga usted que cuando en el uso de mi empleo he dado ya, y estoy pronto a dar, pruebas de mis sentimientos amistosos por nuestra unión con Inglaterra, ninguna justificación ni enmienda necesito; vean y prueben; pero si no tienen vista ni tacto, paciencia; yo habré cumplido; y cuidado que lo que ahora malogren con sus pobreza de ánimo ya no volverán a brillar.”*³³⁹

Aparte del lógico escándalo por esta merced (Inglaterra temía que la alianza hispano-rusa le restara influencia en la Península después de tantos sacrificios en la Guerra de la Independencia), dos cosas demuestra Pizarro en esta carta del 16 de enero de 1817 siendo ya secretario de Estado: por un lado su agradecimiento personal a Tatischeff, que le había llevado al cargo, y por otra su desesperación por quitarse la etiqueta de anglóphobo de la que no se libraría en toda su vida política.

El 16 de octubre de 1816 fue nombrado Pizarro, secretario de Estado y ministro interino de Gracia y Justicia, sustituyendo a Pedro Cevallos. Esto fue posible por una intriga del rey y su camarilla, que trataban de dar un giro a la política exterior e incluso vengarse de la oposición de Cevallos al casamiento del rey y su hermano con las infantas portuguesas. Parece ser que, a finales de otoño de 1815, Tatischeff había conseguido entrevistarse a menudo, y en secreto, con Fernando VII y comenzar una correspondencia directa entre el zar y el rey de España³⁴⁰. Desde entonces, hasta el nombramiento de Pizarro, el denominado “partido ruso” influyó a que el rey iniciara una doble diplomacia a espaldas de Pedro Cevallos. Vemos un retrato de esta intriga en las memorias de Pizarro; en los momentos previos a su nombramiento como secretario de Estado³⁴¹, entró por la puerta de atrás de palacio para entregar ciertos documentos al rey (estos papeles trataban sobre peticiones diplomáticas al zar de Rusia) que entraban en competencias del secretario de Estado. Todas las escenas que nos relata parecen estar orquestadas por Zea Bermúdez, encargado de Negocios en Rusia de licencia en Madrid, su presencia era decisiva pues podía decir en persona que pensamientos tenía el zar en aquella época.

³³⁹ De José García de León y Pizarro, secretario de Estado de España, al conde de Fernán Núñez, embajador de España en Francia. Madrid, 16 de enero de 1817. Citado en: Villaurrutia: *Fernán Núñez...*, pp. 150-151.

³⁴⁰ Schop: *Un siglo...*, p. 183.

³⁴¹ Pizarro: *Memorias*. pp. 232-235.

Pizarro colaboró con Zea para comunicar directamente a Fernando VII con el emperador de Rusia sin el conocimiento de Cevallos, Zea prometió a Pizarro el Gobierno por su apoyo. Tatischeff y Ugarte (famoso en la historiografía por habérsele tildado incluso de agente secreto del embajador ruso³⁴²) aparecen en la intriga, y Fernando VII participa activamente en ella. Pizarro actuó mal, pues jugó sucio hacia el propio ministerio de Estado que luego iba a gobernar, sufriendo ese mismo doble juego con el tiempo. A posteriori dio tres excusas por colaborar en el derrocamiento de Cevallos: la primera es que nunca más volvió a hacer juego sucio a pesar de que era algo común y prácticamente imprescindible para mantenerse, su único hijo había muerto recientemente afectando a su entendimiento, y el ministerio de Cevallos funcionaba muy mal³⁴³. Cevallos no gustaba al “partido ruso” por no prestarse a la inclinación hacia Rusia que ellos querían, el secretario de Estado era partidario de variar las alianzas según la conveniencia.

Pizarro presume en sus memorias de seguir siempre las pautas de comportamiento correcto según las reglas del juego; que a pesar de esto fuera perseguido tanto por absolutistas como por liberales le dejó un poso de amargura tendente a creer que las malas artes traían, por lo general, enormes beneficios a los que él renunciaba por ser persona de honor: *“Zea no ha tenido jamás los elementos para ser un hombre de Estado; pero su trastienda y reserva, el hábito de la intriga, ayudado de una admirable serenidad para faltar a la verdad y prometer sin límites, le hicieron pasar después por hombre público, en tiempos en que la diplomacia y la política se han reducido al mezquino círculo de la intriga de corte o de pandilla”*³⁴⁴. Villaurrutia reproduce en su libro *España en el Congreso de Viena*, unas instrucciones diplomáticas redactadas el día 15 de octubre pero firmadas el día 22 de octubre por Pizarro, nada más llegar al ministerio de Estado, parece ser que las instrucciones dirigidas a Zea son la causa de la caída de Cevallos, pues no se confiaba en que éste las firmara. Las directrices en política exterior estaban prisioneras por tanto de los deseos del rey y de la influencia que se pudiera hacer en él. Estas instrucciones son totalmente fantasiosas y, de hecho, no llegaron a Zea por lo que se puede pensar que fueron un engaño total a Fernando VII, fueron unas peticiones impensables de ser solamente presentadas a Alejandro. La reproduciré entera por ser la muestra más importante de la doble diplomacia, y los juegos que se hacían para manejar al obtuso rey español con puras fantasías:

³⁴² Bayo: *Historia de la...*, vol. 3 p. 200.

³⁴³ Pizarro: *Memorias*. p. 234.

³⁴⁴ *Ibidem*.

“Reservado... Confidencial. Núm. 2.”

“Muy señor mío: De orden del Rey N.S. voy a enterar a V.S del resultado que ha tenido la negociación pendiente sobre la reclamación o indemnización del Reino de Etruria”

“V.S. fue enterado de que el Rey se había dirigido por sí directa y confidencialmente al Emperador de todas las Rusias, pidiéndole su apoyo y protección para que, en lugar de sus antiguas posesiones de la Casa de Parma, se la recompensase, además del Ducado de Luca y Piombino que se le concedió por el Congreso de Viena, con el Ducado de Massa y Carrara, y si éstos no bastaban a formar la renta de un millón de francos anuales, se añadiese la sucesión eventual de Cerdeña o Saboya”

“Esta proposición del Rey N. S. ha tenido la fortuna de ser acogida bajo los auspicios del magnánimo y siempre generoso corazón del Emperador, el cual, deseoso de que el Rey quede enteramente servido, ha dispuesto que la Corte de Francia sea una potencia mediadora que presente a las cuatro grandes potencias la proposición para su decisión, con el carácter de estar desnuda de todo amaño y oculta inteligencia, quedando de este modo el Emperador en entera libertad para hablar como juez y servir al Rey con toda la plenitud de sus deseos y de su poder.”

“Tan feliz resultado ha tenido el primer paso que ha dado el Rey N. S., y consiguiente a él comunicó sus órdenes el Emperador Alejandro a su Ministro en París, Pozzo di Borgo, a fin de que conferenciase sobre el particular con el Ministro de Estado Duque de Richelieu, A los primeros pasos se manifestó éste poniendo algunos reparos para poder admitir la mediación, no por falta de voluntad para servir al Rey y al Emperador, sino porque la conducta del Ministerio español había conducido los negocios tan fuera del orden de los Tratados y de la justicia, que había llegado al punto de incomodar al Gabinete de S. M. Cristianísima, provocándole y preparándole a que tomase providencias poco agradables y nada conformes a las relaciones amistosas que desea conservar el Rey N. S. con S. M. Cristianísima.”

“Pozzo di Borgo ha escrito a M. Tatischeff enterándole de estas ocurrencias, y éste se lo ha manifestado al Rey N.S., el cual, animado de los indudables sentimientos pacíficos que le adornan, trata de cortar todo disgusto entre ambos Gabinetes, y consiguiente a ello ha autorizado a M. Tatischeff para que, en su Real nombre, escriba a Pozzo di Borgo, lo que verá V.S. por la adjunta copia.”

“A vista de esta autorización y de los justos y prudentes términos en que va concedida, será muy regular que el Gabinete de Francia no rehuse ofrecer su mediación entre el Rey y las cuatro grandes potencias.”

“Pero es indispensable que V. S. sepa que al mismo tiempo que el Rey hacía sus pasos confidenciales con el Emperador sobre este negocio, el Ministro de Estado daba otros pasos diferentes por medio de los Embajadores de Londres y París, pidiendo otras concesiones menos ventajosas al Rey, y, sin duda, estos pasos, lejos de adelantar el negocio, lo han paralizado; mas, noticioso S. M. de ello, está dispuesto a tomar las medidas convenientes para que en lo venidero no sucedan acontecimientos de tal naturaleza, cuyos conceptos puedan ser equívocos a los ojos del Emperador, y que le hará todas las explicaciones y aclaraciones imaginables para aumentar el decoro y brillantez del Rey N. S., que es lo primero que siempre se ha de cuidar.”

“De este modo se encuentra V. S. enterado de todo, para que, con conocimiento de causa, coopere V. S. por su parte, a fin de que tengan efecto las promesas hechas al rey N. S. por el Emperador Alejandro.”

“He hablado a V.S del punto sobre el cual la Corte de Francia debe presentar la proposición a la decisión de las cuatro grandes potencias, y ahora lo haré de la que el Emperador Alejandro se ha reservado hacer personalmente a la primera reunión de los Soberanos. Esta es sobre la sucesión eventual de Cerdeña, que fue otra de las indemnizaciones que pidió el Rey N.S cuando se dirigió al Emperador, como dejo insinuado y V.S. sabe”

“Pero, supuesto que este punto se lo ha reservado el Emperador para proponerlo y tratarlo personalmente con los Soberanos en la primera reunión, me limitaré a hacer observar a V. S. que es preciso que, cuando el Emperador salga a verificarla, se lo haga V. S. a la memoria, presentándole bajo de un punto de vista, no sólo la justicia de esta solicitud, sino la utilidad recíproca a ambos Soberanos por las fundadas y poderosas razones manifestadas y demostradas en el sabio papel que el Rey puso al Emperador, el cual ha aplaudido la sabiduría de las miras de nuestro augusto Soberano”

“No quiero concluir esta carta sin llamar la atención de V.S sobre que sería oportuno que cuando el Emperador saliese a verificar la reunión de los Soberanos buscase V. S. un motivo cohonestado para seguir y permaneces en aquel punto; porque esto, no sólo facilitaría el feliz éxito de la negociación pendiente y de algunas otras que podrán ocurrir, sino que le presentaría la buena ocasión de hacer observaciones cerca de los Soberanos, que podrán ser muy favorables al Rey N.S. y su Reino”

“S. M. confía que el celo y actividad de V. S. corresponderá a la confianza que le ha depositado para continuar aumentando su benevolencia”

“Dios guarde a V. S. muchos años. Madrid, 15 (tachado y encima 24) de octubre de 1816”³⁴⁵.

El rey Fernando VII tenía la costumbre de participar activamente en la política y se ha hablado mucho de la camarilla que le rodeaba y de la influencia que tenía en sus decisiones. No es el cometido de este trabajo hacer un estudio de este influjo, pero ha quedado demostrado por muchas fuentes que Fernando VII cometía el error de hacer una política exterior paralela a la del ministerio de Estado, y es indudable que sus ideas estaban impregnadas de los oscuros intereses que movía esa camarilla en la sombra, la cual maniobraba favorecida por el desastre diplomático de la época. A simple vista esto puede parecer absurdo, pues el rey era absoluto; ¿por que no modificaba la línea política del ministerio de Estado directamente?, no haciéndolo así, el rey pensaba evitar las responsabilidades de las decisiones equivocadas, pero a la larga resultó mucho peor al crearse la leyenda de esa camarilla que actuaba suciamente manipulando al rey. Esta actuación regia restaba importancia y respeto al ministerio de Estado; lo importante era agradar al monarca, esto hacía que muchos funcionarios actuaran al margen de este ministerio, pues al fin y al cabo, el secretario de Estado estaba de paso y no duraría mucho.

³⁴⁵ De José García León y Pizarro, secretario de Estado de España, a Zea Bermúdez, ministro en Rusia, Madrid, 22 de octubre de 1816. Citado en: Villaurrutia: *España en el Congreso...*, pp. 219-223.

Un ejemplo del desbarajuste es Miguel de Lardizábal, que como ministro de Indias propuso el enlace de Fernando VII y de su hermano,³⁴⁶ el infante Carlos, con dos princesas portuguesas. El rey quería casarse en secreto, prescindiendo de los trámites usuales sin que el secretario de Estado Cevallos tuviera noticia alguna³⁴⁷, lo cual es del todo condenable, pues los matrimonios reales tenían connotaciones políticas que debían al menos conocer los cargos públicos más importantes. La negociación fuera del influjo del ministerio de Estado estuvo sujeta a intrigas, entre los partidarios de tal enlace y los que, por no haber tenido la idea antes, minaban el casamiento para sabotear los méritos de los que negociaban tan importante asunto. Se estableció una encarnizada lucha que desprestigiaba a la Monarquía, unos ensalzaban a las princesas y otros, en informes, aseguraban su mala salud y fealdad, incluso a su llegada a Cádiz se propuso seriamente en la Corte depositarlas en un convento. Al enterarse Cevallos suprimió el ministerio de Indias de Lardizábal, que quedó reducido a consejero y fue después encausado y desterrado a Mallorca, pero a pesar de todo Cevallos ya no pudo parar la boda por lo avanzado del negocio³⁴⁸. El 22 de febrero de 1816 se firmaron en Madrid los contratos matrimoniales, que autorizaron con sus firmas los ministros más opuestos a ellos, Pedro Cevallos y Campo-Sagrado. Por si fuera poco, el asunto se embrolló, aún más, con la invasión portuguesa de la Banda Oriental del Río de la Plata (más tarde hablaremos de ello), pensando Cevallos en dejar las capitulaciones matrimoniales sin efecto, pero esto se desestimó por no solucionar nada (más bien al contrario), el 4 de septiembre llegaron la infantas portuguesas a Cádiz, y el 29 ya estaban en Madrid.

Nada más llegar Pizarro al poder se produjo un fortalecimiento automático de las relaciones hispano-rusas. Todos los temas internacionales españoles pasaban por Rusia: *“he escrito a V.E. dándole cuenta por menor éxito favorable de mis pasos con este gobierno en el asunto de nuestras diferencias con la Corte de Rio de Janeiro y de nuestras reclamaciones a favor de la Reyna de Etruria”*³⁴⁹. Zea Bermúdez, encumbrador de Pizarro a la secretaría de Estado, adquirió gran poder y dirigía parte de la política internacional. El 11 de febrero de 1817, escribe una carta al duque de San Carlos, embajador en Austria, para que presionara a Metternich comunicándole que el negocio de la reversibilidad de los ducados estaba muy avanzado, y que tanto Inglaterra, como

³⁴⁶ Lardizábal y Uribe, Miguel de (1744-1823): miembro de la Regencia (1810), ministro de Indias (1814-1815).

³⁴⁷ Villaurrutia, Wenceslao Ramírez de Villaurrutia, marqués de: *Las mujeres de Fernando VII*. Francisco Beltrán, Librería Española y Extranjera, calle Príncipe, 16, Madrid, 1925, p. 93.

³⁴⁸ *Ibidem*, p. 95.

³⁴⁹ AHN. Estado, leg. 5913. De Francisco Zea Bermúdez, embajador extraordinario en Rusia, a José García de León y Pizarro, secretario de Estado de España. San Petersburgo, 3 de enero de 1817.

Francia y Rusia estaban de acuerdo³⁵⁰. A principios de 1817, el 13 de febrero, Zea entregó a Pizarro un despacho reservado sobre la opinión de la Corte rusa sobre el asunto de Etruria:

*“...el emperador apunta como único medio acertado, que el Rey N.S. usando de las expresiones que den mas realce á una resolución semejante, empiece por mandar notificar, por medio de sus respectivos agentes diplomáticos y por circulares de un mismo tenor, á las Cortes signatarias del tratado de Viena, que S.M. ha resuelto acceder à dicho tratado, salvo no obstante la reserva que juiciosamente indica la referida minuta adjunta...”*³⁵¹.

Estaba claro que había que llegar a un acuerdo cuanto antes para sacar lo que se pudiera antes de que fuera demasiado tarde, la carencia de aliados firmes a los que importara la causa española invitaba a una pronta solución. Poco después, como hemos visto, en junio, firmó España todos los tratados que la reconciliaban con el concierto europeo.

No sólo en este tema ayudó Rusia, también dio una gran ayuda, sobre todo moral, en el caso de la invasión de Río de la Plata por parte portuguesa. Así cuenta Zea que se expresó el zar con el representante portugués en la corte de San Petersburgo: *“Le dijo con bastante seriedad que había sabido con el mayor sentimiento los disturbios ocurridos en América entre su Gobierno y el de España, y esperaba que la Corte de Brasil no se empeñaría en alterar la paz del mundo que tantos sacrificios había costado”*³⁵². El día 11 de febrero España siguió su ofensiva diplomática con Rusia, pidió apoyo en la negociación de la trata de negros con Gran Bretaña, y la adhesión rusa al Tratado de Alcalá de Henares (10 de agosto de 1816), tratado firmado entre los Países Bajos y España para combatir la piratería berberisca. Rusia medió para solucionar el problema de la trata de negros pero no aceptó a acceder al tratado sobre piratería berberisca³⁵³.

En definitiva, Rusia estuvo presente, en mayor o menos medida, en todos los negocios internacionales de España, dejando patente su influencia en la Corte española.

³⁵⁰ AHN. Estado, leg. 5913. De Francisco Zea Bermúdez, embajador extraordinario en Rusia, a José García de León y Pizarro, secretario de Estado de España. San Petersburgo, 11 de febrero de 1817.

³⁵¹ AHN. Estado, leg. 6126(1). De Francisco Zea Bermúdez, encargado de Negocios en Rusia, a José García de León y Pizarro, secretario de Estado de España. San Petersburgo, 13 de febrero de 1817.

Citado en: Schop, *Un siglo...*, pp. 196-197, nota 54.

³⁵² AHN. Estado, leg. 5913. De Francisco Zea Bermúdez, embajador extraordinario en Rusia, a José García de León y Pizarro, secretario de Estado de España. San Petersburgo, 3 de enero de 1817.

³⁵³ AHN. Estado, leg. 5913. De Francisco Zea Bermúdez, embajador extraordinario en Rusia, a José García de León y Pizarro, secretario de Estado de España. San Petersburgo, 11 de febrero de 1817.

6.3 El problema de América.

Fue un problema importante dentro del marco europeo, y España pidió ayuda a las grandes potencias europeas, afectando a las relaciones diplomáticas entre España y estos países. La rebelión del imperio español en América fue el mayor problema pero no el único, también hubo un conflicto con los Estados Unidos de América, pero de esto hablaremos más adelante.

La América española reaccionó ante las abdicaciones de Bayona con un reconocimiento de los derechos de Fernando VII al trono totalmente unánime, casi siempre por iniciativa criolla ante la indecisión de las autoridades. Las nuevas juntas de Gobierno suponían para los criollos la posibilidad de equipararse a los peninsulares, pero las autoridades virreinales se opusieron a compartir sus poderes con esos nuevos grupos. La Junta Suprema en Cádiz reconoció la igualdad de los americanos y admitió en su seno a sus representantes, pero esto nunca pudo cumplirse. Se inició entonces la rebelión, muchas veces en nombre del propio Fernando VII como en Santa Fe de Bogotá, los criollos derribaron la audiencia en agosto de 1809 haciéndose con el poder local en nombre de Fernando VII. En 1810 los movimientos autonomistas por entonces, resurgieron tratando crear gobiernos paralelos que gobernaban en nombre de Fernando VII, lo cual produjo movimientos campesinos, y en definitiva la expansión en todo el territorio de procesos bélicos que anunciaban la lucha por la independencia de gran parte de la América hispana.

Las Cortes de Cádiz supusieron una posibilidad de acuerdo constitucional que uniera a los dos continentes mediante unas leyes más justas para todos. Las elecciones en Hispanoamérica se efectuaron de finales de 1810 a comienzos de 1811; de los 104 diputados 30 representaban territorios americanos. Los diputados americanos se esforzaron en reclamar un derecho igualitario en la representación parlamentaria (Hispanoamérica tenía más población que España y muchos menos diputados). Se declaró la igualdad de derechos entre criollos y españoles peninsulares, aunque sin una representación proporcional en las Cortes de Cádiz, pero en cuanto a la libertad de producción y comercio la oposición de la burguesía gaditana, de gran número en las Cortes, fue insalvable. La opinión pública criolla recibió la impresión de que solamente independizándose de la administración española podrían alcanzarse estos objetivos, esta situación alcanzó un radicalismo máximo cuando Fernando VII al llegar a España reinstauró el absolutismo y tiró por la borda todo el trabajo de la Constitución de Cádiz

eliminando el único foro de discusión entre criollos y peninsulares. Las autoridades virreinales hicieron desaparecer cualquier vestigio constitucionalista en América (como se había hecho en España), y esta vuelta atrás fue inaceptable.

Con la expedición de Morillo a Venezuela y Nueva Granada en 1815, y demás acciones del ejército español en América, se puede decir que estaba dominada la revolución independentista. En 1815, Fernando tenía gran esperanza de recobrar por la fuerza el conjunto de su herencia, pero la metrópoli fue incapaz, después de haber sometido a los rebeldes, de pacificar sus espíritus, y tampoco por las armas había medios suficientes para pacificar sus cuerpos; en su época de mayor poderío España no había mantenido nunca en sus colonias de América más de 20.000 o 22.000 soldados, lo que hizo reactivar la rebelión³⁵⁴.

El 9 de julio de 1816 el Congreso de Tucumán declara la independencia de Argentina. Esto hace que entren en escena las dos máximas personalidades de este proceso histórico: Simón Bolívar y José de San Martín de Iturbide. Habrá cambio de estrategia, de una guerra focalizada se pasará a las campañas continentales que protagonizan estos personajes y que descabezarán el poder español logrando por fin la independencia.

³⁵⁴ Vital-Hawell, Víctor: "Las colonias españolas ante el Congreso de Aquisgrán", separata de *Revista de Indias* n° 85-86, Madrid, 1981, pp. 464-465.

Mapa de la emancipación americana de España.



Fuente: <http://perseo.sabuco.com/historia/images/Independencia%20de%20America.jpg>

La cuestión más importante en España, internacionalmente hablando, por mucho que se siguiera insistiendo en la cuestión de Etruria, era el mantenimiento de una Hispanoamérica sumisa al poder central español. Pero por la destrucción de la armada, la crisis económica de la posguerra, y la necesidad de revivir las antiguas instituciones de sus cenizas España, careció de una eficiente organización que reuniese la ya de por sí

exigua riqueza nacional para contribuir a la formación de un importante ejército y mandarlo a América para contener a los revolucionarios. El 17 de febrero de 1815 salió de Cádiz la expedición de Morillo, con 18 barcos de guerra y 42 transportes en los cuales viajaban 500 oficiales y 10.000 individuos de tropa, ésta fue, prácticamente, la única ayuda que España dio a sus guarniciones que ya estaban luchando en América. Los posteriores intentos por alimentar estas fuerzas fracasaron a pesar de los intentos para reunir dinero. España era un país muy atrasado económicamente con poca iniciativa industrial y comercial, esto se debía a que la mayoría de la riqueza estaba en las manos del clero y la nobleza, dos estamentos famosos en España por haber vivido de la rentas sin más iniciativa empresarial. Como ejemplo, en la corona de Castilla, el clero poseía tierras que le proporcionaban una cuarta parte de las entradas brutas de la agricultura, percibía las tres cuartas partes de las rentas hipotecarias y casi la mitad de los ingresos inmobiliarios y señoriales, entre los que se contaba una cuarta parte de los alquileres urbanos. A pesar de este enorme capital, sólo corresponden a este estamento el 2% de los beneficios obtenidos por inversiones comerciales e industriales³⁵⁵. La situación de la periferia era mucho mejor, pero sirve de ejemplo. Había un enorme déficit en la balanza comercial, que España solucionaba exprimiendo a América. En 1792, de los 700 millones de reales de importaciones del extranjero, unos 200 millones eran destinados a su exportación a América, de las exportaciones españolas que sumaban 675 millones, 275 eran envíos de dinero para compensar el déficit de la balanza comercial (que lógicamente debían proceder de los 350 millones llegados de América para los particulares), mientras que los 400 restantes eran mercancías, de las que 125 eran reexportaciones de productos coloniales americanos; cerca de un 60% del importe de las exportaciones españolas al extranjero procedían de América³⁵⁶. La pérdida del mercado continental americano (desde la Batalla de Trafalgar en 1805 se pierde prácticamente la comunicación) hace que la balanza comercial sea insostenible y el sistema económico no pueda sostenerse por más tiempo. Esto imposibilita, que es lo que a nosotros nos interesa, el envío de refuerzos a América y posiblemente los indecorosos intentos de petición de ayuda internacional contra los rebeldes americanos. Hubiera sido necesario, como dice el historiador Josep Fontana, un cambio político, económico y social que no se produjo. La ausencia de cambios económicos significativos hizo quebrar económicamente a la Monarquía absoluta.

³⁵⁵ Fontana, Josep: *La quiebra de la monarquía absoluta, 1814-1820*. Ed. Crítica, Barcelona, 2002, p. 75.

³⁵⁶ *Ibidem*. p. 77.

Durante el Congreso de Viena hubo intentos para que España abriera el comercio con Europa; ante estas intenciones, la actividad de España se centraba en pedir que los rebeldes americanos no fueran ayudados por ninguna de las potencias que había en Viena. Se sospechaba de Inglaterra y se sabía que la Francia napoleónica había ayudado generosamente, de hecho, el 1 de julio de 1814, Labrador pasó una nota a Talleyrand para que cesaran esos auxilios y se contestó el 8 de julio satisfactoriamente, se decía que ya se habían tomado, antes de esta petición, las medidas oportunas para ello³⁵⁷. En cuanto a las peticiones europeas de apertura de comercio, fueron negadas siempre por Labrador y por los demás plenipotenciarios al considerarse una cuestión de política interna; solamente en los últimos años de este estudio la posibilidad cobra importancia, pues se creó que puede servir de pago para una ayuda internacional, pero este pago no era muy apreciado pues la victoria de los insurrectos daba esta libertad de comercio con muchos menos esfuerzos militares. Por otra parte, el ambiente de concordia europeo hizo que no se ayudara a los insurrectos por una mera cuestión de solidaridad intra-europea, especialmente con una potencia de segundo orden que no había quedado satisfecha con el resultado del Congreso de Viena y a la que aún se esperaba atraer al concierto internacional, como finalmente se consiguió en junio de 1817. Había que mantenerse especialmente cautos con la afligida internacionalmente España. Castlereagh había admitido, después de la firma con España del Tratado de amistad y alianza del 5 de julio de 1814, el derecho de España de ahogar la revuelta de sus colonias, había obtenido en él la promesa de que se concedería a Gran Bretaña, en el aspecto comercial, el trato de nación más favorecida en los territorios hispano-americanos³⁵⁸.

La ayuda, dados los exiguos medios para detener la rebelión, siempre se deseó. Cuando esa ayuda se vio más posible fue cuando comenzaba a creerse más en la alianza rusa, que coincidía con la revitalización de la insurrección (firma secreta de Fernando VII de la Santa Alianza y declaración de independencia de las Provincias Unidas en junio y julio de 1816 respectivamente). Fue a inicios del verano de 1816 cuando España solicitó, por primera vez, la ayuda rusa para poner remedio a las revoluciones americanas³⁵⁹. Conforme llegaban malas noticias de América se quiso implicar a Rusia en el asunto, la cual era partidaria de actuar pues ampliaría su área de influencia, algo que en aquellos momentos buscaba esta potencia en expansión deseosa de plantar batalla a Gran Bretaña

³⁵⁷ Bécker: *Historia de las...*, p. 350.

³⁵⁸ Renouvin: *Historia de las...*, pp. 9-10.

³⁵⁹ Schop: *Un siglo...*, p. 204.

por la hegemonía mundial³⁶⁰. Todas estas posibilidades de ayuda no se cumplieron lógicamente, pues España ofrecía muy poco a cambio; solicitaba básicamente una ayuda altruista, pues la Santa Alianza se había declarado como valedora de los gobiernos legítimos que fueran atacados tanto desde el exterior como por revueltas internas (los países contratantes “*se considerarán como compatriotas, se prestarán en toda ocasión y en todo lugar asistencia, ayuda y socorro*”³⁶¹). A pesar de esta ayuda que esperaba España, con la venta de barcos rusos a España circularon rumores de una posible cesión a Rusia de la isla de Menorca, lo que hizo que las demás grandes potencias intentaran torpedear una posible ayuda rusa a España, esta ayuda podría situar a Rusia en el Mediterráneo occidental³⁶².

6.4 Los barcos rusos.

En marzo de 1817, Fernando VII pidió a Tatischeff que comunicase a Alejandro I la necesidad de que le “cediese” durante ese año 4 barcos de línea y 7 u 8 fragatas de la flota del mar Báltico, apuntaba a esa ayuda como vital para que España restableciera su poderío en América. Tatischeff escribió al zar el mismo mes mostrándole las ventajas que este acuerdo podía darle (exigir ventajas comerciales en puertos sudamericanos y terrenos en California para la Compañía Ruso-Americana), algo que España en realidad no estaba dispuesta a conceder. En cuanto a la Compañía Ruso-Americana, llegó a oídos españoles su establecimiento ilegal en la Alta California quejándose a Alejandro I, quien lo condenó de ser cierto, diciendo que lo investigaría³⁶³. Pizarro no sabía nada de la venta de los barcos; el proyecto era iniciativa de la camarilla del rey. El 12 de junio de 1817 llegó la contestación de Nesselrode que deseaba entregar a Fernando VII cinco barcos de línea y tres fragatas, como una mera operación de compra-venta y no como un intento de “*dar a las relaciones hispano-rusas un carácter de exclusividad y además de enemistad hacia Inglaterra*”³⁶⁴, lo más importante era que la deseada intervención militar no debía plantearse como una ayuda solo rusa, sino que de producirse esta intervención debería darse en una “*cooperación colectiva y unánime de los estados aliados*”³⁶⁵. Decía la carta

³⁶⁰ Renouvin: *Historia de las...*, pp. 26-28.

³⁶¹ Cantillo: *Tratados, convenios...*, p. 784.

³⁶² Sanz, Víctor: “La conferencia de París sobre la Banda Oriental: 1817-1919”, en *Boletín Americanista*, Barcelona 1981, p. 124.

³⁶³ AHN. Estado, leg. 5913. De Francisco Zea Bermúdez, embajador extraordinario en Rusia, a José García de León y Pizarro, secretario de Estado de España. San Petersburgo, 9 de septiembre de 1817.

³⁶⁴ Schop: *Un siglo...*, p. 211.

³⁶⁵ *Ibidem*.

que era necesario que el Gobierno español comprendiera esto último; sólo la confusión que introducía en el negocio Tatischeff (seguramente para conservar su influencia, no habría comunicado a Fernando VII estas instrucciones tan claramente), y los consejos interesados de la camarilla conservaron en el rey la idea de que una ayuda militar rusa podría salvar América. El tratado fue firmado el 11 de agosto de 1817 por Tatischeff y Francisco de Eguía³⁶⁶ (secretario de guerra), 13.600.000 rublos fue el precio fijado cuya primer plazo serían las 400.000 libras esterlinas que España recibiría de Inglaterra en concepto de indemnización por la abolición de la trata de negros (sólo mes y medio más tarde España compró los barcos), los restantes 5.300.000 rublos se pagarían no más tarde del 1 de marzo de 1818³⁶⁷. Prueba inconfundible de la excepcionalidad de esta ayuda que prestaba Rusia fue el cambio de nombre de “tratado” por “acto de venta” pues se pensó en la Corte rusa que el término tratado podía llevar a pensar a las demás potencias que albergaba algún artículo secreto en su interior, fue duro convencer a Fernando VII quien seguramente quiso presumir de la alianza rusa y no fue hasta abril de 1818 cuando se publicó un nuevo documento con el nombre de “acto de venta”. A pesar de esto, la estupidez de Fernando VII y sus consejeros hizo que se siguiera desaprovechando energía y tiempo en solicitar una ayuda militar directa rusa que nunca llegaría. Lo que si que llegaron fueron los barcos, el 21 de febrero de 1818, pero; ¿en que estado se encontraban éstos?, en la historiografía hay dos posibilidades, la que indica que los barcos eran un desastre (lo que se había pensado toda la vida por las memorias y apuntes de Pizarro y Vázquez Figueroa³⁶⁸, entre otras fuentes), y otra línea histórica más nueva que pretende dar una vuelta de 180° al pensamiento tradicional, veamos las fuentes de las que se valen cada una de las líneas de investigación. Los archivos rusos no tiran piedras a su propio tejado diciendo que eran unos barcos inservibles, mediante el libro de Ana María Schop reflejado en la bibliografía podemos tener un acercamiento a estos archivos³⁶⁹. El Archivo Histórico Nacional refleja que el Gobierno español no quiso pagar el segundo plazo de los barcos por el prácticamente nulo servicio que dieron a la marina española: *“Por rara e inesperada fatalidad apenas se entregó a la marina real de esos buques cuando se advirtió no solo su mal estado actual, sino su mala calidad, su menos solidez y ninguna resistencia para la empresa a que se destinaron”*³⁷⁰. En sus memorias y apuntes,

³⁶⁶ Eguía, Francisco de (1750-1827): secretario de Guerra (1810 y 1814-1819).

³⁶⁷ Cantillo: *Tratados y convenios...*, pp. 795-797.

³⁶⁸ Vázquez Figueroa, José (1770-1855): ministro de Marina (1810-1813, 1816-1818 y 1834-1835).

³⁶⁹ Schop: *Un siglo...*, pp. 205-228.

³⁷⁰ AHN. Estado, leg. 8029. De Vicente González Armas, a Manuel González Salmón, secretario de Estado de España, 31 de enero de 1832. (En una de las carpetas del legajo está todo el expediente sobre la

Pizarro y Vázquez Figueroa consideran en sus recuerdos que fueron cabezas de turco por el mal estado de los navíos rusos. Creen este mal estado principalmente debido a los rumores que oyen, pocas pruebas dan del mal estado de las embarcaciones. Es lógico que estén resentidos por un negocio, del que nada tuvieron que ver, y que precipitó (según pensaban) su caída; para ellos es un consuelo que la gente que defendió el negocio se equivocara, pues esa camarilla les traicionó gravemente al no contar con ellos. La bibliografía española de autores de pensamiento liberal, (como el libro de Saralegui y Medina, también el de Bayo) es unánime en su juicio; resentidos con el antiliberalismo de Fernando VII, considera la compra como una estafa rusa a la camarilla del rey, camarilla demonizada también por ejercer una represión terrible al liberalismo. No cuentan que Alejandro I envió tres fragatas para sustituir al navío y la fragata que la inspección había declarado inservibles, y por tanto siguen contando el navío y la fragata inútiles dentro del horrible negocio.

Los barcos eran los siguientes:

Navíos.

Nombres rusos:

Dresde.....
Neptuno.....
Nordadler.....
Luckbeck.....
Tres Obispos.....

Nombres españoles:

Fernando VII.
Alejandro I.
Numancia.
España.
Velasco.

Fragatas.

Mercurio.....
Pattvik.....
Astroil.....

Mercurio.
Reina María Isabel.
Astrolabio.³⁷¹

compra de los barcos rusos, desde la negociación de su compra hasta 1834, fecha en la que se justifica, por última vez, después de muchas negativas, no pagar el segundo plazo).

³⁷¹ AHN. Estado. leg. 8029.

Según un informe del 24 del abril de 1818, Tatischeff comunicó a Nesselrode que un barco de línea y una fragata de las enviadas no habían superado la evaluación de una comisión de los mejores expertos navales españoles habiendo sido declarados inservibles, además otro barco de línea necesitaba una amplia reparación. Ese mismo día otro informe del embajador ruso a Capo d'Istria³⁷² decía que Fernando VII pedía una reducción del precio a pagar o la entrega de tres fragatas más en compensación a los problemas encontrados³⁷³. Las tres fragatas llegaron el 11 de octubre a Cádiz en perfecto estado. Ni Pizarro ni Vázquez Figueroa hablan de esta llegada, para ellos ya es tarde, pues el 15 de septiembre parten al destierro. El panorama del negocio ya cambia algo, si tenemos en cuenta que dos navíos considerados inservibles han sido sustituidos. Por otra parte una prueba de la validez de los barcos es que cinco de ellos, los cuatro navíos que quedaban y una fragata, estaban integrados en la escuadra que Francisco Antonio Mourelle debía conducir a Buenos Aires (suspendida por la rebelión de Riego), es decir, cinco de los siete barcos mayores que la componían. Pero he aquí un dato sin sentido, se deciden subastar los buques rusos en febrero de 1821, ¿qué sentido tiene esto en unos barcos que un año antes estaban preparados para partir?³⁷⁴.

Los barcos no eran viejos, los navíos fueron botados entre 1810 y 1813, los de la misma clase que se quedaron en el Báltico fueron destruidos entre 1825-1826. Las fragatas eran más modernas todavía, botadas entre 1815 y 1816, una fragata construida al mismo tiempo no fue destruida por los rusos hasta 1830³⁷⁵. Se ha hablado de una mala conservación en los astilleros, de la poca adecuación que tenía la madera a los mares cálidos de Cádiz, no podemos saber a ciencia cierta la verdad aunque parece que no fueron tan malos como la tradición historiografía quiere hacernos creer. España no pagó nunca el segundo plazo, lo que no demuestra que los barcos fueran malos, pero sí demuestra hasta que punto la historia se había convertido en una leyenda que era difícil de borrar. España no liquidó completamente la deuda fundándose para ello en el mal estado de los barcos (recordemos que se pagó al contado el 61%, y el 39% quedaba por pagar); fijémonos en el despacho que dirige el ministro de Estado González Salmón al ministro español en San Petersburgo, José Miguel Páez de la Cadena, el 15 de julio de 1829: *“La intención de S.M es no acceder al pago de la suma indicada, pues aunque es*

³⁷² Capo d'Istria (1776-1831): ministro de Asuntos Exteriores de Rusia junto a Nesselrode (1816-1822), gobernador de Grecia (1826-1831).

³⁷³ Schop: *Un siglo...*, pp. 216-217.

³⁷⁴ Saralegui y Medina, Manuel de: *Un negocio escandaloso en tiempos de Fernando VII*. Ed. Jaime Ratés Martín, Madrid, 1904, pp. 80-90.

³⁷⁵ Schop: *Un siglo...*, p. 218.

cierto que por la cuenta girada y por el texto del convenio firmado por el Baylio Tatischeff y Don Antonio de Ugarte, resulta la Rusia acreedora á los cinco millones trescientos mil rublos en asignaciones, hay en contrario tales y tan concluyentes razones, que desvanecen este empeño...”³⁷⁶. Hay que recordar que el 1 de enero de ese mismo año la Hacienda Pública se declara en bancarrota, cualquier excusa en buena para no pagar deudas pendientes, y esa es una gran excusa; la leyenda dice que los barcos eran muy malos.

La doble política fue probablemente la causante de todo el escándalo. El rey y su camarilla obran por su cuenta en esta compra de barcos, pero ¿si ese asunto sale mal a quién se echaran las culpas?: ¿Al ministro de Estado por ser máximo responsable de la operación?, ¿al ministro de Marina por no haber tomado medidas que garantizaran el buen estado de los barcos su adecuación a las necesidades del momento?, ¿al ministro de Hacienda por haber consentido un precio demasiado caro? Como acertadamente dice Pizarro: *“Las glorias de la Monarquía pertenecen a los soberanos. La suma de la política les pertenecerá siempre, sea cual fuere; pero conviene que, detalles y forma, sean dirigidos por personas públicas, responsables de asegurar el acierto”*³⁷⁷.

La situación era dantesca pues, a la vez (por el desconocimiento de la compra de barcos rusos) el secretario de Estado Pizarro, a instancias del ministro de Marina ordenó al embajador español en Francia que *“cerciorado de la imposibilidad de poder habilitar nuestro Buques de Guerra para exterminar los Corsarios insurgentes de América, propone se entable una Negociación con la Francia para la adquisición de a lo menos 12 fragatas de guerra”*³⁷⁸. Negociación que aunque al principio iba bien, en agosto de 1817 iba camino de naufragar, puede ser que porque, ese mismo mes, firmara España con Rusia la venta de los barcos rusos, en cualquier caso Fernán Núñez informó de la *“imposibilidad de conseguir de este Gobierno las enunciadas fragatas”*³⁷⁹. Dificultaba el negocio, también, la intención del Gobierno español de que el pago fuera descontado de las reclamaciones de guerra españolas a Francia³⁸⁰. Era curioso, España quería

³⁷⁶ AHN. Estado, leg. 6136(3). De Manuel González Salmón, secretario de Estado de España, a José Miguel Páez de la Cadena embajador español en Rusia. Madrid, 15 de julio de 1829. Citado en: Schop: *Un siglo...*, p. 228. nota 139.

³⁷⁷ Pizarro: *Memorias*. p. 308.

³⁷⁸ AHN. Estado, leg. 6811. De José García de León y Pizarro, secretario de Estado de España, a Manuel González Salmón, embajador de España en Francia. Madrid, 10 de febrero de 1817.

³⁷⁹ AHN. Estado, leg. 6811. De Fernán Núñez, embajador de España en Francia, a José García de León y Pizarro, secretario de Estado del Gobierno español. París, 27 de agosto de 1817.

³⁸⁰ AHN. Estado, leg. 6811. De José García de León y Pizarro, secretario de Estado de España, a Manuel González Salmón, embajador de España en Francia. Madrid, 10 de febrero de 1817.

adquirir barcos sin dinero, y hay que reconocer que finalmente lo consiguió, afrontando la primera parte del pago, de los barcos rusos, con un dinero que le tenía que entregar Gran Bretaña.

No hubo formalidad de ningún tipo en la adquisición de los barcos rusos, hecha a espaldas de los ministros de Guerra, Marina y Estado, y los enemigos del rey tuvieron campo libre para criticarle a él y a su famosa camarilla, así se hizo. También se podía criticar a los tres ministerios, debilitándolos sin ningún sentido pues no tuvieron noticias del negocio. Teniendo el poder absoluto ¿qué sentido tenía para el rey actuar al margen de los ministerios que acatarían sin demasiados problemas sus órdenes?; la única explicación era la mediocre inteligencia del rey para aceptar los consejos de su camarilla, tuviera idea o no del asunto. Pero lo peor era que aceptaba métodos irregulares para llevarlos a cabo, aunque estos métodos atentaran al protocolo del sistema político del que él era el máximo representante y dominador total.

7. Las negociaciones previas al Congreso de Aquisgrán de 1818.

7.1 Petición de ayuda europea para evitar la independencia americana e intentos de acudir al Congreso de Aquisgrán.

España estaba integrada en el sistema de conferencias después de su firma oficial del Tratado de Viena y de la Santa Alianza; el objetivo siguiente era bien claro, conseguir apoyo internacional en América. Sin embargo esto no dependía de España, sino de lo aventurera que se sintiera Rusia en aquellos momentos; era el único país que podía ayudarla. Rusia tenía interés de hegemonía mundial³⁸¹, y para ello debía rivalizar con Inglaterra en la búsqueda de nuevos mercados allende los mares, la compañía rusa de California tenía intereses en el noroeste de América y podía obtener colonias en la zona para Rusia. Además las abundantes relaciones con España, y la importante influencia del embajador ruso Tatischeff en la Corte española aventuraban un posible acuerdo en América, ventajoso para España pues podría conservar las colonias bajo su mando, y para Rusia que podría obtener algún territorio en compensación. En realidad era difícil que las relaciones no se empañaran después del escándalo de los barcos rusos y los comentarios que surgieron en la Corte y en la opinión pública de la posible estafa, Tatischeff debió informar cumplidamente de ello.

Ante el riesgo de que Rusia interviniera, Castlereagh se quitó, finalmente, la careta y amenazó a San Petersburgo, en agosto de 1817, con que cualquier intervención sin contar con la Alianza podría romperla, advertía además que Gran Bretaña jamás utilizaría la fuerza contra los rebeldes americanos³⁸². Esta comunicación es clave, pues finiquita la posibilidad de una intervención militar europea en América, ¿el Gobierno español la conoció?, lo que está claro es que, se supiera o no, se tenía todavía esperanza en una expedición militar europea hacia América, esperanzas remotas y nocivas. Lo que le interesaba a Inglaterra era que los puertos americanos estuvieran abiertos a todos los que llegaran a ellos, sin especiales privilegios para Inglaterra o cualquier otro estado, pero concediendo, si fuera necesario, una razonable preferencia a España. Tampoco

³⁸¹ Renouvin: *Historia de las...*, p. 26.

³⁸² Barlett: *Castlereagh*, p. 247.

interesaba que ninguna fuerza fuera empleada en cualquier mediación entre España y sus antiguas colonias. Estos intereses, incluidos en los memorandos presentados por el Gobierno británico en mayo de 1812 y julio de 1817, no fueron aceptados por España³⁸³. Como no podía ser de otra forma, Gran Bretaña, como señora de los mares, fue la que propuso ponerse al frente de una mediación en América. Rusia por mucho poder continental que tuviese, en el mar era una potencia modesta. Un *memorandum* de Castlereagh del 28 de agosto de 1817 propone una mediación presidida por Inglaterra, Francia, Austria, Prusia y Rusia, y que la negociación fuera transferida de París a Londres (seguramente como símbolo del poder marítimo de Inglaterra). Exigía cuatro condiciones previas para sentarse a negociar la mediación: que España se aviniese a firmar con Inglaterra el tratado sobre la trata de negros, que se concediese una amnistía general para todos los sublevados americanos, que se otorgasen a los suramericanos los mismos derechos que al resto de los españoles, y por último que los suramericanos pudiesen comerciar libremente con todas las naciones³⁸⁴.

Para una potencia absolutista como España, semejantes condiciones eran muy duras y menos como condición previa para negociar, Fernán Núñez presentó una nota a la conferencia de París en octubre de 1817, donde España exponía la teoría que luego siempre presentaría para recibir ayuda: “*los principios revolucionarios contra los que las potencias había luchado en Francia años atrás volvían a resurgir en América*”³⁸⁵. Esto coincidió con la llegada a aguas británicas de la escuadra rusa vendida a España. Castlereagh tenía miedo al crecimiento de Rusia y de esta época viene también el rumor de la cesión de Menorca a Rusia, no es extraño que Inglaterra hiciera todo lo posible porque no hubiera intervención europea en América, pues Rusia como máxima valedora de ella, podría conseguir mercados en los que Inglaterra ya estaba asentada. Tatischeff entendió también eso, según se recoge en un escrito dirigido a Nesselrode fechado el 14 de octubre de 1817; venía a decir que la propuesta de Castlereagh estipulaba concesiones que España no podía conceder a los insurrectos y sólo servía para entorpecer las actividades militares de España, retrasar la negociación con Portugal, y provocar el aislamiento español de no producirse la intervención aliada. Tatischeff

³⁸³ Crawley, C. W: “Relaciones Internacionales, 1815-1830”, en *Historia del Mundo Moderno, Cambridge University Press*, Tomo IX “Guerra y paz en tiempos de revolución, 1793-1830”. Editorial Ramón Sopena, Barcelona, 1971, p. 463.

³⁸⁴ Schop: *Un siglo...*, p. 236.

³⁸⁵ AHN. Estado, leg. 6125(3). Del duque de San Carlos, embajador de España en Gran Bretaña, a Francisco Zea Bermúdez, encargado de Negocios en Rusia, Londres, 14 de octubre de 1817. Citado en: Schop: *Un siglo...*, p. 237. nota 169.

pretendió el traslado de las conferencias a Madrid para controlarlas, pues decía que los embajadores de Fernando VII podrían ser manipulados en Londres o París, pero la realidad era que no podría manipular la negociación con su influjo en la Corte madrileña³⁸⁶.

A pesar de todo, el cambio de Rusia, después de la “advertencia” de Castlereagh, fue total, y se desechó una participación aislada de las grandes potencias, a partir de ese momento ya sólo contempló que las potencias europeas intervinieran a favor de España. El 20 noviembre de 1817 el Gobierno ruso presentó un memorando que contestaba al británico; “De la negociación relativa a la cuestión de Río de la Plata, y en general a la Pacificación de las colonias”, cuyo aspecto más original era otorgar una Carta Constitucional a Suramérica. Esto era muy difícil de aceptar para un régimen absolutista, pero además en un despacho dirigido a Tatischeff el 10 de diciembre de 1817 se encargaba al embajador ruso hacer prosperar los asuntos españoles mediante una alianza general, y no únicamente gracias a la influencia rusa³⁸⁷. España no haría concesiones a los americanos, por lo que la Carta Constitucional no sería aceptada y, además, Rusia no se arriesgaba para actuar en solitario, pues España ofrecía poco a cambio. Estas dos razones llevarían a la ruina el camino de la mediación.

Por otro lado también se buscaba la ayuda británica. El Gobierno español pidió a Inglaterra que mediara entre España y Estados Unidos para ablandar a estos últimos en las negociaciones, contestó afirmativamente Henry Wellesley el 5 de noviembre de 1817³⁸⁸. El 25 de diciembre Gran Bretaña prohibía comercializar armas y municiones con las Indias Occidentales en territorios pertenecientes a potencias extranjeras, lo cual beneficiaba claramente a España³⁸⁹, sin embargo, Castlereagh veía perdida la causa española y aconsejaba asegurar Méjico, las Antillas, y Perú, liberando a las demás colonias españolas, así lo expresaba en diciembre: “*La razón parecía aconsejar a España abandonar el resto de sus colonias a la independencia, estipulando con ellas para sus intereses comerciales, ventajas que no podrían rehusársele como justa compensación de un reconocimiento que ella puede aun demorar largo tiempo para desgracia de las colonias así como de la metrópoli*”³⁹⁰. Gran Bretaña nunca fue del

³⁸⁶ Schop: *Un siglo...*, p. 238.

³⁸⁷ *Ibidem*, p. 239.

³⁸⁸ AHN. Estado, leg. 6784. De Henry Wellesley, embajador del Inglaterra en España, a José García León y Pizarro, secretario de Estado de España. Madrid, 5 de noviembre de 1817.

³⁸⁹ AHN. Estado, leg. 6784. De Henry Wellesley, embajador del Inglaterra en España, a José García León y Pizarro, secretario de Estado de España. Madrid, 25 de diciembre de 1817.

³⁹⁰ Vital-Hawell: “Las colonias...,” p. 473.

todo clara con España sobre sus intenciones y, al no querer perjudicar las relaciones hispano-británicas, no denegaba totalmente las peticiones de Madrid, a pesar de que en ningún caso las iba a atender:

“Observará usted que la Nota presentada por el Conde de Fernán Núñez el 17 de octubre formula claramente a este Gobierno dos preguntas: 1º, si estados dispuestos a interponer nuestra Mediación entre España y Portugal; 2º, si estamos dispuestos a hacer lo mismo entre España y sus Colonias (...) En la respuesta que he dirigido al Conde de Fernán Núñez, percibirá usted que me he concretado enteramente al primer punto; en un momento en que existía la posibilidad de alguna cordialidad entre los dos Gobiernos, no deseamos darles una negativa descortés a una proposición sumamente extravagante”³⁹¹.

La mediación de las potencias en América era prácticamente imposible, pero Zea recibió órdenes de Madrid para insistir al zar en que las potencias se pusieran de acuerdo para una mediación y que también Rusia ablandara a Estados Unidos en sus negociaciones con España. Zea informó el 7 de marzo de 1818 que ya había cumplido con su cometido³⁹². La posibilidad de una ayuda internacional en América para España se iba esfumando con una memoria rusa, de la que informó Zea el 22 de mayo de 1818, estaba dirigida al resto de los miembros de la Cuádruple Alianza; Inglaterra, Austria y Prusia. En la memoria se daba por desechada la intervención pero intentaba, al menos, que en Aquisgrán no se tratará el tema sin España presente: *“es de rigurosa justicia no tratar ni deliberar en las próximas visitas de los soberanos de asunto que concierna e interfiriese a otras potencias”*; también mostraba su apoyo a España en sus conflictos con los Estados Unidos y Portugal³⁹³. Con esto Rusia quería dar un decoroso carpetazo a los afanes de presencia en Aquisgrán de España; si la mediación se trataba no sería en Aquisgrán.

En cuanto a la intención de preparar una expedición española hacia América las inconcreciones fueron terribles durante todo el periodo; no se sabía si intervenir en solitario o esperar ayuda internacional. El secretario de Estado Pizarro tan pronto era partidario de una idea (el 9 de junio de 1817 Pizarro presentó al Consejo de Ministros su

³⁹¹ De Castlereagh, ministro de Asuntos Exteriores, a Henry Wellesley, embajador de Gran Bretaña en España. 20 de diciembre de 1816. Webster. C. K.: *Gran Bretaña y la independencia de la América Latina (1812-1830). Documentos escogidos de los archivos del Foreign Office*. 2 Vols. Editorial Guillermo Kraft LTDA., Buenos Aires, 1944, vol. 2. pp. 464-465.

³⁹² AHN. Estado, leg. 5914. De Zea Bermúdez, embajador extraordinario en Rusia, a José García de León y Pizarro, secretario de Estado de España. San Petersburgo, 7 de marzo de 1818.

³⁹³ AHN. Estado, leg. 5914. De Zea Bermúdez, embajador extraordinario en Rusia, a José García de León y Pizarro, secretario de Estado de España. San Petersburgo, 22 de mayo de 1818.

“Memoria dirigida al Consejo de Estado sobre la pacificación de América”; planteaba, sobre todo, una expedición militar a Buenos Aires y la adopción de medidas de concordia hacia los insurgentes, con el fin de atraer nuevos individuos a la causa del rey), como de la otra: “*Yo opinaba por preparar una expedición respetable, que no debiese obrar sino después de haber sido ineficaces todas las demás medidas políticas*”³⁹⁴. Los políticos españoles no sabían que camino seguir, el desbarajuste era terrible, ¿Qué sentido tenía esperar medidas políticas si en la memoria se había pedido “*una única, pronta y fuerte expedición, dirigida previamente al Río de la Plata, es de la mayor urgencia*”³⁹⁵? De todas formas las propias divagaciones en el Consejo de Ministros evitaban la toma de una decisión rápida, como dice Pizarro en sus Memorias, el juego de influencias dentro del Gobierno español dificultaba tomar un camino decidido.

A pesar de todas estas inconcreciones, parece que sí se fue preparando una expedición lentamente. Tatischeff animó a Pizarro a conferenciar con Eguía sobre el tema y se organizó de una junta de generales que debía resolver la cuestión de si era atacable o no Buenos Aires: “*Eguía empezó a reunir las tropas; dio el mando a Abisbal*”³⁹⁶. Pero se siguió jugando a dos bandas; después de una insurrección en Pernambuco, Pizarro dirigió una nota al Gabinete inglés exhortando a que Europa acudiese, en su propio beneficio, a pacificar América. Inglaterra contestó con una memoria que no aportaba nada nuevo; pedía las mismas concesiones para los americanos de siempre. Pizarro contestó ampliamente a esos informes de nuevo pidiendo ayuda, y envió una nota a las cinco grandes potencias (Francia, Rusia, Prusia, Gran Bretaña y Austria) solicitando lo mismo³⁹⁷. Fracasadas las gestiones, España puso su mayor empeño en acudir a una reunión que los soberanos de las cinco grandes potencias habían acordado en Aquisgrán, pensaba llegar allí, de una vez, a un acuerdo sobre la mediación, pero, como hemos visto, la inflexibilidad de las potencias, para que España acudiera, fue absoluta.

El Congreso de Aquisgrán (del 1 de octubre al 15 de noviembre de 1818), fue donde España, condenada a no tener representantes, vería confirmada la no intervención de Europa. Pizarro mandó despachos a sus embajadores para que presionaran con el fin

³⁹⁴ Pizarro: *Memorias*. p. 302.

³⁹⁵ *Ibidem*, p. 671 (Memoria de Pizarro dirigida al Consejo de Estado sobre la pacificación de América, 8 de junio de 1817).

³⁹⁶ *Ibidem*, p. 303.

³⁹⁷ *Ibidem*, p. 678.

de que España acudiera al congreso, especialmente interesante es la correspondencia con Fernán Núñez sobre el tema. En un despacho del 28 de febrero de 1818 expone la opinión de cada embajador: Richelieu (Francia) “*no le tocaba proponerlo pero que la aprobará si se hablase con algún otro*”, Pozzo di Borgo (Rusia) “*cree que es la intención del Emperador su amo aunque nada se le ha escrito, pero que no puede escribirlo alla pues no parece regular en él*”, Barón Vincent (Austria) “*me ha dicho que nada sabe (...) me dijo que escribirá a Metternich*”, conde Golzt (Prusia) “*siendo esta reunión una consecuencia de lo estipulado en el tratado de París, que no le parecía entrarían más Cortes*”, (Inglaterra) “*El Duque de Ciudad Rodrigo y Stuart, me ha parecido, no ponen ninguna dificultad*”³⁹⁸. No mucho más tarde Fernán Núñez pinta un panorama mucho más negro, afirmando sobre Portugal y Suecia “*que no hay intención de convidar a estas últimas no hay duda, que sus ministros intentarán serlo es igualmente seguro, que por no convidar a los dos dichos, acabarán por no hacerlo al de España es de temer*”. Planteaba inteligentemente que de no acudir “*quedaríamos reducidos a la consideración de potencias secundarias*”, y propuso “*para impedirlo*” una solución un tanto desesperada; ya que la reunión era oficialmente entre soberanos “*que su majestad insinué que se presentará en persona con su secretario de estado*”³⁹⁹. Realmente era una estrategia interesante pues suponía un compromiso para Rusia o Francia que no podrían rechazar, además ningún soberano conocía a Fernando VII. Ya sea por la negativa del rey a asistir, o por el miedo a lo que hubiera sido un desplante muy duro, se desechó por completo esta táctica pidiéndole que siguiera insistiendo “*sin que convenga anticipar la más pequeña idea sobre su ida o no ida (del rey)*”⁴⁰⁰. Fernán Núñez pidió incluso al duque de Richelieu que intercediera ante Metternich, pero todo fue inútil. Francia lo intentó hasta el final pero la negativa de Inglaterra acabó con toda esperanza:

“Ayer me visitó d’Osmond y llevó un ataque enérgico por orden, según dijo, del Duque de Richelieu, para inducirnos a que consintiéramos en que se llevara al Rey de España a Aquisgrán. Propuso que yo autorizara que el Duque de R. escribiera inmediatamente al Príncipe Metternich en Egsa para obtener su consentimiento. Parecía descontar el de Rusia. El motivo declarado

³⁹⁸ AHN. Estado, leg. 6816. De Fernán Núñez, embajador de España en Francia, a José García de León y Pizarro, secretario de Estado de España. París, 28 de febrero de 1818. (los cinco fragmentos)

³⁹⁹ AHN. Estado, leg. 6816. De Fernán Núñez, embajador de España en Francia, a José García de León y Pizarro, secretario de Estado de España. París, 12 de marzo de 1818. (los cuatro fragmentos)

⁴⁰⁰ AHN. Estado, leg. 6816. De José García de León y Pizarro, secretario de Estado de España, a Fernán Núñez, embajador de España en Francia. Madrid, 21 de marzo de 1818.

era el estado crítico de los asuntos sudamericanos, y la imposibilidad de hacer que S. M. Católica en Madrid entrara en razón (...) consideraba que toda tentativa para restaurar la autoridad directa del Rey por las armas o por Mediación era impracticable, y que para evitar que se establecieran Repúblicas en la América del Sur debe contentarse con conservar lo que tiene, y establecer a uno o más miembros de su familia como soberanos independientes en las provincias convulsionadas. Pregunté varias veces a d'Osmond si tales eran las ideas de su Gobierno. No manifestó directamente que lo fueran, pero lo dejó vislumbrar. Le dije que me era imposible dar el paso que él me proponía; que sería una violación directamente a un convenio existente concertado después de mucha deliberación entre los cuatro Gabinetes, y notificando a todas las Potencias de Europa mediante una circular; que sería quebrantar la fe pactada al recibir una Potencia con exclusión de otra... ”⁴⁰¹.

Con Rusia, el país más interesado en una mediación en América, pasó lo mismo que con los demás. Ya el 26 de septiembre de 1817, informa Zea Bermúdez que Rusia no piensa incluir a España en el próximo congreso, pone para ello las mismas pegas que el resto de las potencias; que sólo se iba a tratar la evacuación anticipada del ejército de ocupación en Francia⁴⁰². A pesar de todo, en real orden, cursada a Zea el 1 de junio de 1818, se mandaba al representante español sugerir la idea de que España fuese invitada al Congreso de Aquisgrán para abordar el problema de la pacificación. Zea cumplió pronto la misión, pero Nesselrode le contestó que sólo podía transmitir el deseo español a las demás potencias⁴⁰³. Ese desentendimiento ruso era clara muestra de que la mediación era una utopía, el único aliado posible se desmarcaba, pues los deseos de Nesselrode y Capo d'Istria distaban mucho de los de Tatischeff. El duque de San Carlos, por su parte, preguntó lo mismo a Castlereagh, y el 13 de junio envió a Pizarro la contestación; el Congreso se reuniría sólo para tratar el tema del ejército de ocupación en Francia, y no se podía ampliar la terna de temas a debatir por no disgustar a otros países que pedirían la misma deferencia (como Baviera por sus diferencias con Baden)⁴⁰⁴. Una mera excusa, pues no se podía comparar la importancia del asunto americano, donde se podía dar lugar a una intervención de toda Europa (Inglaterra nunca rechazó la intervención de manera categórica), con cualquier otro pequeño problema europeo en ese preciso momento. Se podía decir que el tema americano era el

⁴⁰¹ De Castlereagh, ministro de Asuntos Exteriores de Inglaterra, al Duque de Wellington, master of ordnance de Inglaterra. Cray Farm, 21 de agosto de 1818. Webster: *Gran Bretaña y...*, pp. 69-70.

⁴⁰² AHN. Estado, leg. 5913. De Francisco Zea Bermúdez, embajador extraordinario en Rusia, a José García de León y Pizarro, secretario de Estado de España. San Petersburgo, 26 de septiembre de 1817.

⁴⁰³ Becker: *Historia de las relaciones...*, p. 490.

⁴⁰⁴ AHN. Estado, leg. 6816. Del duque de San Carlos, embajador de España en Inglaterra, a José García de León y Pizarro, secretario de Estado de España. Londres, 13 de junio de 1817.

tema más peliagudo de panorama de relaciones internacionales del momento, pero Gran Bretaña no quería a España en el Congreso por si acaso se llegará en él a concretar una intervención a la que no estaba dispuesta, y menos sin que España aceptara sus condiciones. Por supuesto ni Austria ni Prusia deseaban tener a España presente, no querían perder protagonismo a causa de un país en el que tenían pocos intereses.

Los soberanos de Rusia, Austria y Prusia, y los ministros de Francia e Inglaterra se reunieron en septiembre de 1818 en el Congreso de Aquisgrán. El principal tema del Congreso fue regularizar la situación de Francia, retirada de las tropas de ocupación y readmisión de Francia, excluida inicialmente de la Cuádruple Alianza. En Aquisgrán se facilitó a Francia el pago de las reparaciones de guerra en cómodos plazos e ingresó en el concierto; en este momento la Cuádruple Alianza se convierte en Pentarquía⁴⁰⁵. La no asistencia española al Congreso confirmó, por si quedaba alguna duda, la devaluación de España de gran potencia a potencia media. Se trató sobre las colonias españolas en América extra-oficialmente, al fin y al cabo, el sistema congresional se había creado para tratar los grandes problemas europeos, como la rebelión de las colonias hispano-americanas (entraba en la esfera de influencia europea). Se descartó, prácticamente, cualquier tipo de intervención. Castlereagh consiguió suavizar, en su trato personal con el Zar, las discrepancias que habían nacido por la rivalidad entre los embajadores de ambos países en Madrid. Castlereagh dejó clara la posición británica; la intervención debía limitarse a una oferta de mediación negociada por el duque de Wellington. Esto persuadió a los Aliados; las aventuras aisladas disgustarían profundamente al Gobierno británico⁴⁰⁶:

“...pregunté a Su Majestad Imperial (el zar) qué debíamos hacer acerca del asunto de España antes de que las Conferencias terminaran. Me pareció que el Emperador no estaba dispuesto a entrar en muchos detalles sobre el asunto, considerando que por el momento estaba en manos del Duque de Richelieu, pero insinuó que la mejor oportunidad para hacer bien era dirigir la mirada a Inglaterra y el Duque de Wellington quien, como Grande de España y Comandante de sus ejércitos, no podía sino ejercer gran influencia ante el Rey de España y su Gobierno para conseguir un temperamento acertado. Luego Su Majestad Imperial dijo secamente: ‘No estoy satisfecho con mis propios Ministros sobre este asunto, y así se lo he manifestado. No han hablado a España con la claridad con que debían haberlo hecho’”⁴⁰⁷.

⁴⁰⁵ AHN. Estado, leg. 6816. Copia en francés del Tratado de Aquisgrán enviada a Fernán Núñez para el Gobierno español.

⁴⁰⁶ Barlett: *Castlereagh*. p. 207-212.

⁴⁰⁷ De Castlereagh, ministro de Asuntos Exteriores británico, al conde Bathurst, Aquisgrán, 24 de noviembre de 1818. Citado en: Webster: *Gran Bretaña y...*, vol. 2, p. 90.

Hasta muy poco antes Castlereagh tenía serías sospechas sobre la actitud de Rusia en Madrid: *“Le envió algunos curiosos documentos. Servirán para demostrar que M. de Tatistcheff aún está activo y que el Gobierno español sigue buscando una medicación armada. Hasta que desaparezca esta idea, nada útil podrá intentarse, pues mientras vean la guerra a su alcance, cualesquiera que sean las condiciones, procurarán llegar a este resultado que es el único que armoniza con su carácter orgulloso y rencoroso”*⁴⁰⁸. Pero, como he dicho, éstas se disiparon después del Congreso de Aquisgrán *“Mi propia impresión es que ni Rusia ni Francia jamás han autorizado que se formule proposición alguna a la Corte de Madrid para una Alianza separada; creo enteramente que ambas pueden haber estado dispuestas a cultivar una influencia en Madrid, y que sus Ministros puedan haber ido más allá de lo que estaban autorizados”*⁴⁰⁹. Esto es cierto pues Alejandro comunicó a Fernando VII, por carta personal para informarle de los acuerdos de Aquisgrán, que *“el principio de la cooperación militar”*⁴¹⁰ impediría una intervención europea en América.

Se ha hablado mucho de la intriga británica con el fin de facilitar la independencia de los rebeldes americanos, no es cierto; tanto Castlereagh como Canning pensaban que unas nuevas repúblicas congeniarían menos con las tradiciones inglesas y serían menos estables que lo hubieran sido unas nuevas monarquías. Al Gobierno británico le hubiera gustado que se crearan nuevos reinos con príncipes españoles, en el caso de que la independencia no tuviera remedio y España negociara su independencia con la colocación de estos mandatarios⁴¹¹. Era una vieja idea que ya expuso Castlereagh en 1807 cuando, para combatir las voces que clamaban la conquista de Sudamérica por Inglaterra, planteo el peligro de que surgieran gobiernos jacobinos y democráticos en el Nuevo Mundo, sugiriendo la conveniencia de enviarles príncipes⁴¹².

Volviendo al Congreso de Aquisgrán, el Gobierno ruso, conjuntamente con el francés, presentó un memorando que propugnaba una oposición en bloque ante el caso

⁴⁰⁸ De Castlereagh, ministro de Asuntos Exteriores británico, a Henry Wellesley, embajador de Inglaterra en España, Cray Farm, 1 de septiembre de 1818. Citado en: Webster: *Gran Bretaña y...*, vol. 2, p. 491.

⁴⁰⁹ De Castlereagh, ministro de Asuntos Exteriores británico, a Henry Wellesley, embajador de Inglaterra en España, Bruselas, 29 de noviembre de 1818. Citado en: Webster: *Gran Bretaña y...*, vol. 2, p. 495.

⁴¹⁰ AHN. Estado. leg. 2849, expediente 16. De Alejandro I, zar de Rusia, a Fernando VII, rey de España, Viena, 22 de diciembre de 1818. (Traducción propia del francés).

⁴¹¹ Crawley: “Relaciones...”, p. 463.

⁴¹² Webster: *Gran Bretaña y...*, vol. 1, p. 43.

de un probable reconocimiento de los países suramericanos por los Estados Unidos⁴¹³. Presión internacional para que ningún país se declarara a favor de los sublevados, y los oídos sordos que hacía Rusia a los países rebeldes (el 6 de octubre el agente venezolano Luís López Méndez⁴¹⁴ envió una carta para que Rusia abandonase toda actividad mediadora advirtiéndole que Venezuela estaba dispuesta a defender su independencia por cualquier medio. No halló respuesta alguna⁴¹⁵), fueron las dos únicas ayudas que prestó Rusia a España, y no era pocas realmente, aunque sí lo eran para las expectativas que esperaba el Gobierno español después de tantas intrigas de Tatischeff sobre el tema. De esta manera España tenía un ambiente internacional mucho más propicio que el que tuvo Inglaterra para evitar las independencias americanas, recordemos que los Estados Unidos fueron apoyados por Francia y España, países que declararon la guerra a Inglaterra en esa época.

7.2 Análisis de la crisis de Gobierno de 1818.

Coincidió el inicio del Congreso de Aquisgrán con el destierro de tres ministros del Gobierno español: los de Estado, Marina y Hacienda; Pizarro, Vázquez Figueroa y Martín de Garay⁴¹⁶ respectivamente. La causa fue el desgaste sufrido por la mala situación económica, naval, e internacional del país, por citar las máximas responsabilidades de los ministros exonerados:

El ministerio de Hacienda: España estaba en estado de bancarrota permanente, con un déficit estructural que Garay no había solucionado, fracasando en su intento reformista:

“El fracaso de la estadística y de la fijación de las bases de reparto condujeron a que el “sistema de Hacienda de mayo de 1817” no pudiese ser puesto en práctica íntegramente. Lo más grave fue que esto implicó, por una parte un fallo evidente en el volumen de la recaudación, y por otra, el descontento popular, al tenerse que recurrir a procedimientos drásticos para

⁴¹³ Schop: *Un siglo...*, p. 250.

⁴¹⁴ López Méndez, Luis (1758-1831): enviado en misión especial a Londres representando a la Junta Suprema de Caracas (1810-1817), agente y comisionado especial de Venezuela en Londres (1817-1821), agente diplomático de la República de Colombia antes las Cortes de Francia, Países Bajos y las ciudades hanseáticas.

⁴¹⁵ Schop: *Un siglo...*, p. 249.

⁴¹⁶ Martín de Garay y Perales, Martínez de Villela y Franco (1771-1822): miembro del Consejo de Estado (1810-1813), ministro de economía (1816-1818).

*asegurar un mínimo de ingresos tributarios, fallados los canales previstos, que se suponía habían de hacer la recaudación más ligera y equitativa*⁴¹⁷.

Josep Fontana critica fuertemente a Garay, anulando la fama favorable que tenía por parte de la historiografía tradicional. Esta consideraba que se había recurrido a él, a pesar de su liberalismo y de las reticencias de los sectores absolutistas que dominaban la Corte, como un salvador de la bancarrota del Estado; posteriormente sus reformas que atentaban contra los privilegios habrían precipitado su caída⁴¹⁸.

El ministerio de Marina: Vázquez Figueroa era un cabeza de turco en el escándalo de los navíos rusos, además su gestión fue mala, no consiguiendo tener operativa la flota necesaria para hacer una expedición a América. No llegó a ver los barcos rusos en persona, sin embargo los anónimos insultantes que recibió culpándole de tan abominable compra⁴¹⁹ le dieron la seguridad de que estaban en mal estado (para tan importante asunto es imperdonable no ver la nueva flota a su cargo con sus propios ojos), y cuando Baltasar Hidalgo⁴²⁰ (su posterior sucesor como ministro) le comunicó el buen estado de la flota se sorprendió: *“me admiré un poco cuando le oí afirmar que se hallaban en el de hacer cualesquiera navegaciones aunque fuese ir a Lima montando el cabo de Hornos”*⁴²¹. No atendió convenientemente estos barcos a los que en sus memorias trata con resentimiento al no ser ni siquiera informado de su adquisición, y tiene razón, pues es como mínimo curioso que un país adquiriera una flota importante sin el conocimiento de su ministro de Marina. Se puede sospechar que no los atendió como es debido por este resentimiento.

Dejando el tema de los barcos rusos aparte, lo más condenable de su gestión es que no había dejado la marina en disposición de hacer una expedición hacia las Américas: *“la marina real, por ahora y hasta el punto que conviene al lustre de la corona y prosperidad del reino, se compondrá de veinte navíos, treinta fragatas, diez y ocho corbetas, veinte y seis bergantines, y diez y ocho goletas”*⁴²². A pesar de estas intenciones la situación era la siguiente: había 18 navíos (sólo uno armado), 15 fragatas (cinco armadas y diez desarmadas), 11 corbetas (todas armadas menos dos), 22 bergantines (sólo dos desarmados) y 27 goletas (cinco desarmadas). La expedición de

⁴¹⁷ Fontana: *La quiebra...*, p. 227.

⁴¹⁸ *Ibidem*, p. 227-231.

⁴¹⁹ *Ibidem*, p. 221.

⁴²⁰ Baltasar Hidalgo de Cisneros (1755-1829): virrey del Río de la Plata (1809-1810), ministro de Marina (1818-1820).

⁴²¹ Saralegui: *Un negocio...*, pp. 129-131.

⁴²² *Estado general de la Real Armada*. Año de 1818. Madrid (Imprenta Real), s.a. [1818]. pp. 230-232.

Francisco Antonio Mourelle de 1820 hacia Buenos Aires (que no llegó a partir por el pronunciamiento de Riego), contaba con 5 navíos, dos fragatas y nueve embarcaciones menores. La situación de los navíos de la armada que dejó Vázquez Figueroa era deplorable e incompatible con ninguna expedición a América, pero Baltasar Hidalgo en poco más de un año preparó una expedición. En sus memorias nos habla Vázquez de Figueroa de las acusaciones y rumores falsos que se le hacían: “*¡Que yo decía que los navíos estaban malos porque no quería que se hiciese la expedición a América!*”⁴²³. Quizás estos rumores convencieron al rey para cambiarle por un Baltasar Hidalgo, que conocía perfectamente los barcos rusos; los había recibido en Cádiz, tenía una hoja de servicios brillante e intachable y era totalmente ajeno a la camarilla que se decía que dominaba la Corte⁴²⁴. En teoría era más competente para intentar la expedición que el anterior ministro.

El ministerio de Estado: Pizarro no consiguió dar solución internacional al problema americano, y no se había dado prisa en la organización de la expedición tan necesaria para pacificar las Américas. Navegaba entre estas dos políticas y no se había decidido claramente por ninguna de ellas, ni siquiera en sus memorias se decide por la mejor conveniencia de ninguna de las dos. Esta es la prueba de que ni siquiera después Pizarro se dio cuenta de la necesidad de la elección de una de las dos vías, y con todas sus consecuencias. La solución de una ayuda internacional para el sometimiento de los insurgentes americanos pasaba por dos posibilidades: hacer grandes promesas a los rusos, que pudieran contrapesar el pánico que sentían a actuar enfadando a Gran Bretaña con ello; es decir, apostar fuertemente por el apoyo ruso, y otra, aceptar todas las medidas de corte liberal exigidas por Gran Bretaña para dejarla sin excusas que impidieran una intervención internacional.

La última de las posibilidades era imposible por el pavor a las medidas liberales que se tenía en la Corte de Fernando VII. Como ejemplo, el revuelo que se formó en el Consejo de Ministros cuando en la memoria de Pizarro para la pacificación de las Américas se discutió el punto de franquicia de comercio: “*El señor Lozano, que escaseaba siempre de materiales, pero no del vivo conato de oponerse, se limitó a exclamar que si se franqueaba el comercio, se perdía la América*”⁴²⁵. El más mínimo amago de apertura era ampliamente protestado. La no apertura del comercio americano

⁴²³ Pizarro: *Memorias*. p. 703.

⁴²⁴ Fontana: *La quiebra...*, p. 220.

⁴²⁵ Pizarro: *Memorias*. p. 300.

fue taxativa en todo el periodo de nuestro estudio. El Consejo de Estado lo razonaba así en 1816: *“Hay una ley fundamental de la Europa según la que solo la Metropoli puede comerciar con sus colonias”*⁴²⁶. En la opción de una expedición a América, Pizarro no tuvo mucho interés, de haberlo tenido hubiera encontrado mucho apoyo en la Corte dada la influencia de Tatischeff, partidario de esa opción. Por otra parte no se le ve a Pizarro con un ánimo constante para hacer esta expedición a América; paraliza, en cierta manera, la expedición por ver en qué resultan los negocios diplomáticos del asunto. Esto era un gran fallo; no era de ninguna forma incompatible la preparación de una expedición española con el triunfo de la mediación internacional. Había un clara simbiosis entre las dos cosas; de acordarse una intervención internacional, España debería mandar numerosas tropas a América, más que ningún otro país, esas tropas saldrían de los miembros de la expedición, que en caso de no llegarse a un acuerdo internacional, debería partir igualmente para impedir la independencia de las colonias españolas. La preparación de una expedición a América era indispensable de cualquier modo, esto inexplicablemente no se previene en la mente de ningún político español.

Por otra parte Pizarro fue beneficiario, pero también víctima, de la doble diplomacia de Tatischeff. Empezó muy unido al embajador ruso, elogiándole y apreciándole incluso cuando se refiere a sus deudas. Esto lo vemos en una carta, del principio de su secretaría de Estado, al embajador en París Fernán Núñez; la carta estaba motivada por un viaje a la capital francesa de Tatischeff para conseguir dinero que saldara sus deudas en Madrid:

“Me dice usted que Pozzo desaprueba el anticipado viaje de Tatischeff. ¡Qué diría si supiera que el odio y el ridículo crecen diariamente!... En mi mesa tengo reclamaciones de trampas de sastre, zapatero, etc. No es esto lo peor, sino que es probable que al Rey le lleguen estas noticias, y al fin le harán mella. Yo le ruego, me mato, disimulo; pero es imposible que esto no dé un estallido, y entonces, adiós influjo Rey para nada. Lo más sensible es que todo ello es por tonterías, pues él tiene talento, amabilidad y entiende los negocios; tiene buenas prendas, pero sus grandes defectos son sus trampas y su docilidad por las malas compañías, Ugarte Eguía y otros. Yo, por mi parte, nada me importaría, pues no estoy mezclado en nada; pero lo siento por dos razones: primera, que se frustran las miras sabias de los dos Soberanos: segunda, que quiero a Tatischeff y me duele ver que se desacredita, cuando

⁴²⁶ AHN. Estado, leg. 2767. Memoria del Consejo de Estado, leída el 31 de enero de 1816.

jamás hombre ha estado en mejor disposición para lucirse, influir y llenarse de gloria”⁴²⁷

El texto de esta misiva demuestra el oportunismo de Pizarro. Dice el ministro español que nada le debería importar, por no estar mezclado en un asunto que para él podía “*frustrar las miras sabias de los dos Soberanos*”, ¿no le importa a un secretario de Estado que peligren las “*sabias*” negociaciones en curso entre su rey y otro? También lamenta que Tatischeff no pueda “*lucirse*” y “*llenarse de gloria*” por este problema monetario. Pizarro pone por encima que dos políticos tengan mancha en su historial a que quiebre la política internacional de España. Además se contradice cuando expone en sus memorias que los proyectos alimentados por Tatischeff eran fantasiosos⁴²⁸, mientras que en la carta señala que esos proyectos pueden cubrir de gloria a Tatischeff.

Pizarro achaca en sus memorias la culpa de su destitución a no transigir en el negocio de los barcos rusos: “*Los de la intriga vieron que no podían llevar más adelante su plan de dilapidación y ambición, sin quitarnos a nosotros tres, pues por Estado resultaría un convenio absurdo y nulo; por Marina, una estafa ruin; por Hacienda, la distracción y dilapidación de fondos; emprendieron, pues, la destitución de los tres ministros como siempre con calumnias*”⁴²⁹. Las calumnias correspondientes a Pizarro eran: “*yo, vendido, sin duda, a la Inglaterra, orgulloso y que Pozzo y el emperador no aprobaban mi conducta*”⁴³⁰. Esto demuestra que el poder de Tatischeff era enorme en la época; Pizarro achaca su expulsión a que el representante ruso pensaba que no era fiel a la política exterior que el ruso marcaba, por eso cuando va a visitarle poco antes de su destitución, llamándole la atención sobre los rumores que había sobre él (ya es bastante sorprendente que un embajador extranjero se tome esas libertades con el secretario de Estado del país en que reside) Pizarro le dice “*que él (Tatischeff) sabía la dirección que daba a la política, y que era imposible me hallase en falta*”⁴³¹. Admitía Pizarro que Tatischeff tenía derecho a saber la política exterior que se seguía, y que ésta era satisfactoria para el ministro ruso. También le atribuye un gran poder de decisión sobre quien podía y quien no ser secretario de Estado en España: “*Tatischeff no se*

⁴²⁷ De José García de León y Pizarro, secretario de Estado de España, al conde de Fernán Núñez, embajador de España en Francia, Madrid (no consta fecha). Citado en: Villaurrutia, *España en el Congreso...*, pp. 226-227.

⁴²⁸ Pizarro: *Memorias*. p. 233.

⁴²⁹ *Ibidem*, p. 310.

⁴³⁰ *Ibidem*.

⁴³¹ *Ibidem*, p. 315.

*hubiera resuelto a permitir mi salida, si me hubiese encontrado menos doble...*⁴³². El caso es que el ministro ruso actuaba como si fuera un ministro español entregando a Pizarro, directamente, despachos diplomáticos del embajador en San Petersburgo Zea Bermúdez dirigidos al Gobierno español⁴³³. No tiene sentido que un embajador extranjero disponga primero de esos despachos.

Pizarro se ofreció para ir a Aquisgrán como plenipotenciario y evitar así su segura destitución, pero no le dejaron. Era lógico, por los rumores que sobre él había, que Rusia se opusiera a ello, aunque la versión oficial fue que la reina de España quiso que se quedara, al ser Pizarro del “partido de la reina”. Finalmente no hubo representante español alguno en ese Congreso, y esta discusión de la presencia o no de Pizarro fue por tanto estéril. Pizarro fue destituido y la expedición cobró nuevos impulsos. Tanto Capo d’Istria como Nesselrode abogaron por el envío urgente de una expedición militar únicamente española, coincidiendo en la idea de que abandonar la mediación había sido acertadísimo para que ésta se acelerara. Ya sólo quedaba el camino de la intervención española, y el nuevo secretario de Estado, el marqués de Casa Irujo⁴³⁴, era partidario de abandonar la mediación internacional para actuar independientemente según Ana María Schop⁴³⁵. Esto en realidad no es cierto, Pizarro hubiera deseado intervenir pero España se había mantenido ajena a una expedición únicamente española por su propia incapacidad militar. Casa Irujo siguió sondeando la posibilidad de una intervención francesa ahora que la rusa se había enfriado: *“Todas las conversaciones con el Conde de Cares se dirigen a indicarme que la posición de la Francia ha mudado después de la evacuación, y que nos entenderemos con ella y queremos hacer confianza (...) podrán cuidarnos y combinarse con nosotros por la pacificación de la América, que he conocido un deseo de mezclarse en ellos, sin contar con la Inglaterra*⁴³⁶”.

Gran Bretaña también entró poco después en juego, preocupados del acercamiento español a Francia: *“Se trasluce que están poco satisfechos de la Francia. Esto temo que influya también en contra nuestra, porque nos suponen en intimidad con la Rusia y que*

⁴³² *Ibidem*, p. 314.

⁴³³ *Ibidem*, p. 307.

⁴³⁴ Casa Irujo, Marqués de (Carlos Martínez de Irujo y Tacón) (1765-1824): ministro extraordinario y plenipotenciario en Estados Unidos (1796-1807), ministro plenipotenciario en Brasil (18010-1811), secretario de Estado de España (1812, 1818-1819 y 1823).

⁴³⁵ Schop: *Un siglo...*, pp. 249-250.

⁴³⁶ AHN. Estado, leg. 2770. Del conde de Fernán Núñez, embajador de España en Francia, a Casa Irujo, secretario de Estado de España. París, 5 de noviembre de 1818.

*esta la tiene con la Francia*⁴³⁷”. Todavía no se perdía la fe en que la mayor potencia marítima del momento nos salvara: “*Se podría obligar a la Inglaterra con las ventajas que se la diesen en lo mismo que no podemos evitar un mayor interés en la pacificación y restitución de aquellos dominios a los de S.M. porque o me engaño mucho o de otro modo, si la Inglaterra quiere la América será nuestra, sino haremos muchos sacrificios y quizás con poco fruto*”⁴³⁸. El conde de Fernán Núñez nos habla de problemas con espías franceses; el contenido de una carta del duque de San Carlos, embajador de España en Inglaterra, a Castlereagh es descubierto por la policía francesa, por eso en sus siguientes despachos insiste en rogar por la confidencialidad de sus comunicaciones.

En realidad todo es inútil, ninguna potencia iba a intervenir por España, e incluso la pretendida esperanza francesa era falsa pues, según Fernán Núñez, el duque de Richelieu no nos favoreció en Aquisgrán⁴³⁹, además el fortalecimiento de la amistad ruso-inglesa alejaría más la intervención europea⁴⁴⁰.

7.3 El conflicto con Portugal.

Desde el mismo descubrimiento de América, Portugal quiso obtener territorios en el nuevo continente descubierto y, una vez obtenidos, presionó por aumentar su colonia brasileña lo máximo posible. Es necesario ver la evolución de las relaciones entre España y Portugal sobre exploraciones y límites, para entender las alegaciones presentadas por ambos países en el conflicto por la posesión de la Colonia de Sacramento. El 4 de septiembre de 1479 se selló la paz entre los dos reinos vecinos mediante el Tratado de Alcáçovas suscrito por Alfonso V de Portugal y los reyes Católicos. Además de servir para formalizar el fin de la beligerancia, el pacto contenía otras cláusulas concernientes a la política de proyección exterior; en un momento en que los dos reinos competían por el dominio del Océano Atlántico y de las costas africanas. Portugal obtenía el reconocimiento de su dominio sobre Madeira, las Azores, Cabo Verde, Guinea y en general “*todo lo que es hallado o se hallare, conquistase o*

⁴³⁷ AHN. Estado, leg. 2770. Del duque de San Carlos, embajador de España en Inglaterra, a Casa Irujo, secretario de Estado de España. Londres, 29 de diciembre de 1818.

⁴³⁸ AHN. Estado, leg. 2770. Del duque de San Carlos, embajador de España en Inglaterra, a Casa Irujo, secretario de Estado de España. Londres, 1 de febrero de 1819.

⁴³⁹ AHN. Estado, leg. 2770. Del conde de Fernán Núñez, embajador de España en Francia, a Casa Irujo, secretario de Estado de España. París, 2 de enero de 1819.

⁴⁴⁰ AHN. Estado, leg. 2770. Del conde de Fernán Núñez, embajador de España en Francia, a Casa Irujo, secretario de Estado de España. París, 26 de abril de 1819.

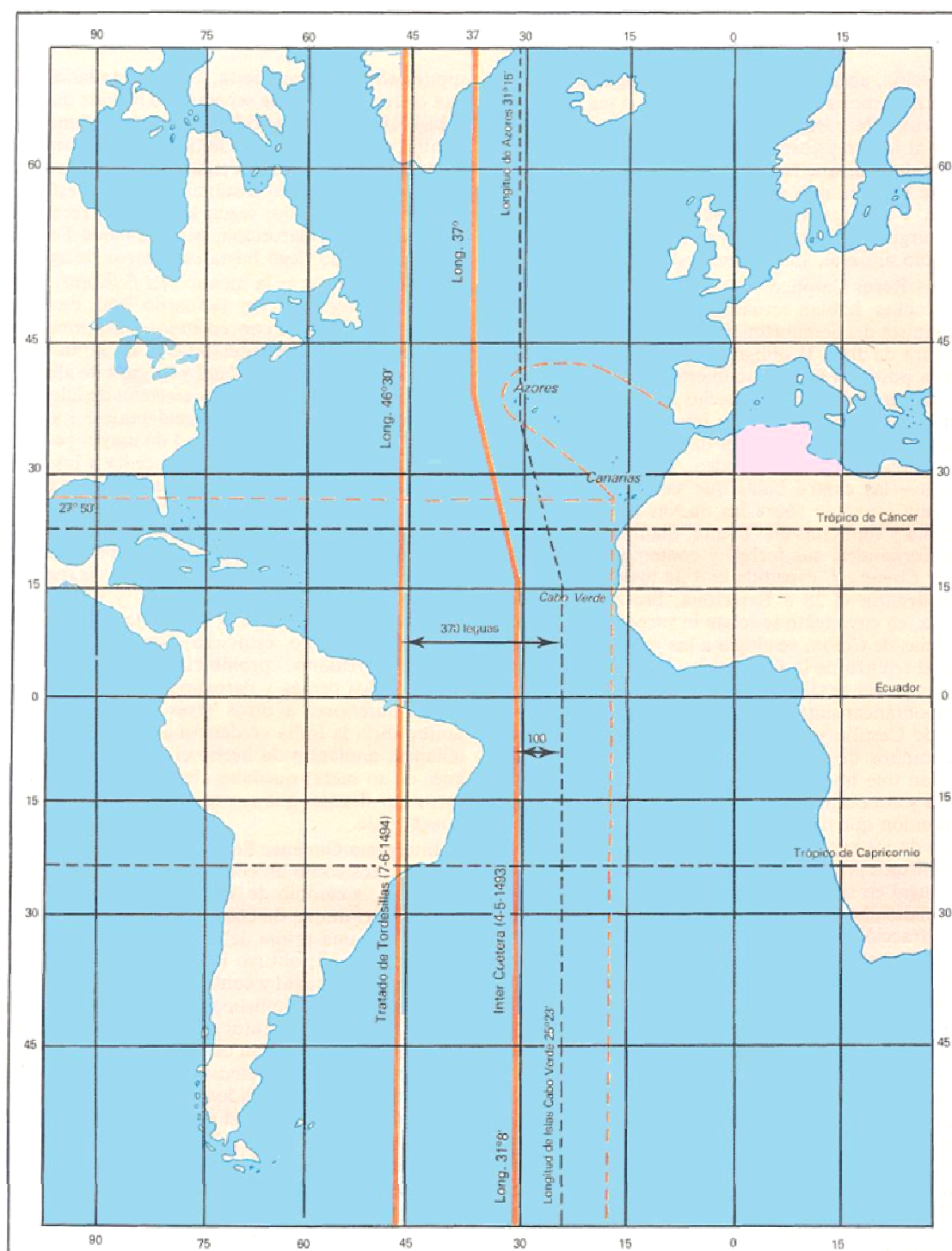
*descubriere en los dichos términos, allende de que es hallado ocupado o descubierto”*⁴⁴¹, mientras que Castilla recibía las Islas Canarias.

Cuando Colón arribó en Lisboa, obligado por el temporal, el 4 de marzo de 1493, Juan II de Portugal reclamó los territorios descubiertos por derechos derivados del Tratado de Alcáçovas, pero los reyes Católicos denegaron tal pretensión aduciendo que la navegación se había efectuado siempre al oeste, y no al sur de Canarias. Las Bulas Alejandrinas confirmaron la visión española, fijando el meridiano que habría de dividir las zonas de influencia de ambos países a 100 leguas al oeste de las Azores y Cabo Verde, siendo la zona occidental la correspondiente a Castilla y Aragón y la oriental a Portugal. Posteriormente, en el Tratado de Tordesillas de 1494 se ampliaron las leguas, contabilizándose 370 al oeste de Cabo Verde quedando enmarcado parte de Brasil en territorio de dominio portugués⁴⁴².

⁴⁴¹ Archivo General de Simáncas. R.G.S. III-1480 302.

⁴⁴² Cantillo: *Tratados, convenios...*, pp. 544-555.

Distintos límites acordados por España y Portugal:



Fuente: <http://www.odisea.ucv.cl>

Casi desde el principio surgieron problemas con los límites pues el tratado no especificaba la línea de grados del meridiano ni identificaba la isla desde la que debían contarse las 370 leguas, tampoco quedaba especificada la longitud exacta de la legua. El Tratado de Tordesillas estableció que esas materias serían solucionadas por una

expedición conjunta que nunca se llevó a cabo. También los problemas se incrementaban al no conocerse exactamente el tamaño de la esfera terrestre, por lo tanto la distancia entre cada meridiano variaba de acuerdo a la longitud que se le atribuía a la Tierra, por lo tanto fijar el límite de Tordesillas se hizo en numerosas ocasiones, siempre con un resultado distinto claramente influido por el país natal del geógrafo.

Distintas interpretaciones del límite de Tordesillas.



Fuente: <http://www.brazadv.com/images/tordesilhas.jpg>

Todas estas imprecisiones fueron aprovechadas por Portugal para justificar sus expansiones territoriales en Brasil. Los portugueses defendieron la existencia de la Gran Isla Brasil hasta 1750, afirmando que se encontraba separada del continente americano por los ríos Orinoco, Paraguay, Paraná y el de la Plata, pretendiendo el derecho de

posesión de todos los territorios dentro de esa supuesta mesopotamia. Este fue siempre el sueño portugués, el territorio ideal brasileño.

Situación de la Colonia de Sacramento.

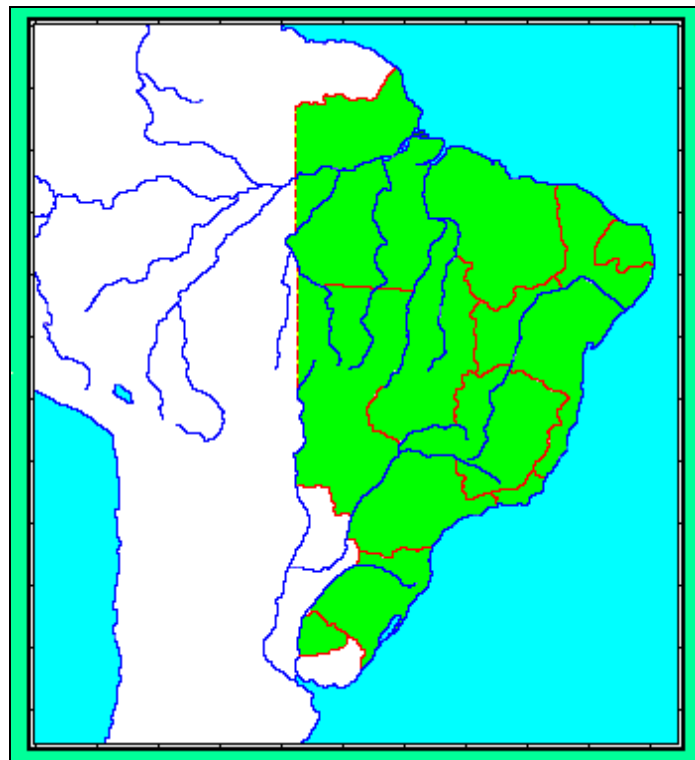


Fuente: elaboración propia a partir de un mapa del contorno uruguayo.

El problema de la Colonia de Sacramento nació de esta aspiración portuguesa de establecer la frontera sur con España en el río de la Plata, lo que chocaba con todos los tratados firmados hasta entonces; en 1680 Portugal fundó esta colonia frente a Buenos Aires en territorio de la Gobernación del Río de la Plata y, ese mismo año, fue asaltada y ocupada por el gobernador de Buenos Aires, pero fue devuelta a Portugal en 1681 en espera de negociaciones posteriores. El Tratado de Lisboa de 1701 incluyó su devolución a Portugal, pero su ruptura dos años después provocó nuevamente su ocupación por las tropas españolas. Por el Tratado de Utrecht (1713) su posesión quedó en manos portuguesas, y debido al foco de contrabando anglo-portugués que representaba España construyó y fortificó Montevideo (1724-1730). La colonia volvió a manos españolas por el Tratado de Madrid de 1750, que intercambió dicha colonia por las reducciones jesuíticas llamadas Los Siete Pueblos de la Misiones (en el actual

Brasil). Pero este intercambio no se llegó a llevar a cabo y volvió *de facto* a manos españolas en 1762 con el marco de la de la Guerra de los Siete Años, aunque el posterior Tratado de París (1763), devolvió la colonia a Portugal. Finalmente en 1777 se ocupó definitivamente Sacramento, conquista refrendada por el Tratado de San Ildefonso de ese mismo año. Se fijaba la frontera hispano-portuguesa en el río Negro, que dejaba en manos españolas la mitad del actual Uruguay.

Brasil tras el Tratado de San Ildefonso (1777)



Fuente: elaboración propia.

Con este contexto se llegó en mayo de 1810 al levantamiento independentista del Virreinato del Río de la Plata que tuvo una repercusión inmediata en la Colonia Sacramento, pues provocó su ocupación por Portugal en 1811, más tarde, en agosto de 1816, volvieron a iniciar la ocupación de la Banda Oriental para conquistar Montevideo en enero de 1817. La fundamental razón para su invasión fue, según los portugueses, el miedo a un contagio revolucionario de Brasil. Con la ocupación, y la incapacidad de España para reincorporar la Colonia de Sacramento y toda la Banda Oriental por las armas, el Gobierno español expresó insistentemente este problema a las potencias

europeas, mientras que Portugal justificaba ante las mismas potencias sus motivos para la invasión.

La invasión portuguesa de 1811 no interesó demasiado en España, y fue eclipsada por los graves problemas de la Guerra de la Independencia, pero la de agosto de 1816 sí que provocó una fuerte negociación. Nada más enterarse del ataque, Pedro Cevallos mostró su intención para presentar este conflicto ante las grandes potencias: *“Ha resuelto S.M que sus representantes en las cortes de París, Londres, Viena y Petersburgo pasen respectivamente al Gobierno cerca del qual se hallan acreditados, un manifiesto que componga fielmente el cuadro de la conducta ofensiva del Portugal”*⁴⁴³. Ya muestra su deseo de no tomar resoluciones de fuerza prefiriendo otros medios: *“el primero y más eficaz es el de la mediación de las Potencias...”*⁴⁴⁴. La condena de las potencias a la actitud portuguesa fue unánime, pero también se participó a España la confianza de que mantuviera sus disposiciones conciliatorias y se abstuviera de recurrir a medios violentos⁴⁴⁵, lo cual más que ayudar limitaba, en teoría, las opciones españolas. No contentos con Sacramento los brasileños-portugueses entraron sin resistencia el 20 de enero de 1817 en Montevideo.

El encargado de Negocios español en Rio de Janeiro habló con el rey de Portugal, que seguía en Brasil nada más producirse la invasión, y éste la justificó por el riesgo de contagio revolucionario. El encargado de Negocios inglés en Rio de Janeiro, medió a favor de España diciendo que las potencias no podían ver con indiferencia la marcha de más tropas portuguesas a Montevideo, pero los portugueses no hacen caso al no incluir la queja británica castigo alguno⁴⁴⁶. Esta será la tónica de este conflicto hispano-portugués; vigorosa queja española, tenue condena de las potencias y completa indolencia portuguesa. Las razones, que daba Portugal para la invasión fueron las siguientes: La presión de José Gervasio Artigas, la situación de independencia real del territorio, Olivenza, la imposibilidad de devolver la Banda Oriental sin que los insurgentes vieran en ello una alianza entre ambos gobiernos, y que España no quiere o no puede pacificar a los rebeldes⁴⁴⁷. Así mismo se confiaba en la debilidad de España para no responder a la agresión:

⁴⁴³ AHN. Estado, leg. 3773(2). De Pedro Cevallos, secretario de Estado de España, a la legación española en Rio de Janeiro, Madrid, 28 de octubre de 1816.

⁴⁴⁴ *Ibidem*.

⁴⁴⁵ Sanz: “La conferencia...”, p. 121.

⁴⁴⁶ AHN. Estado, leg. 3773(2). De Pedro Cevallos, secretario de Estado de España, a la legación española en Rio de Janeiro, Madrid, 28 de octubre de 1816.

⁴⁴⁷ Sanz: “La conferencia...”, p. 123 y 126.

“a esto respondió el Conde (da Barca) que era de poca importancia que España los aprobara o no, que la seguridad del Brasil requería en absoluto que los ríos Uruguay y de la Plata constituyeran su frontera; que el Rey ya había escrito al Rey de España expresando que estaba dispuesto a resolver todas las diferencias, sea con una Mediación, o, como preferiría su Majestad, sin ella (aunque creo parecía bien claro que no se acompañaba ninguna explicación a la expresión de ese deseo); que si España lo deseara, podría atacar a Portugal a lo que sin embargo pensaba no se aventuraría si pudiera, y cosa que no podría emprender, si quisiera, debido a su estado afligente; y que cualquier hostilidad provocada por España sería con toda probabilidad la señal para una revolución y su ruina absoluta.

Al señalar que la medida que ya había recurrido ese país demostraba que no deseaba una guerra, me confirmó nuevamente su absoluta indiferencia respecto a que resolviera hacer (...) Pregunté entonces a quien consideraba el Gobierno brasileño que pertenecía la Provincia de Montevideo, de la cual acababan de posesionarse sus tropas, a lo que contestó el Conde sin vacilar: ‘Al Rey de España’, ‘Bien’ dije yo, ‘está usted inclinado a restituirla a ese monarca si’... Me interrumpió. ‘No, por cierto que no; la necesitamos para nuestra seguridad. Negociaremos con él acerca de ella, pero no se la entregaremos’. ‘Pero si la han tomado únicamente por razones de seguridad y el Gobierno español envía tropas suficientes para retenerla e impedir que su tranquilidad sea perturbada por la proximidad de los insurgentes, ¿no la entregarán entonces?’ ‘No’, replicó el Conde, ‘pero negociaremos acerca de ella’....”⁴⁴⁸.

Juan VI⁴⁴⁹ se sentía mucho más seguro en Brasil, y priorizaba los negocios brasileños sobre los portugueses (lo que causó la revolución portuguesa de 1820), en esta carta se ve que los plenipotenciarios portugueses que negociaban la mediación en París no contaban con el respaldo del rey y su Corte brasileña; el rey se *“lamentó de la peligrosa y difícil situación en que se hallaba colocado por el compromiso contraído últimamente por su Plenipotenciario para la entrega de Montevideo al Rey de España”*⁴⁵⁰.

Lo más sorprendente de todo, es que la invasión se realizó casi simultáneamente a los matrimonios de las princesas portuguesas María Isabel y María Francisca con el rey de España y con su hermano Carlos respectivamente. Se puede decir que estos matrimonios fueron un desastre diplomático, pues lejos de aprovecharlos para firmar

⁴⁴⁸ De Henry Chamberlain, representante británico en Río de Janeiro, a Castlereagh, ministro de Asuntos Exteriores británico. Río de Janeiro, 5 de abril de 1817. Citado en: Webster: *Gran Bretaña y...*, vol. 1, pp. 253-254.

⁴⁴⁹ Juan VI (1767-1826): rey de Portugal (1816-1826).

⁴⁵⁰ De Henry Chamberlain, representante británico en Río de Janeiro, a Castlereagh, ministro de Asuntos Exteriores británico. Río de Janeiro, 18 de julio de 1818. Citado en: Webster: *Gran Bretaña y...*, vol. 1, p. 262.

una alianza o un tratado, no reportaron ni la más mínima amistad y fluidez de conversaciones entre las dos Cortes. Preocupaba al entonces secretario de Estado Pizarro la deshonra que se le hacía a España, y tenía razón, pues no era capaz de ser tratada con respeto ni por su más débil vecino:

“(Al ministro portugués Palmela) le encarecí cuanto interesaba al decoro de las Cortes que este asunto se concluyese sin ruido, asegurándose que la España sólo deseaba salvar el honor y los derechos de su soberanía en un asunto en que no se hallaba menos interesado el decoro personal del rey de Portugal” (...) “¿Qué partido tomar, qué sistema seguir en este conflicto? El decoro del monarca y bien del Estado parecían estar en una contradicción aparente” (...) “Manifesté al rey que la escandalosa invasión portuguesa contra los derechos más evidentes de Su Majestad, hería también lo más delicado del honor de la Monarquía, y no sólo ofrecía justos títulos a una guerra vigorosa, sino que las circunstancias no podían ser más favorables para la incorporación a la península; mira a mi juicio, capital y acaso única de la verdadera política española, siempre que como ahora le favoreciese la justicia. Que yo creía que en Portugal era donde debíamos conquistar la banda oriental, y repito, que ningún deseo ni objeto político, sino esto, podía ocupar al Gabinete Español, concentrando toda su atención a él, y dejando todas las otras cuestiones europeas, en las cuales se ha mezclado, o por mejor decir, han mezclado tan costosamente a la España.”⁴⁵¹.

El que los portugueses invadieran el actual Uruguay muestra el poco respeto que tenían a España incluso después de un enlace matrimonial de estas características, por lo que la posibilidad de usar la fuerza, en el territorio europeo de Portugal, fue en lo primero que Pizarro pensó. Estudió la posibilidad de cobrarse la Banda Oriental en Portugal, enviando un oficial a este país para que estudiara las posibilidades de la empresa. El oficial contestó afirmativamente, pero al consultar a los ministros de Hacienda y de Guerra este último presentó sumas dificultades para la conquista de Portugal:

“El Ministerio de la Guerra presentó un cúmulo enorme de obstáculos insuperables, ya sea con respecto a planes, ya sobre el estado de nuestro ejército; en lo cual no me atreveré a decir si influía solamente la irresolución de nuestro caos militar, o si acaso pudo deslizarse alguna inspiración diplomática sutil y disfrazada. De todos modos, la verdadera política vigorosa de nuestro Gabinete debía ya templarse sobremanera y meditar nuevos caminos.”⁴⁵².

⁴⁵¹ Pizarro: *Memorias*. pp. 253-256.

⁴⁵² *Ibidem.*, p. 255.

Y estos caminos fueron, como fue común en esta época, la petición de auxilio a las grandes potencias:

*“no hubo más remedio posible sino acudir a la Santa Alianza, de lo que había dejado ya alguna indicación don Pedro Cevallos. Yo no abundaba en la idea de recurrir en cuestiones de política privada a buscar árbitros extraños; pero ya sólo ese partido restaba. La intervención de la Santa Alianza es buena para las principales altas partes contrayentes; pero no es decorosa ni útil para aquellas que han sido clasificadas en segunda categoría.”*⁴⁵³.

Claro que no deja de parecer un poco extraño que Pizarro criticara la propia gestión de la que era responsable, parece una justificación a posteriori. El caso es que Portugal no se amedrentó ante la petición de la Santa Alianza para que reconociera la soberanía y devolviera territorio a España, y todo esto a pesar de la amenaza británica de revocar la garantía del territorio portugués en Europa frente a España, en el caso de producirse la invasión de la Banda Oriental de la que ya tenía sospechas se produjera⁴⁵⁴. No obstante, Gran Bretaña fue el mejor aliado de Portugal en las negociaciones, porque Castlereagh temió que la mediación fuera utilizada, por Pozzo de Borgo y Tatischeff, para ayudar a España a trocar Portugal por territorio sudamericano⁴⁵⁵, esta suspicacia que fue, como poco, aventurada, perjudicó a España en las negociaciones, e hizo que Gran Bretaña renovara la garantía a Portugal sobre sus posesiones europeas en febrero de 1819⁴⁵⁶. Esta garantía no ataba las manos a España para atacar al territorio portugués en Europa, pues estaba condicionada a la entrega de la Banda Oriental a España⁴⁵⁷, y Portugal no acababa de entregarla. Hubo una acusación de concentración de tropas españolas en Extremadura, por parte del embajador luso en España con vistas a la invasión de Portugal⁴⁵⁸, que Víctor Sanz, en su trabajo “La Conferencia de París sobre la Banda Oriental (1817-1819)” da por cierta, pero lo más probable es que se trate de un rumor pues Pizarro lo niega rotundamente⁴⁵⁹, y Manuel de Lardizábal escribe un breve despacho sobre la alarma existente en Portugal no volviendo a hacer mención del

⁴⁵³ *Ibidem.*, p. 256.

⁴⁵⁴ Webster: *Gran Bretaña y...*, vol. 1, p. 83.

⁴⁵⁵ Webster: *The foreign policy of Castlereagh: Britain and the reconstruction of Europe*. G. Bell, London, 1931, p. 411-412.

⁴⁵⁶ Webster: *Gran Bretaña y...*, vol. 1, p. 100.

⁴⁵⁷ De Castlereagh, ministro de Asuntos Exteriores británico, al conde de Palmella, plenipotenciario de Portugal en París. 1 de febrero de 1819. Citado en: Webster: *Gran Bretaña y...*, vol. 1, p. 268.

⁴⁵⁸ AHN, Estado, leg. 6815. De José Luis de Souza, embajador de Portugal en España, a José García de León y Pizarro, secretario de Estado de España. Madrid, 21 de septiembre de 1817.

⁴⁵⁹ AHN, Estado, leg. 6815. De José García de León y Pizarro, secretario de Estado de España, a José Luis de Souza, embajador de Portugal en España. Madrid, 24 de septiembre de 1817.

asunto⁴⁶⁰. Es más probable que se trate de un rumor creado por el miedo portugués de una invasión española, posibilidad que se percibía internacionalmente. Esta percepción estuvo lejos de convertirse en realidad.

Portugal siguió en posesión de la Banda Oriental hasta que los nuevos territorios independizados (Imperio de Brasil y las Provincias unidas del Río de la Plata) se disputaran dicho territorio (ya sin España y Portugal) en la Guerra de Brasil, que de 1822 a 1828 desembocó en la creación del Estado Oriental del Uruguay, recuperando este territorio para los hispano-hablantes.

En conclusión, es reseñable la subordinación de España al dictamen de las principales potencias con notas en tono de suplica. Potencias que decidieron que mientras se resolvía el asunto de las independencias americanas la Banda Oriental estuviera en manos portuguesas⁴⁶¹. Pizarro se quejó mucho de la pérdida de honor que suponía pedir ayuda, pero colaboró, para ese deshonor, su forma de redactar los mensajes de petición de ayuda a Inglaterra:

“La negociación entablada para reparar la invasión de los portugueses en el Río de la Plata presenta aún más interés y más trascendencia para la política inglesa que para la España (...) la necesidad de sostener la Inglaterra aquella opinión de imparcialidad y justicia que, en efecto, constituye la verdadera fuerza de las naciones, y que la Inglaterra sostiene con tanto honor. Pero se agrega a esta razón poderosa la de su interés mejor entendido. Este no puede consistir en un engrandecimiento tan extraordinario del Portugal, de debo excusarme en probar verdad tan evidente. No puede consistir tampoco en que se disminuya el poder de la España, amiga en aquellas regiones.”(...)“la garantía de la integridad de la Monarquía española está en todo su vigor y en el caso preciso de reclamarse con toda justicia, puesto que se dirige a conservarla en su estado verdadero con respecto a otra potencia, existente y aliada. (...) El Gabinete español se lisonjea de que la contestación del de Inglaterra le sacará de la penosa suspensión en que pone a su política este conjunto de observaciones del modo que desea...”⁴⁶²

En la nota España imploró, ante Inglaterra, una ayuda que por mera lógica no iba a producirse, expone unas razones para recibir la ayuda tremendamente peregrinas. Especialmente hilarante es cuando se dice que Gran Bretaña no puede permitir un engrandecimiento de Portugal, y obvia las razones para ello con la frase: “*excusarme en*

⁴⁶⁰ AHN, Estado, leg. 4503 (2). De Manuel de Lardizábal, encargado de Negocios de España en Portugal, a José García de León y Pizarro, secretario de Estado de España. Lisboa, 4 de octubre de 1817.

⁴⁶¹ Moreno Fernández, Yolanda: *Pensamiento político y diplomacia en la crisis del Antiguo Régimen: José García de León Y Pizarro (1770-1835)*. Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 1992, p. 209.

⁴⁶² Pizarro: *Memorias*. p. 667. (Nota pasada a la Inglaterra, en 6 de abril de 1817, sobre nuestros negocios pendientes.)

probar una verdad tan evidente". Efectivamente era imposible citar demasiadas razones para ello, pues esto era una mera invención del redactor de la carta; Gran Bretaña no podía estar preocupada por un engrandecimiento de Portugal. Esta política imploradora, no se acabará, y tenemos un ejemplo de su dilatación temporal en la petición de ayuda de la regente María Cristina a la reina Victoria de Inglaterra durante la guerra contra Estados Unidos en 1898⁴⁶³; parece que cuando las fuerzas nacionales no bastan cualquier medio por indecoroso e inútil que fuera valía.

Lo más interesante de este conflicto diplomático fue, como ya hemos dicho, la oportunidad que vio Pizarro para invadir Portugal; mandó a un espía para "*tener conocimiento exacto de la situación moral y militar de Portugal*"⁴⁶⁴, y aunque en la nota que presentó de su comisión ofrecía probabilidades para la empresa la actitud del ministerio de Guerra (como también hemos visto) fue definitiva para no acometer la invasión. Esta opción pudo verse descabellada pues Castlereagh se apresuró dar órdenes a sus embajadores en París y Madrid, para que declararan oficialmente que su Gobierno seguía considerándose obligado a defender el territorio portugués⁴⁶⁵, y una invasión, en tales circunstancias, era como mínimo arriesgada, pero más tarde, con el empeño portugués en quedarse con Montevideo, hubiera podido justificarse sin que Inglaterra, probablemente, no hubiera hecho nada. La invasión de Portugal se enfrió definitivamente y se aceptó la mediación internacional que ya había iniciado Cevallos; hubo prolijas negociaciones en París sobre el asunto en las que Fernán Núñez, al que se le habían dado plenos poderes el 19 de enero de 1818⁴⁶⁶. La estéril negociación no llevó a ningún acuerdo finalmente, el conde de Palmela (plenipotenciario portugués) pretendió ganar tiempo y unir el problema al de la pacificación de toda América. Finalmente la negociación se redujo a la petición portuguesa de una indemnización por los gastos de su expedición y un tira y afloja sobre la retrocesión de Olivenza; ante la lejanía en las posiciones, las negociaciones fueron rotas. Portugal tuvo la gran estrategia de pedir mucho, por lo que el punto medio entre lo que pedía España y lo que pedía Portugal favoreció a este último país e hizo parecer a España más intransigente de lo que realmente era. El 27 de mayo Stuart presentó las cuatro bases dictadas por Palmella: restitución del territorio, línea de límites compensatoria incluyendo Maldonado (con lo

⁴⁶³ Rosario de la Torre del Río: *España e Inglaterra en 1898*. EUDOMAUNIVERSIDAD/Textos de Apoyo, Madrid, 1988, p. 81.

⁴⁶⁴ Pizarro: *Memorias*. p. 255.

⁴⁶⁵ Sanz: "La conferencia...", p. 124.

⁴⁶⁶ *Ibidem*, p. 125.

que Portugal fagocitaba la práctica totalidad de la Banda Oriental), reconocimiento por España de las relaciones con los insurgentes y devolución de Olivenza, estas condiciones fueron calificadas como vergonzosas y humillantes tanto por el duque de Richelieu, ministro de Asuntos Exteriores francés, y por Pozzo di Borgo, embajador ruso en Francia⁴⁶⁷. En las conversaciones, entre 1816 y 1819, con Portugal y las potencias mediadoras participaron hasta cuatro secretarios de Estado españoles; Pedro Cevallos, José García de León y Pizarro, Casa Irujo, Manuel González Salmón y el duque de San Fernando. Todos los cambios supusieron un giro en las negociaciones, unos cedían más y otros menos, en realidad fue un fracaso portugués no haber aceptado el acuerdo del secretario de Estado que más concediera a Portugal, aunque no estaba en manos de Portugal, sino de Brasil aceptar el negocio, y la importaban más los territorios americanos que los portugueses, por lo que el riesgo de invasión de Portugal no era más importante para Brasil que devolver la Banda Oriental. Cuando el duque de San Fernando reemplazó a González Salmón, un cambio de instrucciones de Fernán Núñez le mandaba aceptar la retrocesión de Olivenza, con tal de que el asunto se tratara de manera directa y aislada por ambas Cortes⁴⁶⁸, pero tampoco se llegó a ningún acuerdo. España acabó confiando, tanto por las altas pretensiones portuguesas como por la precaria situación de la ocupación portuguesa (muy hostigada por los hispano-americanos), en la expedición que se estaba formando hacia América, para recuperar así la Banda Oriental por las armas⁴⁶⁹.

7.4 El conflicto con los Estados Unidos.

Desde que las 13 colonias norteamericanas adquirieran la independencia de Gran Bretaña en 1783, apenas pasaron 65 años para que completaran todo el territorio con el que cuentan sus actuales estados (excepto Alaska y Hawái que fueron anexados en 1867 y 1898). En 1819 consiguieron mucho territorio que estaba en litigio con España, pero era lógico, pues España estaba arruinada y luchando por territorios mucho más ricos en Sudamérica, no se podía permitir una guerra con Estados Unidos y eso era conocido por los Estados Unidos. Había una gran diferencia de entre la población norteamericana en territorio español y la española en territorio de los Estados Unidos (había muchos más

⁴⁶⁷ *Ibidem*, p. 127.

⁴⁶⁸ *Ibidem*, p. 140.

⁴⁶⁹ *Ibidem*, p. 141.

norteamericanos en territorios españoles en América), con estos condicionantes llegar a un acuerdo medianamente digno era un triunfo: “*Varias tentativas se hicieron en diferentes épocas, y en el año de 13, para poblar a Tejas. Durante mi Ministerio de Cádiz, dí providencias sobre ello; pero ya era tarde, y siempre se tropezó en nuestra invencible oposición a hacer cosa alguna. ¿Cómo defender límites entre provincias desiertas por nuestra parte y una población creciente, activa y ambiciosa por otra?*”⁴⁷⁰. España firmó tres acuerdos que afectaban a sus territorios del norte de América hasta 1819, fecha en que el Tratado Onís-Adams solucionó definitivamente el problema de límites que causó, principalmente, la venta de la Luisiana de Francia a Estados Unidos. En las siguientes líneas veremos estos tres importantes acuerdos:

Tratado de San Lorenzo de 1795: Se firmó para definir las fronteras entre los Estados Unidos y las colonias españolas en Norteamérica, también para regular los derechos de navegación del río Misisipi. Se fijaron las fronteras entre EEUU, la Colonia Española de Las Dos Floridas y la también Colonia Española de la Luisiana. Se estableció libertad de navegación en el Misisipi para estadounidenses y españoles. Se estipuló un depósito de comercio en Nueva Orleans. Habría libertad de comercio (excepto armamento) y compromiso de no aprehender buques de la parte contraria⁴⁷¹. Esta última condición fue la que provocó múltiples quebraderos de cabeza posteriormente pues, durante las Guerras Napoleónicas, España apresó barcos americanos con suministros hacia Inglaterra⁴⁷².

Tratado de San Ildefonso de 1800: La República Francesa puso a disposición del infante Luis Francisco de Borbón-Parma un territorio de nueva creación en la Península Italiana y a cambio España ofrece seis navíos de guerra y la Luisiana, bajo soberanía española desde 1763 por el Tratado de París⁴⁷³. Aunque no viene incluido en el tratado, Francia promete no retrocederla sin contar con España. En 1803 Francia viola este acuerdo verbal, entre otras cosas porque tiene la fuerza militar para hacerlo, y vende la Luisiana a Estados Unidos. Los límites de este territorio no están bien definidos, lo que creará un enorme problema.

Y para finalizar, el Convenio de 1802: En él se fijaban las indemnizaciones por las pérdidas ocasionadas durante la guerra contra Inglaterra a los buques americanos en

⁴⁷⁰ Pizarro: *Memorias*. p. 267.

⁴⁷¹ Cantillo: *Tratados, convenios...*, pp.663-673.

⁴⁷² *Ibidem*, pp. 665-672.

⁴⁷³ *Ibidem*, pp. 692-694.

puertos españoles. El acuerdo no fue ratificado por ninguna de las Partes, por lo que estas indemnizaciones serían un problema fundamental en las futuras negociaciones⁴⁷⁴.

El problema entre España y Estados Unidos comenzó a gestarse porque una clausula, del tratado de 1795, obligaba a España a respetar las propiedades a bordo de buques americanos. Parece algo muy trivial y lógico, pero el problema era que España estuvo en constante guerra con Inglaterra y el tratado le obligaba a respetar las propiedades inglesas dentro de los buques americanos, mientras que los ingleses no estaban obligados por ningún tratado a respetar las propiedades española en buques americanos. El caso es que no se respetó el tratado de 1795 y corsarios y tribunales de marina españoles no siempre respetaron la propiedad que iba dirigida al enemigo dentro de barcos estadounidenses, esto provocó que se acumulara la cantidad de compensaciones que iban pidiendo los Estados Unidos de manera totalmente justa. Hubo otra violación del tratado de 1795 que causaría también reclamaciones económicas de Estados Unidos a España con igual justicia. El intendente español en la Luisiana dio por suspendido el punto de depósito concedido a los Estados Unidos (por razones fiscales), cuanto en el tratado de 1795 no se autorizaba a suspender este depósito sin señalar al mismo tiempo otro punto equivalente a orillas del Misisipi⁴⁷⁵. España, ante el riesgo de guerra, deshizo el edicto pero acumuló exigencias de compensaciones económicas durante los meses que duró la supresión del depósito. El 11 de agosto de 1802 se concluyó un convenio sobre indemnización de pérdidas, daños y perjuicios creados durante la última guerra con Inglaterra por los excesos causados por individuos de ambas naciones contra el derecho de gentes o el Tratado de 1795⁴⁷⁶; pero este tratado no se ratificó, porque incluía en él que España tenía que pagar los perjuicios que les ocasionaron a los estadounidenses los corsarios y tribunales franceses en costas y puertos de España. La no ratificación todavía echaba más leña al fuego. En mayo de 1805 se presentaron en Aranjuez dos ministros extraordinarios americanos; Monroe⁴⁷⁷ y Pinckney. Su objetivo era fijar los límites de la Luisiana, y cobrar las indemnizaciones pendientes, no llegándose a ningún acuerdo y retirándose el representante del Gobierno americano en Madrid, Erving, en octubre de ese mismo año.

⁴⁷⁴ *Ibidem*, pp. 707-708.

⁴⁷⁵ Pizarro: *Memorias*. p. 574. (Exposición hecha al rey nuestro señor y a su Consejo de Estado sobre nuestras relaciones políticas y diferencias actuales con el Gobierno de los Estados Unidos de América)

⁴⁷⁶ *Ibidem*, p. 578.

⁴⁷⁷ Monroe, James (1758-1831): senador por Virginia (1790-1794), embajador estadounidense en Francia (1794-1796), gobernador de Virginia (1799-1802 y 1811), embajador estadounidense en Gran Bretaña (1803-1807), secretario de Estado de los Estados Unidos (1811-1814 y 1815-1817), secretario de Guerra de los Estados Unidos (1814-1815), presidente de los Estados Unidos (1817-1825).

Las relaciones habían estado suspendidas durante mucho tiempo, y en la Guerra de la Independencia el Gobierno estadounidense no reconoce en 1808 a la Junta Central y a su representante en Estados Unidos, Luis de Onís, considerando como único Gobierno legítimo el de José I. Sin embargo, el encargado de Negocios de los Estados Unidos en España asistió en Madrid a la fiesta de proclamación del rey Fernando VII (durante el breve tiempo que después de Bailén estuvo en manos “fernandinas”), y bajó a Sevilla con la Junta central, por lo visto José I propuso cederles las Floridas a cambio de una suma considerable de dinero, pero el representante americano dijo que no pagaría nada mientras los franceses no estuvieran en posesión del territorio cedido⁴⁷⁸. Por este camino no se solucionó lógicamente el asunto dada la derrota napoleónica en España. Los españoles de América sí que hicieron movimientos ante la presión estadounidense. El 20 de julio de 1809, el capitán de navío Ciriaco de Cevallos repasó desde Nueva Orleans las fuerzas americanas, aconsejando no enfadar a este país por su gran potencial: 167 lanchas en pie de guerra, un ejército en tiempos de paz de 6732 hombres, y una milicia en tiempos de guerra 674.354 hombres. Niega unos supuestos rumores de invasión de Nuevo México que preparaba Estados Unidos⁴⁷⁹. En 1810 el Gobierno americano se toma la justicia por su mano y ordena la invasión de la Florida occidental, territorio comprendido entre el río Perdido y el río Misisipi, como compensación económica por la deuda que tienen con España. También se encarga al gobernador de Georgia que acordase con los habitantes de la Florida oriental su sumisión, que de no producirse debía realizarse por la fuerza⁴⁸⁰. La Regencia, ocupada en la Guerra de la Independencia, no intentó ponerse en contacto con los americanos sobre esta cuestión, y toda la solución se aplazó hasta el final de la guerra. El 9 de enero de 1815, después de un ataque norteamericano a Pensacola, Luis Onís aconseja al secretario de Estado aliarse con Gran Bretaña reactivando su guerra contra los Estados Unidos, afirmó que era una ocasión excepcional para solucionar los problemas pendientes al estar Estados Unidos muy debilitada⁴⁸¹, no se tomó este partido y, por fortuna, se prefirió un final dialogado para no abrir otro frente.

La negociación que llevará al acuerdo final, que solucionará todos los temas pendientes con los Estados Unidos, se extenderá de 1816 a 1819, y los dos puntos

⁴⁷⁸ Villaurrutia: *El rey José...*, p. 75.

⁴⁷⁹ AHN. Estado, leg. 5551. Copia de un repaso de fuerzas de los Estados Unidos de Ciriaco Cevallos, capitán de navío español, escrita el 20 de julio de 1809 en Nueva Orleans.

⁴⁸⁰ Moreno: *Pensamiento político...*, p. 189.

⁴⁸¹ AHN. Estado, leg. 5640. N°2. De Luis Onís, embajador de España en Estados Unidos, a Pedro Cevallos, secretario de Estado de España, Filadelfia, 9 de enero de 1815.

pendientes seguían siendo los mismos: el pago de las indemnizaciones y fijar la frontera con las posesiones españolas, tras los problemas de límites causados por la compra de la Luisiana por los Estados Unidos. La dificultad que tenía España era que no disponía ni de dinero ni de fuerza; además su concepción de la extensión de la Luisiana era totalmente diferente de la de Estados Unidos. Para España la venta de la Luisiana era una venta ilegal, por tener un acuerdo verbal con Francia de no venderla a un tercero, pero en el peor de los casos se planteaba fijar como límite entre los dos países el Misisipi y conservar la invadida Florida. Por el otro lado, diametralmente opuesto, Estados Unidos consideraba la Florida occidental parte de la Luisiana, así como todos los grandes afluentes y territorios que morían en el Misisipi por su lado oeste. Además quería forzar las negociaciones para llegar hasta el río Grande y conseguir la Florida entera como pago por las indemnizaciones que se le debían. Estas eran realmente las pretensiones de cada país:

Conflicto de límites entre España y los EEUU por la Luisiana.



Fuente: elaboración propia.

La frontera de la derecha era la que pretendía España, mientras que la de la izquierda era el deseo de Estados Unidos, la zona resaltada entre las dos líneas es el territorio que compró Estados Unidos a Francia. Estas enormes diferencias entre los

objetivos alargaron mucho las negociaciones y estuvieron a punto de provocar la guerra, como explica el embajador Luis de Onís al secretario de Estado Pizarro en 1817: *“Ustedes no pueden formarse una idea de la ambición y orgullo de esta República, ni pueden creer que sea tan desatinada que, sin objeto, declare una guerra que la puede ser muy fatal; pero debe usted creer que el pueblo todo la desea con la España, y que sólo el pulso y tino con que yo me he conducido ha podido contenerla en tres distintas épocas que estaba bien decidida”*⁴⁸². A la llegada de Pizarro al ministerio de Estado la situación estaba muy tensa; Estados Unidos, impaciente, pronunció una declaración solemne que incorporaba la parte oriental de la Florida occidental a la Unión, también activaron sus comunicaciones con Buenos Aires (envían una expedición marítima diplomática a reconocer todos los puntos insurrectos). Madrid envió a Onís largas instrucciones, se intentó traer la negociación a España, pero los Estados Unidos se negaron, previamente siempre habían negociado en España y, últimamente, sin resultados o con tratados no ratificados.

En junio de 1817 el general Gregorio Mc Gregor tomó militarmente la ciudad de Amelia (Florida oriental, costa nororiental) y a finales de año tomó Pensacola (capital económica de la Florida occidental española, y casi limitando con la Florida oriental). Con esta política de hechos consumados se forzó a España a llegar a un acuerdo que no tardaría. Se intentó como siempre, durante esta época de vacas flacas, pedir ayuda internacional, dada la imposibilidad que tenía España para devolver los golpes recibidos en Norteamérica; se pidió ayuda a Francia e Inglaterra. Francia fue la que vendió Luisiana, a pesar del compromiso verbal de no venderla, pero ya no gobernaba Napoleón sino Luis XVIII, que lógicamente no se hacía responsable de este compromiso que no estaba ni siquiera escrito en papel. Por este lado no se la podía exigir nada, sí por el lado de las indemnizaciones que frustraron el Convenio de 1802, el punto sexto, que obligaba a España a pagar los perjuicios que los corsarios y tribunales franceses hicieron a barcos americanos en territorio español. Luis trasladó esta queja al embajador español en Francia y le informó de la desidia del embajador francés en Estados Unidos sobre el asunto: *“El Ministro de S.M Cristianísima en este País no ha dado un solo paso oficial al favor de S.M.C. en esta crisis fatal. Ni una sola palabra ha dicho sobre el asunto de hacerse cargo el Gobierno Francés de las reclamaciones de los Estados Unidos por las hostilidades y perjuicios que causara al comercio de esta*

⁴⁸² De Luis de Onís, embajador de España en Estados Unidos, a José García de León y Pizarro, secretario de Estado de España, Washington, 6 de abril de 1817. Citado en: Pizarro: *Memorias*. p. 645.

República los Corsarios y Consules Franceses en las costas y Puertos de España”⁴⁸³. Pidió Onís a Fernán Núñez que mediara en la Corte de Francia sobre este asunto pero no se consiguió nada. Pizarro se quejó de que Francia solamente pusiera buenas palabras sobre asumir esta deuda, tenía razón, pues finalmente Francia no pagó nada: *“Inconveniente ninguno ofrecía esta medida, pues la deuda nuestra estaba reconocida ya; la francesa ya había sido debatida; y en ella el Gobierno francés, siempre vario, unas veces nos favorecía, llegando hasta asegurarse que había transigido su cuenta con los Estados Unidos (cosa desmentida por ellos), otras nos dejaba comprometidos”*⁴⁸⁴.

La ayuda inglesa fue solicitada con ahincó, con mucho más fundamento que la francesa, pues Inglaterra tenía frontera con Estados Unidos en el Canadá, y la expansión hacia el oeste de los americanos ponía en un delicado problema de límites al territorio del Canadá. Sin embargo, Inglaterra había tenido una dura guerra, de 1812 a 1814, con los Estados Unidos terminada con el Tratado de Gante, diciembre de 1814, que, además de respetar el *statu quo ante-bellum*, proponía la creación de comisiones conjuntas para llegar a un acuerdo en los límites de las colonias británicas en Canadá. Esto frustró todas las comunicaciones que envió España a Inglaterra para que tomara partido: *“Lejos de esto, la Inglaterra, a quien se ha dirigido en estos dos años las más enérgicas y repetidas instancias sobre el asunto, no sólo se ha negado abiertamente a cooperar con nosotros, sino que nos ha aconsejado eficazmente que nos apresuremos a arreglar de cualquier modo nuestras diferencias con los americanos, aun cuando fuese a costa de sacrificios”*⁴⁸⁵. La ayuda Inglesa vino, sin necesidad de que la pidiera España, por la preocupación de Castlereagh en el excesivo aumento territorial de las antiguas colonias británicas, que podría perjudicar al comercio británico con el agrandamiento de su competidor natural en América. La ayuda consistió, simplemente, en atemperar al Gobierno americano, comunicándole la fortaleza de la Alianza europea, y la solidaridad que había entre ellos⁴⁸⁶.

España tuvo que negociar cara a cara, con Estados Unidos, sin más ayuda; el embajador de España en Estados Unidos era Luis Onís, que nos transmite, en una serie de despachos al secretario de Estado marqués de Casa Irujo, la extraordinaria dificultad

⁴⁸³ AHN. Estado, leg. 6797. De Luis Onís, embajador de España en Estados Unidos, a Fernán Núñez, embajador de España en Francia, 4 de febrero de 1818.

⁴⁸⁴ Pizarro: *Memorias*. p. 269.

⁴⁸⁵ *Ibidem*, p. 655.

⁴⁸⁶ Barlett: *Castlereagh*. p. 246-247.

que planteaba la negociación en suelo americano. Esto dice sobre el presidente Monroe que:

“lo único que parece es que no opina por el reconocimiento de los independientes hasta tanto que se vea claro lo que piensan en Aquisgrán (...) Por lo que toca a las negociaciones no hay apariencia ninguna de que se concluyan, si de ella no me dice terminantemente lo que debo ejecutar: Aquí se han reducido al límite de la Sabina, pero quieres que siga por su cima o cresta hasta el grado 11, y de allí por línea al Occidente hasta el Pacífico: Estos límites los miran como un ultimatum y creo que no variarán un ápice”⁴⁸⁷.

Ciertamente, éstos fueron los límites que firmaron en el tratado. El riesgo de guerra, durante el mes anterior a la firma, fue mayúsculo y Luis Onís mostraba el pensamiento estadounidense sobre la debilidad española: *“Estas gentes conocen nuestra situación mejor que nosotros mismos, saben lo poco de debemos contar con auxilios extranjeros y no quieren perder la ocasión que se les brinda de hacer su negocio”⁴⁸⁸*. En Europa surgieron fuertes rumores de que una dilatación en las negociaciones podría hacer que los Estados Unidos reconocieran la independencia de Buenos Aires, de Chile y Venezuela, especialmente de la primera. Estados Unidos transmitió esto a Inglaterra y pidió que la acompañara en esta declaración de independencia en agosto de 1818⁴⁸⁹, que lo difundió por todas sus embajadas europeas corriendo como la pólvora⁴⁹⁰. Ante la imposibilidad de sacar nada más que perjuicios alargando la negociación se firmó, el 22 de febrero de 1819, el Tratado Adams-Onís, dejando así la frontera entre el Virreinato de Nueva España y los Estados Unidos:

⁴⁸⁷ AHN. Estado, leg. 2770. De Luis Onís, embajador de España en Rusia, al marqués de Casa Irujo, secretario de Estado de España, Washington, 17 de noviembre de 1818.

⁴⁸⁸ AHN. Estado, leg. 2770. De Luis Onís, embajador de España en Rusia, al marqués de Casa Irujo, secretario de Estado de España, Washington, 4 de enero de 1819.

⁴⁸⁹ Webster: *Gran Bretaña y...*, p. 63.

⁴⁹⁰ AHN. Estado, leg. 5611(1). exp. 18. En este expediente figuran numerosas legaciones españolas en el extranjero dirigiéndose al secretario de Estado español, le comunican que Inglaterra cuenta la noticia en su respectiva Corte.

Frontera final del Tratado Adams-Onís



Fuente: elaboración propia.

Las Floridas se perdieron, pero a cambio se condonó la deuda de España con los Estados Unidos. Hasta la ratificación, Estados Unidos siguió amenazando con aceptar las independencias americanas, y sino lo hizo fue por no contar con el apoyo británico que daba largas sobre el asunto. Adams invitó a Gran Bretaña, a comienzos de 1819, de una forma más concreta, a unírseles en el reconocimiento de Buenos Aires⁴⁹¹, pero en palabras de Castlereagh “*el asunto era de demasiada magnitud para poder contestar inmediatamente*”⁴⁹². Hubo riesgo de guerra, el Gobierno español pidió a Luis Onís un recuento de tropas estadounidenses, expresando el embajador la gran dificultad que entrañaba la guerra por la gran fuerza que tenían los americanos⁴⁹³. Se dilató la entrega de Las Floridas, y se revisaron sus defensas para prepararse para una guerra, pero no se desataron las hostilidades y el tratado se ratificó finalmente el 22 de febrero de 1821. Al año siguiente Estados Unidos ya reconoció a México y Colombia⁴⁹⁴, parece que sólo la espera a la ratificación de este tratado evitó que reconociera la independencia antes. El acuerdo en realidad fue más útil para México que para España, pues el 27 de septiembre

⁴⁹¹ Webster: *Gran Bretaña y...*, Vol. 1. p. 63.

⁴⁹² AHN. Estado, leg. 5661(1). exp. 18. De José de Izard y Izquierdo, encargado de Negocios de España en Dinamarca, a Casa Irujo, secretario de Estado de España, Copenhague, 12 de junio de 1819.

⁴⁹³ AHN. Estado, leg. 5611(1). exp. 18. De Luís Onís, antiguo ministro de España en Estados Unidos, a Casa Irujo, secretario de Estado de España. (Principios de 1819).

⁴⁹⁴ Humphries: “Emancipación...”, p.434.

de 1821 México declaró una independencia que ya no perdería, y en 1832 ratificó el Tratado Onís-Adams con los Estados Unidos aceptando ambos los límites fijados en 1819⁴⁹⁵.

⁴⁹⁵ Cantillo: *Acuerdos, convenios...*, pp. 819-823.

8. Conclusiones provisionales.

Mi intención, a lo largo de este trabajo, a sido relatar “los hechos” de la manera más desapasionada posible; por esta razón he querido “dejar hablar directamente” a los protagonistas y renunciar a ser su intérprete siempre que ha sido posible, de ahí el volumen de las citas textuales, de las que soy gran defensor. No quiero ser malinterpretado, pues he tratado de tener en cuenta todos los condicionantes que pudieron influir para que los despachos diplomáticos fueran escritos así, y no los considero un reflejo exacto del pensamiento real de sus creadores. A pesar de mis primeras intenciones, considero imposible o absurda, por carecer de alma, una historia que no juzgue determinadas decisiones tomadas por sus protagonistas en su tiempo. Es cierto que el historiador debe ser un traductor que debe trasponer a nuestra lengua los valores de otras civilizaciones, pero es más cierto aún que los valores que influían en el juego diplomático del siglo XIX no difieren mucho de los del siglo XXI; España quería estar en el grupo de las grandes potencias, lo quiere ahora, y lo querrá en el futuro. También, como todo país, quería mantener la integridad de su territorio. Estos dos valores son inmutables en el tiempo, pero ¿qué se puede decir de las políticas llevadas a cabo para cumplir dichos objetivos?, ¿mutan estas políticas con el tiempo impidiéndonos juzgarlas?, ¿somos injustos al criticar mentalidades que nos parecen mal por ser distintas a la que tenemos? Realmente los objetivos internacionales de España de 1812 a 1818 eran comprensibles, y las políticas y estrategias que se llevaron a cabo carecieron de una moral, o mentalidad de la época, que las limitara. Se eligieron las políticas que se creían mejores para cumplir los objetivos, esto nos permite criticarlas o alabarlas fijándonos, por supuesto, en todos los factores y condicionantes que rodearon la toma de tales decisiones. La primera misión de un historiador es contar los hechos de la manera más fidedigna posible, pero tampoco podemos engañarnos; es el historiador el que establece qué cuenta y cómo lo cuenta, por mucho que haga “hablar” a políticos del pasado a través de sus despachos diplomáticos, siempre elegiré unos y no otros, un determinado fragmento y no otro, en definitiva, a pesar de la buena fe con que desarrolle esta labor siempre estará bajo sospecha por haber elegido determinadas fuentes para defender una determinada tesis. Mi trabajo, para intentar alejar estas sospechas lo máximo posible, no defiende ninguna tesis concreta, no defiende la labor de los absolutistas o los liberales, no se encuentra inserto en ninguna corriente de

investigación conducente a condenar, o rescatar de los infiernos, la política de Fernando VII, no pretende cebarse con la figura de Pedro Gómez Labrador incrementando su desastrosa leyenda..., lo que pretende mi trabajo es narrar, de la manera más relevante, fidedigna y completa posible, el desarrollo de la diplomacia española de 1812 a 1818, y una vez terminado el relato llegar a ciertas conclusiones sin descartar que mis lectores puedan llegar a otras. Las considero provisionales por ser quizás modificadas en una futura tesis doctoral. Quizás nuevos documentos vistos en archivos extranjeros puedan enriquecer la sabiduría sobre el periodo.

A continuación expondré las conclusiones a las que he llegado con las fuentes que he tenido a mi alcance.

¿Era justo que España fuera tratada como una gran potencia? sí. ¿Fue culpa de la política exterior española su separación del grupo de las grandes potencias? seguramente no. Quizás sea excesiva la simplificación, pero, básicamente, las respuestas responden más a la realidad que cualquier frase elaborada. Me parece necesario matizar la segunda respuesta, quiero dejar claro que, más que ninguna otra, es una conclusión provisional que tiene que ser corroborada en archivos extranjeros, quizás en la conversión de este estudio en una tesis.

España merecía ser tratada como gran potencia por su superlativa importancia en la caída de Napoleón, caída que supuso la creación de un nuevo sistema internacional y por la posesión de su, todavía, Imperio americano. El ejército regular español quedó destrozado con la invasión francesa, pero la guerrilla hizo que el ejército napoleónico tuviera que difuminarse por el territorio, polarizando en exceso sus rutas de suministros. El ejército regular español fue útil apoyando al inglés, que hubiera perdido la guerra sin el apoyo de la resistencia española. Sin la resistencia española no hubiera existido el frente de España, y es muy dudoso que Napoleón hubiera perdido la guerra de haber tenido un único frente en Rusia, por no hablar de si Rusia se hubiera atrevido a enemistarse con Napoleón de no haber existido el frente español. No era justa la marginación de un país que había sufrido tanto en las Guerras Napoleónicas (destrucción del territorio propio, secuestro de su dinastía...), del país que más duramente había pagado su resistencia frente Napoleón. No se podía juzgar a España por haber pactado con Napoleón en el pasado, pues todos lo habían hecho, tampoco se podía acusar a Fernando VII por firmar el Tratado de Valençay, pues estaba prisionero. Todas las grandes razones morales que tenía España para estar presente en el directorio de naciones fueron relegadas por la poca utilidad que la alianza española tenía para

colaborar en los grandes problemas europeos del momento; poco podía hacer España para enfrentarse -o para apoyar- al expansionismo ruso y prusiano estando arruinada, con el ejército destrozado y con una situación geográfica alejada. De todas formas, a pesar de la inutilidad de su alianza en este aspecto, podía haberse incluido a España en el bloque de las grandes potencias sólo por su posesión del Imperio americano, lo que la daba una indudable importancia, pero claro, aquí entra en confrontación la discutible posesión de un Imperio en rebeldía.

¿Fue culpa de la inhabilidad internacional española su relegación como gran potencia? Ya he contestado que seguramente no. A pesar de los fallos diplomáticos, que los hubo, posiblemente no fueron determinantes para que España participara o no en el directorio europeo. La ruina de España, y su incapacidad para contradecir la decisión unida de las grandes potencias, hicieron que éstas no se plantearan, siquiera, que España jugara un papel importante en el sistema internacional del momento. Más que una intención premeditada, ésta fue fruto de una mentalidad colectiva que unió a Inglaterra, Austria, Prusia y Rusia, considerándose las únicas salvadoras de Europa, Francia se unió después al directorio pues su fortaleza como nación era incuestionable, no como la de España; además, Rusia Prusia y Austria desplazaron hacia el este el sistema internacional europeo, lo que perjudicó claramente a España, no haciéndolo tanto con Francia.

El desprestigio de España también ayudó, y fue tan absoluto que en la bibliografía extranjera ni siquiera se plantean que España jugara un papel relevante en la política internacional, no se consideraban los objetivos y demandas de España problemas importantes que debían resolverse. Es frecuente que la correspondencia de España con las potencias, pidiendo participar en el directorio europeo, encuentre respuestas con evasivas en el mejor de los casos, ya que otras veces se rechazaba o ni siquiera se contestaba. Además las propias circunstancias internas de España que la devaluaban internacionalmente. Los problemas internos españoles eran incontables: profunda crisis económica, guerra con las colonias americanas, constantes pronunciamientos liberales, un régimen que oprimía a liberales y afrancesados, constantes cambios en los cargos políticos y, entre otros, el desprestigio del mismo Fernando VII. Su descrédito se sostenía por el convencimiento generalizado de que la abdicación de Carlos IV había sido forzada, por haber caído en el burdo engaño al que fue sometido por Napoleón, por sus felicitaciones a Napoleón cuando vencía en España, por la fama de su “camarilla”,

por su Tratado de Valençay, y, en general, por todos los problemas que tenía España y que él representaba.

En cuanto al cuerpo diplomático, la concentración de importantes políticos como embajadores no debe ser mirada como una característica peculiar de España en este periodo histórico. Las relaciones internacionales eran la cuestión más importante de los países en esa época, y era lógico que los prebostes más importantes del país tuvieran en sus manos esos asuntos; el sistema internacional estaba cambiando y era lógico que los políticos más preparados intentaran beneficiar lo más posible a España. En todos los países, los más importantes políticos estaban a cargo de la representación internacional de sus países. La pregunta es la siguiente, ¿fue buena la concentración de los políticos más importantes como diplomáticos? Por un lado, son indudables los beneficios de una gestión en manos lo más preparadas posibles, pero en el caso español era distinto; había constantes cambios en la secretaria de Estado, el cargo pendía de un hilo y había indudable rivalidad entre los diplomáticos para ocupar los más altos cargos al lado del rey. La rivalidad llegaba hasta el punto de criticar las actuaciones diplomáticas de sus compañeros, debilitando su autoridad internacional, y de censurar las directrices a seguir que les comunicaba el secretario de Estado. Estas críticas al secretario de Estado adquieren dimensiones catastróficas cuando se unen a la lucha de poder existente entre rey, camarilla, Consejo de Estado y secretario de Estado. Todo esto llevó a los constantes cambios en la secretaría de Estado, hasta 12 cambios de secretario de Estado en el periodo de 1812 a 1818. Estos cambios eran muy sensibles para los diplomáticos españoles, pues los nuevos secretarios de Estado cambiaban sus instrucciones originales y les ponían en el compromiso de desdecirse, evidenciando ante resto de países el desbarajuste interno de España. El miedo a las críticas hizo que Pizarro no actuara con decisión ante ninguno de los problemas internacionales que se le plantearon como secretario de Estado.

En cuanto a los errores diplomáticos que cometió España, hubo algunos de relativa poca importancia; como la pelea por la precedencia con Rusia y el *affaire* Casa Flores, pero los errores más importantes fueron dos: el conflicto con Portugal por la Banda Oriental del Río de la Plata y el empecinamiento en pedir ayuda militar a las potencias para someter a los rebeldes americanos. Curiosamente, en ninguno de estos dos negocios intervino Pedro Gómez Labrador, posiblemente el diplomático español más denostado de la historia, aunque es cierto que fue el principal responsable del conflicto por la precedencia diplomática con Rusia.

El conflicto por la Banda Oriental fue una agresión brasileño-portuguesa en toda regla. Una ofensa muy grave si tenemos en cuenta que se hizo sin previo aviso, y con unas bodas ya negociadas entre Fernando VII y su hermano Carlos y dos infantas portuguesas. España, en este caso, no tenía problema para trasladar a un ejército por mar o para enfrentarse al ejército portugués, sin embargo, incomprensiblemente, pidió la mediación de las grandes potencias. Austria, Francia, Inglaterra, Rusia y Prusia no solucionaron el problema a favor de España, que posteriormente quiso abandonar esta mediación. Durante el Congreso de Viena, Labrador explicó al representante portugués que su reclamación sobre Olivenza había fracasado por no haberla llevado a un plano exclusivamente bilateral; entonces ¿qué sentido tenía que España pidiera a otras potencias su mediación en el conflicto por la Banda Oriental? Portugal era más débil y se la podía obligar a retirarse por la fuerza; pero además, ¿por qué insistía España en pedir ayuda a unos países que no la incluían en el directorio de las grandes potencias y que rechazaron todas sus reclamaciones en el Congreso de Viena? Las negociaciones, a través de la mediación, se estancaron y no condujeron a nada.

En cuanto a la petición de ayuda militar para controlar la sublevación americana, hubo un primer error: la intervención podía haberse producido de haber concedido España una amnistía general a los rebeldes y una mayor apertura comercial; pero no es mi intención juzgar el pensamiento dominante en España. La tradición de monopolio comercial estaba muy enraizada y era normal que no se quisiese renunciar a este privilegio. Minimizado este primer error, nos fijamos ahora en el segundo: haber tenido confianza en que la mediación se produciría y que, en concreto, Rusia se atrevería a ayudar a España de manera aislada. España retrasó la expedición esperando ayuda internacional, lo que provocó que la sublevación no fuera convenientemente atacada. Se puede alegar que fue mejor no mandar expediciones, pues sólo se hubiera alargado y recrudecido una guerra que España, posiblemente, tuviera perdida. A pesar de la razón que puede tener esta afirmación, no debemos fijarnos en acontecimientos que sólo sabemos nosotros a posteriori, sino en los objetivos de la España de entonces y en la política para llevarla a cabo, errónea en este caso. Gran Bretaña no quería intervenir militarmente en América y no iba a dejar que ninguna otra potencia lo hiciera; los británicos tenían unos privilegios comerciales que le había dado el Tratado de Amistad y Alianza de 1814 con España, y no podía permitir que otra potencia le reemplazara en esos privilegios, es así de simple. Por lo tanto, pensar en ayuda militar era una utopía que no debió tomar en serio España; podía haberla pedido, porque nada perdía en ello,

pero sin descuidar un instante sus propias fuerzas, que serían las únicas que podrían retener su Imperio americano. No obstante, es necesario establecer diferencias entre las políticas que España no llevó a cabo por falta de recursos y las que las que pudo desarrollar aunque eligiera otras opciones. Las expediciones militares a América eran muy costosas y no parece que pudiera mandar las suficientes para controlar la revuelta, en cambio forzar militarmente a Portugal para que se retirase de la Banda oriental era más sencillo.

La negociación sobre la compensación a la reina de Etruria merece una observación final; Labrador pudo conseguir los tres ducados para la hermana de Fernando VII si no hubiese rechazado la oferta de Metternich de febrero de 1815, que consistía en los tres ducados de Parma, Plasencia y Guastalla, pero conservando Austria la ciudad de Plasencia. Pero en esos momentos la compensación parecía poca, pues el reino de Etruria había sido mucho más grande. Además, fue sorprendente el desprecio que sufrió España cuando, unilateralmente, fueron concedidos, poco después, los ducados a María Luisa de Habsburgo, incluyéndose esta decisión en el Acta de Viena que muy acertadamente se negó a firmar Pedro Gómez Labrador.

En definitiva, los diplomáticos españoles sufrieron los problemas internos, las órdenes erráticas e irrealizables, la ignorancia de las potencias a sus peticiones, los cambios de instrucciones y la falta de pago del Gobierno español. No he observado ningún error reseñable que cometieran, las circunstancias fueron muros infranqueables que no les permitieron, muchas veces, cumplir sus instrucciones. Podemos decir que uno de sus mayores méritos fue mantenerse vivos, y en la alta sociedad internacional, a pesar del desamparo pecuniario al que fueron sometidos.

9. Índice de personajes.

Alejandro I de Rusia (1777-1825): zar de Rusia (1801-1825).

Angulema, duque de (Luis Antonio de Borbón) (1775-1844): comandante en jefe de los “cien mil hijos de San Luis” (1823), delfín de Francia (1824-1830).

Baltasar Hidalgo de Cisneros (1755-1829): virrey del Río de la Plata (1809-1810), ministro de Marina (1818-1820).

Bardají Azara, Eusebio (1776-1842): secretario de Estado de España (1809, 1810 [interino dos veces] y 1821-1822), plenipotenciario español en el Imperio austriaco (1809), ministro de Asuntos Exteriores (1810-1812, 1821, y 1837) embajador en Lisboa, embajador español en Rusia (1812-1816), embajador en Lucca (1817-¿?).

Basano, duque de (Hugues-Bernard, Maret) (1763-1839): embajador de Francia en el Reino de Nápoles (1794-1795), negoció una paz frustrada con Gran Bretaña en Lille (1797), miembro del Gobierno de Napoleón (1800-1815), redactó la ley por la que José I sustituía a los Borbones en el trono español, así como la Constitución de Bayona (1808), ministro de Asuntos Exteriores (1811-1813), secretario privado de Napoleón (1813-1815), primer ministro de Francia (1834).

Bernadotte Jean-Baptiste (1763-1844): mariscal de Francia (1804-1813), príncipe heredero de la Corona sueca (1810-1818), rey de Suecia y Noruega (1818-1844).

Blücher, Gebhard Leberecht von (1742-1819): mariscal de campo austriaco (1813-1814), comandante en jefe de las tropas prusianas en Leipzig (1813), Lützen (1813), Ligny (1815) y Waterloo (1815).

Canning George (1770-1827): ministro de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña (1807-1809 y 1822-1827), primer ministro (1827).

Capo d'Istria (1776-1831): ministro de Asuntos Exteriores de Rusia junto a Nesselrode (1816-1822), gobernador de Grecia (1826-1831).

Carlos Luis de Borbón y Parma (1799-1883): rey de Etruria (1803-1807), duque de Lucca (1815-1847), duque de Parma (1843-1844).

Cathcart, lord (William Schaw Cathcart) (1755-1843): embajador inglés en Rusia y comisionado militar, estuvo en el cuartel general aliado durante los últimos años de la guerra contra Napoleón (1812-1814).

Casa Irujo, Marqués de (Carlos Martínez de Irujo y Tacón) (1765-1824): ministro extraordinario y plenipotenciario en Estados Unidos (1796-1807), ministro plenipotenciario en Brasil (18010-1811), secretario de Estado de España (1812, 1818-1819 y 1823).

Castlereagh, Robert Stewart (1769-1822): secretario de Estado para la Guerra y las Colonias (1805-1806 y 1807-1809), ministro de Asuntos Exteriores y jefe de la cámara de los Comunes (1812-1822).

Caulaincourt Armand Augustin (1773-1827): embajador en Rusia (1807-1810), representante francés en el Congreso de Praga (1813), en el Armisticio de Pleswitz (1813) y en el Tratado de Fointenbleau (1814), ministro de Asuntos Exteriores (1813-1814 y 1815).

Cavendish-Bentinck, William (duque de Portland) (1738-1809): primer ministro británico (1783 y 1807-1809).

Cavendish-Bentinck, William Henry (1774-1839): miembro del Parlamento británico (1796-1803, 1812-1814, 1816-1828 y 1836-1839), gobernador de Madrás (1803-1806), enviado a España durante la Guerra de la Independencia (¿?-1814) comandante en jefe de las tropas británicas en Sicilia (1814-1815), gobernador general de la India entre (1828-1835).

Zea Bermúdez, Francisco (1779-1850): embajador extraordinario en Rusia (1810-1812), encargado de Negocios en Rusia (1812-1820), embajador en Constantinopla (1820-1823), embajador en Gran Bretaña (1823-1824), secretario de Estado de España (1824-1825 y 1832-1834).

Cevallos Guerra, Pedro (1764-1840): secretario de Estado de España (1800-1809 y 1814-1816), enviado a Inglaterra en misión especial (1809-1810).

Colombí y Payet, Antonio (1749-1811): cónsul general de España en Rusia (1786-1811), también fue embajador extraordinario.

De la Vega Infanzón, Andrés Ángel (1768-1812): miembro de la Junta asturiana (1808-1809), enviado a Londres en misión especial de la Junta asturiana (1808), diputado de las Cortes de Cádiz (1810-1812).

Eguía, Francisco de (1750-1827): secretario de Guerra (1810 y 1814-1819).

Eugenio de Beauharnais (1781-1824): ayudante de campo de Napoleón en su primera y segunda campaña en Italia y también en Egipto (1796-1800), alteza imperial y príncipe imperial (1804-1814), virrey de Italia (1805-1814).

Federico Guillermo III de Prusia (1770-1840): rey de Prusia (1797-1840).

Fernán Núñez, conde (Carlos Gutiérrez de los Ríos) (1779-1822): embajador en Londres (1812-1817), embajador en París (1817-1820).

Fernando III de Toscana y Borbón (1769-1824): gran duque de Toscana (1790-1801 y 1814-1824), príncipe elector del Electorado de Salzburgo (1801-1805), duque de Wulzburg (1805-1814).

Fernando VII de Borbón (1784-1833): rey de España (1808 y 1813-1833).

García de León y Pizarro, José (1770-1835): secretario del Consejo de Estado (1802-1808), secretario de Estado (1812 y 1816-1818), ministro en Prusia y plenipotenciario en el Congreso de Praga (1813-1815).

Hardenberg, von (Karl August) (1750-1822): ministro de Asuntos Exteriores prusiano (1804-1816), primer ministro prusiano (1810-1822).

Infantado, duque del (Pedro Alcántara Álvarez de Toledo) (1773-1841): presidente del Consejo de Castilla (1808 y 1814-1820), embajador en Londres (1811-1812), presidente del Consejo de Regencia (1823), ministro de Estado (1825-1826).

Jackson, Andrew (1767-1845): presidente del Tribunal Supremo de Tennessee (1797-1804), como general de milicias participó en la guerra de 1812 con Gran Bretaña, y dirigió una expedición triunfante hacia Florida (1814), presidente de los Estados Unidos (1829-1837).

José I, Bonaparte (1768-1844): rey de Nápoles (1806-1808), rey de España (1808-1813).

Jorge IV (1762-1830): príncipe regente (1811-1820), rey del Reino Unido (1820-1830).

Juan VI (1767-1826): rey de Portugal (1816-1826).

Labrador, Pedro Gómez (marqués de Labrador): (1772-1850): encargado de Negocios en Florencia (1798-1799), ministro de España ante la Corte Pontificia (1799-1801, 1827-1831 y 1833-1834), representante español en la Corte de Etruria (1801-1806), secretario de Estado (1812), plenipotenciario español en el Congreso de Viena (1814-1815), embajada extraordinaria en París para proseguir las negociaciones internacionales (1815-1817), embajador de familia en Nápoles (1817).

Lardizábal y Uribe, Miguel de (1744-1823): miembro de la Regencia (1810), ministro de Indias (1814-1815).

Lieven, Christopher (conde de Lieven) (1774-1839): embajador ruso en Prusia (1809-1812), embajador ruso en Londres de (1812-1834).

Liverpool, lord (Robert Banks Jenkinson) (1770-1828): secretario de Asuntos Exteriores (1801-1804), secretario de Estado para la Guerra y las Colonias (1809-1812), primer ministro británico (1812-1827), líder de la cámara de los Lores (1803-1806 y 1807-1827).

López Méndez, Luis (1758-1831): enviado en misión especial a Londres representando a la Junta Suprema de Caracas (1810-1817), agente y comisionado especial de Venezuela en Londres (1817-1821), agente diplomático de la República de Colombia antes las Cortes de Francia, Países Bajos y las ciudades hanseáticas.

Luyando, José (1773-1835): secretario de Estado (1813-1814 y 1823).

Elio, Francisco Javier (1767-1822): gobernador de Montevideo (1807-1809), virrey de Río de la Plata, no reconocido (1810-1812), general español durante la Guerra de la Independencia (1812-1814).

María Luisa de Austria (1791-1847): hija del emperador de Austria, emperatriz de Francia (1810-1814), duquesa de Parma, Plasencia y Guastalla (1814-1847).

María Luisa de Borbón (1782-1824): infanta de España (1782-1824), reina consorte de Etruria y regente (1801-1807), duquesa soberana de Lucca (1814-1824).

Martín de Garay y Perales, Martínez de Villela y Franco (1771-1822): miembro del Consejo de Estado (1810-1813), ministro de economía (1816-1818).

Metternich, Klemens von (1773-1859): representante austriaco en el Congreso de Rastadt (1797), embajador en Sajonia (1801-1803), embajador en Prusia (1803-1806), embajador en Francia (1806-1809), ministro de Asuntos Exteriores (1809-1846).

Murat, Joaquín (1767-1815): comandante de la primera división militar y gobernador de París (1800-1804), mariscal y gran almirante del Imperio (1804-1808), mariscal de Francia y rey de Nápoles (1808-1815).

Monroe, James (1758-1831): senador por Virginia (1790-1794), embajador estadounidense en Francia (1794-1796), gobernador de Virginia (1799-1802 y 1811), embajador estadounidense en Gran Bretaña (1803-1807), secretario de Estado de los Estados Unidos (1811-1814 y 1815-1817), secretario de Guerra de los Estados Unidos (1814-1815), presidente de los Estados Unidos (1817-1825).

Napoleón I Bonaparte (1769-1821): cónsul (1799), primer cónsul (1799-1804); emperador de los franceses (1804-1814 y 1815).

Nesselrode, Karl Robert (1780-1862): ministro de Asuntos Exteriores de Rusia (1814-1856, junto con Capo d'Istria de 1816-1822).

Onís, Luis de (1762-1827): ministro plenipotenciario de España en Estados Unidos (1809-1819), embajador de España en Gran Bretaña (1821-1822).

Palafox y Melci, José de (1776-1847): capitán general de Aragón (1808-1809), prisionero francés (1809-1813), enviado a la Regencia para la negociación del Tratado de Valençay (1813), capitán general de Aragón (1814-1815), comandante de la Guardia Real (1820-1823).

Palmella, conde de (Pedro de Sousa Holstein) (1781-1850): embajador de Portugal en Gran Bretaña (1812-1817), plenipotenciario portugués en el Congreso de Viena (1814-1815), ministro de Asuntos Exteriores de Portugal (1817-1820), ministro de Guerra de Brasil (1820-1821), primer ministro de Portugal (1834-1835, 1842 y 1846-1849).

Pérez de Castro (1778-1848): enviado extraordinario en Lisboa (1809-1810), encargado de Negocios en Austria (1814), ministro de España en las ciudades hanseáticas (1817-1820), secretario de Estado (1820-1821), presidente de la Regencia

(1930), embajador ante la Corte Pontificia (1833), presidente del Consejo de Ministros (1838-1840).

Pio VII (1742-1823): papa de Roma (1800-1823).

Pozzo di Borgo, Carlo Andrea (1764-1842): embajador de Rusia en Francia (1814-1835), embajador de Rusia en Gran Bretaña (1835-1839).

Richelieu, Duque de (Armand Emmanuel du Plessis) (1766-1822): ministro de Asuntos Exteriores francés (1815-1818).

Ruiz de Apodaca, Juan (1754-1835): embajador español en Londres (1809-1811), capitán general y gobernador de La Habana (1812-1816), virrey de la Nueva España (1816-1820), jefe político superior de la Nueva España.

San Carlos, duque de (José Miguel de Carvajal, Vargas y Manrique) (1771-1828): mayordomo mayor de Palacio (1808 y 1814-1815), secretario de Estado de España (1814), embajador de España en Viena (1815-1817), embajador de España en Inglaterra (1817-1820), embajador en Francia (1823 y 1827-1828).

Schwarzenberg, Carlos Felipe de (1771-1820): embajador austriaco en París (1810-1813), militar al mando de las fuerzas austriacas durante la campaña de Rusia (1812), dirigió al ejército austriaco en la batalla de Leipzig, jefe al mando del ejército de la Sexta Coalición (1814).

Soult, Jean de Dieu (1769-1851): mariscal de Francia (1804-1815), ministro de la Guerra (1814-1815), jefe de Estado Mayor de Napoleón (1815).

Stadion, conde von (Johann Philip) (1763-1824): ministro de Asuntos Exteriores austriaco (1805-1809), negoció con Austria y Prusia el Tratado de alianza de Reichenbach (1813), ministro de Hacienda (1815-1824).

Stein, Karl von (1757-1831): ministro de Comercio e Industria de Prusia (1804-1807), jefe de Gobierno (1807-1808), consejero de Alejandro I (1812-1815).

Talleyrand, Charles Maurice de (1754-1838): presidente de la Asamblea Nacional (1790), ministro de Asuntos Exteriores de Francia (1797-1807 y 1814-1815); miembro del Gobierno provisional (1814); primer ministro de Francia (1815).

Tatischeff, Dimitri Pavlovich (1767-1845): miembro de la junta de relaciones exteriores rusa (1799-1802), embajador en Nápoles (1802-1803), enviado a Nápoles (1805-1808), embajador en ruso en España y acreditado ante la Corte holandesa (1814-1821), embajador en La Haya (1821-22), enviado ruso al Congreso de Verona (1822), embajador extraordinario y plenipotenciario ante Austria (1826-1841).

Toreno, conde de (José María Queipo de Llano y Ruiz de Sarabia) (1786-1843): enviado a Londres en misión especial de la Junta asturiana (1808), diputado y presidente de las Cortes (1820-1823), ministro de Hacienda (1834), presidente del Consejo de Ministros de España (1835-1836).

Ugarte, Antonio (1780-1833): director general de las expediciones destinadas conquistar y pacificar América (¿?, nombrado por Manuel Godoy), secretario del Consejo de Estado (1823-1825), embajador español en Cerdeña (1825-¿?).

Vargas Laguna, Antonio (¿?-1824): ministro de España ante la Corte pontificia (1801-1809, 1814-1820 y 1823-1824).

Vázquez Figueroa, José (1770-1855): ministro de Marina (1810-1813, 1816-1818 y 1834-1835).

Víctor Manuel I (1759-1824): rey de Cerdeña (1802-1821).

Wellesley, Arthur (duque de Wellington) (1769-1852): comandante en la expedición a Dinamarca (1807), jefe de la fuerza expedicionaria británica en la Península Ibérica (1808 y 1809-1814), generalísimo de todos los ejércitos españoles (1812-1814), embajador británico en Francia (1814-1815), master-general of ordnance (1819-1827), comandante en jefe del ejército británico (1827-1854, exceptuando los periodos donde fue primer ministro), primer ministro británico (1828-1830 y 1834).

Wellesley, Henry (1773-1847): ministro plenipotenciario en España (1809-1811), embajador británico en España (1811-1821), embajador en Austria (1823-1831), embajador en Francia (1835 y 1841-1846).

10. Cronología.

1813

Junio

- 21 Batalla de Vitoria.
- 24 Tratado de Reichenbach (Austria y Rusia).

Julio

- 10 Inicio del Congreso de Praga.
- 25 Gabinete interino de Antonio Cano Manuel.

Agosto

- 10 Fin del Congreso de Praga
- 11 Austria declara la guerra a Francia. Napoleón estaba muy interesado por la paz en este momento, pues se encuentra frente a cuatro países que juntos reúnen un potencial militar muy superior al francés.
- 16 Nombramiento de Pizarro como ministro en Prusia y plenipotenciario en el Congreso de Praga.
- 18 El duque de Bassano (diplomático francés) ofreció seguir las negociaciones.

Septiembre

- 26 El mismo duque dirige una carta al emperador austriaco hablando de paz.

Octubre

- 10 Napoleón envía otro emisario, un general austriaco capturado, Merveldt, con una oferta de paz. Gabinete interino Fernando de la Sorna. Gabinete interino de Juan O'Donujú.
- 17 Gabinete interino de Fernando Laserna.
- 17-19 Batalla de Leipzig.

Noviembre

- 9 La Alianza envía al prisionero St. Aignan (cuñado de Caulaincourt) a las líneas francesas ofreciendo las fronteras naturales (a esto se le llama las propuestas de Frankfurt).

- 10 Carta de Metternich a Caulaincourt apremiando para una pronta paz.
- 21 Un Gobierno independiente es restaurado en Holanda.
- 23 Carta del duque de Basano proponiendo Manheim como lugar de una conferencia pero eludiendo toda referencia a las condiciones aliadas.
- 25 Metternich contesta que es imposible iniciar negociaciones sin que se acepten las bases de Frankfurt.
- 26 Se cierran las sesiones de Cortes en la Isla de León.
- 29 Pizarro llega al cuartel general de la Coalición en Frankfurt.

Diciembre

- 2 Caulaincourt acepta las propuestas de Frankfurt.
- 6 Gabinete interino de José Luyando.
- 11 Tratado de Valençay.
- 20 Castlereagh se traslada al continente (llega el 18 de enero al cuartel general aliado).
- 29 Napoleón obliga a su hermano José a que abdique de la Corona de España.

1814

Enero

- 2 La Asamblea Nacional de Venezuela otorga a Simón Bolívar los poderes absolutos.
- 8 La Regencia no acepta el Tratado de Valençay.
- 14 Dinamarca cede Noruega a Suecia a cambio de la Pomerania sueca como parte del Tratado de Kiel (que finalmente nunca entraría en vigor).
- 15 Apertura de Cortes en Madrid.
- 20 Tratado de amistad y alianza entre España y Prusia.
- 16 Orden a Schwarzenberg de detener el avance del ejército aliado.
- 21 Fernán Núñez nombrado plenipotenciario en el Congreso de Châtillon.

Febrero

- 1 Victoria aliada en La Rothiere.
- 2 Las Cortes españolas fijan una serie de medidas ante el inminente regreso de Fernando VII, con el objeto de imponerse al monarca (última esperanza de los absolutistas para restablecer el Antiguo Régimen). Así, la Regencia marca el itinerario que el monarca deberá seguir en su regreso, los honores con que deberá ser recibido y el juramento de la Constitución de 1812 como paso previo para su reconocimiento.
- 5 Inicio del Congreso de Châtillon.
- 7 Los Aliados ofrecen los “antiguos límites”
- 9 Caulaincourt los acepta, Napoleón los rechaza.
- 11 Victoria francesa en Montmitail.
- 10-17 Se suspende la conferencia ante el avance francés que ponía en peligro a todo el Cuartel General.
- 18 Victoria francesa en Montereau. Los franceses ocupan Troyes.
- 21 Napoleón hace gestiones directas con el Emperador Francisco, sin resultado. Insiste en las fronteras naturales.
- 22 Retirada aliada a Langres.

Marzo

- 1 Los Aliados reanudan el avance y firman el Tratado de Chaumont. La paz ya no es posible.
- 9 Blücher derrota a los franceses en Laon.
- 10 Caulaincourt ofrece la renuncia de toda soberanía francesa más allá de las fronteras de Francia (es decir; podría referirse perfectamente a las fronteras naturales).
- 12 Wellington entra en Bourdeaux.
- 15 Caulaincourt acepta las fronteras pre-revolucionarias salvo Lucca y Neuchatel.
- 18 Los aliados entran en París y rechazan esta última oferta.
- 19 Se disuelve la Conferencia de Châtillon.
- 24 Fernando VII regresa del exilio.
- 30 Las tropas anti-napoleónicas entran en París.

Abril

- 6 Napoleón abdica en su hijo presionado por sus mariscales.
- 10 Batalla de Toulouse entre el ejército francés y las tropas del duque de Wellington.
- 11 Tratado de Fontenbleau: Abdica nuevamente Napoleón, esta vez incondicionalmente, Luis XVIII nuevo rey de Francia.
- 12 Manifiesto de los Persas.
- 23 Convenio entre España y Francia suspendiendo las hostilidades.

Mayo

- 3 Se firma en Chile el Tratado de Lircay, acordando un cese de hostilidades entre las fuerzas patriotas y realistas.
- 4 Restablecimiento del absolutismo en España. El duque de San Carlos nuevo secretario de Estado.
- 10 Detención de liberales en Madrid.
- 11 Se clausuran las Cortes.
- 13 Fernando VII entra en Madrid.
- 16 Nombramiento de Pedro Gómez Labrador como plenipotenciario del próximo congreso que se haría en Viena.
- 17 La escuadra al mando del almirante Brown triunfa arrolladoramente sobre la flota española en Montevideo, decidiendo así, la rendición de esta ciudad. La ocupación de Mónaco pasa de manos francesas a manos austriacas.
- 30 El primer Tratado de París es firmado retornando Francia a sus límites de 1792. Napoleón I es exiliado en la isla de Elba.

Julio

- 5 Tratado de amistad y alianza entre España y Gran Bretaña (renovación del firmado al inicio de la Guerra de la Independencia).
- 20 Tratado definitivo de paz entre España y Francia.

Agosto

- 14 Tratado de paz y amistad entre Dinamarca y España.

- 31 Tratado anglo-holandés que intenta poner orden a los intereses de las dos potencias en las islas de las especias.

Septiembre

- 17 Llegada a Viena de Labrador.
- 31 Pronunciamiento de Mina.

Octubre

- 1 Comienzo del Congreso de Viena.
- 22 Se promulga en Apatzingán, México, la primera constitución del país.

Noviembre

- 5 Gabinete Ceballos Guerra.
- 7 Andrew Jackson toma Pensacola en el marco de la guerra anglo-norteamericana.

Diciembre

- 24 Inglaterra y los Estados Unidos firman en Gante una paz perpetua.

1815

Enero

- 3 Austria, Gran Bretaña y Francia forman la alianza secreta contra Prusia y Rusia.

Febrero

- 17 Sale de Cádiz con dirección a Venezuela un ejército español de 10.000 hombres al mando de Pablo Morillo.
- 26 Napoleón huye de la isla de Elba.

Marzo

- 15 Murat declara la guerra a Austria en un intento de salvar su trono napolitano.
- 16 Guillermo I rey de Holanda.
- 20 Napoleón entra en París con 340.000 hombres entre ejército regular y fuerzas voluntarias. Se inician sus Cien Días.
- 30 Se vuelve a poner en marcha el Consejo de Estado español.

Mayo

- 3 Batalla de Tolentino: Austria derrota definitivamente al Reino de Nápoles, Murat será ejecutado poco después.

Junio

- 9 Finaliza el Congreso de Viena, todos los participantes menos España firman el Acta de Viena.
- 18 Batalla de Waterloo.
- 22 Napoleón abdica en su hijo Napoleón II que con 4 años gobernará dos semanas.

Julio

- 8 Luis XVIII vuelve a París donde es restablecido como rey de Francia.
- 17 Napoleón se entrega en Roquefort a tropas británicas, posteriormente le exiliarán en Santa Elena donde morirá en 1821.

Septiembre

- 20 Pronunciamiento de Porlier.
- 26 Se firma la Santa Alianza.

Noviembre

- 7 Renovación del Tratado de Chaumont entre Prusia, Austria, Gran Bretaña y Rusia.
- 20 Segunda Paz de París.

Diciembre

- 22 José María Morelos, líder revolucionario de México, es fusilado en San Cristóbal Ecatepec.

1816

Enero

- 26 Supresión de las comisiones militares.

Febrero

- 22 Se firman los contratos matrimoniales para autorizar el casamiento de las infantas portuguesas con Fernando VII y su hermano Carlos.
- 27 Conspiración del triángulo en España contra Fernando VII.

Mayo

- 31 Accesión de España a la Santa Alianza, Fernando VII firma en secreto.

Julio

- 9 Argentina declara su independencia dentro del Congreso de Tucumán.

Septiembre

- 27 Amnistía a los liberales españoles. Manuel Piar derrota a los realistas en la Batalla del Juncal.
- 29 Boda entre Fernando VII e Isabel de Braganza.

Octubre

- 8 Simón Bolívar inicia la Campaña de Guayana.
- 31 Gabinete de José García de León y Pizarro.

1817

Enero

- 4 El general José Gervasio Artigas, creador de la Provincia Oriental, fundamento del actual Uruguay, es derrotado por los portugueses en el Paso del Catalán.
- 9 Primer contingente del Ejército Libertador de Chile deja Mendoza rumbo a Coquimbo, al mando del coronel Cabot.
- 18 Manuel Piar es derrotado en la Batalla de Angostura.
- 19 El General San Martín comienza el Cruce de los Andes.

Febrero

- 12 Decisiva victoria de las fuerzas patrióticas chilenas sobre los realistas en la Batalla de Chacabuco.
- 16 En Santiago de Chile, Bernardo O'Higgins es proclamado director supremo de la nación.
- 26 En Chile aparece La Gaceta del Supremo Gobierno de Chile, primera publicación nacional después de la independencia.

Marzo

- 4 James Monroe se convierte en el quinto presidente de los Estados Unidos de América.
- 6 En Recife se inicia la revolución Pernambucana dirigida por Domingo Martins.
- 8 Creación de la bolsa de Nueva York.

Abril

- 5 Pronunciamiento de Lacy.
- 11 En el marco de la campaña de Guayana, Manuel Piar derrota a los realistas españoles en la Batalla de San Félix.
- 15 El general español Francisco Javier Mina desembarca en Soto la Marina, en Nueva España, para apoyar al ejército insurgente.
- 17 Martin Van Buren (futuro presidente de los Estados Unidos) consigue la aprobación en el Congreso de un fondo para financiar el Canal de Erie.
- 28 Se firma el Tratado de Rush-Bagot entre Estados Unidos e Inglaterra para desmilitarizar los Grandes Lagos.

Mayo

- 30 Publicación del Sistema Garay para la Hacienda.

Junio

- 4 Acceso al Tratado de la Santa Alianza
- 7 Adhesión al Acta del Congreso de Viena.
- 10 Firma del tratado supletorio al Acta del Congreso de Viena que determinaba la reversión de los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla y del Principado de Lucca.
- 24 El general español Francisco Javier Mina se une al insurgente mexicano Pedro Moreno en el Fuerte del Sombrero.

Julio

- 6 Fusilamiento de Lacy.
- 8 Bolívar derrota a Miguel de la Torre en la Campaña de Guayana y conquista este territorio para los rebeldes.
- 14 El general realista Pablo Morillo invade Isla Margarita.

- 31 Pablo Morillo es derrotado en la Batalla de Matasiete.

Agosto

- 1 Los insurgentes mexicanos Mina y Moreno son sitiados por las tropas realistas en el fuerte del Sombrero.
- 11 Firma del acuerdo por el que Rusia vendió barcos a España.
- 17 Se retira Morillo de Isla Margarita presionado por los triunfos de Simón Bolívar en Guayana.

Septiembre

- 21 Detención de Juan Van Halen.

Octubre

- 27 Los insurgentes mexicanos Francisco Javier Mina y Pedro Moreno son derrotados, por las tropas realistas, en el rancho El Venadito.

Noviembre

- 20 Comienza la primera Guerra Semínola en Florida.

Diciembre

- 28 Detención de Torrijos.

1818

Enero

- 1 Chile firma el acta de independencia.

Febrero

- 5 Sube al trono de Suecia con el nombre de Carlos XIV el antiguo mariscal napoleónico Jean Baptiste Bernadotte.
- 12 Chile declara su independencia en Santiago y Talca.

Marzo

- 16 En Venezuela el ejército patriota es derrotado en la Batalla de Semén.
- 17 Fernán Núñez es nombrado embajador de España en Francia, y es designado para continuar la negociación que estaba llevando a cabo Labrador, éste es destinado Nápoles como embajador de familia.

Abril

- 5 Chile asegura su independencia en la Batalla de Maipú.

Agosto

- 5 Proyecto Garay para el arreglo de la Hacienda.

Septiembre

- 14 Gabinete interino marqués de Casa Irujo.

Octubre

- 20 El Tratado de 1818 entre los Estados Unidos y Gran Bretaña, establece la frontera noroeste en el paralelo 49.

Diciembre

- 26 Fallece Isabel, la reina consorte de España.

1819

Enero

- 1 Intentona liberal en Valencia.
- 2 Simón Bolívar proclama la Gran Colombia.

Febrero

- 5 Tratado entre Chile y Argentina para colaborar en la independencia del Perú.
- 18 Batalla de La Herradura entre unitarios y federales en Argentina.
- 21 España firma con Estados Unidos el Tratado Adams-Onís.

Junio

- 12 Gabinete González Salmón.

Agosto

- 7 Colombia consigue la independencia en la Batalla de Boyacá, concluye así la guerra en dicho territorio.

Septiembre

12 Gabinete duque de San Fernando.

Octubre

20 Llega a Madrid la reina Amaba, la tercera esposa de Fernando VII.

Diciembre

17 Es fundada por Simón Bolívar, en la ciudad de Angostura, la primera República de Colombia, unión del Virreinato de la Nueva Granada y la Capitanía General de Venezuela.

1820

Enero

1 Revolución de Riego en Cabezas de San Juan.

11. Fuentes.

Archivo Histórico Nacional.

SECCIÓN DE ESTADO

Números de legajo:

- 883: Secretaría, consulta y decretos varios (1664-1845), lo único interesante el expediente 44; junta para dar instrucciones a Labrador.
- 1620: Está el reglamento del Consejo de Estado en 1815.
- 2767: Sesiones del Consejo de Estado 1815-1816. Interesante el Tratado de París y otros mercantiles con Gran Bretaña.
- 2849: El expediente 16 tiene 5 cartas de Alejandro I para Fernando VII, cuatro escritas en francés y una en ruso, son entre 1816 y 1818.
- 2770: Hay un expediente con cartas particulares de Castaños, O'Donnell, Labrador, Bardají, Azara, San Carlos, Metternich, Cevallos, Onís, Fernán Núñez (1816-1819).
- 2962: En el expediente 3 hay una carta de la reina de Etruria dando su opinión sobre la marcha de las negociaciones en Viena.
- 3072: Junta Central de 1809 a 1813: Es útil el expediente sobre los empleados que vinieron de países ocupados por los enemigos o franceses, al ver sus motivaciones para pasarse al lado fernandino
- 3239: Hay un expediente sobre las Memorias de la Reina de Etruria.
- 3424: Correspondencia de Labrador referentes a tres periodos muy importantes: Cuando era embajador extraordinario en el Congreso de Viena (1814-1815), cuando era plenipotenciario para la paz con Francia en unión a Austria, Rusia, Prusia y Gran Bretaña en 1815, y de cuando era plenipotenciario para la paz con Francia en 1816.
- 3762: Hay correspondencia interesante recibida y contestada por esta legación al coronel Ríos que se hallaba en Montevideo, año 1819.
- 3775: Correspondencia de la legación de España en Río de Janeiro en 1818. Tiene dos cajas, la primera con la correspondencia de enero a agosto, el representante español es el conde de Casa Flores, la segunda caja ocupa el resto del año. Como la negociación con Portugal había sido transferida a Fernán Núñez en París, tiene más

importancia para ver la evolución de la insurgencia en América, y para ver los movimientos que hacen los brasileño-portugueses en la Banda Oriental.

- 3782: Río de Janeiro 1810-1821: Interesante el expediente que contiene cartas con el cuerpo diplomático en 1818.
- 3784: Río de Janeiro 1812-1821: Interesante la correspondencia con los ministros extranjeros en aquella corte de 1817. Narra también la campaña de Montevideo de 1818.
- 3788: Correspondencia de de la legación de España en Río de Janeiro de 1814 a 1816. El representante español es Andrés Villalba. La misivas son interesantes porque se desprende el ambiente caldeado entre España y Portugal, además se trata de la insurgencia americana, habiendo muy abundante información sobre esto.
- 3773: Correspondencia entre la legación española en Río de Janeiro y Madrid (1817-1819). Muy interesante, al tratar de lleno el conflicto hispano-portugués por la Banda Oriental. Es especialmente interesante la parte de 1817 que trata de los primeros pasos del conde de Casa Flores en Río de Janeiro protestando por la invasión. El interés disminuye cuando la negociación es transferida a Europa y la legación se limita a observar y transmitir las actividades portuguesas en la zona. Se habla además, por supuesto, de la rebelión en las colonias hispanas en América.
- 3775: Correspondencia entre la legación española en Río de Janeiro y Madrid (1818). El representante español es el conde Casa Flores, que escribe mucho sobre la insurgencia americana y e informa puntualmente de la situación de Portugal en la Banda Oriental, cuenta el hostigamiento al que son sometidos los portugueses, que hace pensar incluso en su retirada.
- 4484: Lo único que nos interesa en una correspondencia sobre los asuntos de Montevideo entre el conde de Casa Flores, representante español en la Corte de Río de Janeiro y la Secretaría de Estado de España 1819-1821.
- 4503: Caja número 1: caja muy mal organizada, contiene la correspondencia de la secretaría de Estado de España con la embajada de España en Portugal. A duras penas se establece la cronología de finales de 1818 a 1820 (inclusive).

Caja número 2: tres paquetes; el primero con la correspondencia de la embajada española en Portugal en 1817, el segundo con la correspondiente a 1818, y el tercero de 1819. Nota: si falta algo de 1818 o 1819 es muy probable que esté en la caja número 1.

- 4504: Caja número 1: Correspondencia del embajador de España en Portugal Manuel de Lardizábal, con el ministro de Estado español Pedro Cevallos. Corresponde al año 1815 entero (los dos primeros meses el embajador es Santiago Usoz y Mori), y el primer semestre de 1816. También contiene comunicaciones entre el embajador español y el secretario de Estado español referentes a la correspondencia con el Gobierno portugués

Caja número 2: Correspondencia entre el embajador de España en Portugal, y el secretario de Estado español. Comprende la segunda parte de 1816, y los años 1813 y 1814.

- 4514: Caja número 1: Correspondencia los representantes de España en Portugal con el Gobierno portugués. Desde 1811 a 1815. En 1812 los representantes españoles eran Eusebio Bardají, Santiago Usoz y Mori, y Salmón; en 1813 Ignacio de la Pezuela, en 1814 primero Ignacio de la Pezuela y al final Santiago Usoz y Mori (este último también los dos primeros meses de 1815); y en 1815 Manuel de Lardizábal.

Caja número 2: Caja pequeña con la correspondencia del embajador de España en Portugal con el Gobierno portugués, esta todo el año 1811 menos los tres primeros meses.

- 4527: Correspondencia del embajador de España en Portugal con el Gobierno portugués, entre los años 1816 y 1822, un paquete por cada año. En los años de 1816 a 1819 el embajador español es Manuel de Lardizábal.
- 5307: Expediente que sobre María Luisa de Borbón tenía la embajada francesa.
- 5591: Expedientes poco importantes de la legación de España en Londres (1815-1818).
- 5549: Expedientes poco importantes de la legación española en Estados Unidos de 1810-1818, sobre todo referidos a relaciones de comerciantes y procesos judiciales.
- 5551: Existe un expediente en el que un capitán de navío, llamado Ciriaco Cevallos, repasa las fuerzas norte-americanas, el 20 de julio de 1809, desde Nueva Orleans.
- 5561: Expedientes de la legación española en Estados Unidos, 1817, hay alguno interesante:

- 15: Luis Antonio Guimaráns cuenta como un buque anglo-americano saqueó la goleta Activa en alta mar.

- 17: Sobre la arribada a Barcelona de la corbeta Pecoock para llevarse al cónsul americano.
- 25: Sobre el expediente que se formó cuando arribó a Filadelfia la fragata española Coro.
- 5564: Expedientes de la legación española en Estados Unidos, 1806-1839, casi todos son interesantes, pues presentan conflictos, de relativa importancia, entre españoles y estadounidenses. El amplio expediente 16 es fundamental para conocer el problema que surgió entre España y Estados Unidos por las concesiones de tierras en la Florida, problema que casi desencadenó la guerra entre ambas naciones en 1819.
- 5590: Varios expedientes de la legación de España en Londres, los más interesantes son una reclamación del Arthur Wellesley sobre el restablecimiento de la inquisición en España, y los motivos de la detención en Londres del Conde de Fernán Núñez hasta que se firmara la paz. Los expedientes fueron escritos de 1803-1814 y son realmente interesantes.
- 5591: Varios expedientes de la legación de España en Londres de 1814 a 1818. Los expedientes más interesantes son uno sobre la petición española a Inglaterra que mediase en el conflicto hispano-norteamericano, y otro sobre la prohibición del Gobierno británico vender armas y municiones a los territorios hispano-americanos sublevados.
- 5605: Legación española en Londres, expedientes 1804-1816. Temas de conflictos hispano-ingleses en América poco importantes, relativos a la zona de Yucatán y Belice, es un ejemplo de las desavenencias entre España y Gran Bretaña en prácticamente toda América.
- 5611: Expedientes de la legación española en Londres de 1812 a 1818. Hay dos volúmenes, me interesa el primero. Hay dos expedientes interesantes; en uno Castlereagh se comunica con Metternich para opinar sobre los intentos de Austria con Napoleón para llegar a la paz, y otro sobre la propuesta de un ejército de 15.000 soldados rusos que lucharían en la Península Ibérica.
- 5612: Expedientes de la legación española en Londres de 1809 a 1814. Hay un expediente interesante sobre la participación de Gran Bretaña al comercio de América.

- 5614: Expedientes de la legación española en Londres de 1804 a 1820. Lo único reseñable es un dinero americano concedido a Gran Bretaña, asunto de muy poca importancia.
- 5620: Expedientes de la legación española en Londres de 1809 a 1818. Interesantes dos expedientes: uno sobre el entrenamiento, en la isla de Trinidad, de insurgentes americanos para atacar la costa venezolana, y otro sobre las protestas de Henry Wellesley sobre los envíos de tropas españolas, necesarias para la Guerra Peninsular, a América.
- 5628: Legajo que repasa, de 1812 a 1813, todo el conflicto sobre la precedencia diplomática de España con Rusia.
- 5638: Correspondencia de Luis Onís con el secretario de Estado español en 1812, dos cajas. La primera caja contiene 5 libros: el primero números del 1 al 10, el segundo números del 11 al 22, el tercero números del 23 a 34, el cuarto del 38 al 50, y el último del 52 al 74 (faltan muchos números de despachos en cada libro). La segunda caja contiene otros 5 libros: el primero números del 75 al 98, el segundo del 99 al 113, el tercero del 114 al 224, el cuarto del 125 al 145, y el quinto de 147 al 161 (faltan también muchos números de despachos en cada libro).
- 5639: Correspondencia de Luis Onís con el secretario de Estado español de 1813 a 1814, dos cajas; la primera contiene el año 1813 y la segunda el 1814 (faltan también muchos números de despachos en cada libro).
- 5640: Correspondencia de Luis Onís con el secretario de Estado español en 1815. Contiene 7 libros con los números del 1 al 122 (faltan también muchos números de despachos en cada libro).
- 5641: Correspondencia de Luis Onís con el secretario de Estado español en 1816, son dos cajas, la primera tiene 6 libros con los números del 98 al 109, la segunda 4 del 110 al 200 (faltan también muchos números de despachos en cada libro).
- 5642: Correspondencia de Luis Onís con el secretario de Estado español en 1817, con dos cajas. La primera con 6 libros, números del 1 al 121, la segunda tiene 6 libros con los números del 123 al 242 (faltan también muchos números de despachos en cada libro).
- 5643: Correspondencia de Luis Onís con el secretario de Estado español en 1818, también se encuentra la correspondencia que acerca de los negocios de los Estados Unidos, en este mismo año, dirigieron al ministro de Estado, los embajadores y ministros de España en Viena, Rusia, Inglaterra, Hamburgo y Francia. El legajo

consta de dos cajas, la primera con 5 libros con los despachos del 1 al 67, y la segunda también con 6 libros y los números del 68 al 157 (faltan muchos números de despachos en cada libro).

- 5644: Correspondencia de Luis Onís con el secretario de Estado español en 1818, sólo abrí una caja, pero debe haber más, contiene los números del 158 a 244 contenidos en 5 libros, además el despacho 244 explica las razones que presentó el presidente de los Estados Unidos al Congreso para iniciar la Guerra Semínola, hay un librito escrito en inglés referido a las razones presidenciales.
- 5645: Correspondencia de la legación de España en Washington, del embajador, don Luis Onís, con la secretaría de Estado, de enero a abril, y la correspondencia del encargado de Negocios Mateo de la Serna de mayo a diciembre (Luis Onís se va de Estados Unidos tras sus largas peticiones para ello). Son dos cajas con seis libros cada una, los tres primeros libros corresponden a Luis Onís, y los 9 últimos a Mateo de la Serna. Especialmente crucial del despacho número 15 en el que Luis Onís declara haber firmado el tratado que ponía fin *“a todas las diferencias pendientes en diez y ocho años a esta parte entre los dos Gobiernos”*. Washington 22 de febrero de 1819.
- 5660: Negociación del convenio entre España y Estados Unidos de 1816 a 1817. Correspondencia de Luis Onís, ministro de España, con Pedro Cevallos, y José García de León y Pizarro, secretario de Estado de España. Comprende la negociación para el arreglo de las cuestiones pendientes entre ambos estados, a fin de poder firmar el convenio que llegaría en 1819.
- 5661: Todo el legajo gira en torno a la posibilidad de guerra de España con Estados Unidos Correspondencia de Luis Onís con el secretario de Estado español en 1819, informe de las fuerzas de mar y tierra de los Estados Unidos, enviado por el ex ministro español en ese país, Onís, y exposición del estado de nuestras fortificaciones ante el caso de una guerra con los Estados Unidos. El secretario de Estado pregunta al gobernador de Cuba si la isla, y las demás posesiones españolas en América están en disposición de resistir a los anglosajones. El secretario de Estado pide refuerzos e instrucciones al de Marina. El secretario de Guerra, José María Alós, envía al de Estado los partes el capitán general de Cuba sobre el estado de la isla y demás posesiones españolas en América. El secretario de Estado insta al de Guerra a que conteste terminantemente, manifestándole que Estados Unidos dispone de 700.000 hombres de milicias; 10.000 veteranos; 4 navíos de línea, 7

fragatas, 10 corbetas y 10 bergantines; el secretario de Guerra contesta al de Estado, que las Floridas no pueden defenderse en una guerra con Estados Unidos, ya que el ejército español consta de unos 39.436 hombres y 44.000 en milicia urbana.

- 5666: Cuentas del consulado y legación de España en Estados Unidos.
- 5671: Correspondencia de Manuel María Aguilar, encargado de Negocios en la Corte de Nápoles de 1813 a 1815, con el Gobierno español. Interesante por ver los pensamientos españoles hacia Murat. Está dividido en dos paquetes; 1814 y 1815, además de pliegos sueltos correspondientes a 1813.
- 5739: Correspondencia con el representante español en Parma, Toscana y Lucca en 1807 y 1819. En 1807 está representando a España Labrador.
- 5879: Correspondencia con la Legación de España en Austria (1812-1814). Correspondencia de Labrador en su embajada misión extraordinaria 1814, correspondencia de Pérez de Castro en 1814, correspondencia de Camilo Gutiérrez de los Ríos en 1814, y correspondencia, de 1812-1814, de la misión de Justo Machado en Austria (intentó convencer para que entraran en la guerra). También hay una separata con correspondencia gaditana al barón Brauncker, dirigida a Presburgo.
- 5880: Correspondencia con la Legación de España en Austria 1815. Sobre todo de Camilo Gutiérrez de los Ríos, pero también de Labrador; interesante, quizás, los preparativos de Austria ante la huida de Napoleón que relata el primero.
- 5881: Correspondencia con la legación de España en Austria 1816; Camilo Gutiérrez de los Ríos de enero a julio, y San Carlos de julio a diciembre.
- 5882: Correspondencia con la legación de España en Austria 1817. Correspondencia del duque de San Carlos con el secretario de Estado Español de enero a agosto, Camilo Gutiérrez de los Ríos de agosto a octubre, y Pedro Cevallos de octubre a noviembre.
- 5883: Correspondencia con la legación de España en Austria 1818, durante todo ese año es Pedro Cevallos el representante español.
- 5911: Caja número 1: correspondencia con la embajada Española en Rusia de 1811 a 1812. Están las negociaciones de Zea Bermúdez que culminarían en el Tratado de Veliki-Luki.

Caja número 2: alcanza el año 1813, un ejemplo es el acuso de recibo, el 13 de febrero de 1813, de dos constituciones españolas de 1812 dirigidas a Alejandro I y al conde de Romanzoff.

- 5912: Correspondencia con la embajada Española en Rusia de 1813 a 1815. Los representantes españoles son Zea Bermúdez, Ignacio Pérez de Lema, y Eusebio Bardají.
- 5913: Correspondencia con la embajada Española en Rusia de 1816 a 1817. Años claves por la gran influencia de Tatischeff en la Corte de Fernando VII y por tanto éste es un legajo fundamental. El representante español es Zea Bermúdez y se tratan temas importantísimos como la negociación con Rusia para ayudar a España en América, la venta de los barcos a España, las peticiones de España para acudir a Aquisgrán, la tajante condena de Rusia a Portugal en el caso de la Banda Oriental etc....
- 5914: Correspondencia con la embajada Española en Rusia de 1818. También tiene correspondencia de la embajada rusa en Madrid. Es interesante pues Zea Bermúdez viaja con el Zar a Aquisgrán, e informa cumplidamente de todas las negociaciones de las que llega a saber. Además en esa época la influencia rusa en España había llegado a su cenit con el negocio de los barcos rusos.
- 5935: Correspondencia de la legación española en Prusia (1810-1813). Divididos en semestres: dos por cada uno de los años. También un paquete de indiferentes referidos a los años 1813 y 1814. Rafael de Urquijo es el representante español.
- 5936: Correspondencia de la legación española en Prusia en 1814. Cuatro paquetes correspondientes a los cuatro trimestres de 1814. José Pizarro representa a España.
- 5937: Correspondencia de la legación española en Prusia (1815-1816). Tiene dos cajas. La 1 caja contiene los dos primeros trimestres de 1815 con José Pizarro como protagonista. La 2 contiene la correspondencia de Pizarro en 1816 de enero a abril, mes en la que partió a Madrid, a partir de entonces Pozzo di Borgo se encarga de la representación española con la Corte prusiana, hay una separata con correspondencia de Pozzo de mayo a diciembre de 1816, otra con correspondencia de Pozzo directa con Cevallos de 1814 a 1815, y un paquete con la correspondencia de los últimos meses de 1815 de Pizarro.
- 5938: Tiene dos cajas. Caja 1: Correspondencia de la legación española en Prusia (1817-1818), correspondencia del Barón de Werther, ministro de Prusia, con el secretario de Estado español, 1814-1818, también otra separata con la de 1816, popurrí de oficios de 1817 a 1818. Correspondencia con Pozzo di Borgo, encargado de negocios de España en Prusia en el primer semestre de 1817. Posible fallo de archivo pues está la correspondencia con la legación en Turquía de 1803, dirigida

por Ignacio María del corral y Aguirre, con Pedro Cevallos, ministro de Estado Español. Caja 2: Correspondencia de José María de Landaburu desde julio 1817, a diciembre de 1818, sustituye a Pozzo de Borgo, expediente para permitir la permanencia del luterano Godofredo Moritz. Posible fallo de archivo, correspondencia del ministro y encargado de Negocios en Constantinopla en 1823.

- 6074: Correspondencia de la legación de España en Viena de 1814 y 1815. Los representantes españoles son Pérez de Castro y Gutiérrez de los Ríos. Hay dos paquetes de 1814 (correspondencia con el Gobierno español y “varios”) y cuatro de 1815 (reales ordenes, correspondencia con el Gobierno español, correspondencia con el ministerio de Asuntos Extranjeros de Viena, y correspondencia con los representantes españoles en otros países).
- 6075: Correspondencia de la legación de España en Viena de 1816. Tiene 5 paquetes, uno con reales ordenes, otro con la correspondencia con el ministerio de Asuntos Extranjeros de Austria, otro con los representantes españoles en otros países, otro con la Secretaría de Estado española, y un “varios”.
- 6076: Correspondencia de la legación de España en Viena en 1817. Tiene 3 paquetes, uno con reales ordenes, otro con la correspondencia con el ministerio Asuntos Exteriores austriaco, y otra con “varios”.
- 6077: Caja número 1: Correspondencia de la legación de España en Viena en 1817. Tiene dos paquetes; uno con la correspondencia con los representantes españoles en otros países, y otro con la correspondencia con la Secretaría de Estado de España a cargo de Pizarro (sólo hay misivas hasta julio de 1817 con el duque de San Carlos como representante en Viena).

Caja número 2: Está la correspondencia con la Secretaría de Estado que faltaba de 1817, el representante en Viena es Pedro Cevallos. Faltan los expedientes de la negociación de los ducados.

- 6078: Correspondencia de la legación de España en Viena en 1818, hay dos paquetes; la correspondencia con el Ministerio de Asuntos Exteriores austriaco, y otro con las reales ordenes recibidas. Más de la mitad del legajo son la correspondencia con los representantes de España en otros países, bastante desordenado. El representante español en Viena es Pedro Cevallos.
- 6079: Correspondencia de la legación de España en Viena, al cargo de Pedro Cevallos, con la Secretaría de Estado española, durante 1818. También tiene un “varios” correspondiente a 1819.

- 6123: Son dos cajas pero nos interesa la número dos: En la número dos hay tres paquetes de correspondencia, uno de 1806, otro de 1811, y el último de 1812. Los dos últimos nos interesarían al cubrir parte de las negociaciones de Cea Bermúdez para firmar el Tratado de Veliki Luki, se recogen los intentos de España para separar a Rusia de Francia.
- 6124: Caja número 1: Tiene cuatro partes; la primera es la correspondencia con la Corte (74 oficios, una carta confidencia y un apunte reservadísimo), son comunicaciones del Gobierno español para tener informado a Bardají de los sucesos peninsulares (de enero de 1813 a marzo de 1814); la segunda es toda la correspondencia de Eusebio Bardají, con la secretaría de Estado española durante todo el año 1813; la tercera parte son un varios de documentos políticos, comerciales y particulares, (contiene correspondencia con autoridades rusas y un discurso dirigido a Alejandro I); la cuarta parte son oficios dirigidos a varios representantes de España, tanto de la Península como representantes españoles en el extranjero (1813-1815).

Caja número 2: Contiene 3 paquetes; uno de 1813, otro de 1814 y el último de 1815. La parte de 1813: tiene correspondencia de Eusebio Bardají (representante de España en Rusia) con la secretaría de Estado española, con representantes de España en otros países y una carta al conde Romanzoff. La parte de 1814 está dividida en: Reales Ordenes; correspondencia de Eusebio Bardají (hasta septiembre) e Ignacio Pérez de Lema (desde septiembre), representantes españoles en Rusia, con el secretario de Estado de España; correspondencia con el cónsul general de España en San Petersburgo; y correspondencia con el ministerio Imperial de Negocios Extranjeros así como con los representantes de España en otros países. La parte de 1815 tiene la misma división, pero Ignacio Pérez de Lema es el representante español todo el año.

- 6125: Caja número 1: Correspondencia de la legación de España en Rusia con los representantes extranjeros de España en otros países (1816), correspondencia con la primera Secretaría de Estado española en 1816, correspondencia con el Ministerio Imperial de Negocios Extranjeros, Reales ordenes, correspondencia con autoridades rusas (1815-1817).

Caja número 2: Correspondencia de la legación de España en Rusia con los representantes extranjeros de España en otros países (1817), Correspondencia de “varios” 1817, y todas las reales órdenes recibidas por la embajada en 1817.

Caja número 3: Legajo pequeño con tres paquetes; el primero contiene documentos relacionados con la cuestión de límites entre España y Brasil (*affaire* de la Banda Oriental); el segundo son memorias y despachos sobre asuntos americanos, y el tercero son comunicaciones del Gobierno ruso con la embajada española (en francés). Todo es de 1817.

- 6126: Minutas numeradas de los despachos enviados por Zea Bermúdez, ministro en San Petersburgo, a José García de León y Pizarro, secretario de Estado de España. Todo el año 1817.
- 6127: Caja número 1: Correspondencia de Zea Bermúdez, ministro en San Petersburgo, con José García de León y Pizarro, secretario de Estado de España. Todo el año 1818. En ella Zea remite copias sobre su correspondencia con las autoridades rusas.

Caja número 2: Correspondencia de Zea Bermúdez con el ministro de Asuntos Extranjeros ruso, correspondencia recibida y enviada a los representantes españoles en otros países. Hay otro paquete con reales órdenes.

Caja número 3: Correspondencia con varias autoridades y particulares, comunicaciones con el gran maestro de ceremonias, documentos relativos a la conferencia de país para arreglar el asunto pendiente entre el Brasil y España, billetes recibidos del ministro de Negocios Extranjeros ruso en 1818 (esto último en francés).

- 6784: Embajada española en París, hay un expediente muy completo de 1814 sobre las reclamaciones españolas sobre objetos robados en la guerra.
- 6790: Correspondencia entre el conde de Peralada y el ministerio de Asuntos Extranjeros desde septiembre de 1815 a agosto de 1816. Todas las comunicaciones son con el duque de Richelieu menos la primera que es con Talleyrand. Al estar Labrador de embajador extraordinario se trata sobre temas menos importantes.
- 6792: Correspondencia del embajador de España es Francia, conde de Casa Flores, con el secretario de Estado de España, Pedro Cevallos, de enero a abril de 1816. Dividido en cuatro paquetes, cada uno de un mes. Al estar Labrador de embajador extraordinario se trata sobre temas menos importantes.
- 6793: Correspondencia del embajador de España es Francia, conde de Casa Flores, con el secretario de Estado de España, Pedro Cevallos, de mayo a agosto de 1816. Dividido en cuatro paquetes, cada uno de un mes. Al estar Labrador de embajador extraordinario se trata sobre temas poco importantes.

- 6794: Correspondencia del embajador de España en Francia, conde de Casa Flores, con el secretario de Estado de España, Pedro Cevallos, de septiembre a diciembre de 1816. Dividido en cuatro paquetes, cada uno de un mes. Al estar Labrador de embajador extraordinario se sigue tratando sobre temas poco importantes.
- 6795: Correspondencia del embajador de España en Francia, conde de Casa Flores, con los ministros y encargados de Negocios de las demás Cortes de Europa, de septiembre de 1815 a diciembre de 1816. Se comunica especialmente con Fernán Núñez. Simplemente pone en conocimiento de los embajadores lo que ya ha transmitido al secretario de Estado español y da observaciones sobre la conducta que debería seguir el embajador en cuestión.
- 6796: Correspondencia del embajador de España en Francia, conde de Casa Flores, con los ministros y encargados de Negocios españoles de las demás Cortes de Europa
- 6797: Tiene dos partes. La primera parte trata sobre las pretensiones de los Estados Unidos de América en la Florida de 1804 a 1816, aparecen aquí las peticiones españolas a Francia de una reparación por la venta de la Luisiana a Estados Unidos, que el Gobierno español trata de mezclar con su conflicto con los EEUU por Las Floridas. Las misivas son entre 1816 y 1818 e intentan apoyo francés en el negocio con EEUU. La segunda parte es relativa a las desavenencias con el Gobierno de América sobre demarcación de límites de la Luisiana y las pérdidas de su comercio anteriores a 1800, España intenta mezclar a Francia en las acusaciones de los EEUU.
- 6798: Embajada extraordinaria de Labrador en 1816. Información muy importante sobre las intenciones de España de incluirse en la élite continental. Labrador es pesimista y muestra su cansancio por estar tanto tiempo en el cargo. Se trata una oferta de renovar el Pacto de Familia por parte de Richelieu, y de las acciones que debe tomar España (y que toma) durante la huida de Elba de Napoleón, en marzo de 1815.
- 6800: Hay un expediente sobre una supuesta ayuda de Francia a insurgentes americanos, muy poco probable.
- 6801: La mayor parte del legajo discurre sobre el tema de la invasión de la Banda Oriental por los portugueses y la petición de mediación de España a las potencias. Es una miscelánea de misivas entre el embajador español en Francia, el secretario de Estado español y el ministro de Asuntos Exteriores francés. También hay una

parte que no interesa al estudio, relativa a una deuda de una compañía francesa con Caracas.

- 6803: Aquí están las quejas de España sobre la accesión ilimitada de Francia en la negociación sobre Parma. Hay documentos de 1815 a 1817 en los que España protesta por la violación del acuerdo hispano-francés de apoyo a las reclamaciones españolas en Italia.
- 6804: Continuación de las quejas de España a Francia entre 1815 y 1817, hay papeles muy importantes de la embajada extraordinaria de Labrador que tratan tres cuestiones: sobre el reconocimiento de comisarios españoles por las cuatro potencias y Francia en el asunto de las reclamaciones de guerra, sobre firmar un tratado que acabe con las reclamaciones españolas, y tentativas para que el tratado de París se extendiera en manera que comprendiera las reclamaciones españolas a Francia. También hay un “varios” de Labrador de poco interés, y que incluye notas de las cuatro potencias. También hay asuntos de poca importancia para el trabajo como entregas de cuadros de Francia a España.
- 6805: Embajada extraordinaria de Labrador en 1817, es la continuación del legajo 6798. También hay información de 1815 en abundancia, quizás producida por un fallo del archivo.
- 6806: Correspondencia del encargado de Negocios en Francia, Manuel González Salmón con el secretario de estado de España José García de León y Pizarro, de enero a marzo de 1817, cuando es sustituido en sus funciones por el nuevo embajador de España en Francia Fernán Núñez.
- 6807: Correspondencia de Fernán Núñez, embajador de España en Francia, con José García de León y Pizarro, secretario de Estado español. Abril, mayo y junio de 1817.
- 6808: Correspondencia de Fernán Núñez, embajador de España en Francia, con José García de León y Pizarro, secretario de Estado español. Febrero, agosto y septiembre de 1808.
- 6809: Correspondencia de Fernán Núñez, embajador de España en Francia, con José García de León y Pizarro, secretario de Estado español. Octubre, noviembre y diciembre de 1817.
- 6810: Correspondencia de Fernán Núñez, embajador de España en Francia, con el duque de Richelieu, ministro de Asuntos Exteriores francés. Todo el año 1817.

- 6811: Lo único interesante es un expediente relativo a la negociación sobre la adquisición, por parte de España, de 12 fragatas del Gobierno francés.
- 6812: Correspondencia de la embajada española en París con el resto de representantes españoles en el extranjero. Comprende todo el año 1817. De enero a abril el responsable de la embajada es González Salmón como encargado de Negocios, y de mayo a diciembre Fernán Núñez como embajador.
- 6815: Varios temas interesantes sobre España y su imperio en América. Hay unas memorias de Luis Onís sobre las desavenencias entre los Gobiernos de España y los Estados Unidos (1817), un interesante expediente sobre las conversaciones por la Banda Oriental en París de septiembre de 1817 a diciembre de ese mismo año con Fernán Núñez como representante español, un incidente con Gran Bretaña por una supuesta garantía concedida al Brasil portugués, y sobre la protección que encuentran los insurgentes americanos en los puertos de EEUU.
- 6816: Correspondencia de la embajada de Fernán Núñez en París de 1817-1818. Hay dos expedientes muy interesantes, uno sobre los intentos de Fernán Núñez para que España esté en el Congreso de Aquisgrán, y otro sobre la posible intervención de las potencias europeas en el Imperio hispano-americano. Legajo muy importante para estos asuntos.
- 6817: Expediente relativo a la adhesión de España al Acta Final de Viena y al Tratado de París de 1815, referido a los ducados de Parma, Plasencia, y Guastalla. Los márgenes temporales son de 1817 a 1818. También hay una parte del legajo dedicada a los gastos extraordinarios de la embajada desde mayo de 1817.
- 6819: Correspondencia de Fernán Núñez, embajador de España en Francia, con José García de León y Pizarro, secretario de Estado español. Enero, febrero y marzo de 1818.
- 6820: Correspondencia de Fernán Núñez, embajador de España en Francia, con José García de León y Pizarro, secretario de Estado español. Abril y mayo de 1818.
- 6821: Correspondencia de Fernán Núñez, embajador de España en Francia, con José García de León y Pizarro, secretario de Estado español. Junio y agosto de 1818.
- 6822: Correspondencia de Fernán Núñez, embajador de España en Francia, con José García de León y Pizarro, secretario de Estado español. Septiembre, octubre, noviembre y diciembre de 1818. (Al final el secretario de Estado es Casa Irujo por el destierro de Pizarro).

- 6823: Esta el expediente de la negociación en París con Portugal sobre la Banda Oriental, Fernán Núñez ya tiene plenos poderes desde enero. Comprende la negociación durante los meses de enero a marzo.
- 6825: Correspondencia del embajador de España en Francia, Fernán Núñez, con el ministro de Asuntos Exteriores de Francia, duque de Richelieu. De enero de 1818 a septiembre de 1818. Correspondencia de Fernán Núñez con el ministro de policía de París, también con el ministro de Negocios Extranjeros de Luca (el territorio de la reina de Etruria en esos momentos).
- 6828: Expediente relativo a las negociaciones con Portugal por la Banda Oriental durante todo el año 1818 (incluso alguna misiva de finales de 1817). Incluye comunicaciones de Fernán Núñez con el embajador español en Río de Janeiro, con el marqués de Casa Irujo, pero sobre todo con las potencias mediadoras (las misivas van dirigidas a las potencias en general, no en particular; no se comunica aisladamente con cada una de esas potencias, sino que escribe un despacho para todas ellas). También hay en este legajo reclamaciones españolas con Francia desde diciembre de 1818 a octubre de 1819, asuntos económicos sobre todo.
- 6829: Correspondencia del embajador de España en Francia, Fernán Núñez, con el primer secretario de Estado español. Tiene cuatro paquetes pequeños, uno por cada mes: enero, febrero, marzo y abril de 1819.
- 8029: Hay un expediente que, según la información del archivo, tiene información sobre la trata de negros de 1810 a 1818, pero que también tiene abundante información sobre el negocio de los barcos rusos de 1817.
- 8031: Negociación de España con Portugal sobre la Banda Oriental de durante los primeros meses de 1819 (de enero a abril). Ideal para acabar el margen temporal de mi trabajo. Contiene cartas, sobre todo, entre Fernán Núñez, embajador en Francia y con plenos poderes para acabar la negociación y el secretario de Estado español Casa Irujo. También tiene cartas con los representantes portugueses. Además hay dos paquetes con correspondencia en francés que no parecen muy importantes, se refieren a la Banda Oriental.
- 8617: El expediente 3 contiene información útil para ver la desaparición del reino de Etruria; está la abdicación de Carlos Luis de Borbón como rey de Etruria el 10 de diciembre de 1807. Por lo demás poca cosa útil, quizás la abdicación de

Napoleón en Fontenbleau (1814) a los reinos de Francia e Italia, o un formulario de un acta de aceptación de la adhesión al tratado de Viena del 9 de junio de 1815.

Bibliografía.

- Aron, Raymon: "Conflicto y guerra desde el punto de vista de la sociología histórica", en Hoffmann, Stanley H: *Teorías contemporáneas sobre las relaciones internacionales*. Ed. Tecnos, Madrid, 1979.
- Agrela Pardo, Juan Manuel (conde de la Granja): *El Reino de Etruria: Algunas cartas inéditas de Labrador, Luciano Bonaparte y O'Farrill a Godoy*. Graf. Universal, Madrid, 1935.
- Antón del Olmet, Fernando de, (marques de Dos Fuentes): *El Cuerpo Diplomático español en la Guerra de la Independencia: proceso de los orígenes de la decadencia española*. Vols. 5 y 6. Imp. Artística Española, Madrid: [s.n., 1911-1914].
- Armengaud, André y Reinhard, Marcell: *Historia general de la población mundial*. Barcelona, Ariel, 1966.
- Artola, Miguel: *La España de Fernando VII*. Espasa Calpe, Madrid, 1999.
- Barlett, C. J.: *Castlereagh*. Mac Millan, London, Melbourne, Toronto, 1966.
- Bayo, Estanislao de Kotska: *Historia de la vida y reinado de Fernando VII de España*. 3 vols. Madrid (Imprenta de Repullés), 1842.
- Bécker, Jerónimo: *Relaciones entre España e Inglaterra durante la Guerra de la Independencia. Apuntes para la historia diplomática de España de 1808 a 1814*. 3 vols. Librería de F. Beltrán, Madrid, 1911-1914.
- *Historia de las relaciones exteriores de España durante el siglo XIX: apuntes para una historia diplomática*. Vol. 1. Analecta Editorial, Pamplona 2006.
- Bertier de Sauvigny, G. de: *France and de European Alliance, 1816-1821, The Private Correspondence between Metternich and Richelieu*. University of Notre Dame Press, París, 1958.
- Botero, Giovanni: *Della ragion di Stato; a cura di Chiara Contisino*. Ed. Donzelli, Roma, 1997.
- Cantillo Jovellanos, Alejandro del: *Tratados, convenios y declaraciones de paz y de comercio que han hecho con las potencias extranjeras los monarcas españoles de la Casa de Borbón: desde el año de 1700 hasta el día [1842]. Puestos en orden e ilustrados muchos de ellos con la historia de sus respectivas negociaciones [Texto impreso]*. [s.n], 1843.
- Canto Vera, Norma-Alicia: *La función diplomática*. Universidad de la Baja California, La Paz, 2005.
- Carr, Raymond: *España, 1808-1975*. Ariel, Barcelona 1988.

- “España y Portugal (1793-1840)”, en *Historia del Mundo Moderno, Cambridge University Press*, Tomo IX “Guerra y paz en tiempos de revolución, 1793-1830”. Editorial Ramón Sopena, Barcelona, 1971, pp. 300-315.

- Cevallos, Pedro: *Respuesta de D. Pedro Ceballos y Guerra a la carta y papel que desde París le escribió el Marqués de Almenara en 27 de setiembre último*. Imprenta Real, Madrid, 1815.

- Clausewitz, Karl von: *De la Guerra*. LIBROdot.com, 2002.

- Crawley, C. W: “Relaciones Internacionales, 1815-1830”, en *Historia del Mundo Moderno, Cambridge University Press*, Tomo IX “Guerra y paz en tiempos de revolución, 1793-1830”. Editorial Ramón Sopena, Barcelona, 1971, pp. 456-470.

- Esdaile, Charles: *La guerra de la independencia: una nueva historia*. Ed. Crítica, Barcelona, 2004.

- España, Junta Central Suprema Gubernativa del Reino. *Exposición que hacen a las Cortes Generales y Extraordinarias de la Nación Española, los individuos que compusieron la Junta Central Suprema Gubernativa de la misma, de su conducta en el tiempo de su administración*. Imprenta del Estado Mayor General, Cádiz, 1811.

- Estado general de la Real Armada*. Año de 1818. Madrid (Imprenta Real), s. a. [1818].

- Ferrero, Guglielmo: *Reconstrucción, Talleyrand en Viena (1814-1815)*. Editorial de Sudamericana, Buenos Aires, 1943.

- Fontana, Josep: *La quiebra de la monarquía absoluta, 1814-1820*. Ed. Crítica, Barcelona, 2002.

- García de León y Pizarro, José. *Memorias: (1770-1835) / José García de León y Pizarro; edición, prólogo, apéndices y notas de Álvaro Alonso-Castrillo*. Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 1999.

- Godoy, Manuel, Príncipe de la Paz: *Cuenta dada de su vida política por don Manuel Godoy, Príncipe de la Paz; memorias críticas y apologéticas para la historia del reinado del señor D. Carlos IV de Borbón*. Vol. 1. Imprenta de I. Sancha, calle de la Concepción, número 7, Madrid, 1836.
- *Memorias, Príncipe de la Paz; edición y estudio preliminar de Carlos Seco Serrano*. Vol. 2. Ed. Atlas, Madrid, 1956.

- Gulick, E. V.: “La Coalición final y el Congreso de Viena”, en *Historia del Mundo Moderno, Cambridge University Press*, Tomo IX “Guerra y paz en tiempos de revolución, 1793-1830”. Editorial Ramón Sopena, Barcelona, 1971, pp. 436-455.

- Holbraad, Carsten: *Las potencias medias en la política internacional. Fondo de Cultura Económica México*, Mexico, D. F., 1989.

- Humphreys, R. A.: “Emancipación de la América Latina”, *Historia del Mundo Moderno, Cambridge University Press*, Tomo IX “Guerra y paz en tiempos de revolución, 1793-1830”. Editorial Ramón Sopena, Barcelona, 1971, pp. 418-434.
- Izquierdo Hernández, Manuel: *Antecedentes y comienzos del reinado de Fernando VII*. Ed. Cultura Hispánica, Madrid, 1963.
- Jover Zamora, José María: “La diplomacia de la Ilustración”, en *Corona y Diplomacia. La monarquía española en la historia de las relaciones internacionales: (Ciclo de conferencias)*. Ed. Escuela Diplomática, Madrid, 1988.
- *Política, Diplomacia y Humanismo popular. Estudios sobre la vida Española en el siglo XIX*. Ed. Turner, Madrid, 1976.
 - “Caracteres de la política exterior de España en el siglo XIX”, en *España en la política internacional. Siglos XVIII-XX*. Marcial Pons, Madrid, 1999.
 - “Introducción al tomo noveno”, en *Historia del Mundo Moderno, Cambridge University Press*, Tomo IX “Guerra y paz en tiempos de revolución, 1793-1830”. Editorial Ramón Sopena, Barcelona, 1971.
- Kenneth, John Severn: *A Wellesley Affair: Richard Marquess Wellesley and the Conduct of Anglo-Spanish Diplomacy, 1809-1812*. A Florida State University Book, University Presses of Florida, Tallahassee, 1981.
- Kissinger, Henry Alfred: *Un mundo restaurado: la política del conservadurismo en una época revolucionaria*. Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1973.
- Lema, Marqués de: *La política exterior española a principios del siglo XIX*. Ed. Reus, Madrid, 1935.
- López-Cordón Cortezo, María Victoria: “España en la Europa de la Restauración (1814-1834)”, en *La España de Fernando VII. La posición europea y la emancipación americana, Tomo XXXII/2 de la Historia de España* Pidal-Jover. Espasa-Calpe, Madrid, 2001., pp. 1-147.
- “Intereses económicos e intereses políticos durante la guerra de la independencia: las relaciones hispano-rusas”, en *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea*, Número 7, año 1986, pp. 85-106.
- María Luisa, Reyna de Etruria: *Memoria Histórica de S.M. la Reyna de Etruria. Escrita por ella misma en italiano y publicada en español por Marcos Gándara*. Imprenta Santander, Valladolid, 1825.
- Markham, Félix: “La aventura Napoleónica”, en *Historia del Mundo Moderno, Cambridge University Press*, Tomo IX “Guerra y paz en tiempos de revolución, 1793-1830”. Editorial Ramón Sopena, Barcelona, 1971, pp. 211-230.
- Martín De La Guadía, Ricardo M.: “España y Austria al final del Antiguo Régimen”, en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Número 134, año 2003, pp. 127-135.
- Metternich, príncipe de: *Memorias*. Nos, Madrid, 1959.

- Moreno Fernández, Yolanda: *Pensamiento político y diplomacia en la crisis del Antiguo Régimen: José García de León Y Pizarro (1770-1835)*. Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 1992.
- Morgenthau, Hans Joachim: *Política entre las naciones: La lucha por el poder y la paz*. Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires 1986.
- Nadal, Jordi: *La población española (siglos XVI a XX)*, Ariel, Barcelona,
- Nicolson, Harold: *La diplomacia*. Fondo de Cultura Económica, México 1969.
- *El Congreso de Viena*. Sarpe, D.L. Madrid 1985.
- Olivié, Fernando: *La herencia de un Imperio roto. Dos siglos de política exterior*. Ed. Veintiuno, Madrid, 1999.
- Pereira, Juan Carlos (coordinador): *La política exterior de España (1800-2003)*. Ed. Ariel, Barcelona, 2003.
- Renouvin, Pierre: *Historia de las Relaciones Internacionales Siglos XIX y XX*. Akal, Madrid, 1982.
- Sanz, Víctor: “La conferencia de París sobre la Banda Oriental: 1817-1919”, en *Boletín Americanista*, Barcelona 1981, pp. 119-142.
- Saralegui y Medina, Manuel de: *Un negocio escandaloso en tiempos de Fernando VII*. Ed. Jaime Ratés Martín, Madrid, 1904.
- Schoell, Federico. *Documentos del Congreso de Viena, en que tiene particular interés España, sacados de la colección pública de París*. Imprenta Real, Madrid, 1816.
- Schop Soler, Ana María: *Un siglo de relaciones diplomáticas y comerciales entre España y Rusia: 1733-1833*. Dirección General de Relaciones Culturales, D.L. Madrid, 1984.
- Seco Serrano. Carlos: “La política exterior de Carlos IV”, en *La época de la Ilustración, Las Indias y la política exterior, tomo XXXI/2 de la Historia de España Pidal-Jover*, Espasa-Calpe, Madrid, 1988, pp. 449-732.
- Solano Rodríguez, Remedios: *La influencia de la Guerra de la Independencia en Prusia a través de la prensa y la propaganda: la forjadura de una imagen sobre España (1808-1815)*. Tesis doctoral (Universidad Complutense). Biblioteca virtual Miguel de Cervantes, Madrid, 1998.
- Talleyrand, Carlos Mauricio de (príncipe de Benevento): *Memorias de Talleyrand. Obispo de Autum*. Editorial Mateu, Barcelona, 1962.
- Toreno, José María Queipo de Llano Ruiz de Saravia, Conde de: *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*. Tomo 1. Librería europea de Baudry, París, 1838.

- Villaurrutia, Wenceslao Ramírez de Villaurrutia, Marqués de: *Relaciones entre España e Inglaterra durante la Guerra de la Independencia: Apuntes para la historia diplomática de España*. Francisco Beltrán, Librería Española y Extranjera, calle Príncipe, 16, Madrid, [1911-1912-1914].
- *Las mujeres de Fernando VII*. Francisco Beltrán, Librería Española y Extranjera, calle Príncipe, 16, Madrid, 1925.
 - *La Reina de Etruria. Doña María Luisa de Borbón, infanta de España*. Francisco Beltrán, Librería Española y Extranjera, calle Príncipe, 16, Madrid, 1925.
 - *España en el Congreso de Viena según la correspondencia oficial de Don Pedro Gómez de Labrador*. Francisco Beltrán, Librería Española y Extranjera, calle Príncipe, 16, Madrid, 1928.
 - *Fernán Núñez. El embajador*. Francisco Beltrán, Librería Española y Extranjera, calle Príncipe, 16, Madrid, 1931.
 - *Talleyrand: ensayo biográfico*. Francisco Beltrán, Librería Española y Extranjera, calle Príncipe, 16, Madrid, 1943.
 - *El rey José Napoleón; La Misión del Barón Agra; Algunos Cuadros del Museo del Prado; El papa de Velázquez*. Francisco Beltrán, Librería Española y Extranjera, calle Príncipe, 16, Madrid, 1927.
- Vital-Hawell, Víctor: “Las colonias españolas ante el Congreso de Aquisgrán”, separata de *Revista de Indias* nº 85-86, Madrid, 1961, pp. 457-486.
- Webster, C. K.: *Gran Bretaña y la independencia de la América Latina (1812-1830). Documentos escogidos de los archivos del Foreign Office*. 2 Vols. Editorial Guillermo Kraft LTDA., Buenos Aires, 1944.
- *The foreign policy of Castlereagh: Britain and the reconstruction of Europe*. G. Bell, London, 1931.

12. Apéndice documental.

AHN. Estado, leg. 5661(1). De Robert Steward Castlereagh, ministro de Asuntos Exteriores de Inglaterra, a Klemens von Metternich, ministro de Asuntos Exteriores de Austria. Copia traducida por la secretaría de Estado española, abril de 1813.

Copia traducida.

Secretaría de negocios estrang.^{os}
Abril 1813.

Señor

Tengo el honor de acusar el recibo de las Cartas de V. E. del 4 y 8 de Febrero, la última de las cuales me ha sido entregada por el Barón de Wessenbourg.

Habiendo sometido estas comunicaciones a S. A. R. el Principe Regente, me ha mandado asegurar a S. M. I. que S. A. R. no ha cesado jamas de desear con ansia el contribuir por todos los medios convenientes al restablecimiento de la paz.

El Principe Regente no puede disimular las objeciones que son inherentes a la intervencion de S. M. I. en razon de sus actuales relaciones con la Francia. Sin embargo S. A. R. esta pronto a hacer entera justicia a las intenciones que han dictado la presente abertura. Pero S. A. R. se persuade

que, qualquiera que fuesen las
esperanzas de paz que tubiera
S. M. Y. quando se despachó la
carta de V. E., toda expectativa de
un tal resultado debe haber cesado
al ver que el Reje de la Francia
habia declarado en seguida en
un discurso al Cuerpo Legislativo
" Que la dinastía Francesa reinará y
continuará reinando en España, y
que ya habia él expresado Todos los
sacrificios en que consentiría
para hacer la paz. "

Despues de la seguridad recibida
de S. M. Y. de que sus miras son
dirigidas solamente á una paz
fundada sobre principios equitativos
y solidos, es imposible que el
Príncipe Regente supusiese por
un instante que la intervencion
de S. M. Y. se tubiere ofrecido á S. A. B.
sobre una base tan derogatoria de la buena
fé de la Gran Bretaña y de todas las
obligaciones que S. A. B. tiene para
con sí mismo y para con sus

aliados. Mientras perseverere el Seefe de la Francia en intentar dar á la Nacion Española una dinastia extranjerá por fuerza de armas, y mientras continue declarando que ninguno de los territorios arbitrariamente incorporados al Imperio Frances vendran á ser objeto de negociacion, es en vano esperar que las beneficas intenciones de S. M. Y. quédan realizarse por medio de una negociacion.

A S. M. Y. toca considerar si, despues de una declaracion que por su naturaleza induce á desconfiar del Seefe de la Francia, declaracion altamente insistente para S. M. Y. quando su intervencion para la paz ha sido previamente ofrecida y aceptada, no ha llegado el momento de que Todas las grandes Potencias de Europa obren de concierto por sus comunes intereses y su honor. Para proporcionar á sus respectivos Estados lo que merezca el nombre de paz,

es menester que atiendan de nuevo
á restablecer un equilibrio en Europa.
En ninguna época ha sido mas
profunda y universalmente sentida
esta gran verdad, que en la presente,
y si se atiende al numero y magni-
tud de las Potencias opuestas al
enemigo, al espíritu de indignación
y resistencia contra las opresiones
de la Francia que se va extendiendo
rapidamente por el Continente, y
sobre todo á los sucesos brillantes y
decisivos que han coronado á las
armas del Emperador de Rusia,
en ninguna época ha parecido
aquella grande idea mas
practicable que en la actual.

Las libertades de Europa no
pueden asegurarse de un modo
permanente sino restituyendo las
grandes Potencias militares á su
anterior peso y consideracion. S. A. R.
confia que S. M. Y. Narada, como
lo está ahora por la voz de tantas
Naciones, á reanudar su puesto

como antiguo y natural Protector
del Cuerpo Germanico, no abdicará
la obligacion que su ilustre casa
debe al reposo y felicidad del mundo.

Para promover un ~~establecimiento~~
~~a~~ arreglo sobre tales principios, sin
la menor disposicion a exigir de
la Francia que condescienda en
cosas incompatibles con sus justas
pretensiones y su honor, estará
siempre preparado el Principe
Regente a cooperar con sus aliados
del modo mas cordial; pero con
la experiencia de lo pasado, y en las
circunstancias arriba expresadas,
no se considera S. A. R. en libertad
para empeñarse en una Negociacion
que no ofrezca perspectiva de una
conclusion favorable, y que solo
podria servir para debilitar y
distracer aquellos vigorosos y
unidos esfuerzos por medio de los
quales puede solo conseguirse una
seguridad estable.

Loi-Dr.^a Firmado - Castlereagh. -
A. E. el Conde de Metternich.

Exmo. Señor

Muy Señor mio: No habiendo salido todavía para Londres el sujeto que lleva el pliego adjunto con mis cartas n.ºs 75, 76, 77, 78 aprovecho de este retardo para decir á V.E. lo poco que ha ocurrido en estos dias. Como el Exercito Aliado se habia adelantado tanto en el mes de febrero, todo el mundo esperaba con impaciencia la ocupacion de Paris; y por lo mismo decayeron de animo al ver que en vez de esto habia retrocedido algunas marchas, no sin perdida de gente. Esta noticia dio motivo á varias conjeturas que cada qual hacia á su manera segun el espíritu de que estaban animadas. Se dio la combinacion de que mientras esto sucedia llegó la noticia del tratado de paz hecho entre nuestro deseado Rey Fernando VII., y Bonaparte, de cuyo acontecimiento empezaron á deducir consecuencias las mas desatinadas que se puede imaginar, llegando algunos hasta el extremo de decir no solo que nros. Exercitos se habian separado de los Ingleses, sino que reunidos á Soult, y Suchet venian marchando ácia Paris p.^a arrojar de Francia á los Aliados, y que esto era lo que habia motivado la retirada. Por fortuna

las gacetas alemanas han traído varios artículos copia-
dos de las de Londres, en que han visto la carta del
Sr. Secretario de Negocios extranjeros al Embaja-
dor de S. M. B. en Madrid, en que le daba parte
de todo lo ocurrido con motivo de la llegada del
Duque de S. Carlos, y de la resolución terminante
que habia tomado la Regencia de no ratificar
dicho tratado; con lo qual, y con el Decreto de las
Cortes han quedado enteramente satisfechos, y
admirados de la firmeza de caracter de nuestro
Gobierno, y de la noble perseverancia de la Nación
reunida en Cortes; por manera que la publicacion
de aquellos dos documentos verdaderamente carac-
terísticos, que yo he exigido se hiciese en la unica
Gaceta, que aqui se considera como Oficial, no solo
ha borrado la primera impresion, sino que ha
dado un realce extraordinario á la Regencia, y
á las Cortes, tanto mas dignas de aprecio, y de
admiracion, quanto al mismo tpo. que en Madrid
se tomaba una determinacion tan energica, y virge-
rosa sobre un tratado ya hecho, que nos aseguraba
quanto podiamos desear, los Plenipotenciarios de
todos los Principales Soveranos de Europa estaban
reunidos en el Congreso de Chatillon p.^a tratar con
el mas abominable esclavo del p.^o de los Francos
que se ha conocido. Despues de esto se ha recibido
la noticia de una gran victoria ganada por el

Mariscal Blucher sobre Bonaparte mismo, y por
consecuencia el espíritu de estas gentes se ha reax-
mionado por ahora, aunque no hay muchos que
~~esperar~~ contar con su perseverancia, mientras el
Congreso de Chatillon no se disuelva, pues todo lo
sufren con resignacion, menos el que se trate de
par con un monstruo como Bonaparte, teme-
rosos espere. de que una vez rehecho de sus per-
didas, vuelva a las andadas y no dexará a nadie
tranquilo.

Me repito a las ordenes de V.E. de sero de
emplearme en su obsequio, y ruego a Dios
que su vida m. a. S. Petersburg 2 de Abril 1814

Exmo. Señor

B. L. M. de V.E.

su mas at.º seg.º Servidor

Eusebio de Bardaxi y Utrera



Exmo. Señor D. José Cayetano.

Traducción

Madrid 6 de Octubre del 1814.

El infrascripto Embaxador Extraordinario y Plenipotenciario de S. M. Britanica, ha recibido ordenes de su Corte de expresar al Ex^{mo} Sr Duque de San Carlos, el grande sentimiento del Principe Regente por haberse desechado su proposicion al Gobierno Español con la mira de abolir el comercio de esclavos — S. A. R. siente tanto mas una determinacion tan contraria à la declaracion del Parlamento, y tan repugnante à los sentimientos de la nacion Britanica en general, por quanto le impide absolutamente de dar à la España los socorros pecuniarios, de que, parece, tanto necesita en este momento.

En la esperanza, no obstante, de que el Gobierno Español pueda moverse à considerar de nuevo esta question, el infrascripto tiene orden de informar al Sr Duque de San Carlos, que el Principe Regente està todavia dispuesto à convenir en un arreglo conforme à los principios sentados en su Nota de y no puede menos de instar en que se adopte una, u otra de las proposiciones contenidas en dicha Nota, antes que el asunto se lleve à la consideracion del Congreso de Viena.

A. H. N.
ESTADO

leg. 8029/1
nº 32

Es obvio a los Ministros de S. M. Católica, que aunque muchas de las principales potencias de Europa, cuyos intereses se ventilarán en el Congreso, no tienen posesiones coloniales, y por tanto no tienen interés en el asunto del comercio de esclavos, excepto los que proceden de motivos de humanidad, con todo no están sin medios de influir mucho en esta cuestión, conviniendo en que no se admita la importación de frutos coloniales en sus dominios, sino solo de aquellos países que consientan en la abolición.

Semejante convenio dictado por motivos igualmente puros, desinteresados, y benéficos, no pueden ofender justamente a ninguna potencia independiente, qualquiera que sean sus efectos sobre el comercio de que se trata.

El Infrascripto suplica al Duque
de San Carlos de de de de

[Firmado]

H. Wellesley.

Copia.

N. 47.

Exmo Señor,

Muy Jor. mio: El correo que trajo los despachos de V.E. de q. del corriente llegó ayer y en el corto tiempo que ha mediado hasta la salida de este no he visto á mas Ministro extranjero que al Lord Castlereagh, el qual me ha hablado en el mismo sentido que el Lord Wellington al General. Ahora en quanto á repugnar la entrada de las tropas españolas en Francia. Yo le respondi que no tenía noticia sino del hecho, pero que siendo el Gobierno español tan detenido habrá tenido grandes motivos para hacer adelantar sus tropas, y que desde luego estaban á la vista los recelos que debían dar al gobierno español las grandes cuadrillas de desertores que infestaban las fronteras, la conducta sospechosa de los generales que solamente de palabra se habían sometido al Rey, y los alborotos de las provincias comarcanas; y enfín que la entrada de las tropas Austriacas en el mediodía de Francia era una prueba de que se necesitaban en aquella parte tropas extranjeras y sería una extravagancia y al mismo tiempo una humillacion para la España que viniesen los Austriacos u otros extranjeros á poner guarniciones en las Provincias que lindan con las Españolas y en donde hay 8000 soldados que ni en valor ni en disciplina ceden á

ningunos otros. A esto añadió que las injusticias hechas
con nosotros en Viena y la afectación de tratar aquí -
solamente entre las quatro Potencias los asuntos de Francia
en que tenemos tanto interés podian tambien haber dado
motivo á la determinacion de la entrada de nras tropas,
pues al fin parece que es nra. moderacion la que nos per-
judica. Lord Castlereagh no respondió sino que en la
situacion actual la entrada de las tropas españolas
causaria mucha confusion, que es la frase que parece
han aprendido él y sus compañeros para no decir nada
amagando decir mucho.

Dios que á V. E. m. d. S. Paris 18 de Agosto de 1815.
El mayor B. L. M. de V. E. V. a = Pedro Gómez Labrador =
for D. Pedro Cevallos.

Copia.

N. 422

Ex. mo. Sr.

Muy Sr. mio: La respuesta que ha dado el general Austriaco Bianchi al oficial español que le embió con un pliego el General Castaños no deja duda en que el proyecto de los austriacos era ocupar el Languedoc y el Rosellon con mengua del credito de las tropas del Rey nro. Sr. y detrimento de S. M. Cma. Aunque yo no tenia antecedente alguno lo sospeché por el conocimiento que tengo del gabinete austriaco; y tal fue el unico motivo que tuve para hablar del asunto a Lord Wellington como participé a V. E. en mi carta n.º 401. El Lord me protestó que no se trataba de ello y por lo mismo se ha mostrado ahora sumamente sorprendido e irritado y ha ofrecido hacer uso de la noticia en la primera conferencia. Si las circunstancias hubiesen permitido que las tropas españolas ocupasen por una parte hasta el Garona y por otra hasta las cercanias del Ródano hubieran mudado de lenguaje y de conducta las Potencias que se llaman grandes y cuya grandera no está fundada en cimientos tod

tan sólido como la de la Monarquía Española. En q^{ta} a la
amenaza de que si las tropas españolas entraban, las ataca-
rían los franceses ya dije a M. que aunque tubiesen la
voluntad les faltaban las fuerzas, pues los supuestos
espíritos de Suchet y del Doira no existen sino en las
gacetas. Lo que me parece particularmente muy esencial
es el insistir en q^{ta} no consentiremos en que las tropas
austriacas ni otras de las cuatro Potencias ocupen las
provincias inmediatas a las nuestras ni que guarden
las fortalezas de nras fronteras, y de la energía que mos-
tremos en esto dependerá el restablecimiento de nro crédito
y la restitución de los Estados de Parma de q^{ta} tan
injustamente se ha despojado al Soberano legítimo
para darlos a la mujer del emperador que en la declara-
ción del Congreso de Viena, que admitieron y firmaron
los Plenipotenciarios de todas las Cortes Imperiales y
Reales de Europa, se dijo había usurpado aquellos Estados.

Dios que. a V. E. m. d. París 30. de Agosto de 1815. —
Comodoro N. L. M. U^a = Pedro Gomez Labrador =
por J. Pedro Cevallos.

Copia.

N.

Excmo. Señor,

Muy Señor mío: he recibido el oficio de V. E. de 3. del corriente en que me avisa el recibo de mi carta N.º 464. de 21. de octubre y me previene que inste en el percibo de las sumas que nos han sido señaladas como indemnización de gastos de guerra y para fortificar nra frontera y que luego que se haya verificado lo ponga en noticia de V. E. para que no se distraigan dhas sumas de las objetos á que se destinan. Por los documentos que remito á V. E. con mi carta N.º 479. vendra en conocimiento de que las cantidades que hemos de percibir deben salir de las contribuciones que la Francia pagará á los aliados en el termino de cinco años, y que en quanto á la parte que ha de cobrarse anualmente nada tendremos que hacer con el Gobierno francés pues han de ser los Comisarios de las quatro Potencias los q. han de executar la distribución.

Dios que. á N. E. m.º. a. París 17 de Novbre de 1815.

El mayor B. L. M. D.º. Pedro Gómez Labrador =
- M.º. D.º. P.º. L.º.º.

Copia.
N.

Reservada

Exmo Señor,

Muy Señor mío: poco antes de partir de París los tres Soberanos aliados el Emperador de Rusia propuso a los otros dos un Tratado secreto en que no debían tomar parte sus Ministros, y que fuese como un empeño de honor contratado directamente entre los tres Soberanos. El proyecto constaba de solos tres o quatro artículos reducidos a hacer causa común para sostenerse contra qualquiera Potencia de que fuese acometido alguno de ellos, y a contraer la obligación de gobernar sus Estados conforme al espíritu del Evangelio. El Rey de Prusia consintió desde luego pero el Emperador de Austria quiso tomarse tiempo para meditarlo, hizo algunas correcciones y al fin lo firmó con los otros Soberanos. Por acuerdo de los tres fue enviado al Principe Regente de la Gran Bretaña, quien lo alabó, pero hizo presente que a tenor de la Constitución de su Reyno no puede el Soberano hacer Tratado alguno sin la intervencion

del Secretario de Estado, que es quien es responsable segun las leyes inglesas, y que ademas por la misma constitucion deben todos los Tratados comunicarse al Parlamento o á lo menos darle noticia de que se han hecho y que se comunicará su contenido quando las circunstancias no impidan que se publiquen. Como estas razones no admiten réplica no ha podido verificarse el deseo del Emperador de Rusia de ligar á las quatro Potencias por medio de un Tratado tan fuera del uso ordinario, y tan extraño por la obligacion que se imponian los contrayentes de gobernar segun el evangelio, pues esta frase tiene segun las doctrinas místicas dominantes en varias partes del Norte un sentido diferente del que le dan no solamente los Católicos sino los Protestantes.

En suma parece que el proyecto del Tratado y la insercion de aquel articulo son obra de Madame Krudener una de las mas ardientes propagadoras de una nueva secta que tiene mucha afinidad con las doctrinas de los amigos de la virtud. Me han hecho esperar una copia del Tratado, y si logro tenerla la pasaré á V. E. como documento histórico sumamente curioso.

Dios gñe. á V. E. m. d. París de Mayo de 1815.
Como Sr. D. L. d. H. = Pedro Gomez Labrador =
Sr. D. Pedro Cevallos.

AHN. Estado, leg. 5913. Zea Bermúdez, embajador de España en Rusia, a José García de León y Pizarro, secretario de Estado de España. San Petersburgo, 14 de diciembre de 1816.

Nº 10.

Como Señor

Muy Sr^{mo}: 1251. 5229. 4719.
722. 2924. 3120. 1178. 4655. 5978. 7772.
983. 564. 3353. 511. 5658. 5334. 1826. -
4382. 442. 1044. 4655. 867. 3660.
1058. 7936. 4007. 2561. 4382. 3138.
2676. 3403. 4043. 5561. 3687. 4037.
2754. 3985. 90. 6317. 3138. 814. 1976.
25. 5736. 4874. 7953. 5304. 7793. 385
3660. 4873. 605. 6736. 5658. 2088. 5754
3303. 2400. 6273. 63. 2675. 7968. 6224.
4873. 4708. 6871. 7776. 4007. 3475. 7314.
2230. 6519. 6024. 4363. 1703. 171. 983.
4329. 5658. 460. 5282. 4655. 4982. 7773
184. 3138. 5827. 7780. 762. 1916. 3730.
120. 465. 4007. 5670. 7871. 3681. 305
4037. 3565. 984. 1714. 5581. 2843. 2022

Dios que a V.E. m.p.a. San
Petersburgo 14 Dicbre 1816.

Como Señor

D. L. M. de V.E.
Su mas at. seg.º Ser.º
Gran.º de Lea
Bermúdez

L. L. M. de V.E. - San P.



Estado de las fuerzas navales que tenían los Estados Unidos al principio del presente año de 1819. en que yo salí de aquel país.

Navios de guerra.

La Independencia de 74. monta 96.

El Washington de 74. monta 100.

El Franklin de 74. idem.

El Colon de 74. monta 102.

Fragatas

La Guerrero de 44. monta 56.

La Java de 44. idem.

Estados Unidos de 44. idem.

La Constitución de 44. idem.

La constelación de 36. monta 42.

Congreso de 36. idem.

Macdonia de 36. idem.

Corvetas

El John Adams de 24. monta 30.

Cyane de 24. idem.

Block Ship de 24. idem.

Merica de 20. monta 26.

Luisiana de 20. idem.

Ornes de 18. monta 22.

Leg 5661. Vol. I

Warp — de 18. idem
 Peacock — de 18. idem
 Ontario — de 18. idem
 Erie — de 18. idem.

Bongantines

Epervier — de 18. monta 22.
 Enterprise — de 14. monta 18.
 Etna — de 14. idem.
 Flambeau — de 14. idem.
 Spark — de 14. idem.
 Fire Fly — de 14. idem.
 Chippewa — de 14. idem.
 Saranac — de 14. idem.
 Boxer — de 14. idem.
 Prometheus — de 14. idem.

Bombardas

Spit Fire }
 Veravus }
 Vengeance }

Goletas

Wonsuck ——— de 14. monta 16.

Spis fire ——— de 12. monta 14.

torch ——— de 12.

Tom Bowline ——— de 12.

Fire Brand ——— de 12.

Sarpnic ——— de 12.

Boaroke ———

Hornet ———

Lynx ———

Despatch ———

Algo ———

Corporation ———

Ranger ———

Balandras

No se positivamente el
numero de cañones de estas
siete Balandras, pero supongo
que seran sobre corta diferencia
iguales a las anteriores.

Buffalo ———

Cammel ———

Tickler ———

} Ignoro el numero de cañones
de estas tres Balandras.

Hay 124. Barcas cañoneras, pero estas se hallan por
la mayor parte en muy mal estado.

En cada Puerto hay dos o tres Quetches marinos arma-
dos para la defensa de ellos, y proteccion de las Aduanas.

En el Puerto de Nueva York hay una fragata de
vapor de 44. Cañones, que va contra viento y marea, y
en calma: Suponen los Americanos q. puede resistir las
Bombas y Bala roja, y que en caso de abordar, despiden
contra los que la atacan cantidad de agua hirviendo
que los caldea y hace caer al mar. Ora semejante

se estaba construyendo a su salida, y debe estar muy próxima a habilitarse.

En cada uno de los Lagos, Superior, Ontario, Erie, y Michigan hay Escuadras que consisten de dos navios de linea o los llamados de 74. de varias fragatas, y otros buques menores, pero estos no se comprenden en la lista anterior, porque no pueden salir al Mar, estan solo destinados contra la Inglaterra.

Tienen una maquina llamada Torpedo, que se sacan bajo el agua, y saltando ^{con una mina} ~~explosivos~~, bajo cualquier Buque Enemigo lo hacen volar: hicieron la experiencia contra un Navio de la Escuadra del Almirante Inglis Hardy, pero salió antes de tiempo; sin embargo estuvo a pique de perderse el Navio Inglés.

Tienen igualmente otra maquina llamada Infernal, de la qual llevan 12. en cada Navio de guerra, ocho en las fragatas y quatro o seis en los buques menores: estas se colocan en las mareas de guarnicion, y disparando cada una un fuego granado de docientas y diez balas, haciendo para cada una de ellas su punteria barren la marineria que sirve los Cañones, y se dirigen particularmente a los Oficiales. Es una arma terrible para defender el abordaje, y una de estas es a la que se atribuye la rendición de toda la Escuadra Britanica en el Lago Erie.

Luis de Onís
